



MYRA McENTIRE

LA ESFERA

El presente documento tiene como finalidad impulsar la lectura hacia aquellas regiones de habla hispana en las cuales son escasas o nulas las publicaciones, cabe destacar que dicho documento fue elaborado sin fines de lucro, así que se le agradece a todas las colaboradoras que aportaron su esfuerzo, dedicación y admiración para con el libro original para sacar adelante este proyecto



INDICE

SINOPSIS	5
Capitulo 1	6
Capitulo 2	10
Capitulo 3	15
Capitulo 4	18
Capitulo 5	23
Capitulo 6	32
Capitulo 7	36
Capitulo 8	42
Capitulo 9	45
Capitulo 10	49
Capitulo 11	53
Capitulo 12	59
Capitulo 13	62
Capitulo 14	65
Capitulo 15	70
Capitulo 16	74
Capitulo 17	79
Capitulo 18	82
Capitulo 19	87
Capitulo 20	89
Capitulo 21	93
Capitulo 22	98
Capitulo 23	101
Capitulo 24	104
Capitulo 25	107
Capitulo 26	109
Capitulo 27	113
Capitulo 28	122

Capitulo 29	129
Capitulo 30	134
Capitulo 31	138
Capitulo 32	141
Capitulo 33	148
Capitulo 34	154
Capitulo 35	161
Capitulo 36	164
Capitulo 37	168
Capitulo 38	171
Capitulo 39	175
Capitulo 40	180
Capitulo 41	186
Capitulo 42	197
Capitulo 43	201
Capitulo 44	203
Capitulo 45	207
Capitulo 46	209
Capitulo 47	212
Capitulo 48	215
Capitulo 49	219
Capitulo 50	226
Capitulo 51	228
Capitulo 52	233
Capitulo 53	240
Capitulo 54	244
Capitulo 55	251
Capitulo 56	257
AVANCE	259
CREDITOS	260
BIOGRAFIA	261



SINOPSIS

Tienes una hora para rescribir tu pasado... A sus diecisiete años, Emerson Cole ve cosas que no existen: damas de alta alcurnia, soldados de la guerra, conciertos de jazz. Todo es efímero. Envuelta en una nube de fantasmas desde la muerte de sus padres, Emerson sólo quiere dejar de tener visiones y llevar una vida normal. Lo ha intentado todo, pero las apariciones persisten. Su hermano decide, entonces, confiar en el guía de una fundación secreta, La esfera, y Emerson pone todo su empeño en encontrar una cura. Pero conocer a Michael Weaver no sólo le da alas para cambiar su futuro, sino que también descubre que puede cambiar su pasado. ¿Quién es de verdad ese tipo reservado, misterioso y tan dulce, el único que la entiende? ¿Por qué tiembla cada vez que lo ve? ¿Y por qué él la necesita tanto para evitar una muerte que nunca debería haber sucedido? Plagada de misterio, intriga y amor, La esfera destila los mejores ingredientes del género paranormal y la ciencia ficción. Una edición inédita imprescindible, muy novedosa para el público joven.

CAPITULO 1

Mivo en el sur, en un pueblo pequeño de belleza particular. Me cuesta presentarlo en sociedad, como quien se casa con la doncella más fea. Tiene buen fondo, pero le hace falta una buena cirugía. Por suerte, para eso tengo a mi hermano, el arquitecto, que hace los mejores lavados de cara a Ivy Springs.

Me arrastraba por las calles, bajo la descarga de una tormenta de verano, en dirección a uno de sus logros arquitectónicos... nuestra casa. Me estaba mojando y me daba lo mismo. Para qué correr. Mi hermano era un experto en *feng shui*, paredes maestras y todo lo que le quisieses preguntar. Pero no tenía ni idea de qué hacer conmigo.

Había salido a correr para matar mis frustraciones después de la última discusión con Thomas sobre acabar o no el bachillerato. Yo no lo veía necesario. Él, de corte conservador, pensaba lo contrario.

Estaba llegando a casa cuando me tropecé con una jovencita de ojos enormes bloqueándome la entrada. Una sureña acomodada, del bando rico de la Guerra. Enfundada en un pomposo vestido con falda de miriñaque, me miraba mientras sostenía su sombrilla de seda. Yo misma me había vestido así una vez para una fiesta de disfraces, pero el suyo era auténtico.

La señora impotencia me perseguía de nuevo.

Estaba delante de la mismísima Escarlata O´Hara.

Respiré profundamente, le atravesé el estómago con la mano y giré el pomo de la puerta. Tras un repentino sofoco, pestañeó varias veces y se dio por vencida, desapareciendo en una nube de humo mientras yo ponía los ojos en blanco.

—Francamente, querida. A mí y a Rhett nos importas un bledo.

El viento empujó la puerta con un estruendo. Subí las escaleras asqueada e hice, mi gran entrada en el apartamento —una construcción a medio camino entre un almacén y una casa particular—. Llevaba el pelo enganchado en la cara y el chubasquero rosa me chorreaba. Encontré a mi hermano sentado en la mesa de la cocina, manejando un montón de planos.

—Emerson. —Thomas levantó la vista, dobló los planos por la mitad y los volvió a desdoblar. Mi hermano y yo teníamos la misma sonrisa campechana; la suya estaba retocada por una buena ortodoncia. No tenía ningunas ganas de sonreír—. Me alegro de verte.

Pues era el único.

—Me apetecía desconectar. —Obviando mi encontronazo con la señorita O' Hara, fui dejando un charquito de agua en el suelo mientras sacudía mi chubasquero, provocándole de inmediato una mueca de disgusto. Seguro que Thomas escogía los paraguas a juego con la ropa. Thomas el Boy Scout, siempre preparado. Venía con los genes, aunque los míos eran ligeramente distintos.

Teníamos el mismo pelo rubio y ojos verde musgo, pero Thomas había heredado el mentón cuadrado de mi padre y yo tenía la cara angulosa de mi madre. Éramos altos como papá, pero yo menguaba cada día más entre esas cuatro paredes.

Thomas intentaba atajar el tema mientras alisaba los planos con una insistencia inútil.

—Siento la... discusión antes.

—No pasa nada. Tampoco me quedan muchas opciones. —Miré directamente al suelo—. O vuelvo al instituto o tendré a la trabajadora familiar encima.

—Bueno... podríamos probar con otra medicación. Quizá te ayuda.

—Que no. —De hecho, ya no tomaba ninguna medicación. Él no lo sabía. La culpabilidad me alcanzó el rostro y me empujó a hablar. Estaba a punto de confesarme, pero abrí la nevera para coger agua y esconder mi cara—. Estoy bien, no te preocupes.

—Al menos tienes a Lily.

Lily era la única amiga de la infancia que me quedaba; lo único positivo del internado al que tuve que ir durante toda la primaria. El internado decidió quitarme la plaza para secundaria porque se supone que mi beca había finalizado. Oficialmente, había «poca previsión de fondos de donaciones de antiguos alumnos», aunque en realidad se olvidaron comentar que no estaban dispuestos a ayudar a una huérfana con alucinaciones que incomodaba a sus compañeros de clase. Tenía algo de dinero para imprevistos gracias a los fondos de inversión que nuestros padres nos dejaron, pero no lo suficiente para pagar toda la secundaria. Thomas se ofreció a pagarla con tal de que me quedara en Sedona, pero rechacé. Rotundamente. Podía vivir con él porque era mi tutor legal, pero no iba a aceptar su dinero de ninguna manera.

La realidad se imponía y tenía que volver a Tennessee. Podía sobrevivir durante un año más, incluso sin descartar la pública.

—Te quiero comentar otra cosa. —Thomas volvió a alisar los planos. Yo mantenía la esperanza de que se corriera la tinta—. Tenemos otro... contacto. Una especialista que nos puede ayudar.

Cada cierto tiempo, Thomas oía de alguien que podía ayudarme. Auténticos personajes. Freaks. Dejé bruscamente la botella sobre la encimera y me crucé de brazos, mirándole fijamente.

—¿Otro más?

—Este es distinto.

Nunca se daba por vencido.

—Este chico...

—¿Hace curas con el poder de su tercer ojo?

—Emerson...

—No me dan mucha confianza tus contactos —repliqué, tensando aun más los brazos como escudo antiayuda—. En serio, tienes que dejar de leer publicidad de brujos.

—No. Eso solo lo he mirado... un par de veces. —Intentaba no reírse. No lo consiguió.

—¿De dónde sale este contacto? —Era difícil cabrearse cuando de él solo salían unas tremendas ganas de ayudar—. ¿Directamente del loquero?

—Trabaja en un sitio llamado La Esfera. El fundador formaba parte del departamento de parapsicología de la Universidad de Bennett, en Memphis.

—Ah, el departamento que cerró por falta de financiación. Perfecto.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Thomas, sorprendido.

Lo miré con un gesto que podía traducirse como: soy una adolescente. Sé hacer búsquedas.

—La Esfera es un consultorio de prestigio. Mi contacto...

—Bueno, que sí. Si digo que sí, ¿vamos a dejar de hablar de esto? —Levanté las manos fingiendo derrota. Mi hermano sabía que se saldría con la suya. Siempre lo conseguía.

—Gracias, Em. Lo hago porque te quiero. —Se puso serio de repente—. Ya lo sabes.

—Ya lo sé. —Era plenamente consciente. Más allá de las discusiones, lo quería con locura. Reticente a más muestras de emoción, miré a mi alrededor en busca de mi cuñada—. ¿Y la señora de la casa?

Thomas y Dru eran restauradores: un equipo de primera. Formaban un engranaje perfecto. Si hacía falta liarse a martillazos para acabar una obra, ella era la primera en lanzarse. Y la manicura, perfecta.

—En el restaurante con el nuevo cocinero. Tenía que hablar con él sobre el vino para esta noche.

—Ella domina. —Tenía un paladar exquisito. El móvil de Thomas empezó a sonar. Momento perfecto para escapar. Tiré la botella al contenedor de plástico—. Llego tarde. Me voy a duchar.

Me llegó un olor a pintura mientras la puerta se cerraba. Dru acababa de darle un estuco veneciano bermellón a la habitación de enfrente. El suelo, de parqué de madera noble, combinaba con el sofá de piel suave con cojines de seda de tono sepia. Una enorme ventana de cristal laminado abarcaba una de las paredes; la otra estaba recubierta de estanterías con tomos de piel y ediciones en rústica. Empecé a acariciar los libros, ansiosa por tomar uno en mis manos y sentarme con él. Pero esa noche era imposible. Thomas y Dru habían reformado el antiguo local de la vieja central telefónica por un restaurante esnob, decididos a aprovecharlo en lugar de cederlo a un inversor. Faltaban pocas horas



para la gran inauguración. Requerían mi presencia. Una especie de reintroducción a la sociedad pueblerina.

Todo lo que mi hermano tocaba, lo convertía en oro. Esa noche estaba empeñado en hacer lo mismo conmigo.

Perder a nuestros padres hace cuatro años nos había arrojado a permanecer juntos. De pequeña, no tenía mucha relación con él. Nací de sorpresa y nos llevábamos casi veinte años. No estaba muy preparado para criar a su hermana pequeña y yo había centrado todos mis esfuerzos en esconderle mis raros arrebatos. La beca llegó como agua de mayo. Por fin pude salir del pueblo, escaparme de los recuerdos y edificios de Thomas. Pero la beca se había acabado y yo me había quedado colgada.

Todo por mi «problema».

—Hola.

Una extraña voz me hizo perder el equilibrio. Me di la vuelta y encontré a un hombre delante de la ventana, tan cómodo y natural como fuera de lugar. Bien plantado, alto y delgado. Vestía traje negro. Una mecha de pelo color trigo caía sobre su ceja, sin emborronar las sinuosas facciones de su rostro. Se guardó un reloj de bolsillo plateado en el pantalón y entrelazó las manos detrás de la espalda.

—¿Necesitas ayuda? —Intentaba dominar mi voz trémula pero me fue imposible. Dos minutos antes, no había nadie en la ventana.

—Me llamo Jack. —Eché el cuerpo hacia delante, sin dar ni un paso. Seguía observándome con sus ojos azules. Me entró un escalofrío. Tenía toda la piel de gallina. Estaba clarísimo que ese no era el nuevo contacto de Thomas. Era demasiado. Demasiado para mí.

—¿Vienes a ver a mi hermano?

—No. No conozco a tu hermano. —Sus labios se curvaron en una tímida sonrisa. Mi corazón se aceleró—. He venido a verte a ti, Emerson.

Su traje y reloj de bolsillo estaban más que caducados. No sabía qué pensar sobre su corte de pelo. Seguramente era otra alucinación...

¿Pero cómo sabía mi nombre?



CAPITULO 2



Thomas! —Lancé un grito antes de dejar de respirar.

Volví la cabeza al oír el estruendo de una silla en la cocina. Pasó demasiado tiempo. Miré otra vez a la ventana y Jack no estaba. Thomas entró corriendo en la habitación, patinando hasta pararse a mi lado.

—Por qué por qué por qué. —Me desplomé contra la estantería, dándome cabezazos—. ¿Por qué sigues con lo de la restauración? ¿Por qué no vivimos en un piso nuevo?

Abrió la boca, perplejo.

—¿Ha sido aquí?

Se refería a mi problema con los que habían pasado... a mejor vida.

No eran fantasmas. No sabía lo que veía. Los fantasmas de los cuentos rara vez aparecían y desaparecían si alguien los tocaba. Empecé a verlos a los trece años, justo antes de que mis padres murieran. Thomas estaba restaurando una antigua cristalería para convertirla en edificio de oficinas.

Un día me dejé caer por ahí en el transcurso de las obras. Empecé a hablar con un señor muy simpático. Llevaba puesto un casco de obra y olía a tabaco y sudor. Tenía el tabique ligeramente desviado, nariz protuberante que terminaba en una ramificación de venitas y barbas orgullosas. Era muy amable; su mujer le había puesto tarta en la fiamblera y quiso sacarla para compartirla conmigo.

Entonces la situación empezó a degenerar. Mientras él intentaba dejarme el trozo de tarta en la mano, me di cuenta de que el señor no era sólido. Él debió de llegar a la misma conclusión, pues dejó caer la tarta al suelo y empezó a gritar desesperado como una novia sin *panties* delante de la vicaría. Y entonces desapareció. Chof.

Bienvenida a la demencia. Tras él, empezaron a desfilar especímenes de todos los tipos; muertos que aparecían en los lugares más insólitos y se desvanecían cuando los tocaba. En los lavabos del restaurante Denny's o en los vestuarios del Macy's. Nunca acabé de acostumbrarme.

—Me arrepiento de que me hayas convencido de vivir aquí. Y este se sabía mi nombre.

Cosa que nunca antes había pasado.

Thomas se puso aún más serio.



—¿Sabía tu nombre?

Asentí, cerrando los ojos. Jack también había dicho que había venido a verme. Thomas no tenía por qué saber eso.

—Em, pensaba que no te volvería a pasar.

Fui al internado en Sedona, Arizona. Los indígenas no llegaron a la ciudad hasta el cambio de siglo, así que en ese transcurso tuve profesores de gimnasia y no ancianos alfareros de la tribu Yavapai.

Pensaba que las cosas mejorarían, pero no fue así. A no ser que vistieran ropa de otra época, normalmente no podía distinguir si la gente que veía era de ahora o del pasado. Me convertí en una gurú de la moda de todos los tiempos, y no solo porque me encantaba la costura, sino porque también era interesante ver atuendos de otras épocas. A las mujeres las identificaba en seguida, pero a los hombres que iban a lo clásico —excepto a los de esmoquin azul y cuello de mariposas de los años setenta— no los encajaba en ninguna década y suponían un mayor problema.

Evitaba a toda costa los museos o ferias con gente disfrazada. Habría sido una locura. Intentaba no tocar a nadie. Menos cuando me barraba el paso una señorita con falda de miriñaque.

—Llevaba un tiempo sin pasar. Me estaba haciendo ilusiones —le respondí.

Hasta que me salté la medicación.

Mi hermano llevaba un gran trecho recorrido a mi lado. Me guardé la rabia bien adentro —la rabia de perder a mis padres, de ver a gente que no existía—, pero no fue una buena decisión. Tras los ingresos llegaron los cócteles de medicamentos, que consiguieron detener las alucinaciones por un tiempo. Hasta que hace un verano, harta de parecer un zombi, me armé de valor y me aparté lentamente de la medicación sin decírselo a nadie.

Ni a Thomas.

Las visiones volvieron. La zombi Em había regresado acompañada de Em, la psicópata en potencia. Otra vez la incógnita de saber si la gente con la que hablaba en la calle existía de verdad.

—Lo siento, Em.

Levanté la vista.

—No te disculpes.

—Pero yo quise comprar este edificio. —Sus cejas arrugadas formaban una oruga en su frente.

—Bueno... ¿y qué vas a hacer?, ¿dejar tu trabajo para aguantar a la tarada de tu hermana? —Me aparté bruscamente de la estantería—. Como si no te hubiese traído ya suficientes problemas.

—No digas eso. ¿Vendrás a la inauguración del restaurante? —preguntó Thomas, con una ilusión palpable en su rostro—. Tráete a Lily.

Me seguía sintiendo culpable, así que no pude rechazar.

—Sí, iremos.



No quería montar ninguna escenita más, así que me fui a arreglar a casa de Lily.

De pequeña, los compañeros huían de mí como de la peste. Todo vino de un episodio público que me sentenció en adelante. Es una larga y breve historia a la vez: me enzarqué en una agria discusión con un chico en la cafetería porque me había quitado el sitio cuando me levanté a coger un cuchillo. El siguiente paso fue amenazarlo con el susodicho cuchillo.

Solo yo lo veía.

Como mi audiencia no se había acabado de convencer de mi falta de cordura por discutir con el aire, acto seguido exploté en una risa histérica que devino en un lloriqueo lastimoso al verme aprisionada por Lily, que me cogió de la cintura y me arrastró hasta el lavabo.

Lily fue mi mejor amiga desde tercero. Siempre me aceptó tal y como era, sin importarle los comentarios. Como yo. No exageraba cuando le dije a Thomas que la única razón de hacer la secundaria en Ivy Springs era ella misma.

Lily vivía con su abuela encima de su restaurante. Entré por la puerta trasera y me la encontré en medio del comedor, con sus largas piernas extendidas en posición Pilates. Qué dolor. Yo era más de correr —ponerme los auriculares, fijar la vista en el suelo y salir disparada como una flecha intentando no atravesar a nadie— o de liarme a gritos. Tenía que volver a hacer kárate. Antes de irme de Arizona me había sacado el cinturón marrón y tenía ganas de subir a negro. Dar patadas en el culo debe de ser muy terapéutico.

—¡Ey! ¿Ya sabes qué te vas a poner? —le pregunté mientras su cuerpo retorcido se giraba hacia mí.

—Estás zumbada.

—Tienes toda la razón. Y además, hace tiempo.

—¿Qué dices? —Se dejó caer de rodillas y entrelazó las manos como pidiendo limosna—. Tengo una sesión de fotos esta noche. Un local-caverna necesita fotos para su página web.

Lily manejaba su cámara con la destreza de una tostadora. Su talento le había permitido trabajar todo un verano en los Apalaches como ayudante de cámara para uno de los fotógrafos de paisaje más reconocidos.

—Sabes que iría si no fuese por el trabajo. Dilo.

Sacudí la cabeza.



—Sé que vendrías si no fuese por el trabajo.

—Gracias. Gracias.

Lily arrancó a caminar de rodillas y me abrazó con fuerza.

—¡Ah, mira! ¡Soy tan alta como tú!

Me eché a reír y la tumbé encima de la esterilla. Entré en su habitación y dejé mis zapatos, bolso y joyas encima de la cama, incluido el vestido que mi cuñada me había obligado a llevar para la ocasión. Dru me dejó claras todas las instrucciones para combinarlo todo. A veces parecía que yo no sabía vestirme. Y eso no es cierto. Lo que pasa es que soy minimalista. Y los accesorios me confunden.

Mientras Lily acababa de contornearse, me duché y aproveché para investigar un poco sobre La Esfera en Internet. Siempre era bueno estar preparada ante la *troupe* de terapeutas, médicos y brujos que siempre desfilaban ante mí. Aparte de los típicos resultados de tiendas *on line* y de la existencia de un club nocturno algo indecoroso, no encontré nada. Y Thomas me iba a matar si llegaba tarde.

Dru tenía muy buen gusto. Me había dejado un vestido negro de terciopelo con cintura plisada, mangas tres cuartos ceñidas y falda corta de campana. Caminar con esos zapatos iba a ser difícil. Eran matadores. No digo que no quedasen bien, pero eran altísimos y, aunque no soy muy torpe, esos tacones iban a ser letales para mí y para cualquiera que se me acercase.

Lily entró en la habitación fresca y relajada —tampoco tan fresca si te acercabas— mientras yo me untaba de pintalabios carmesí.

—Tienes un toque misterioso e interesante —me dijo, mordiéndose los carrillos y pestañeándome como mi Escarlata esa tarde—. Me encanta verte así de guapa.

—¡Vaya piropo, viniendo de ti!

Se puso a bizquear y a removerme el pelo.

Con una piel dorada como el caramelo, Lily era la típica chica que provocaba tropiezos y saltos de semáforo al pasar por delante de los hombres. La odiaría si no fuese por su satírico sentido del humor y por ser más fiel que un perro guía. Pensé en el collar que Dru me había dejado mientras Lily me recogía el pelo.

—El collar está en el armario —dijo, sin dejar de mirarme—. Y los pendientes en una bolsa encima de la cama.

Le aparté las manos.

—¿Cómo te lo haces para encontrar siempre todo? ¿Y seguro que no puedes venir? Podrías encontrar al hombre de tus sueños.

—Yo diría que no existe —murmuró, lanzando un vistazo al armario mientras me recolocaba otro díscolo mechón de pelo—. O está muy ocupado,

—Tienes razón. Y si existiera, lo fulminarías con tu olor. ¡Ve a ducharte! —Le di un manotazo en el culo—. Apesta.

Se echó a reír y salió de la habitación haciendo aspavientos, justo antes de asomarse otra vez por la puerta y premiarme con una sonrisa.

—Estás preciosa. Intenta no matarte con esos zapatos.

Me di la vuelta para mirarme en el espejo. Me rocié de mi perfume favorito —lila y un toque de vainilla—, me envolví en el chal y cogí el bolso. Estaba a punto de salir cuando me acordé del paraguas. No pegaba con los tonos. A lo mejor me prohibían la entrada.



CAPITULO 3

No tuve esa suerte.

Lo primero que me encontré al entrar en La Central fueron dos pulgares alzados de Dru y un silbido de mi hermano. Después de explicar a todo el mundo que venía sola, fui saludando a los importantes, que brillaban con sus lentejuelas, diamantes y abalorios dignos de alfombra roja. En cuanto conseguí escapar, salí a esconderme detrás de un terceto de jazz que estaba tocando debajo de la escalera de caracol, en frente de la barra. Mientras le daba sorbos a un refresco de frutas, intentaba fundirme con la pared. Empezaba el espectáculo.

Me acababa de quitar los tacones.

Siempre he sido de las tímidas, pero no llegué a ser antisocial hasta que empezaron las visiones. Es de lo más extraño, no saber nunca si la persona con la que hablas tiene presencia física o no. No saber si es una alucinación o un brote psicótico. Cuando las visiones se convirtieron en algo normal, empecé a fijarme en los demás por si también lo estaban viendo, sin duda la mejor pista para saberlo. Pero al final me daba lástima no hablar con ellos y acababa dándoles conversación. Siempre comprobando que nadie me estuviera mirando.

Por si acaso.

Entonces me atreví por fin a hacerlos explotar como globos. Acercaba la mano a la persona, que no era más que aire, que estaba alucinando tanto como yo. Intenté ignorar las visiones, pero a veces no me quedaba más remedio que traspasarlas.

Al menos esa noche todo iba bien. Me estaba empezando a relajar cuando vi a un chico en la puerta del patio trasero. El esmoquin se ajustaba a la perfección a sus anchos hombros; era una vista privilegiada pero no podía fiarme. Recorrí su cuerpo con la mirada, intentándolo ajustar a mis visiones. En primer lugar, la ropa. La corbata negra no era muy corriente. Era clásica por alguna razón. Y el porte de ese chico era clásico.

Su pelo negro no era ni moderno ni antiguo —estaba perdida—. Atractivo y natural, sin estilo definido. Examiné su rostro. Barba de un día. Cejas bien arqueadas que enmarcaban unos ojos negros de largas pestañas. Piel oliva que hacía pensar en unos genes mediterráneos y fuertes pómulos que armonizaban con los ángulos de su cara. Su boca era más difícil de definir. Sus labios me ponían nerviosa.

Deseaba más que nunca que no fuese un fantasma.

Tenía que pensar con claridad. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué entraba a analizar sus labios? Normalmente solía disimular bastante con los tíos —con los que estaban buenísimos—. Pero él me estaba sonriendo y era tarde para hacerme la despistada. Me volví a poner los tacones matadores y busqué a Thomas y a Dru por toda la sala, sin éxito. Volví a mirar al chico del esmoquin. Venía hacia mí.

Tenía que huir. Fui a dejar el vaso encima del piano cuando este cayó al suelo con un estrépito y los trocitos de cristal salieron disparados, esparciéndose por el suelo de baldosa.

Mi hermano apareció en el acto.

—¿Estás bien?

—No, Espero que estés viendo como yo un terceto de jazz. Dime que sí.

—No. No lo veo.

—Pues entonces no. No estoy bien. —Los músicos fantasma seguían tocando. No me había acercado a ellos para tocarlos. Por eso no habían desaparecido.

Un terceto. ¿Y el piano? Nunca había visto una escena semejante. Me fallaba la respiración.

—¡Necesito aire!

—Perdonen. —Thomas sonrió a los presentes, con una diligencia de anfitrión en compañía de su histérica hermana. Me condujo por toda la sala hasta la puerta acristalada del patio. Fue un tránsito horroroso. Intenté convencerme de que no estaba viendo todas esas caras y salimos afuera por fin. La lluvia de antes había dejado un ambiente muy fresco y estábamos solos.

Respiré profundamente, intentando contener el ascenso de adrenalina.

—¿Cuántos edificios antiguos piensas seguir restaurando? Es para ir preparándome.

Al menos no vivía en Europa, continente empapado de siglos de vida. En Estados Unidos tan solo me topaba con gente de un par de generaciones atrás, un tanto desorientados por vivir en estos días. En una ocasión, Thomas y Dru hicieron una excursión de un día a la Feria Anual Cherokee de Carolina del Norte. Me negué en rotundo. No quería saber nada de recreaciones históricas. Nada de nada.

—Tienes que ser más fuerte —me dijo Thomas, dándome palmadas en los brazos para intentar darme calor. Sacudí la cabeza. No era un buen momento para decirle que estaba pasando de la medicación.

Sobre todo ahora que el guapo del esmoquin estaba saliendo al patio.

—¿Tú lo ves? —susurré, tapándome los ojos sin dejar de mirar entre mis dedos temblorosos, aterrorizada por la perspectiva de otra visión demasiado reciente después del terceto de jazz.

—¿Si veo a quién?

—A ese. —Me incliné hacia Thomas para mirar por encima de su hombro. Que me encerraran si el tío del esmoquin no era un ejemplar vivo de este siglo.

—Sí, claro —respondió Thomas. Una palabra de puro alivio—. Es Michael.

—¿Quién es Michael?

—El especialista del que te he hablado.



CAPITULO 4

El chico del esmoquin todavía era más guapo de cerca —alto, hombros anchos, piel suave y unos labios...—. Nunca habría dicho que trabajaba para un lugar llamado La Esfera. Yo me había imaginado a un cincuentón con gafas y barriga prominente y no a un príncipe arrebatador demasiado perfecto para mezclarse con la plebe. Me sacaba muy pocos años. Quizá estaba de prácticas. Quizá Thomas lo había escogido porque jugaba en una liga menor y no se codeaba con los grandes.

—¿Por qué no me has dicho que él también venía? —le dije por lo bajo a Thomas. Mis emociones oscilaban entre la rabia y el horror.

—Prefería que él te viera primero.

—¿Como a una rata de experimento? —Resoplé—. ¿Dónde está mi tubito?

Estaba en plena diatriba interna cuando vi al chico del esmoquin a dos pasos de mí, mirándome. Me entró un calor repentino.

—Michael Weaver, te presento a mi hermana, Emerson Cole. —Thomas me puso la mano en la espalda y me empujó lentamente, forzándonos a una sacudida de manos.

Michael miró a Thomas y después a mí y me extendió la mano con cautela. Sentí un escalofrío y escondí mi cara en el hombro de mi hermano. No quería tocar a Michael. Cuando volví a mirar, se había metido la mano en el bolsillo.

La puerta del patio se abrió y salió Dru. Supuse que Thomas no le había explicado mi último episodio; con todo el lío de la inauguración, lo último que quería era preocuparla.

—Lo siento, soy supertorpe. —La agité nerviosamente para intentar ocultar mi tembleque de manos—. Todo bien. Venga, ya podéis iros.

Dru tenía unos ojos azul glacial que no eran en absoluto fríos. Me miraba con preocupación.

—No tiene nada que ver con la torpeza. Por eso estoy preocupada —me respondió, ignorando mis protestas mientras me palpaba la frente y las mejillas—. ¿Te encuentras bien? ¿Te has mareado? ¿Por qué no comes algo? ¿Y si te sientas?

—No podría estar mejor. De verdad —mentí con una sonrisa llena de dientes.

Lo que necesitaba era escapar de la visión del terceto de jazz que no había dejado de oír y del pedazo de chico que tenía a mi lado. Deseé con todas mis fuerzas que no estuviese tan buenísimo; que fuese, sencillamente, otro soso terapeuta.

—Bueno. Thomas, siento mucho interrumpirte, pero está aquí Brad, del banco. Quería hablar sobre ese inmueble en Main. —Levantó sus cejas impecables en un gesto de brillante oportunidad de negocio—. Ya me quedo yo aquí.

En la cara contrariada de Thomas se advertía una batalla interna. Clamaba por la libertad.

—Ve. Y tú también, Dru. Hay que hacer dinero.

—No, cariño. Yo me quedo contigo. Quiero que estés bien. —Me cogió de la cintura y me dio un breve apretón.

—Que no. Que estoy bien. De verdad —insistí.

—¿Te quedas con ella? —le preguntó Thomas a Michael, con voz grave como si estuviese negociando mi dote. O una hipoteca—. No quiero que se quede sola.

Le lancé una mirada asesina a Thomas. Se iba a enterar más tarde.

—Por supuesto —respondió Michael.

Su voz me provocó un sobresalto; mi cuerpo en bloque se puso rígido. Ronca y dulce. Podría ser un buen cantante. Después de volverles a repetir a Thomas y a Dru que estaba bien, observé desde la distancia a la poca gente que conocía y deseé estar en cualquier otra parte. Bueno, menos en la ciudad de Colonial Williamsburg.

Respiré y miré a Michael. Le ofrecí una sonrisa. Cuando me la devolvió, me quedé sin aire.

Miel y galletas de mantequilla.

—No te había imaginado así —dije, arrepentida al oír mi voz temblorosa.

—Ya me lo han dicho otras veces —me respondió, ganando puntos al fingir incredulidad.

—Está bien que seamos más o menos de la misma edad. —Me encantaba que fuésemos más o menos de la misma edad—. Así partimos de una buena base.

—Me parece bien que quieras partir de una buena base. —Entornó levemente sus ojos negros. Seguro que pensaba que le habían pagado lo justo—. ¿Cómo te llamo, Em o Emerson?

Fruncí el ceño. Nadie me había llamado Em delante de él.

—Emerson está bien, de momento. ¿Y tú? ¿Eres Michael? ¿Mike?, ¿o Mikey?

—¿Te recuerdo a Mikey?

—Hmm, no.

—Michael está bien, de momento —dijo, apretando los labios. No era prudencia; era la manera más provocadora de ocultar su sonrisa.

Deslizó la mano por la verja de hierro que delimitaba el patio y se volvió hacia mí, sacudiéndose la lluvia de los dedos.

—Tu hermano es un artista. Nunca he visto a nadie trabajar tanto por hacer bonito un lugar. ¿Ha restaurado todos esos edificios?

Desde el patio se podía contemplar, a vista de pájaro, el perímetro restaurado de la plaza del pueblo, una construcción muy celebrada que había recibido numerosos premios. La luz cálida atravesaba los ventanales de los segundos y terceros, habitados por gente joven y parejas de jubilados; también familias, para no perder el equilibrio. Réplicas de antiguas lámparas de gas se alineaban frente a los comercios más variados, anticuarios, cafés y galerías. Jardineras y macetas desparramaban sus colores. Considerado uno de los diez mejores pueblecitos de Estados Unidos, era tentador imaginar sus calles un siglo atrás. Era un riesgo para mí.

Tanto como ver un coche de caballos que no era real.

Las primeras notas del Bewitched de Rodgers y Hart se mezclaban con el aroma a lluvia reciente mientras los guisantes de olor morados desparramaban su aroma al ascender por la verja. Desvié la mirada de la plaza bulliciosa y volví a mirarlo.

—Sí, Thomas pone toda su energía en cada restauración. Tiene una visión muy clara de las cosas. —Y cara. Aunque luego salía rentable.

—¿Y tu visión cómo es? —Qué sutil. Su tono era suave, pero entendí lo directo de su discurso. Tenía curiosidad de saber qué le había explicado Thomas de mí.

Me sostuve en la verja, evitando el tacto de los guisantes de olor húmedos.

—¿Para qué has venido, Michael Weaver?

—Para ayudarte. —Se puso serio. Quería saber de verdad cuál era mi problema. Y yo estaba a punto de querer decírselo.

A punto.

Pero lo único que me salió fue una risita burlona. Eché el cuerpo hacia delante y me empecé a balancear, como hacía de pequeña en el columpio.

—«Para ayudarte.» Eso suena muy visto.

—¿Cuántas veces lo habrás oído?

—Te cuento: está la vez aquella en que dos hermanas veían mi pasado y mi futuro. Según ellas, yo descendo de Mata Hari, que pertenece al linaje de la realeza finlandesa.

—Seguro que Thomas...

—Ya lo sé.

—Vaya. —Arrugó la frente, preocupado.

—Obligué a Thomas a recompensarme y me apropié de su tarjeta de crédito. La terapia consistió en hacer unas compritas e intentar arruinarlo. —Sonreí al recordarlo. Michael sonreía también. Estaba perdiendo el hilo de la conversación—. Ah, sí, y después ese chamán que me quería exorcizar. Fue el mejor: decía que necesitaba cenizas y jugo de pepinillos.

Michael sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿De dónde sacaba a esa gente tu hermano? Es un tío inteligente, sabe llevar negocios. ¿Cómo es que se dejaba timar?

—¿Por la desesperación? Fui a un internado en Sedona. Allí no faltaban estafadores. En seguida toda la gente supo que mi hermano se estaba dejando el dinero por ayudar a su hermana. Y nadie de los que aparecían usaban métodos tradicionales. O me querían encerrar o me querían hinchar a pastillas para dejarme vegetal. —Me solté de la verja y me mordí el labio con fuerza, antes de decirle que en realidad ya lo habían conseguido, cabreada conmigo misma por ser tan franca. Si él tampoco era de fiar, estaba segura de que se iría corriendo antes de hacerme más daño.

—Lo siento —dijo. No había lástima en él. Solo empatía. Tenía una expresión difícil de traducir. O quizá era muy buen actor. Tenía estilo Hollywood antiguo, un poco Cary Grant sin tener en cuenta su pelo enmarañado.

—¿Y tú qué esperas de todo esto? —le pregunté, mucho más distante. Me estaba previniendo para la decepción—. ¿Cuándo vas a empezar con las promesas?

—No voy a prometer nada que no pueda cumplir. —Tenía la mandíbula tensa y la voz grave.

—¿Qué bagaje tienes? ¿Has escalado una montaña para conocer a un gurú? —Le pregunté, queriendo guerra. Quería una respuesta—. ¿Has tenido alguna experiencia extrasensorial y ahora tus fieles te invocan delante de un espejo o charco de barro?

—Escúchame. Entiendo por qué estás tan desencantada. —Mantenía un tono suave y lento, pero pude notar una huella de su carácter—. Pero, ¿y si yo puedo ayudarte?, ¿y si me dejas?

—Es que a mí no me pasa nada. —Al menos, nada que él pudiera arreglar.

—Yo no he dicho que te pase nada.

—Ayudarme significa que estoy mal de los nervios y yo estoy bien.

—¿Y hace diez minutos, cuando has dejado el vaso encima de un piano que no existe?

—No estaba de los nervios. Estaba... estaba... —Respiré profundamente.

Él había visto el piano.



CAPITULO 5

Se lo clavé en el estómago. Eso eran abdominales. Pese a la fuerte capa de músculo, resolló y se quedó doblado, abrazado a la cintura.

—Lo siento, lo siento —me intenté disculpar, sacudiéndome la culpa con mis manos temblorosas. La luz de las farolas parpadeaba. Aún me dio tiempo a pensar que el cielo amenazaba tormenta—. Solo era para comprobar que estás aquí de verdad.

—¿Y no había otra manera mejor de comprobarlo? —Michael gimoteó. Tuvo suerte de que apunté alto. Pensé en liarme a patadas, pero en el último momento tuve en cuenta el potencial asesino de mis tacones.

—Es una reacción al estrés. —Me encogí de hombros y me bajé de los tacones por si acaso me sobreviniera la tentación de hacer más daño. Mis pies notaron la frialdad del cemento.

Michael se incorporó y me miró de arriba abajo. No pude descifrar si le gustaba lo que veía. Curiosamente, seguía hablándome.

—¿Por qué te preocupa tanto que sea real? Hace unos minutos no has querido ni darme la mano, cuando tu hermano me ha visto perfectamente.

—Es por el día que llevo. En un momento, todo ha cambiado.

—Seguramente, para mejor. —Me dedicó una sonrisa que me hizo dudar de sus palabras—. Dime, ¿qué ha pasado hoy tan grave?

—Nunca había visto a un terceto de jazz. Me ha descolocado completamente. Las cosas que me pasan están cambiando.

—¿Qué cosas?

—Veo a gente del pasado. —Las campanas de la torre de la plaza empezaron a sonar y yo me mantuve en el mismo tono—. Como en una película. Sin dimensión. Cuando intento tocar, desaparecen. Pero lo que nunca he visto es a tres tíos tocando a la vez y acompañados por un piano—. Ni a un coche de caballos.

—Bueno, al menos tocan bien. El bajo era muy suave. —Ladeó la cabeza hacia el grupo. Se oía la música desde las ventanas—. Sí, me gusta.

—No te impresiona nada. Yo no puedo compartir lo que veo u oigo con nadie. ¿Y tú qué historial tienes? —le pregunté. Aunque estaba claro: estaba tan majara como yo.

—Digamos que mi madre siempre pensó que yo tenía muchos amigos imaginarios.

Levanté la cabeza para verlo mejor.

—Así que te pasa desde pequeño, ¿no?

Michael asintió.

—¿Y a ti?

—Desde hace cuatro años. —Las campanadas se detuvieron en la décima y el aire se volvió extrañamente tranquilo. Se imponía un cambio de tema. Un poco de distracción—. Lo siento mucho por hacerte daño.

—Te perdono. —Me guiñó el ojo—. No te pongas rebelde conmigo.

Me mordí la lengua. Empezábamos ya con comentarios machistas.

—Si al final acepto tu ayuda, ¿cómo funciona? ¿Haremos sesiones? ¿Cómo me lo vas a hacer? —Sus ojos se llenaron de un brillo peligroso. Me aclaré la voz. Tenía que aprender a hablar mejor—. Quiero decir, que qué vas a hacer.

Seguía ese brillo en su mirada.

—Primero .empezaré escuchándote.

—Qué simple. —Como si fuese muy simple recordar todo lo vivido. Mostrarme vulnerable ante un desconocido. Intenté deshacer el nudo de tensión de mi garganta.

—Emerson. —Me encantaba cómo pronunciaba mi nombre. O quizá era solo su movimiento de labios—. Sé que será muy duro para ti, pero tienes que ser honesta. Confía en mí.

Todavía no se había enterado de que jamás hay que fiarse de alguien que te dice «Confía en mí».

—Ya iremos viendo. ¿Cuándo empezamos? —pregunté.

—¿Qué tal mañana?

Yo no tenía tanta prisa.



Al día siguiente por la mañana, me puse mis mejores téjanos y camiseta negra ceñida con unas Converse negras muy cómodas que siempre me daban un toque de seguridad. Me hice un recogido, dejando las mechas más rubias libres. Me maquillé un poco más de lo normal, con una base clara. Todo por almorzar con Michael.

Mmmm.

Caminaba tranquilamente en dirección al centro, disfrutando del sentimiento de calma. No hacía mucha humedad; después de la lluvia del día anterior se respiraba una frescura que precedía al otoño. Me encantaban las hojas secas, los carros de heno, los espantapájaros y Halloween. Cuando tu vida diaria es tan agria como la mía, el día de Halloween no tiene más importancia que unos cuantos caramelitos y calabazas; bueno, cuando me quedaba en casa para abrir a los niños. Mis visiones normalmente no aparecían en el umbral de la puerta, así que me quedaba viendo a Charlie Brown en la tele mientras me zampaba un puñado casi ilegal de Twizzlers.

Había quedado con Michael en el Murphy's Law, la cafetería-librería de la abuela de Lily, un sol de señora que, además, preparaba un *espresso* y unos pasteles de manzana para alucinar. Solo había una pega.

Cuando le propuse a Michael quedar en el Murphy's Law, empecé a ponerme nerviosa al pensar que veríamos a Lily. Menos mal que me la encontré por la calle cuando iba de camino y le pude hacer un resumen. Iba con la cámara colgada al hombro.

—¡Lily! ¿Cómo fue la sesión?

Me miró y continuó caminando.

—Más o menos. El jefe no me avisó de los murciélagos. Y el equipo de rodaje también daba bastante miedo, aunque al menos esta vez solo me tiró los trastos un productor.

—¿Solo uno? Vaya, estás perdiendo práctica. —El jefe de Lily colaboraba con varios directores de documental, que tenían más contactos que la monarquía británica al completo. Y algunos también se creían con derecho sobre ella.

—¡Ahh, ojalá! —Metió la mano en su mochila, sacó una magdalena de arándanos envuelta en servilleta y le dio un mordisco.

—¿Tienes prisa? —le pregunté, fingiendo despreocupación. Miré hacia su mochila—. ¿Otra sesión?

—Retocar el trabajo de anoche. Un poco de *Photo-shop*. —Se detuvo y me miró fijamente, escrutándome mientras acababa de masticar—. Fíjate tú, qué guapa a primera hora de la mañana. ¿Adónde vas? ¿Qué tal la fiesta ayer?

¿Se lo explicaba o no? Era impensable no ponerle al día y Lily conocía de primera mano mi problema con las... visiones.

—Nada del otro jueves. No te perdiste nada. —Excepto un terceto de jazz, un vaso roto y el tío más bueno que he visto nunca—. Ya hablamos más tarde.

Lily levantó la mano que sostenía la magdalena para mirar la hora. No le gustaba llegar tarde, aunque me seguía mirando con demasiada curiosidad. No podía arriesgarse a ser impuntual.

—Más te vale —me advirtió, mientras me lanzaba una mirada rápida y cruzaba la calle hacia el estudio de fotos.

Qué alivio.

Me paré delante del café y me llevé la mano al estómago. Sentía un hormigueo incesante y tenía que calmarme. No sabía si era por la conversación que acababa de tener o por lo que estaba por llegar. Empujé la puerta e inspiré profundamente el delicioso aroma a café recién hecho. Mientras se oía el tintineo de la campanita, intentaba mantener mis nervios a raya.

Michael estaba sentado en el fondo. Leía un periódico que parecía escrito en español. Pedí y me acerqué a su mesa, dejando la mochila en el suelo mientras sacaba mi silla. No se había afeitado e iba vestido casi como yo: camiseta negra y téjanos. Me paré un momento a contemplar cómo le quedaban. Y esos músculos.

—¿Entiendes lo que lees o es para hacerte el interesante? —le pregunté, mientras me sentaba.

Levantó la vista del diario, abrió la boca y soltó una parrafada en un idioma extranjero.

—Vale, vale. Lo capto. No hace falta que me insultes.

Soltó una carcajada y me enseñó sus dientes blancos, limpios. Sonaba bien, como si lo hiciese a menudo. Me encantaría ser capaz de rérme así. Su sonrisa me cautivó como la noche anterior.

—¿En qué estabas hablando?

—En italiano.

—¿Cómo aprendiste italiano?

—Por mi abuela. —Plegó el diario y lo dejó encima de la mesa, inclinándose hacia delante con una intensidad que no esperaba—. ¿Qué quieres tú?

—Ya he pedido. Un *espresso*.

—No. Quiero decir, que qué quieres de esta vida.

—¡Buenos días! ¿No es un poco pronto para filosofar? —Me aparté el pelo de la cara y me acomodé en la silla.

—¿Tan incómoda te pones con la pregunta?

—Hombre, no es para hablarlo por primera vez con un desconocido. —La camarera trajo mi café y mi pastel. Cuando se fue, continué—. Ya sé que no eres un desconocido. Pero ayer nos vimos por primera vez.

—No soy tan desconocido. —De nuevo, una sonrisa—. Vamos a empezar por algo más sencillo: ¿qué esperas del día de hoy?

Envolví la taza de café con mis manos mientras pensaba en qué decir y sentía, a la vez, como mi rostro se contagiaba del calor. Esperaba que se me viese acalorada, no ruborizada.

Michael me miraba como si tuviese todo el tiempo del mundo; tan auténtico que me dejaba sin palabras. Las mariposas del estómago revoloteaban a sus anchas. No estaba preparada para ser tan honesta. Quizá ni ahora ni nunca. Tampoco se me daba bien mentir. ¿Pero huir?

En eso tenía varios másteres.

—Explícame un poco sobre ti, así me sentiré más cómoda. —Muy bien. No podía competir contra eso. Y yo estaba deseando saber más sobre él. Mucho más.

Michael desplegó sus manos sobre la mesa. Tenía unos dedos largos; unas uñas cuadradas, un poco más largas en la mano derecha. A lo mejor tocaba la guitarra. Llevaba un anillo de plata en el pulgar de la mano izquierda.

—Tengo una hermana que se llama Anna Sophia. Mi madre es agente inmobiliario. Trabaja con edificios históricos; le va bastante bien, como a Thomas. Es la mejor. Y mi padre lleva desaparecido del mapa desde que yo tenía ocho años o así. —Sonrió brevemente. Quise saber más—. He vivido siempre en las afueras de Atlanta y llevo un año trabajando para La Esfera.

Desde mi búsqueda infructuosa por Internet, me había montado una peli al estilo Marión Brando sobre La Esfera: me había imaginado a dos tipos armados de nombre Paulie y Vito en el cuarto oscuro y humeante de un restaurante italiano. Tenía que verlo todo más claro. O como mínimo menos terrorífico.

—¿A qué se dedica exactamente La Esfera? —pregunté.

—Orientación laboral. Guía.

—¿Cómo te pusiste en contacto con ellos? ¿O fue al revés?

—Al revés. Me asignaron un guía que me ayudó a identificar mi habilidad. Llegué directamente de la universidad y empecé colaborando en algunas cosas como orientador: tratando con adolescentes, reuniendo información... cosas así. Entonces todo empezó a moverse, mi guía murió. —Hizo una pausa para coger aire—. Y quise asumir más responsabilidades. Quería dar lo que había recibido.

Sus ojos y sus labios expresaban pena. Quizá algo más. Rabia. Su rostro estaba surcado por una emoción que se advertía muy profunda.

—Lo siento por lo de tu amigo.

—Es la vida. Momentos dulces y amargos —dijo, mientras la melancolía barría la rabia de sus ojos—. Lo sabes tú mejor que nadie.

Pocos momentos dulces recordaba.

—¿Y qué representa que vas a hacer conmigo? ¿Asesorar? ¿Orientar?

—Hablo con personas que están luchando por aceptarse a sí mismas. Escucho. —Se encogió de hombros.

—Como ahora.

—No del todo.

—¿Ah no?

—Sí. —Me sonrió. En mi estómago se formó un huracán de mariposas—. No me refiero a lo de escuchar.

Escondí la cara en la taza de café. Le di un sorbo y le pregunté:

—¿Acabaste la universidad, entonces?

—Ahora voy a empezar el segundo año. ¿Y tú?

—Thomas quiere que acabe el segundo de bachillerato en el Instituto de Ivy Springs. Solo me queda un semestre porque puedo convalidar las clases de verano que he hecho durante dos años. Me encantaría acabar el bachillerato de una vez, pero Thomas querrá más. —Me reí, sin ganas. Lo último que necesitaba era volver a hacer el ridículo delante de los compañeros de clase—. Espero que me deje un poco tranquila. Necesito un poco de calma.

—Necesitas tranquilidad por encima de todo. Te lo mereces —respondió, con una voz llena de calidez—. También podéis encontrar otra alternativa a la universidad.

—Quizá. —Lo dudaba—. Bueno, espero estar mejor de aquí a poco—. Y tú también podrás volver a tus farras universitarias, al fútbol, a las asambleas de chicas... ¿no?

—No bebo. Prefiero el béisbol y paso de las asambleas de chicas.

Menos mal.

—Y... Emerson —me dijo, apoyando los antebrazos en la mesa mientras me miraba fijamente—. Para que quede claro. Tú no tienes ningún problema mental.

Inquieta con la sensación y con lo cerca que lo tenía, desvié la mirada.

—Gracias por el voto de confianza, pero con todo el respeto: no estoy de acuerdo.

Escuché su suspiro.

—Seguro que tienes más preguntas. Dime.

Con las manos debajo de la mesa, intenté salir del bloqueo mientras me enrollaba la servilleta entre los dedos. Michael veía las mismas cosas que yo y estaba completamente cuerdo. Encima, era como un bálsamo para mí. Hablar con él me serenaba; deshacía el nudo de mi garganta. Quería saber cuál era exactamente la diferencia entre nosotros. Porque había una diferencia muy clara.

—¿Cómo fue la primera vez en que se te apareció una visión del pasado? —le pregunté en voz baja.

—Mi madre compró un solar en el distrito de Peachtree en Atlanta. Plena Guerra Civil.

Pensé en seguida en la Escarlata del día anterior y no pude reprimir un resoplido. Poco después de empezar a ver cosas, me fui de excursión con la clase a un paraje reconstruido en el sur, que había sido zona de guerra. Era incapaz de distinguir a los muertos de los vivos y me pasé una semana entera encerrada en mi habitación.

—Las cosas que vemos... ¿qué son? —Nuestras miradas se cruzaron—. No tengo ni idea. Nunca he pensado que son fantasmas. Pero no sé qué son. ¿Tú qué crees?

Michael se inclinó hacia delante.

—Para mí, son como bucles del tiempo. Bucles, para entendernos. Huellas de los que vivieron antes y tuvieron un gran impacto en el mundo. Básicamente, es eso.

—¿Eso no es lo mismo que un fantasma?

—Es aún más complicado.

—¿Por qué?

—Difícil de explicar —respondió Michael, frunciendo el ceño mientras tamborileaba con los dedos en la mesa—. Es una cuestión de física. Ya te iré...

—Ah, no. Gracias. —Levanté una mano—. Ya tengo suficiente. No hace falta.

Pensé en la descripción y en seguida apareció en mi mente el recuerdo del hombre de ayer. Estaba segura de que él también lo interpretaba a su modo.

—Bucles. Al menos eso deja la puerta abierta a una explicación sobre lo que me pasa. Si es que tiene explicación... lo siento.

—No te disculpes. —Frunció el ceño—. No te quiero convencer de nada.

—No te preocupes por eso —le lancé una mirada triste—. Por desgracia ya estoy más que convencida de que algo me pasa.

—Eso es bueno. —Michael se reclinó, se cruzó de brazos y estiró las piernas. Calzaba unas botas negras enormes de motorista al lado de mis pequeñitas zapatillas—. A mí me gusta ir con la verdad por delante. No soporto a la gente que esconde cosas.

Pues yo era una experta.

—¿A cuánta gente se lo has explicado?

—A mi familia, a los de La Esfera. —Se aclaró la voz y le dio una vuelta a su anillo—. Y a muy pocos amigos.

Tenía muchas ganas de saber si había alguna novia incluida en el grupo.

—¿Y fue muy duro explicárselo a la gente?

—La verdad es que no. Es gente muy especial.

—¿Como nosotros? —Me gustó la sensación de grupo y, al mismo tiempo, me daba rabia pensar que no era la única para él.

—No.

—Entonces, hay más gente con cualidades... únicas.

—Más de los que te crees —me respondió mientras me miraba fijamente.

—Mmmm. —Retuve esa frase mientras saboreaba el pastel. Michael me estaba dando tiempo porque retomó la atención en su diario.

Cuando empecé a ver cosas... bucles... me convertí en un bicho raro. Poco después, pasé a ser un bicho raro sin padres. Los niños del orfanato pasan una época oscura, pero se rehacen. Yo no lo conseguí. Tampoco mejoré después del ingreso en el hospital, con una terapia intensiva a base de medicina nuclear.

Ahora tenía a Michael sentado frente a mí, como cualquier otro martes normal, diciéndome que le pasaba lo mismo. Diciendo que había más gente «especial». La idea de que existía gente con habilidades; gente a la que yo podía conocer... me daba miedo y tranquilidad a la vez. La idea de relacionarme con uno de ellos —con uno que me lanzaba miradas desde su diario— me estaba empezando a atraer. Pero también existía la opción de que, sencillamente, me estuviese poniendo a prueba.

O esperaba una de mis crisis para examinarme.

—Muy bien. —Rompí el silencio—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Volvamos a la pregunta inicial. —Plegó el diario y lo dejó en la mesa—. ¿Qué esperas, de esta vida?

—Quiero ser normal, pero veo que no es posible.

—La normalidad es muy aburrida. —Su sonrisa era deliciosa.

—Bueno... —Vacilé, distraída con su boca—. Si no puedo ser normal, al menos entender por qué me pasa esto.



—Por qué nos pasa esto —me corrigió—. ¿Cenamos esta noche? Así tienes todo el día para pensar en más preguntas.

Cenar con él. Ay ay. Claro que sí.

—Reservo en La Central a las siete. Tengo enchufe. ¿Te parece bien?

—Una cenita —me dijo, sonriéndome mientras se levantaba de la silla. Su sonrisa desapareció de repente—. En La Esfera somos profesionales.

Le sonreí mientras se iba y las mariposas del estómago aterrizaban contra el suelo.

Pero no estaban muertas.



CAPITULO 6

De camino a casa me paré en La Central para hacer las reservas. Como todo el mundo seguía llamando igual al local, Thomas decidió dejarlo así. Aprovechó el cartel antiguo y lo decoró con piezas de hierro antiguas del edificio. Le daba un aspecto insólito, con esa mezcla de madera vieja y metal pulido. Quedaba bien si te gustaba ese estilo.

Y, de hecho, a mucha gente le gustaba porque, de no tener enchufe, me habría sido difícil reservar para dos. No tuve ningún inconveniente en usar mi contacto, pues la recepcionista acabó apuntándome en la lista después de insistirle un buen rato. Por nada del mundo me perdía la cita... la cenita. Me estaba saliendo una risita tonta que, por suerte, pude reprimir. La chica me miró de reojo. Era muy consciente de que esa noche iba a alimentar los comentarios del pueblo. Que hablaran.

Después de hacer las reservas, caminé por la plaza de camino a casa, fijando los ojos en el suelo, sin querer pensar en nada en concreto. Lo estaba consiguiendo cuando, de pronto, después de cruzar la calle, se me apareció un hippie de los años setenta con un collar de cuentas en forma de corazón. Se desvaneció al momento, en una fina capa de humo, como un bucle. Al menos ahora podía llamarlo de alguna manera.

Decidí cerrar los ojos y continuar directa hacia mi casa, pero tampoco era cuestión de lesionarme antes de la cena. El silencio me acogió al entrar en casa y me sentí muy bien sola, con el debido espacio.

Dru había decorado mi habitación antes de que volviera al pueblo. Era justo como me gustaba: paredes marrón oscuro, algo más claras que mi *espresso* de la mañana, tapicería en tonos coral que le daba vida a la habitación, fotos alegres. Una silla de piel y escabel entre las dos ventanas de la esquina. Custodiando mi cama, murales de John William Waterhouse. Justo en el centro, mi favorito: *La dama de Shalott*. A la altura del armario, un espejo largo coronado por una lamparita.

Me llevé un susto al ver a Dru, que entró sin avisar.

—Perdona, Em. No sabía que estabas aquí.

Dejó una colcha naranja de textura sedosa encima de la cama. No le había quitado la etiqueta.

—La he visto y me ha parecido muy bonita. Te dejo sola.

—No, quédate. No hace falta que me compres nada, ya lo sabes. —Se lo dije con la mayor ternura mientras cogía la colcha y la dejaba en mi regazo. Solo quería que supiese que yo la valoraba igual—. Me encanta esta colcha. Gracias.



Se puso roja. Su piel de porcelana brillaba aún con más fuerza, agradecida al verme contenta. Le debía muchas cosas a Dru. No solo me había aceptado como una hija al casarse con Thomas, sino que había puesto todo su empeño en que yo me sintiera cómoda y querida cuando volví a casa. Gracias a ella, nunca me sentí una fracasada al dejar el colegio y me recordaba constantemente que no era mi culpa haberme quedado sin plaza.

—Bueno —dijo, sentándose bruscamente en la silla de piel—. ¿Y qué me cuentas de Michael? Es distinto a los demás, ¿no?

Tenía que conseguir que mi opinión no se notara.

—Madre mía, tiene unos labios... —Mi lengua se disparó sin darme tiempo a detenerla. No tenía previsto ser tan honesta. Mis ojos se abrieron y la cara me ardía. Solo quedaba esperar que Dru no me hubiese oído.

De eso nada.

—¿¡Qué!?! ¡Emerson, nunca te he oído hablar así en tu vida!

Me mordí los labios, pero las risitas se escapaban. Eran normales. Eran lo único normal. Dru se sumó a las risas.

—Bueno —se secó los ojos con el puño de la camisa—, no sé yo, tu hermano, pero a mí me encanta verte así. Te han pasado demasiadas cosas en estos años. —Se puso seria otra vez—. Has vivido mucho más que mucha gente en toda su vida.

Por mucho que no quisiera hablar sobre el pasado, siempre volvía. Tenía que hacer algo. Me arranqué los zapatos y les di una patada. Me abracé a las rodillas.

—Esta noche he quedado con él para cercar.

—¿Estáis saliendo?

Puse los ojos en blanco.

—Ojalá. Pero ya dejó bien claro que en La Esfera nadie sale con clientes.

Dru me miraba con escepticismo.

—Sí, ya lo sé. Thomas lo habló un montón de veces con Michael antes de contratarle. Pero bueno... ayer lo pillé mirándote.

—Se me cayó un vaso al suelo y casi me hiperventilo delante de todos. No me extraña que me mirase.

—No, no. Antes de eso.

Yo también lo había notado.

Quizá Michael se sentía sencillamente satisfecho de haber encontrado a alguien como él y resulta que esa teoría de que los contrarios se atraen es una chorrada. Todavía no lo sabía. Había estado tan ocupada intentando borrar mis últimos años que no había tenido valor de salir con nadie. En grupo sí, aunque lo pasaba fatal si no conocía a nadie. Pero nunca a solas con un chico. Con un chico que acababa de conocer. Tanto si me gustaba como si no, esa noche no se podía considerar una cita.

—Que no voy a salir con él —dije en voz bien alta, para recordármelo a mí misma—. Vamos a hablar del método que debemos seguir. El cobra por las sesiones. Trabaja para nosotros. En ningún momento me ha pedido para salir.

Dru no me prestaba mucha atención.

—¿Qué te vas a poner?

Sabía que en ese momento estaba retorciendo los dedos, muriéndose de ganas de ayudarme a escoger la ropa.

—¿Me ayudas?

Minutos después, me estaba dando otro par de tacones y un vestido muy alegre en tono cobre.

—Este es el tuyo. Te voy a resaltar el verde de tus ojos. Ahora mismo voy a avisar para que os pongan la mejor mesa. Hoy traen las cajas de vino, así que esta noche tengo que estar. Pero yo haré como que no te conozco. ¡Venga, espabila!

La quería tanto que la dejé que mandase a su gusto.

Durante mis años en el internado, soñaba con tener un baño como el de ahora. Qué placer. La de veces que me había duchado encogida en platos de ducha enanos con cortinas decrepitas o había tenido que esperar para entrar a cepillarme los dientes. No eran más que recuerdos. Era un lujo sentir el agua correr debajo de los tres chorros ajustables. Empezaron a ser un placer para mí en cuanto aprendí a saber usarlos. Me resistí a la tentación de quedarme allí para siempre. Por muy a gusto que estuviese, ninguna ducha podía competir con lo que me esperaba aquella noche.

Con quien me esperaba aquella noche.

Entré en la habitación envuelta en la toalla y caminé hacia mi cuñada. Estaba equipada con su estuche de maquillaje y accesorios para el pelo. Era una forma de arte para ella y se aplicaba de la misma manera cuando vestía a alguien, decoraba edificios o maquillaba. Tenía el gusto estético tatuado en la piel y yo sabía de primera mano cuánto disfrutaba mimando a los demás.

Cuando acabó, me puse el vestido y me miré al espejo. Tenía unos ojos verdes increíbles y el pelo liso y fino caía sobre mis hombros desnudos. Dru me roció el cuello y escote con unos polvos brillantes que olían a caramelo, dándome un toque de contraste ideal con el vestido metalizado. Además, me había maquillado con tonos suaves cobrizos que me hacían resplandecer. Como un árbol de Navidad.

—¿No te estás pasando? —le pregunté.



—Hazme caso. —No estaba acostumbrada a que le parasen los pies. Ante mi mirada cautelosa, añadió—: En serio, confía en mí. En La Central hay muy poca luz, con tanta velita. Vas a deslumbrar a todos.

—Sí, como una luciérnaga.

—No. De eso nada. Mira.

Apagó la luz del techo y encendió la lamparita, recogíendome en una cola la melena rubia. Me volví a mirar en el espejo y me encontré con una extraña.

—Va a pensar que me he puesto así por él.

—Va a alucinar tanto cuando te vea que no podrá pensar en nada.

Lo que me faltaba para acabar de ponerme nerviosa.



CAPITULO 7

Llegué al restaurante un poco antes de la hora, pensando que estaría más cómoda si llegaba yo la primera. El *maitre* me condujo hacia una alcoba muy íntima, resguardada en un rincón iluminado por dos candelabros de hierro forjado. Me empezaba a sentir incómoda con la escena de seducción, así que pensé en cambiarme de mesa justo en el momento en que vi a Michael caminando hacia mí. Llevaba una camisa blanca, sencilla, sin más aderezos que su piel aceituna. Pantalones finos color caqui moldeaban sus caderas y resaltaban sus músculos. En la tenue luz, era lo más parecido a un ángel de la oscuridad. Sus ojos eran casi tan negros como su pelo y se toparon con los míos justo antes de contemplar mi rostro y descender por mi cuello. No supe qué hacer hasta que él dio un silbido. Después seguía sin saber qué hacer.

—Ah, hola. —Mis palabras salieron en forma de susurro. Parecía que estuviese imitando a Marilyn Monroe.

Michael no me respondió; se limitó a sonreírme y se sentó. En seguida me llegó su fragancia: pura, fresca, afrutada, tentándome a acercarme.



Me empecé a mordisquear los labios, pensando en el brillo que Dru me había aplicado con tanta maña. Me quedé pensativa.

—¿Qué tal ha ido la tarde?

—Productiva—respondió, colocándose la servilleta en el regazo—. ¿Y tú?

—También.

—He hablado con Thomas porque estoy pensando en entrar de alquiler en uno de los apartamentos de tu edificio. Mi compañero de piso se va y tengo ganas de vivir solo.

En ese momento tuve suerte de no tener nada en la boca. No habría sido decoroso expulsar el té por la nariz.

—¿Un apartamento? ¿En mi edificio? ¿Ah, sí? Vaya. —Me aclaré la voz—. Así que necesitas cambiar de ambiente, ¿no?

—Sí. Hasta que me vuelva a cansar. —Sus ojos volvieron a mi cara y se detuvieron en mis labios demasiado tiempo. Intenté no mordérmelos.



Intenté desesperadamente no morder los suyos.

—Bueno —introdujo, acercándose a mí—, ¿no tenías más preguntas para mí?

Había que volver al tema. Tenía guardada la lista de preguntas en el bolsillo delantero del bolso, pero dudé. Me estaba empezando a poner nerviosa y me puse a jugar con la rosa de un jarrón.

—Hoy estaba pensando en lo de ayer. Mis visiones cada vez son más complejas. ¿Cómo puede ser que se me aparezca un grupo de jazz, con un piano enorme? ¿Tú también veías cosas cada vez más grandes?

Se quedó en silencio un rato antes de responder.

—Es difícil explicar lo que viste ayer. Es otro bucle en forma de escena. También es nuevo para mí. Yo no le daría mucha importancia. A mí me parece que tiene que ver con nuestra capacidad de volvernos más fuertes con la edad.

—¿Cómo que «te parece»? Eso no me tranquiliza. —Me eché a reír, con descrédito—. ¿Lo dices en serio? ¿Cómo no me voy a preocupar, si ni siquiera sabes darme una respuesta decente!

Michael miró hacia la distancia, a un punto no concreto más allá de mi hombro izquierdo. Su voz era firme.

—Ya llegaremos a las respuestas, no te preocupes.

—Vale —respondí, notando cómo mi curiosidad iba en aumento—. ¿Alguno de esos bucles sabe cosas sobre ti?

—¿Qué quieres decir? —Su mirada regresó a mi rostro.

—Pues tu nombre, o... —Me detuve. No era momento de explicarlo. Seguí pensando en mis preguntas—. Cuando sabes que estás viendo un bucle, ¿cómo te acercas a la escena?

—Muy lentamente. —Michael sonrió, rompiendo la tensión.

Yo seguía jugueteando con la rosa. Estaba tan embelesada con su sonrisa que no me di cuenta y volqué el jarrón, desparramando el agua por la mesa.

Pero como no estaba saliendo con él, tampoco tenía por qué avergonzarme.

Nuestras manos corrieron a levantar el jarrón y los dedos se tocaron. Un torrente de energía fluyó de su mano a la mía. Mi piel se volvió insuficiente, tensa, como si necesitara un mayor contacto. Se oyó una vibración y nos quedamos a oscuras.

Estaba pasando algo muy, muy extraño.

Levanté la vista lentamente hacia Michael. Tenía la cara tensa; me miraba con un gesto imposible de descifrar. Me aparté bruscamente. Estaba confundida, asustada. Seguía sintiendo la electricidad que

había pasado de sus dedos a los míos, subiendo hasta las raíces de mi pelo. Todas las demás luces seguían encendidas.

Habría jurado que estaba temblando. Michael guardó una mano debajo de la mesa y miró la carta.

—Emmm... ¿qué ha sido eso? —pregunté, con un hilillo de voz mientras el agua empapaba el mantel.

—Es difícil de explicar.

Así que había pasado de verdad.

—¿Somos nosotros?

Asintió, serio e inexpresivo.

—¿Te ha pasado esto antes?

—No de la misma manera.

La camarera llegó para tomar nota. Fue una interrupción que no disipó la tensión. Yo estaba deseando que se fuera para poder tocarlo. En lugar de eso, me tapé la cara con la carta, intentando relajarme. Michael se pidió el plato del día y, sin más interés o curiosidad, pedí lo mismo.

—En seguida lo traigo —dijo la camarera mientras recogía las cartas—. Observó los candelabros y retorció los labios de carmín rosa. —Y también traeré velas. ¿Están muy oscuros, no?

Ninguno de los dos respondió y ella se fue. Me sentí desnuda, sin la carta.

—¿No vamos a hablar de lo que acaba de pasar?

—¿Confías en mí si te digo que es mejor que lo dejes de momento?

—¿No tengo más opción?

—Creo que no —sus labios dibujaron una sonrisa, pero la mirada permanecía impassible—. Podrías continuar preguntando.

—Qué ha pasado. Dímelo de una puñetera vez.

Su cara me estaba diciendo claramente que no daba su brazo a torcer.

—Vamos a ver. —Intenté coger en volandas uno de mis pensamientos, para tener algo de qué hablar. No pude. Decidí, entonces, sacar la lista de preguntas y dejarla encima de la mesa, frente a mí—. ¿Cómo distingues entre personas reales y bucles temporales?

—Lo primero que hago es pegarles una patada.

Me puse colorada. No por el hecho de haberle pegado una patada, sino porque estaba pensando en sus abdominales.

—Bueno, aparte de eso.

—Por la manera en que desaparecen y se convierten en objetos sólidos. —Se dio golpecitos en los labios—. También... llevo un montón de tiempo viendo bucles y ya los intuyo.

Eso me podría ayudar.

—¿Y cómo consigues que desaparezcan? —Volví a mi lista de preguntas—. No para siempre, sino en el momento. Porque, ¿qué pasa si se te cruzan por el camino?

—Intento pasar de ellos. Como ya los identifico, son más fáciles de evitar y, si quiero que se vayan por algún motivo, los toco. Lo que pasa es que en realidad no toco nada. ¿Y tú?

Asentí, contemplando sus dedos. Incapaz de detener las ganas de que me tocara.

Los platos llegaron a nuestra mesa y nos dimos un respiro. Me volví a guardar la lista en el bolso. Recuperé el apetito al oler la comida. Nos trajeron una especie de salmón caramelizado con espárragos a la brasa. Michael le dio unos cuantos bocados y apartó el plato. Apoyó los codos en la mesa y, entrelazando las manos en forma de sermón, dijo:

—Cada vez lo harás mejor. ¿No lo ves más fácil ahora, desde la primera vez que los viste?

¿Más fácil?

—Supongo.

—¿Cuándo empezó?

Titubeé, intentando atrapar con el cuchillo un espárrago huidizo.

—¿Qué sabes de mí?

—Thomas me ha explicado un poco sobre ti. Que empezaste a tener visiones poco antes de que tus padres murieran. Y parece que sus restauraciones lo acentúan.

—¿Algo más que sepas?

Michael le dio un buen trago a su té, tomándose un tiempo para escoger bien las palabras.

—Me comentó que lo has pasado bastante mal.

Miré a mi plato, centrada en mis pensamientos, sin poder mirarle.

—¿Te ha explicado que me ingresaron?

—Sí, pero no me ha querido decir el porqué. Y le dije que ya lo explicarías tú, si querías. —Su voz era suave, tranquilizadora.

—Por depresión. En principio... —Yo seguía con la mirada baja. Corté en pedacitos una torta de pan que quedaba en mi plato—. Empecé a ver los bucles. Y poco después... mis padres murieron. Me

hundí. Pero, por si fuese poco, me diagnosticaron y me empezaron a medicar. Medicamentos superfuertes. Me quedé seca. Las visiones desaparecieron, pero se llevaron todo lo demás. Mi personalidad, mis deseos. Todo. Me construí un escudo.

Un escudo que no valía para nada.

—Me fue bien un tiempo. Aunque me sentía vacía, no había dolor. Pero iba pasando el tiempo y me oía a mí misma desde lejos, implorando volver a ser la de siempre. —Seguí despedazando los trocitos—. Después de salir del hospital y de dejar la escuela encontré a una terapeuta, Alicia, que me dio la oportunidad de poder hablar, explicárselo todo.

No todo.

—Las Navidades pasadas dejé la medicación. —No me podía creer que se lo estuviera diciendo, pero las palabras brotaban sin parar. Había algo en sus ojos, en la manera de mirarme sin juzgarme que me empujaba a seguir hablando—. Thomas y Dru no lo saben. Y no quiero que se preocupen por mí. Sé que se preocuparán mucho si se enteran.

—No sé si quieres usar las miguitas de pan en plan Pulgarcito, pero deja esa torta de maíz de una vez. —Su voz seguía afligida, por mucho que lo intentase disimular. Me puse un poco nerviosa, pero su ternura volvió a serenarme.

Dejé los trocitos de pan, me crucé de brazos y continué.

—Dejé los fármacos y empecé a ver cosas otra vez. Me pasó un par de veces, el septiembre pasado. Vi un bucle en casa de mi amiga Lily este verano. Y ayer vi a una dama vestida con falda de miriñaque y a un tío en el comedor, y por la noche vi...

—Al grupo de jazz, sí. ¿Te sientes bien después de haber dejado la medicación?

—La odiaba. Había perdido el control. Aunque claro, los tarados como yo no suelen tener mucho autocontrol.

—No digas eso más. —Su voz era suave, pero me estaba dando una orden—. Tú no estás loca. Lo que ves es real; es auténtico, Emerson. Tú eres auténtica. Has pasado por un trance horrible: perder a tus padres.

Perder la cabeza.

—Lo único que digo es... por favor, no seas tan dura contigo misma. —Se inclinó como si fuese a cogerme la mano, pero volvió a reclinarse—. No te exijas tanto.

Sus palabras me infundieron un enorme alivio. No solo por lo que dijo, sino por cómo lo dijo, como si no aceptara ninguna otra opción. La ansiedad que llevaba bien guardada se desató y empezó a salir con un dulce desahogo. Mis ojos se empañaron de lágrimas.

—Qué rabia. No soy una llorona. Te lo juro. No me gusta nada llorar. Odio llorar.

Me sequé los ojos con la servilleta antes de que cayeran las lágrimas. El llamó a la camarera para pedir la cuenta, dándome, así, un respiro para recuperarme.

—Invita la casa —dijo la camarera con alegría, lanzándome una mirada y sonriendo brevemente a Michael.

—Gracias. —Michael le devolvió la sonrisa. Pero cuando se alejó, Michael le había dejado un billete de veinte en la mesa.

Buena propina. Siempre era una buena señal.

Esperé unos segundos y lo miré.

—Gracias. —El asintió. Sabía tanto como yo que no le estaba agradeciendo la cena.

—¿Salimos de aquí? ¿Vamos a tu casa?

CAPITULO 8



—Tarde unos segundos en volver a pestañear.

—Él no se molestaba en ocultar su sonrisa.

—¿Me enseñas los apartamentos?

—Sí, sí. Claro. Si quieres ir, vamos. —Me levanté, con la vergüenza de saber que me ardían las mejillas.

Mientras caminábamos hacia la barra, su mano rozó accidentalmente mi espalda, subiendo de tal modo mi temperatura que se me enfrió el resto del cuerpo. Lo miré de reojo y él se guardó la mano en el bolsillo. Detrás de la barra, Dru contaba las botellas de vino tinto mientras el camarero las guardaba en la bodega de teca.

—¡Dru! Michael quiere ver los apartamentos. ¿Puedo usar la llave maestra?

—Claro. —Se sacó un juego de llaves del bolsillo y pasó una por la anilla. Nos miró a los dos varias veces, entre seria y sorprendida.

El maquillaje se me había corrido y se notaba. Caminamos en silencio por la plaza del pueblo. Mis emociones seguían a flor de piel, como si de la manera más absurda todo lo que cargaba en el interior hubiese asomado, pero no era un sentimiento de vulnerabilidad doloroso. Mientras le enseñaba los dos apartamentos, la energía entre nosotros no había parado de correr, agudizando mis sentidos más que nunca. Incluso la luna estaba enorme y yo comenzaba a sentir algo completamente nuevo. Me estaba sintiendo... segura.

Salimos al pasillo y cerré la puerta del último apartamento. Me volví hacia él.

—Me gustan los dos. Thomas y Dru ya decidirán el que me quieren alquilar. —Michael retrocedió sobre sus pasos y me examinó durante unos segundos que se convirtieron en horas mientras sus dedos quedaban a dos centímetros de mi cuerpo.

—¿Estás seguro? —pregunté con voz queda.

—No le voy a dar muchas vueltas —me respondió, entre susurros—. Más vale que te acostumbres.

La energía me reclamaba y me dejé llevar. Le di la mano.

Mejor de lo que pensaba.



La iluminación del pasillo era bastante tenue y eso me hizo sentir cómoda. Cuando las luces empezaron a parpadear, no sabía adónde mirar.

En el rostro de Michael se reflejaba una especie de lucha interna. Era pura indecisión. Empecé a temblar; un temblor que se convirtió en zumbido. Había tanta energía entre nosotros que podríamos haber iluminado el Hemisferio Norte.

—Lo siento —me dijo, con voz afligida. Su mano izquierda, cálida y tensa, seguía descansando sobre mí.

—¿Por qué? Es muy nuevo todo para mí, pero estoy bien.

Experimentar ese enorme zumbido con un chico al que acababa de conocer era tan raro como ver zombis. Pero también era placentero.

—No por... tocarnos. Por los bucles. Siento mucho que tengas que pasar tú sola por todo esto.

—Gracias, pero ya me he acostumbrado. —Saqué la mano lentamente y retrocedí, comprobando en el mismo momento que las rodillas y las piernas me obedecían.

—Recuerda que estoy aquí para ayudarte. —Soltó la mano y la dejó a un lado—. Voy a estar por ti hasta que me pares los pies.

O hasta que mi hermano dejara de pagarle.

—En fin... —hice un gesto en dirección a la puerta—, ya me tengo que ir. Buenas noches.

—Buenas noches.

Le observé mientras se iba, apoyada en el pomo de la puerta, intentando mantenerme recta. La potencia se extendía por todo el pasillo, hasta el vestíbulo.

Abrí la puerta de mi apartamento con la llave maestra y me fui hacia la cocina para apoyarme en la fría encimera de mármol.

Solo me quedaba darme una ducha rápida para quitarme los polvos del escote y los brazos. El agua caliente y la tranquilidad me calmaron. Mi piel se quedó tersa y rosada y me puse el pijama. Levanté la colcha y acaricié las sábanas blancas de hilo de algodón. Me sentí protegida por una cálida sensación.

Me fijé en las fotos de la mesita de noche. En una aparecían Thomas y Dru, morenos y muy sonrientes, y en la otra yo. Mi foto era de alguien vacío, inexpresivo. Habíamos ido de vacaciones en un burdo intento de distraerme tras la muerte de mis padres. Ni en Disney ni en las Bahamas: poco consiguieron.

En otra foto aparecían mis padres en las últimas Navidades. Cogí el marco de plata y contemplé aquellos rostros que nunca más volvería a ver, hasta que aparecieran de nuevo en mi vida en forma de bucle. No sabía si me causaba miedo o más ganas de verlos.

La conversación de aquella noche sobre mi pasado había abierto de nuevo la herida; la misma que se había ido cerrando con el paso del tiempo, hoy volvía a sangrar. Al ver la foto, sentí de lleno el dolor.

Nunca había sido tan honesta como con Michael. Me sentía segura a su lado; me sentía yo misma — rota, inconexa, imperfecta—, mientras él era el extremo opuesto: lleno, intacto, perfecto.

Perfectamente impredecible.

Volví a mirar la foto, observando cada detalle del rostro de mi madre, pensando que, si todavía estuviese viva, iría a su habitación, me enroscaría entre sus sábanas, le explicaría mis cosas.


Pero en lugar de eso me quedé estirada, apagué la lámpara y me abracé a la foto.

Justo antes de dejarme llevar por el sueño, noté la presencia de alguien, pero estaba tan cerca del sueño que no pude distinguir si estaba soñando o era realidad. No entendía por qué un hombre que había muerto hace muchos años se preocupaba por mí.

Jack apareció a los pies de mi cama, mirándome muy serio.

Cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, ya se había marchado.

CAPITULO 9


 uando me levanté al día siguiente, me sentía algo débil, como si hubiese perdido el escudo de siempre. Mi sarcasmo protector. Tenía que volver a coger fuerzas y continuar como antes. Así lo había aprendido. Y tenía que volver a entrenarme para las batallas dialécticas con Thomas; él no podía esperar menos de mí y siempre conseguía que entrásemos en guerra. Así regresé a la rutina: calzándome las Converse y preparándome para el asalto.

Lo encontré sentado en la mesa de la cocina, con la corbata doblada sobre el hombro, almorzando sus cereales de colorines favoritos desde que tuvo uso de razón: Fruity Pebbles. En torno a él se mezclaban olores de azúcar y fruta, conservantes y colorantes. Era un buen momento para empezar.

—Da gusto ver a un hombre de negocios como usted empezar el día con un desayuno saludable. — Caminé hacia él mientras pensaba en la posibilidad de sumergir su corbata en el bol—. Espero que no tengas una sobredosis de azúcar porque no sé qué va a ser del futuro inmobiliario de nuestro pueblo si faltas.

Thomas levantó ágilmente la mano y me agarró de la cintura antes de que pudiese agarrarle la corbata.

—Buenos días hermanita. ¿No estarás enfadada porque no fui a darte un beso de buenas noches...?

Posé la mano sobre su cabello rubio recién peinado para cabrearlo más aún.

—¿Y tú qué sabes si me dieron o no un beso de buenas noches?

—En este edificio va a haber seguridad: cámaras, alarmas, guardias... —Me obligó a darme la vuelta para mirarme de frente—. Así no tendré que preocuparme por si pasan cosas que no deberían pasar. Porque estamos hablando de un vínculo profesional.

—¿Me ha estado espiando? ¿Tienes ganas de discutir? —le dije, apartando bruscamente el brazo. El bol de Fruity Pebbles estaba peligrosamente cerca—. ¿Y a ti qué te importa? Como si nos vamos a Las Vegas a casarnos. Lo importante es que me está ayudando a tener una vida normal, ¿no?

—Michael y yo lo hemos dejado bien claro. Nada de tonterías entre vosotros. A él se le ha encargado un trabajo y yo espero que lo haga. No estoy de broma, Em.

El labio me empezó a temblar. Sentí unas rabiosas ganas de llorar.

¿Qué problema tenía conmigo? Estaba a punto de vomitarle unas cuantas frases cuando Dru entró en la cocina, por suerte para él. Venía corriendo de su habitación, agitando algo en la mano y dando gritos.



Mi hermano se levantó de un salto, olvidándose de los cereales para cogerla en brazos. Con todo el griterío y las voces, no entendí nada de lo que estaban diciendo.

—¡Déjame en el suelo, Thomas! —Le plantó un beso sonoro e intentó recuperar el equilibrio en el suelo. Por fin me di cuenta de lo que llevaba en la mano.

Una prueba de embarazo.

Sentí una mezcla de emociones instantánea. Ilusión, porque sabía que llevaban mucho tiempo intentándolo. Alegría, porque íbamos a ser uno más en la familia. Y miedo, para variar, porque ¿dónde iría yo a parar una vez naciese?

Dru se dio cuenta en seguida, porque no tardó en cogerme y darme un abrazo fuerte.

—No te preocupes por nada. Si nos quedamos justos de espacio, hemos pensado en coger el alquiler del tercer apartamento. No queríamos adelantarnos y hacer muchos planes, pero tampoco podíamos evitar pensarlo. La tía Em no se va a ir a ninguna parte, a menos que tú quieras.

—No, no. Yo me quiero quedar. —Y era cierto—. Siempre que estéis a gusto conmigo.

—Queremos que te quedes aquí con nosotros. Con los tres. —Thomas me cogió la mano y le dio un apretón. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan contento. La manera en que miraba a Dru acentuaba mis ganas de desaparecer.

—Creo que voy a salir a correr un rato. Así tenéis tiempo para vosotros, vuestras cositas, azul o rosa... Felicidades, en serio. Vais a ser unos padres geniales. —Me esfumé a mi habitación, con los ojos empañados, insultándome a mí misma por ser tan idiota. Me puse el top de deporte y la ropa de gimnasia, me hice una cola y salí rápidamente de la habitación con las zapatillas y el *Ipod* en la mano. Entré en el comedor sin cruzarme con ellos, pero se les oía. Parecía que estaban celebrando la noticia como tiene que ser.

Motivo de más para salir a correr.

Subí el volumen y me sumergí en el universo del rock alternativo. Quería correr; correr y no pensar. Solo respirar. Era un día perfecto de final de verano. Las hojas de los árboles, teñidas sutilmente de color, se agitaban en la suave brisa. Estaba deseando verlas de color dorado y rojizo y contemplar los escaparates repletos de enormes calabazas y crisantemos olorosos.

Me preguntaba si Michael seguiría por aquí a esas alturas.

Oleadas de gente de todas clases. Perros con sus dueños, cochecitos de bebé, corredores solitarios. Seguí corriendo por la acera en dirección a Riverbend Park y reduje el ritmo en cuanto llegué a una avenida diseñada por un brillantísimo arquitecto; un pariente lejano cuyos logros arquitectónicos le ofrecían siempre un toque funcional a las familias y turistas.

Thomas y Dru habían hecho mucho por este pueblo. Se conocieron después de que él dejara un importante grupo arquitectónico y empezara a trabajar por cuenta propia. Su gran idea era renovar Ivy

Springs de arriba abajo. Ella era nueva en el mundo del diseño y fue a parar a su negocio en busca de asesoramiento. Empezó como una relación profesional, pero no tardaron nada en liarse. Llevaban seis meses casados cuando nuestros padres murieron.

Los quería muchísimo y sabía que ellos también a mí. Me estaba comiendo el sentimiento de culpabilidad por no ser honesta con ellos y no decirles que me había saltado la medicación. Pero no quería preocuparlos y mucho menos ahora que había un bebé en camino... en fin. Tenían otras preocupaciones mucho más importantes, aunque por otra parte, Thomas se había autoproclamado inspector de mi vida amorosa. A lo mejor a partir de ahora estaría tan ocupado en pensar en un nombre y buscar guarderías que me dejaría en paz un tiempo. Aceleré el paso y, clavando la vista en el suelo para evitar sorpresas, continué con mi ritmo.

Hasta que me di un trompazo contra una pared de músculos. Por suerte para mí, conservé la dentadura intacta. Apreté los puños y di un brinco atrás para imponer distancia ante mi súbito atacante.

Michael.

Ahugué un grito y me quité los auriculares de las orejas.

—Qué coñ... Oye, no puedes ir asustando a los demás así.

Michael me miró con la boca abierta y la abrió aún más, estallando en una carcajada suelta que no le dejaba ni respirar. En sus brazos y piernas se antojaban unos músculos... Me volvió a mirar como si me estuviese examinando. Ojalá hubiese llevado una camiseta en lugar de un top en esos momentos. Me crucé de brazos, disimulando la vergüenza para teñirla de sensualidad.

Michael intentó adoptar una expresión más seria, pasando por diferentes caras hasta que puso la definitiva.

—Lo siento. No ha sido muy inteligente por mi parte querer chocar contigo.

—No pasa nada. —Sí pasaba.

—Pero lo que no me esperaba es que te pusieses en plan kungfu. —Michael dejó de aguantarse y explotó a reír de nuevo. De repente pensé qué tal le sentaría una buena patada, pero me volví a contener. Lo miré otra vez y reanudé la marcha.

Tardó unos segundos en seguirme. Tenía que ser difícil para él, pues sus piernas eran mucho más largas que las mías, aunque para mí no era ningún problema. Merecía sufrir. Corrimos en silencio durante un rato y le lancé una mirada. Él se seguía riendo. Me paré en seco y él pasó por delante. Dio una vuelta y se llevó la mano a la boca. Tendría que haberse tapado los ojos, porque empezaban a peligrar.

—Michael, basta ya.

Se acercó a mí, me abrazó del cuello y me empujó hacia él. Solo le quedaba darme un coscorrón amigable en la cabeza; era la única manera de no pensar en su cuerpo.

—Lo siento, de verdad —dijo. Pero su voz seguía contagiada de risa— Lo siento mucho. Eres tan preciosa.

—Sí, preciosa y sudorosa —le respondí, mirándole de soslayo.

Quizá era por lo cerca que lo tenía, o porque me había envuelto con su abrazo y los dos estábamos sudando y los dos respirábamos sofocados. Solo sé que el cuerpo me ardía y, en el instante en que nuestras miradas se cruzaron, me convulsioné de frío. Seguíamos estancados en la misma mirada cuando él me dejó ir y me guio hacia su lado.

—¿Hacemos las paces? —preguntó, dubitativo, tendiendo su mano.

Aguanté la respiración. Esperaba que no se me notase la piel de gallina. Recuperé el control y le sonreí mientras le estrechaba la mano.

Entonces le retorcí el brazo por encima del hombro y conseguí volcarlo al suelo.

Caminé alrededor de él con la misma sonrisa, mientras él me miraba, jadeando, desde el suelo.

—¿Te veo más tarde?

Pestañeó una sola vez. Lo interpreté como un «sí».

CAPITULO 10

uando volví al apartamento, Thomas y Dru ya se habían marchado. Qué bien me sentía. Volvía a ser la de siempre. Es increíble lo bien que le sienta a una chica volcar a un hombre al suelo.

Me pegué una ducha y cogí el portátil de Dru. Me lo llevé a la habitación y me senté con él en la silla de piel. Me encantaba el olor que desprendía. Me puse cómoda y empecé a investigar durante una hora. Cuando estaba a punto de dejarlo, entré en la *Gaceta de Bennett* y encontré el anuncio de un posgrado dirigido por el fundador de La Esfera, Liam Ballard.

Busqué su nombre en Internet.

Bingo.

Cambié de postura y dejé el portátil encima del escabel, inclinada hacia delante para ver mejor la pantalla. Clicqué en el primer resultado y apareció la foto de un edificio enorme completamente derruido. Más abajo, el título «Misterioso incendio en un laboratorio».

El artículo cuestionaba la muerte de Liam Ballard, un científico asesinado en el incendio de su laboratorio privado. No se encontraron restos de ningún material combustible o inflamable. El edificio acababa de pasar una inspección antiincendios. Su casa y demás edificios colindantes no sufrieron ningún daño y no hubo más víctimas.

Sentí un pinchazo en el estómago al continuar leyendo. Después de una ardua investigación por parte de las autoridades, el caso se archivó por falta de pruebas. Seguía sin haber ninguna razón para que se hubiese desencadenado el incendio.

Llamaron a la puerta y pegué un salto de la silla.

Volví al índice de resultados y salí despedida para abrir la puerta, parándome un segundo a contemplarme en el espejo. Encontré a Michael en la puerta, con cara de avergonzado y un ramo de cinias olorosas en la mano.

—Vengo a disculparme —me dijo, enseñándome las flores—. Ya me explicarás cómo haces esas cosas, ya.

Cogí el ramo y nuestros dedos se tocaron, provocando un calambre instantáneo. Aparté la mano rápidamente.

—Ya veremos si te lo explico. —Le lancé una mirada y me di la vuelta en dirección a la cocina. Me aliviaba pensar que no me veía la cara, porque estaba completamente roja. Metí la nariz en el ramo e inhalé la dulce fragancia de espaldas, grabándome el recuerdo del aroma.

Nunca me habían regalado flores.

—Muy bonito el apartamento —dijo, detrás de mí, repicando con los zapatos sobre el parqué.

—Gracias. Dru es muy buena decoradora. Le encanta meterse en proyectos y ahora tienen uno enorme entre manos. —Hice un gesto con la mano en la barriga y fui a coger un vaso de agua. Necesitaba concentrarme en alguna tarea.

—Diles que muchas felicidades de mi parte. —Se apoyó en la encimera, al lado del fregadero, mientras me miraba—. Qué ilusión, sobre todo para una pareja tan enamorada como ellos.

—Sí, tienen mucha suerte de haberse conocido —levanté la vista hacia él.

—Sí, tienes razón. —El único sonido que acompañaba a nuestras miradas era el del grifo.

Volví a mirar rápidamente el vaso, que estaba a punto de derramarse.

—Me han dicho que te diga que puedes entrar en el apartamento número dos. Pero no creo que sea barato. Espero que al menos te paguen bien por ayudar a la tontita.

—Por ti, trabajaría de gratis.

—¿Por mí? —Me mordí el labio y cerré el grifo antes de volver a mirarle.

—Eres muy especial.

—No sé qué entiendes por especial.

Me respondió con una sonrisa lenta y delicada. Miré a sus labios durante unos segundos, recuperé la postura e intenté embutir las flores en un jarro.

—Gracias, de verdad. Me encantan las cinias —le dije, aclarándome la voz.

Otra vez.

—Me alegro de que te gusten —me respondió, con una enorme sonrisa—. Pensé en ti en cuanto las vi.

Volví a mirar su boca.

Cielo santo.

Cogí el jarro con las flores y me siguió hasta la habitación. Se sentó en mi silla mientras yo despejaba mi tocador para dejar sitio al ramo. Oí mi nombre completo.

—Emerson.

—¿Sí? —respondí, distraída, mientras colocaba los tallos más altos detrás.

—¿Por qué has buscado a Liam Ballard por Internet?

Sentí un escalofrío al oír su tono de voz. Dejé de manosear el ramo y le respondí más distante, mirándole a través del espejo.

—¿Porque es el fundador de La Esfera?

Empezaba a pensar que le había causado alguna lesión cerebral al tirarlo al suelo. Su cara cambió en el mismo instante en que dije La Esfera, pasando de la seriedad al enfado.

—Michael... —Me di la vuelta. Daba tanta impresión de frente como a través del espejo; sus ojos marrones oscurecidos hasta el negro y sus labios apretados formando una fina línea.

—Qué...

Me interrumpió.

—¿Cómo has encontrado su nombre?

—Sale en un artículo sobre La Esfera y unos ex alumnos de Benn...

—¿Qué más has encontrado? —Parecía más una acusación que una pregunta. Su tono de voz era frío y duro.

No reconocía a este Michael.

—Que... que —hice una pausa, intentando mantener la voz firme—... había muerto en un incendio.

Se levantó y caminó por la habitación dando grandes zancadas.

Retrocedí un paso, rozando la espalda contra el tocador. Me estaba empezando a sentir mal.

Se acercó otra vez a mí y me miró fijamente mientras pronunciaba cada palabra:

—No te metas en estas cosas.

Tragué saliva. Tenía un nudo en la garganta.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy advirtiendo —me respondió, apoyando las manos en el tocador. Tenía los antebrazos pegados a mis hombros. Menos mal que llevaba camiseta en lugar de top; en una situación así, no habría ayudado mucho que nuestras pieles se tocaran.

—Olvídate de Liam Ballard.

—¿Por qué? —pregunté, casi sin aliento, atrapada, inmovilizada por sus ojos y sus brazos.

—Hazme caso y punto —respondió, autoritario, con voz de tímpano—. Yo me encargo de La Esfera. Confía en mí.

—Lo siento, jefe —le respondí, notando cómo mi miedo inicial se transformaba en cabreo—. Normalmente no me fío de la gente que dice «confía en mí».

—Bueno, pues no te queda más remedio.

Michael se mantenía firme, con su rostro cerca del mío. Sus mechones rubios caían sobre unos ojos marrón oscuro. La piel fina, suave, con una sombra de barba que no habría notado si no lo tuviese tan cerca. Me habría gustado la postura de no estar tan rabiosa.

—Emerson... —Parecía más un ruego que una llamada.

—Bien —le solté, con una clara determinación—. Ahora, déjame en paz.

Se apartó y retrocedió, examinando mi rostro. Me preguntaba si estaba notando el pulso en mi cuello. Porque yo sí. Necesitaba pensar con claridad. Cuando lo tenía cerca, me era imposible.

—Por favor, no me malinterpretes... Lo único que quiero es que... —Tocaba el tocador con las puntas de los dedos. Cerró los ojos e intentó decir algo.

Buscando una salida, escapé por debajo de su brazo. Alguna ventaja tenía que tener ser bajita.

—¿Qué es lo que quieres?, ¿meterme miedo?, ¿cabrearme?

—Ninguna de las dos cosas. —Se apartó del tocador y me miró de frente—. Yo...

—Déjalo. —Le corté, antes de que dijera nada—. Con intención o sin, lo has conseguido. Y ahora es mejor que te vayas.

No tenía ganas de que se disculpara. Tenía ganas de que se fuera.

Nuestras miradas se volvieron a cruzar y el aire se llenó de palabras no dichas. Su cara mostraba una extraña mezcla de emociones: en sus labios se dibujaba el enfado y en su gesto, el arrepentimiento.

—¿Alguna cosa más? —le dije, conteniendo la respiración.

Sacudió la cabeza y salió de mi habitación sin añadir ninguna palabra más.

La puerta del apartamento se abrió y se cerró antes de que recobrarla la respiración.

CAPITULO 11

Michael se mudó al día siguiente.

Le oía revolviendo cosas en la puerta de al lado. Las paredes estaban bien aisladas, pero hacía calorcito y corría el aire, así que teníamos que abrir las ventanas. El apartamento que le habían alquilado compartía pared con la mía.

Fantástico. Así me costaría aún más dormirme sabiendo que estaba estirado en su cama en la pared contigua a mi habitación. Aunque todavía estaba furiosa por ayer, no podía negar que la atracción seguía existiendo.

Era una idiota.

Los decibelios de John Lee Hooker y su guitarra salían despedidos de la ventana de su habitación. Teníamos tantas cosas en común —a mí también me encantaba el blues—. Me senté en la cama para escuchar la música. Las hojas del roble proyectaban sombras sinuosas sobre el suelo. Era una tarde muy bonita, perfecta para salir al lago y agarrarse a la brizna de calor que le quedaba a la estación antes de que llegara el frío. Eso si fuera una adolescente normal. Como hace tiempo que dejé de ser normal, en su lugar preferí quedarme en casa, atrapada en mis pensamientos.

Sabía que le había dicho a Michael que no miraría nada más, pero seguía tentada en reactivar mi búsqueda sobre La Esfera. Liam Ballard había muerto bajo extrañas circunstancias y Michael se negaba a responder mis preguntas. ¿Por qué? ¿Qué tenía que esconder?

Miré hacia el portátil de Dru, que permanecía intacto en el escabel, desafiándome. ¿Y si rompía mi promesa y lo encendía y miraba un poco?

Me acerqué al portátil justo cuando Jack apareció frente a mí. Estuve a punto de soltar un grito, pero me detuve al pensar que seguramente Michael me oiría. Como estaba sola y me sentía sola, decidí que hablar con un muerto tampoco era una manera tan descabellada de pasar la tarde.

—Hola. —Seguía manteniendo una voz grácil, de alguien culto.

—Qué pasa.

—«¿Qué pasa?» —preguntó Jack.

—Nada nada —respondí mientras caminaba hacia la ventana para cerrarla. Me senté en el alféizar—. Quiero decir, que cómo estás.

—Mejor que tú, por lo que veo.

—Tienes razón —suspiré—, pero tampoco cuesta tanto: cualquiera puede estar mejor que yo.

—No, no me lo creo. —Entrelazó las manos por detrás de la espalda—. Tienes que venderte mejor.

—¿Es el momento de las bromitas? —Extendí los brazos y miré a mis pies.

Dejó caer la cabeza hacia atrás en supuesta consternación y estalló en una risa profunda y contagiosa. No pude evitar reírme con él.

—Como eres menudita, pareces delicada como una telaraña. Pero la mosca sabe que lo delicado también puede ser fuerte.

De repente me di cuenta de que, aunque estuviese muerto, era un hombre y estaba en mi habitación. Y nunca nadie me había dedicado palabras tan bonitas.

—Bueno —hice una pausa y concentré mis esfuerzos en bajar el tono de voz—, ¿me dices para qué has venido?

Jack se encogió de hombros.

—Tenía ganas de un poco de compañía humana, a no ser que, por supuesto, sea intrusivo para ti.

Pensé en sus palabras y decidí que sí era intrusivo. Si fuera real, caería en la categoría de viejo verde. ¿Se convertía en un angelito de la guarda solo por ser un bucle?

—No, no pasa nada. —Volví a sentarme en la cama. Me temblaban las rodillas. Jack era un hombre mayor que, encima, estaba muerto. Necesitaba entender algo.

—Desde luego, tanto y tanto tiempo sin hablar con nadie —dijo en una voz dulce como la miel—, qué suerte tengo de hablar con alguien como tú, ¿no?

No, no era un ángel.

Necesitaba aire.

—Mmm... ¿Gracias?

—De nada. —Toqueteó la cadena de su reloj de bolsillo, con una minúscula sonrisa apenas perceptible.

Ni siquiera sabía mantener una conversación mínimamente normal con un muerto.

—¿Hola?

—¿A quién le estás hablando?

—No, no, a nadie... —Interpuse distancia y fui a buscar el escabel para sentarme—. Estaba pensando en voz alta.

—¡Abre! ¡Que te enseñe la ropa de cama para el bebé!

—¡Ah, sí! Un momento. —Miré al pomo y me di cuenta de que no había puesto el pestillo. Tampoco importaba si Dru entraba o no, pues no iba a ver a Jack. Pero la idea de hablar con ella y tenerlo al lado al mismo tiempo... no.

Me puse de pie rápidamente y me volví para decirle que tenía que irse.

Pero ya se había ido.



Aparte de la ropita de cama, Dru había comprado tanta ropa de bebé que estuvo a punto de agotar las existencias de todo Ivy Springs. Lo había apilado todo en diferentes grupos encima de la cama con dosel que compartía con mi hermano, de tal modo que la colcha de encaje color crema quedó prácticamente cubierta por la ropa.

—Emerson, quiero pedirte perdón —dijo Dru, mientras doblaba una pequeña camiseta con las letras «¡Baba va!».

—¿Por qué?

—Por no hacerte caso cuando me fui a... celebrarlo con Thomas. —Se puso tan colorada como la pared de la habitación. Yo me puse tan roja como ella, agradeciendo la entrada de aire fresco de la ventana que agitaba las cortinas blanquecinas. Dru se aclaró la voz y continuó—. Podríamos haber sido más discretos.

—No te preocupes —murmuré, doblándome para recoger un pequeño calcetín que había caído al suelo.

—No, lo digo de verdad. Esta es tu casa y tienes que estar cien por cien a gusto.

—Estoy a gusto —le sonreí—. Thomas y tú vais a ser unos padres increíbles. Y sé que lleváis mucho tiempo deseando un bebé.

Dru se frotó los ojos. Me quedé quieta, buscando con la mirada la pareja del calcetín. Según me había explicado Thomas, querían un hijo desde su luna de miel. Nunca dijeron ni una palabra a los demás, pero sabía que los últimos años estaban empezando a sentirse frustrados.

—No sé si sabes —continuó, con voz trémula—, que vamos a llamarlo como a tus papás. Clarissa si es niña y Sean si es niño.

No podía echarme a llorar. No...

—Les encantará —susurré—. Quiero decir, que les habría encantado.

—¿Así que te parece bien? —dijo, apartándose la mano de la barriga y cogiendo una mantita de felpilla.



—Claro que sí.

Dru jugaba con el flequillo de la manta, enrollándolo y desenrollándolo.

—Y tú también serás mamá algún día. Tenía la duda de si tú también...

—¿Yo? Qué va —dije, intentando reírme, sin éxito—. Yo seré la tía solterona que vive con treinta gatos. Y fantasmas. —Intentaba dibujar una sonrisa, pero los músculos no me obedecían—. Si no me voy a casar nunca... ¡¿cómo voy a tener hijos?! Da lo mismo, tanto si quiera como si no... Eso lo hace la gente normal y yo no soy normal.

Dejó la mantita y me cogió de la mano para apretarla.

—Thomas me ha dicho que lo has vuelto a ver.

—Madre mía, cómo corren las noticias... —Sentí un vuelco en el estómago. Me guardé la mano y volví a mirar a la cama, empeñada en encontrar la pareja del calcetín del pollito mientras miraba entre la ropa.

—No es nada malo. Todo lo contrario: es el mejor momento. Thomas confía mucho en Michael y está convencido de que puede ayudarte.

—También puede salir rana, como los demás. —O peor aún. Desde nuestra primera conversación, había esperado mucho de él, pero ahora ya no sabía en qué pensar—. En cualquier caso, ¿cómo disteis con él?

Se encogió de hombros y sacó más ropa de una bolsa de cartón.

—Pregúntaselo a tu hermano. Y no me cambies de tema.

—¿Qué tema?

—Tu futuro. Tu felicidad. —Dobló la bolsa, que crujía sonoramente, y la tiró al suelo después de hacer un fajo con ella—. Eres la persona más sensible y generosa que conozco, lo que significa que, siempre que quieras, serás una madre excelente. Vales muchísimo. ¡Valórate un poco más; no te escondas así del mundo! Y vive tu propia vida.

Me quedé de piedra. No me lo podía creer. Dru nunca levantaba la voz.

—Lo siento. —Se llevó las manos a la boca—. No tendría que haber hablado así. Lo siento mucho.

—No, tranquila. Es que... gracias. Gracias por todo. —Hice una pausa, apreté los labios y pestañee con fuerza—. Yo sé que vas a ser la mejor madre. Porque para mí has sido como una madre. Gracias por todo.

Esta vez las lágrimas se desbordaron. Cogí la camiseta de «¡Baba va!» y la apreté contra mi pecho.

—Esto no me cabe. ¿No había tallas para mí? —Por fin conseguí reírme y en seguida tuve la oportunidad de cambiar de tema—. Ya están todas las bolsas vacías. ¿Crees que ya es suficiente?



Asintió, secándose las mejillas, y reemprendió lo que estaba haciendo.

—¿Me ayudas a quitar todas las etiquetas para lavarlo?

—Por supuesto. No tenía ni idea de que los bebés tenían su propio detergente. —Le pasé la botellita de jabón rosa de plástico con la foto de un niño durmiendo.

—Ni yo. —Se rio—. Aprenderemos un montón. ¿A que es genial?

Era genial.

Acabamos con una montaña de etiquetas y perchas sobre el suelo. Lo recogí todo y lo metí en una bolsa para bajarlo al contenedor. Mientras me sacudía las manos y subía por las escaleras metálicas, choqué de frente con el torso de Michael, perdiendo el equilibrio.

Me agarró rápidamente de los hombros antes de que me fuera al suelo. Me aparté bruscamente. No era el momento de revivir en mis carnes nuestra atracción mutua.

—Eh —me dijo, bajando la vista hasta el suelo mientras se sujetaba los bolsillos de los téjanos con el pulgar.

Me crucé de brazos y continué subiendo las escaleras. Estaba indignada; no quería que me estropeará el día.

—Espera, Emerson. —Noté sus pasos detrás de mí. Me volví y me apoyé en la barandilla metálica. Nos miramos frente a frente.

—Qué —le solté, intentando sonar aburrida, aunque mi voz me tembló al final.

—Es sobre lo de ayer... La Esfera... ojalá pudiera explicártelo.

—¿Por qué no puedes?

Se refregó la cara con las manos.

—No puedo.

Solté un gruñido y continué subiendo las escaleras. Me cogió la mano e intenté soltarla, pero giré sobre mí misma.

—¿Qué quieres! Tú te encargas de todo, ¿no? Yo no me puedo meter en estas cosas, ¿verdad? ¿No es lo que dijiste? —Le hice una mueca de sarcasmo.

—Es más complicado que eso.

Al oír la frase —que se estaba convirtiendo en una constante en él—, sentí unas ganas indescriptibles de arrearle una patada en las espinillas.

—No.



—¿Qué?

—No. —Ahora tenía ganas de darle también un puñetazo y mi rabia no paraba de crecer cuando pensaba que, antes del incidente en mi habitación, había confiado en él—. No me da la gana hacerte caso. Apareces de repente, me pides que te entienda y que confíe en ti y sigues sin querer decirme la verdad.

—Emerson, soy lo más honesto que puedo contigo. Créeme —me respondió, alzando las manos.

—No ser del todo honesto significa ser un mentiroso.

—No soy ningún mentiroso —respondió. Se le hinchó la vena de la frente.

—Pues yo creo que sí —le dije, firme.

—No. Lo que me pasa es que no puedo con la frustración.

Michael se acercó, me sujetó de los codos y me hizo rodar hasta el suelo.

—¡Tengo yo la culpa de algo! —le grité mientras él subía por las escaleras y caminaba hacia la puerta trasera, con la espalda tiesa—. ¡Claro, yo no me puedo meter en esto! ¡Ya me dirás si me das permiso para hacer algo!

Pero me respondió con un portazo y de pronto me vi hablando con el aire.



CAPITULO 12

A la mañana siguiente hice una parada en el Murphy's Law para tomarme algo. Necesitaba energías y hablar un poco con Lily. La falta de sueño se estaba convirtiendo en algo demasiado habitual en mi vida. Por un momento pensé en pedirme un té de camomila. Se supone que iba bien para la ansiedad, y yo, de eso, iba sobrada.

Lily apareció detrás de la barra. En cuanto me vio venir, pidió lo de siempre.

—Un cubano doble y la empanada más grande que tengamos.

¿Una camomila? Mejor.

Como Lily no me dejó pagar, metí las monedas en el tarro de la propina y salí corriendo en busca de uno de los sillones acolchados naranjas cerca de la puerta. En cuanto lo localicé, me hundí en él. Desde la ventana, un hombre vestido con pantalones caqui y camiseta con el logo de una empresa de jardinería arrancaba las plantas de verano que se alineaban en macetas intermitentes a lo largo de la acera. Las iba sustituyendo por delicados pensamientos de rojo carmesí y manchas moradas. A su lado permanecía de pie un tipo que era lo más parecido a Davy Crockett. A la altura de la maceta, sus pantorrillas dejaron de existir. Bucles y objetos físicos difícilmente casaban. Menos mal que Davy era el que estaba pasado de moda: el gorro de mapache no habría triunfado como nueva tendencia.

Mientras los observaba a través del cristal me di cuenta de que había un cartel colgado en la cafetería. El sol me ayudó a leer claramente las letras en negrita: «**se necesita personal**». Vi la luz. Necesitaba un trabajo y no quería seguir pidiéndole dinero a Thomas y en mi cafetería preferida estaban buscando a gente. ¿Soportaría la carga de oler y servir cada día el elixir de la vida?

Lily me trajo una tacita de *espresso* y mi empanada y se deslizó lentamente en el borde de la silla frente a mí.

—¿Por qué no me habías dicho que estáis buscando gente?

Frunció el ceño y señalé el letrero. La observé mientras leía las letras al revés.

—No sabía que la abuelita quería contratar a alguien. Pensaba que me tendría aquí trabajando toda la vida. Todo con tal de ahorrarse pasta.

—Tienes un poder de observación admirable. Una de tus muchas virtudes. —Lily me respondió frunciéndome el ceño. Como la necesitaba tener de mi parte, me moderé—. ¿Crees que tu abuelita me cogería?

—No veo por qué no. El café te corre por las venas. Te ha estancado el crecimiento.

Busqué algo para tirarle a la cabeza y solo encontré la empanada, pero no estaba dispuesta a desperdiciarla.

—¿Está aquí? —Hice un esfuerzo por levantarme del sillón, que se había engullido parte de mi cuerpo—. ¿Puedo hablar con ella?

—Ha ido al banco a por cambio. ¿Y por qué preguntas tanto? Sabes que, si quieres el trabajo, es tuyo.

—Se sujetó la larga melena negra en un moño y cogió una carta para abanicarse. Se parecía más a Cleopatra en su barcaza que a una camarera. Era tan atractiva como femenina—. ¿Te va bien empezar mañana? Necesito un descanso.

—Sí, pero libérame antes de este monstruo, que se me está engullendo —le dije, removiéndome en el sillón—. Pero, ¿de qué se alimenta este trasto, de clientes?

—Claro. —Lüy dejó caer la melena sobre sus hombros y me sonrió—. Así controlo a los clientes. ¿Qué tal les va a Thomas y a Dru?

Como la ayuda no llegaba, decidí rendirme y le di un sorbo a mi *espresso*, suspirando de placer. En ningún sitio —aparte de Miami— se podía beber un café cubano tan bueno como en el Murphy's Law, el mejor *espresso* con un toque de azúcar en plena cocción.

—Mejor que nunca. Están embarazados.

—¡No me digas! Qué pasada. —Ladeó la cabeza y me miró fijamente, escrutadora—. ¿Estás bien, tú?

—Sí, sí. Dru me ha amenazado con un arresto domiciliario como se me ocurra irme de casa. Dice que no tendrá problemas en ponerme unos grilletes.

Su voz se volvió melancólica mientras se reclinaba en la silla. Pocas veces se quedaba pensativa.

—La familia es importante.



Las dos habíamos perdido a nuestros padres. Los suyos estaban vivos, pero la implicación de su padre con el gobierno no les había permitido salir de Cuba con Lily y su abuela. Exceptuando algunos primos lejanos del sur de Florida, tenía menos familia que yo.

—¿Sabes algo de tus padres? —le pregunté.

—No. No sé nada desde las Navidades pasadas. —Reconocí al momento la tristeza en sus ojos. Cambió de tema rápidamente; siempre lo hacía cada vez que hablábamos de familia—. Al final no me explicaste nada sobre la inauguración del restaurante. Venga, cuenta ya. ¿Algo que destacar?

—No... no no.

Me miró sin creerse una palabra.

—¿Cuándo habéis sacado vuestra propia marca? —resolví, bizqueando ante el letrero del precio del café a granel.

—Esta primavera. Habla de una vez. —Se recostó en la silla, ansiosa de detalles—. Has conocido a alguien...

—Bueno sí. —Lily me conocía demasiado. Y no pararía hasta sonsacármelo—. Pero no tiene sentido hablar de él. Es inalcanzable.

—¿Por qué? —Dejó caer la cabeza, indignada—. No me digas que tiene novia.

—Son normas de Thomas. Es un tío que trabaja para nosotros. Además, es más mayor que yo. Bueno, solo un par de años. La cuestión es que está haciendo prácticas de la universidad... para acabar en un psiquiátrico, vamos. Pero es que cuando estamos juntos... —Como era incapaz de hacer una descripción, me encontré dibujando estúpidos círculos con la mano. Creía oportuno explicarle que casi hicimos saltar los fusibles en La Central, pero preferí reservármelo—. Es una atracción que nos empuja.

Que me aterrorizaba.

—Igualmente, genial para ti —respondió Lily con voz suave. Sabía lo que me costaba relacionarme con la gente—. Si de verdad hay pura atracción, ¿no crees que Thomas tendría que entenderlo, hacer una excepción?

—No sé si es mutuo. Pero sí sé que Michael piensa igual que Thomas. Es el primero que me habló de no mezclar las cosas.

—Michael —repitió Lily, con tono incitador—. Me gusta el nombre. Siempre está la opción de hacerlo en plan Romeo y Julieta. Llevarlo en secreto.

—Sí, claro. Como nos ha ido tan bien... Que no hay amor, Lily. —Para mí, ni ahora ni nunca. No me importaba lo que dijese Dru. Yo no tenía nada que ofrecer.

—La abuelita ha vuelto. Ve a hablar con ella. No creo que te haga ninguna entrevista.

—No la veo. —Retorcí el cuello para mirar hacia la cocina. Entró dos segundos después—. Vale.

Se rio amargamente y saltó de un brinco de la silla, poniéndose en marcha. Se paró en cuanto la llamé.

—¿¡Lily!?! —Se dio la vuelta para mirarme. Señalé al sillón—. ¿Me ayudas?

CAPITULO 13

Thomas quería ver *EL Padrino*. Otra vez. Fui incapaz de negarme.

—Prefiero *Historia de Filadelfia*. —Cuando empezó a protestar, cambié de táctica—. Tu mujer está embarazada; tienes que contentarla.

—Tienes razón, Thomas. —Dru asintió sabiamente—. La violencia no es buena para el bebé.

—Pero si no tiene ni uñas. Cómo le va a afectar una peli sobre mafia.

—Pero será muy sensible como su madre. —Lo miró con ojos muy abiertos— ¿Vas a correr ese riesgo?

Llamaron a la puerta nada más empezaron los créditos de *Historias de Filadelfia* y la música de fondo. Yo estaba volviendo de la cocina con el bol de palomitas en la mano.

—Ya voy. —Crucé el salón y fui a abrir. Sería el de la pizza.

Apareció Michael en el lumbral, con las manos metidas en los bolsillos y cara de pena.

—Ah, qué tal. —Llevaba días sin saber de él y me sentía demasiado incómoda. Me arrebujé en la bata, tapando mis pantalones de pijama morados a rayas la camiseta sin mangas e interponiendo el bol de palomitas entre nosotros—. ¿Necesitas algo?

Miro de reojo mis zapatillas de conejito.

—A ti. ¿Podemos hablar? Por favor, Emerson.

—Espera un momento. —Le respondí, intentando mantenerme neutra—. Nos vemos abajo.

El vestíbulo estaba desierto: solo Michael me esperaba cuando llegue diez minutos más tarde. Me puse una chaqueta deportiva, me cepille los dientes y me eché un toque de perfume en el último momento.

Me dejé puestas las zapatillas de conejitos. No tenía por qué arreglarme.

Camine con Michael hasta el patio que rodeaba el edificio. Tenía el mismo tipo de terraza que el restaurante y estaba cerrado por la misma verja de hierro forjado. Sentada frente a él al borde de una mesa con tablero de cristal, esperé a que él empezara.

—Me he equivocado.

Esperaba otra cosa.

—Me parece muy noble que te disculpes. —le respondí, lamentando el rastro de sarcasmo en mi voz, que era tan habitual en mí para defenderme.

Michael se recostó bruscamente en la silla.

—Una cosa. Si no quieres que trabajemos juntos, yo puedo buscar a otra persona para que te pued...

—No, no. Te quiero a ti. —Las palabras salieron disparadas de mi boca antes de que pudiera pararlas. Su enorme sonrisa le dibujó un hoyuelo en la mejilla izquierda que hasta ahora no lo tenía visto—. Para trabajar conmigo.

—De acuerdo. A partir de ahora me guardaré los sentimientos. Te lo aseguro.

¿Sentimientos? ¿Qué tipo de sentimientos?

—También quería comentarte otra cosa. —Vaciló y cogió aire—. Me dijiste que querías la verdad y yo quiero ser lo más claro posible. Lo de los bucles es solo parte de tu don.

«Don» era una palabra demasiado subjetiva.

—¿Hay más? —pregunté.

—Esto te va a sonar a chiste. Por favor, déjame continuar. Tú ves a gente del pasado. ¿Alguna vez has visto... a alguien del futuro?

—Veo a gente que está muerta. A muertos del pasado. Los del futuro no están muertos. ¿Cómo se me va a aparecer en presente un bucle del futuro? ¿Cuál sería su pasado, me pregunto?

Su frente se arrugó. Pensé que estaba intentando entender mi lógica. Incomprensible. Yo tampoco era capaz.

—No se trata de pasado, presente o futuro.— Sus arrugas aumentaban a medida que se explicaba—. Es mucho más fluido, casi paralelo.

—¿Entonces, es inevitable? —respondí, rindiéndome—. ¿Voy a tener que tratar con gente del futuro?

Asintió. Me sentía como si me acabasen de dar una bofetada.

—¿Has visto a gente del futuro? —pregunté.

—Empecé viendo bucles del futuro y ahora también veo del pasado.

Genial. Más gente para molestarme en las fiestas.

—Es lo más raro que he oído nunca —espeté, notando cómo mi voz rayaba en la histeria—. ¿Y cómo sabes que venían del futuro?

—No. —Sacudió la cabeza. Su gesto se volvió serio por momentos—. Cuando estábamos cenando me preguntaste por la primera, primera vez vi uno del futuro. Habíamos ido al estadio de béisbol Turner Field para ver jugar a los Braves contra los Red Sox en un partido de la liga. El tío que tenía sentado delante llevaba una camiseta de la Word Series. El año y el equipo que ganó estaban completamente desubicados en el tiempo.

Michael miraba hacia la distancia mientras recordaba ese momento. Volvió a fijar su mirada en mí.

—¿En el dos mil cuatro o dos mil siete? —pregunté

—Dos mil cuatro. —Me sonrió—. Cuando me acerqué a tocarle la manga, mi mano desapareció. Me entró un ataque de pánico y mi madre me llevó al hospital. Así fui a parar a La Esfera. Pagan a la gente por investigar ese tipo de cosas.

—Gente del futuro. Qué extraño. En mis bucles aparecen Pilgrim Fathers¹ y gente con pelucas empolvadas. Pero...gente del futuro. Qué raro —repetí—. ¿Alguna vez has visto a alguien que conozcas?

—Creo que no. —Desvió la vista. Su reticencia me puso en alerta aún más.

—¿Michael?

No dijo nada. Volvió a mirarme.

—Michael, ¿a quién has visto? Dímelo.

—Creo que fue una equivocación —dijo, inclinándose hacia delante para levantarse—. Olvídalo. No es tan importante.

—Sí que es importante. —Me acerque a él para detenerle t le puse la mano en el hombro, sacándola rápidamente en cuanto empecé a notar el temblor subiendo por mi brazo. Repetí la pregunta lentamente—. ¿A quién has visto del futuro?

Exhaló una bocarada de aire y se reclinó otra vez en la silla antes de responder.

—A ti.

¹ Los Pilgrim Fathers es el primer grupo de ingleses de creencia puritana que se establece en Nueva Inglaterra en el siglo XVII, con motivos colonizadores y de propagación de la fe religiosa (N. de la T.)

CAPITULO 14

Miré a Michael e intenté pensar quién de los dos se estaba riendo del otro. Practiqué las respiraciones completas, aunque tampoco me acorde de cómo se hacían. Lo que estaba claro es que, si no intentaba respirar, me iba a despayar en cuestión de segundos.

Michael me seguía hablando con voz cauta.

—Em. Tranquila.

—No me llames Em. —Se estaba pasando con la familiaridad, aunque también podía permitírselo si se supone que ya me conocía de antes. Apoyé la frente en la mesa y la golpée varias veces, murmurando entre dientes.

Me retuve para no salir corriendo, para no gritar. Básicamente porque tendría que volver. Y subir las escaleras. Además, tampoco era muy cómodo correr con zapatillas de conejitos. Cuando supe que él también había visto el terceto de jazz, ganó credibilidad. Al menos un poco. Pero ahora me estaba hablando de gente del futuro; concretamente, de mí. Levanté la cabeza e intenté no lloriquear.

—Tendría que haber sido más suave al explícalo —añadió Michael—. Lo que pasa es que me pediste que ...

—¡Basta! ¡No hablemos de nada que no haya dicho como mínimo hace veinticuatro horas! Por favor, haslo por mí. —Señal hacia mí misma para que le quedara claro—. Me estás implicando a mí. Si todo lo que dices es verdad —solté una risita nerviosa—. ¿Cómo sabías quién era yo? ¿Por qué me has creído?

—Sonabas convincente. Sabías cosas sobre mí igual que yo sé cosas sobre ti ahora.

—¿Cómo qué? —la intriga estaba superando con creces a lo espantoso de estar hablando de lo imposible.

—Vamos a ver. Eres una ultra del béisbol; una hinchada incomprendida (como yo) de los Red Sox, pero te da rabia que exista la figura del bateador designado —explicó, mientras me miraba para ver mi reacción, gozando del empate en medio de mi perplejidad—. Escuchas country del estilo *Bluegrass* cuando estás sola y no te gusta que los demás lo sepan. Tenías un *piercing* en el obliquo, pero te lo quitaste antes de volver a casa para que Thomas no se enterara. —sonrió abiertamente y miro fijamente a mi cintura. Yo intentando no perder el control—. Y...

Había ido demasiado lejos. No entendía por qué se callaba ahora.



—Qué.

—No estoy preparado para contarlo todo. ¿Me he equivocado en algo?

—No. —Me sorbí la nariz—. Aunque todavía n tengo claro la idea del bateador designado.

—No hace falta que pienses más en eso. Ahora ya sabes lo que querías saber.

—Pero en cualquier caso, cuando mi «yo» del futuro te encontró —sonaba a disparate—, ¿qué sabía de ti?

—¿Por qué te lo tengo que decir? Se lo estaba pasando muy bien.

—¿Y si es la única visión que tienes? —apunté—. ¿Y si la informacióón que me estás dando ahora misno, en esta conversación que has tenido para explicármela y que yo he tenido también para explicarlo y hacer que me creas? —Esperaba que lo hubieses entendido todo y que no me lo hiciese repetir porque a mí me resultaba imposible.

Michael me volvió a sonreír y tuve la sensación de que me estaba entendiendo.

—Me dijiste que mi helado favorito es el *spumpni*, que tengo una cicatriz por unos puntos que me dieron cuando tenía siete años y que la tengo justamente en un sitio muy interesante que ya conoces; que mi osito de peluche de pequeño se llamaba Rupert y lo llevaba a todas partes y que la primera vez que te vi, ahora, en el presente. Me dejarías sin habla.

—Bien. —Sentía un calor que me subía por el pecho y llegaba a mis mejillas.

Miro al cielo oscuro y siguió hablando en un tono tan suave que apenas se le oía.

—Tienes razón.

Respira, Em. Tranquila, respira-

—Cuando te vi... ¿era un bucle, yo? —pregunté, tras una pausa.

—Es un poco más complicado —respondió, tambolireando con los dedos sobre la mesa de vidrio.

—¿Siempre tienes la misma respuesta para todo?

No respondió.

Luchando contra mi estado nerviso. Me di cuenta de que no podía mantener las piernas quietas debajo de la mesa. Deseaba desesperadamente que no se notara. Respiré profundamente para intentar calmarme, consiente de que lo que estaba a punto de preguntar significaba que yo estaba mal de la cabeza o que el mundo entero se habia vuelto loco.

—Me has dicho que llegué ati del futuro. Si no aparecí en forma de bucle, solo se me ocurre otra manera. —se me escapó otra rsa histérica y la verdad es que tenia su gracia. O no—. ¿Chistopher Reeve y la autohipnosis? ¿El Doctor Who y su cabina telefonica? ¿Hermione y el Giratiempo?



—Más que «cabina», el Doctor Who tenía una police box, típicamente inglesa. —Mantuvo la mirada fija—. Tampoco te costaba tanto decirlo bien.

—Joder. ¿Y ahora me sales con estas? —Me eché hacia delante y escondí la cabeza entre las rodillas, haciendo mover la silla mientras me sacudía. Intenté pensar en si me quedaba algo de medicación. Seguro que le iría bien a Michael.

—Tú me has reguntado...

—¡Ya lo sé! —Me recoste en la silla y cerré los ojos. Recuére un hilillo de voz—. ¿Me lo puedes decir ya todo ahora mismo? Y por favor, no te guardes nada. Me quiero recuperar de esta.

Siempre estaba la opción de salir pitando, coger un bus e ir directo al sanatorio.

—De acuerdo. Sé que suena a chiste, pero... —introdujo.

Abrí los ojos.

—¿Viaje en el tiempo? ¿Si? ¿Pero cómo? ¿Y por que yo? Micael fruncio el ceño.

—Tiene que ver con... la genética.

—Como si fuese una enfermedad?

No le habia gustado nada la comparación.

—Si empiezas a relacionarlo con enfermedad vas a acabar hablando de adicción. La adición es genetica; lo que diferencia alas personas es el tipo de adicción. Un hijo puede ser alcohólico, pero el otro puede salir drogadicto o ludópata. —Se apretó la mano contra la frente—. Suena fatal, todo esto.

—No, qué va.

—Míralo así: tú tienes una habilidad especial. Tu sintoma principal son los bucles. —Soltó un gruñido de frustración—. Quiero decir, que son un indicador. El hecho de que hayas visto gente del pasado significa que puedes viajar al pasado.

—Mmmm. O sea, que si quiero ir algún sitio del pasado, puedo. ¿Qué tengo que hacer?, ¿cerrar los ojos y visualizar donde quiero ir? ¿juntar los pies tres veces y decir «Neolítico»?

—Es un poco más...

—Como vuevas a decir «Es un poco mas complicado», gtraré ¿Y tú qué? ¿Puedes viajar al pasado? —¿De verdad estaba manteniendo esta conversación? Me pellizqué la pantorrilla muy fuerte. Si, estaba teniendo esta conversación—. ¿Puedes viajar al futuro solo por ver gente del futuro?

—Puedo viajar al futuro por mi mismo y volver al presente. Tú puedes viajar al pasado por ti misma y volver al preente. Pero si viajamos juntos, podemos, podemos ir a cualquier punto de la linea del tiempo. Somos como... dos mitades de un todo.

—¿Dos mitades de un todo? —Pestañee lentamente dos veces y me acerqué a él para examinarle el rostro—. ¿Le das a las drogas? ¿A los porros? ¿A cualquier otro estupefaciente? Ya le pregunté a mi hermano si llevabas mucho tiempo desintoxicado, pero veo que no.

—No, no me drogo y tú no estás mal de la cabeza. —Se acercó a mi y apoyó las manos en la mesa—. Si recuerdas todas las cosas que has ido experimentando, ¿tan increíble suena?

Miré fijamente sus dedos y el calor que desprendían. El cristal de la mesa se estaba empañando. ¿Podría ser posible? Hacía cuatro años que había empezado a ver a gente de todas las épocas y que desaparecían cuando intentaba tocarlos. No, el viaje en el tiempo tan poco sonaba tan raro. Eso no quitaba que me estuviese resistiendo a creérmelo.

Pero eso de estar conecada a Michael sí que me gustaba.

—Esa conexión —dije, levantando la vista hacia él—. ¿es esa especie de calambre cuando nos tocamos?

—Nuestras habilidades se complementan. Se crea un vínculo muy fuerte. Por eso hay tanta... química entre nosotros. —Cambió de postura en la silla, contemplando unas manchas que salpicaban el suelo de la terraza.

Me envolvió una intensa sensación de alivio. Era gratificante pensar que todo lo que sentía por él tenía alguna justificación. Conexión científica. Química. Pénse en el cúmulo de energía cuando nos tocamos accidentalmente y en qué pasaría si nuestros labios se rozaran. ¿Causaríamos una explosión?

Mientras recuperaba la palabra, intenté estar concentrada y no pensar en detonaciones y explosiones

Michael continuó. Si estaba ruborizado. Lo disimulaba muy bien o era difícil de distraer.

—El hombre del que te hablé, el guía de La Esfera... él y su mujer tenían las mismas habilidades que nosotros; las mismas conexiones.

Aislé la palabra «mujer» para pensar en ella más tarde y pregunte:

—¿Hay más conexiones, aparte de la física?

—Si, lazos emocionales muy fuertes. Una unión visceral entre ellos.

Eso sí era creíble. Cada vez que lo veía, me sentía más unida a él. Otra cosa era que me costase aceptarlo.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con La Esfera? ¿Por qué no me has explicado nada de esto hasta ahora?

—Tengo mis motivos —respondió—. Hay cosas que todavía no puedes saber.

—Me dijiste que me lo contarías todo. Quiero saberlo todo.

—Te lo he contado todo. Todo lo que tiene que ver contigo.

—Se levantó bruscamente, mirando a la distancia—. Ya has visto pelis de viajes en el tiempo. Tienen parte de verdad. Las vivencias se pueden manipular, pero hay consecuencias.

Michael retrocedió un paso y se puso de cuclillas, a mí misma altura.

—No estoy aquí solo para ayudarte a entender lo que vez y el porqué. Estoy aquí para prevenirte y para...

Se interrumpió. Parecía que quería decir algo que le estaba costando.

—Ahora no te pares —dije.

—Tiene que ver con el tema visceral. —Me cogió de las manos—. O me crees o no.

No sabía si confiar en él. No sabía si quería que dejara de tocarme. Me estaba acostumbrando a esa intensidad de sus cálidos ojos marrones, imaginando si sus labios serían iguales de cálidos.

Se inclinó lentamente hacia delante justo cuando perdió el equilibrio y cayó de lado. Masculló un taco entre dientes y se levantó.

—¡Estás jugando conmigo! —Abrí la boca y salté de la silla, clavándole el dedo en el pecho—. ¡Ibas a besarme!

Michael retrocedió y se apoyó en la verja de hierro.

—No es cierto.

Estaba mintiendo. Me acerqué a él y le hablé en un susurro.

—Eres un mentiroso.

Se llevó la mano a la cara y gruñó al verse derrotado. En un movimiento, se despegó de la fría verja de metal y ocupé yo su sitio. Lo bueno de la postura es que tenía el pecho apretado contra él.

Dobló un poco las rodillas y escondió la cara en mi cuello. Me volví a recostar en la verja y me agarré a los barrotes para no caer. Mi chaqueta se me caía de los hombros. Estaba segura de que estaba a punto de arder en llamas, a punto de firmar lo glorioso del momento.

No bebía —mala combinación con las pastillas—, pero estaba segura de que eso era lo más parecido a estar ebria. Nada era lo mismo y sabía que estaría dispuesta a dar hasta el último respiro para tener más de él. Sin pensarlo.

Por el rabito del ojo, vi una luz roja parpadeante.

Una cámara de seguridad.



CAPITULO 15

No vas a conseguir nada rompiéndola.

Cargué a hombros una sombrilla y me dispuse a usarla, sin excesiva eficiencia, contra la cámara que custodiaba la esquina del edificio.

—Seguro la secuencia ya está registrada en algún ordenador. —Se presionaba los labios con los dedos, intentando tapar una sonrisa incipiente.

Estrellé la sombrilla contra el suelo, me agarré de la cintura y lo miré de frente.

Explotó en una risa salvaje. Habría sido contagiosa si no hubiese estado tan cabreada. Me sentía herida.

—Escúchame, preciosa. —La palabra me dejó aturdida. Solo esa palabra. No podía explicar el sentimiento de sus ojos porque yo sentía lo mismo—. Estamos en terreno peligroso.

—Ahora mismo lo único peligroso que hay aquí soy yo misma. Sobre todo cuando coja a Thomas.

—Emerson...

Ladeé la cabeza.

—Continúa, ya tienes derecho a diminutivo.

Intenté no obsesionarme con sus labios mientras me sonreía.

—Em, ha sido muy bien que vieses la cámara.

Daba la sensación de que se estuviese intentando autoconvencer.

—Podríamos haber ido más lejos.

—Ahora mismo el mundo entero podría acabarse y a mí me daría lo mismo.

Michael deslizó la mirada hacia mis hombros desnudos y me cubrió suavemente con la chaqueta.

—Sabía, desde antes de que nos conociéramos, lo que nos pasaría. Y, a pesar de saberlo, no he podido estar preparado. Lo siento.

—A mí me encantaría poder decir «lo siento».

—Las normas de la... confraternización existen por algo. —Señalo a la verja y cerró los ojos—. No puede volver a suceder.

Nunca había tenido pareja. Antes de que mi vida empezase a descarrilar, tenía las típicas fantasías con el actor o cantante de moda, como todas las adolescentes. En los últimos años, mis desvaneos amorosos habían girado más en torno a la marca de fármacos Joe Pharmaceutical. No tenía ni idea de cómo eran las relaciones normales. Considerando cómo entrábamos en contacto, teníamos derecho a aparecer en el libro *Guinnes de los Récords* por nuestra capacidad de generar calor de la nada.

Michael se acarició la barbilla otra vez.

—No debemos despistarnos del objetivo principal.

—Yo no estoy despistada. —Estaba nerviosa—. ¿Y de qué objetivo hablas? Ni que tuviésemos que salvar al mundo.

No dijo nada.

—¿Michael?

Se me pasó por la cabeza darle un empujón que le hiciera caer al suelo para sentirme un poco mejor. Aunque también me podían servir las palabras.

—Creo que no he entendido tu bromita.

Michael y yo nos quedamos hablando en la parte de tejado que quedaba entre nuestras ventanas. Antes de eso, regresamos a nuestros apartamentos y esperamos a que se hiciese de noche. Thomas tenía unos buenos hábitos de espía y yo ya sabía que iba a salir igualmente en la grabación. Esperaba, al menos que me creyera cuando le dijera que no había pasado nada.

No había pasado nada y yo era personalmente consiente.

Anduvimos la distancia. De una extraña manera, sentía siempre la misma fuerza salvaje hacia él, y cada vez se volvía más intensa, como si nuestro interior estuviese conectado. Hacía muy difícil la concentración.

—¿En qué momento te convertiste en una karateca? —No hizo ningún esfuerzo por ocultar su voz de sorna.

—Empecé artes marciales en el colegio. Era la mejor de la clase. Cuando acabó el curso me apunte a una escuela privada de kárate para sacarme el negro. Justo antes de volver a casa, me saqué el marrón.

—Noté su gesto de duda; no me hizo falta mirarlo.

Las luces de la calle no alcanzaban a iluminarnos desde su inferioridad y la luna estaba en cuarto creciente—. Ahora lo veo más claro. La situación me superó y esta era la manera más sana de sacar mis frustraciones.

—Sana para ti, no para mí —dijo con una risita dulce.

—Te lo he puesto muy fácil. Dime, ¿crees que mis patadas fulminantes van a servir para nuestra misión de salvadores del mundo?

—Tampoco es eso.

—¿Salvaremos solo a Estados Unidos?

Suspiro.

—No tiene nada que ver con la geografía.

—Un poco más de precisión por favor.

Michael levantó las piernas y las dobló. Apoyó la frente en las rodillas y entrelazó las manos. Tenía unos dedos largos.

—Intento que no tengas problemas, Emerson. Y eso significa que no puedo hacer nada ahora. No es fácil para mí, pero tiene que ser así.

—¿Qué no es fácil para ti? —me mofé—. ¿Por qué no vas de una puñetera vez al grano y ya me las apañare yo solita?

Levanto la vista para contemplar la pálida luna. Yo la miré también.

—Michael, tienes que entender que llevo cuatro años martirizándome con preguntas. Me persiguen cada día en mi cabeza. Y no he obtenido ninguna respuesta hasta que no has llegado tú.

—No podemos curar cuatro años en una sola noche. —Recorrió la baldosa con la ano en dirección a mí.

Deslicé el dorso de la mano, mientras me pinchaban las piedrecitas, en dirección a él. Nuestros dedos se encontraron y mi piel respondió al instante. Sentí un deseo animal de notarlo más. Corté mi respiración y lo miré.

Él se apartó sin mirarme.

Mi mano quedó abierta al cielo oscuro.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que me lo expliques?

—No mucho. Te lo prometo. ¿Podrás esperar?

—¿Tengo otra opción?

No respondió.

—No sabes lo frustrada que me siento. —Por muchas cosas.

—Dame hasta mañana. Mañana, te lo prometo. Tenemos que hacerlo bien. ¿Confías en mí?

—Sí —le respondí, desobedeciéndome.



CAPITULO 16



—¿Quieres que te leve al trabajo en coche? —me preguntó Thomas mientras me subía la mochila a la espalda. Llevava mi inseparable chubasquero rosa y llovía. Otra vez.

—No. Queda cerca. —Además, ya tenía el pelo mjado. Me costó muchísimo levantarme de la cama y ducharme. Secarme el pelo habría sido demaciado esfuerzo. Después de pompartir juntos un trocito de tejado la noche pasada, seguí sintiendo a Michael a trsvéz de la pared. Lo oía respirar. Solo el sueño profundo había conseguido apaciguarme. Mis pensamientos revoloteaban con fuerza.

Mientras caminaba hacia el Murphy's Law, me preguntaba por qué no había visto nunca a Michael conducir. ¿Cómo se movía por el pueblo? Quizá aparecía y desaparecía según su voluntad. O a lo mejor viajaba en el tiempo cuando le apetecía.

O quizá era todo mentira y yo había estado a punto de tragármelo.

Solté un taco sola en medio de la calle sin una sombra de vergüenza delante de un soldado de la tropa de la confederación, que me miraba extraño. No tenía pinta de ser real. Me habría gustado pegarle una patada para comprobarlo, pero decliné esa opción.

¿Viajes en el tiempo? ¿Salvar el mundo? ¿Estaba viviendo una peli que acababa de salir en formato DVD? ¿Cómo podía seguir pensando que Michael me estaba diciendo la verdad? Era una locura. Si hubiese sabido qué era un bucle antes de experimentar el primero, tampoco me lo habría creído. Cientos de cosas inverosímiles pasaban cada día. Cosas como la gravedad.

¿Viajar en el tiempo? ¿Salvar el mundo? ¿A los diecisiete?

Empujé con tal fuerza la puerta de la cafetería que la campana chocó sonoramente contra el marco.

—Buenos días —mascullé a Lily al pasar por delante, en mi ansiosa búsqueda de la maquina de *espresso*.

Se acercó y me miró fijamente a los ojos, dejando escapar un brizno de desaprobación en su mirada.

—Vaya cara. Parece que te hayan pisado un juanete.

—Si, bueno. No todas estamos siempre perfectas como tú. Y seguro que nunca has sifrido de insomnio.

Me sacudió las manos de lo que estaba haciendo y continuó ella.



—Vamos a dejar las máquinas hasta que empieces a coger soltura. ¿Por qué no has dormido?

—Demaciado largo de explicar. —Y, si se lo intentaba explicar, llamaría al loquero—. Digamos que tengo algunos problemillas.

—¿Tiene que ver con Michael?

Agarré la taza de *espresso* y le di un trago caliente, placentero. Cuando recuperé la sensibilidad en la lengua, levanté la taza para que me la rellenara.

—Más o menos.

—Más o menos.

—No tengo ganas de hablar de eso ahora.

—Hmmm. —Lily se dio la vuelta para preparar otro *espresso*. Como si el día no hubiese empezado con suficientes bucles, una imagen empezó a dibujarse detrás de ella.

Alejados de la barra, había un grupo de adolescentes sentados en la mesa. Vestían faldas de lana *bouclé* y suéteres con letras. Sabía que eran bucles porque el Murphy's Law tenía un mobiliario moderno y utilitario; nada de mesas rectangulares de formica de bancos de piel. Los jóvenes empezaron a hacer bromas con la camarera, que llevaba un vestido rosa de nailon y delantal de algodón a cuadros.

Estaba claro que no era el uniforme de trabajo.

—¿Em? ¡Emerson! — exclamó Lily—. ¿Dónde estás?

—En los cincuenta. Solo hay que ver los zapatos que llevan.

—Saddle oxfords. De verdad.

—¿Qué?

Mierda, lo había dicho en voz alta.

—Nada una peli que vi anoche. Estaba pensando en ella. Sandy Danny. *Beauty Drop Out. Greased Lightning.*

—Ah sí... —Lily me miraba perpleja mientras yo canturreaba *Shama Lama Ding Dong*—. Voy a sacar masa de hojaldre del congelador. ¿Estás bien? Te dejo un momento sola.

Estaba muy entretenida mirando a un ío que se había puesto tanta gomina como para cubrir una bandeja entera de galletas.

—¿Em?

—Sí, sí. Ve. —Asentí muy serena mientras ella salía hacia la cocina.

En cuanto se largó, me metí debajo de la barra a buscar desesperadamente algo para hacer desaparecer esos bucles. No estaba dispuesta a aguantar mi jornada laboral con el reparto entero de *Grease* pupulando a mi alrededor.

—¡Bingo!

Di un respingo, me abalancé encima de la barra, agarré un rodillo y me líe a manporrazos vacíos contra todos los bucles que pude encontrar. No me resultó fácil: todos arrancaron a correr en cuanto un muñeco de galleta cayó al suelo. En plena batalla contra los bucles, rodillo en mano, cual Don Quijote combatiendo contra los molinos de viento, fui incapaz de ver a Lily, que estaba empujando la puerta batiente de la cocina y sostenía una bandeja de metal con los hojaldres. Una milésima de segundo antes de que se diera la vuelta, exploté el último bucle, me apoyé en la barra y me coloqué el rodillo encima del hombro.

—¿Qué ha sido eso? —Lily agitó la cabeza al oír el ruido y recuperó la bandeja en sus manos, que había estado a punto de caerse.

—Ratas. Creo que tienes ratas. Muy grandes. —Le indiqué el tamaño con las manos a modo de ejemplo y me volví a dejar caer contra la barra, intentando controlar las respiración—. Enormes.

La abuelita debería echarles un vistazo.

Lily arqueó una ceja, dejó la bandeja y se secó las manos con una toalla.

—No estás bien. Se nota. ¿Me lo vas a explicar o hay que sacártrolo a la fuerza?

Hazte la sorda. Dejé salir un suspiro.

—No puedo tener nada coon él.

—¿Por qué?

Por muchos motivos.

—Uno: no sería una novia ejemplar. Recuerda que soy la tarada de la cafetería.

—Em, eso páso hace mucho tiempo. No tiene nada que ver con el presente.

Tenía demaciado que ver con el presente.

—Dos: él tampoco se queda corto.

—¿En un sentido de asesino psicópata o más en plan que va a seminarios sobre *Star Trek*?

—Se les empieza a considerar locos cuando se disfrazan de Klingon.

Lily puso los ojos en blanco.

—Ninguna de esas opciones. —Me enderecé, levanté la taza de *espresso* y le di un sorbo—. No sé si es un secreto mío o si es demasiado fuerte para crérmelo. Pero todos tenemos secretos, ¿no?

—No todos. —Su cuerpo se tensó y se enrolló la toalla en las manos—. Yo no tengo secretos. Mi vida es un libro abierto. ¿Vamos a por el tercer punto?

—Mmmm... sí. —Cogí el tarro de azúcar y me eche un par de cucharadas, mirando a Lily por el rabllo del ojo—. Tres: A Thomas se le metio entre ceja y ceja la norma de lo profesional.

Lily escuchaba con los hombros caídos y se mordió los labios mientras pensaba en una respuesta.

—Lo bueno de eso es que da un tiempo para conocerlo y para pensar en lo que sientes de verdad.

—Supongo.

—Aprovéchalo. No tienes por qué precipitarte. Si ese tío merece la pena, la cosa no cambiará porque esperes un mes. O también puedes aprovechar la impotencia y aplastar la masa de hojaldre con el rodillo. —Lily salió de la barra y caminó hacia la esquina para recoger el rodillo que había salido volando por los aires. Lo lavó en el fregadero, lo secó y le dio palmaditas con harina.

La miré, boquiabierta.

—¿Cómo sabias dónde estaba?

—¿El qué? Mmmm... allí lo guardo siempre. —Un suave ascenso de rubor le recoría el cuello hasta las mejillas—. ¿Por qué lo preguntas?

Nos miramos durante un segundo interminable.

—Por nada.

Me pasó el rodillo.

Me levante las mangas, lo cogí y empecé a amasar.



Al fial de la jornada, Lily y yo salimos juntas de la cafetería. El sol todavía brillaba entre las efímeras nubes grises y proyectaba reflejos sobre los charcos del asfalto. La densa humedad pesaba en el ambiente y me apelmazaba el pelo.

Metí mi chaqueta en la mochila, y e saqué una goma de pelo del bolsillo. Me pare en el cruce para recogerme el pelo en una cola mientras sostenia la mochila entre las rodillas, intentando no perder el equilibrio.



Me quede inmóvil al ver a Michael al otro lado de la calle. Estaba apoyado en un descapotable negro brillante con la capota echada y se reía entre dientes. Me preguntaba si hacía ese gesto siempre o solo conmigo.

Lily lanzó un gruñido apreciativo.

—Mmmm. Papá Noel ha venido antes de tiempo a traer este caramelito. —Se alisó el pelo y acomodó el bolso en pose coqueta, expeliendo un hálito de menta.

—Ciao...

—Espera. —La agarré de la correa del bolso y la contuve—. El caramelito no está en venta.

Se volvió para mirarme, con ojos enormes.

—¿Y ese es tu problemilla?

—Es inalcanzable. Y. a veces, también un coñazo. —Y un posible desequilibrado.

—Ay nena. —Sacudió la cabeza y se vovió para ver a Michael—. Lo siento mucho.

—¿Qué estas haciendo? A ti no te hace falta acercarte a los tíos. Este es impresionante, ¿no? —Podía ser un coñazo, pero era MI coñazo.

Lily me miró y levantó los hombros.

—Impresionante es insuficiente para calificarlo.

—Bueno, ya hablaremos —murmuré mientras reiniciaba el paso y cruzaba la calle corriendo hacia él sin apenas mirar el tráfico.

—Qué tal. —Volví a quedarme sin aliento, pero ya no importaba.

—Qué tal —me respondió. Sentí el impulso de poner mis manos encima de él, para saber si seguía existiendo nuestra conexión en medio de una calle bulliciosa. En su lugar, alcancé a rozar con el dedo la curva de su sonrisa.

Me agarró del brazo.

—¿Quieres prenderme fuego? , ¿matarme?

—Muerto no serviras de nada. —Aunque interrumpí la respiración al notar su tacto, igualmente el intenso calor se había iniciado. Seguía sosteniendo mi muñeca y mi brazo entero estaba vibrando.

Ojalá lo de los viajes en el tiempo fuera verdad. Era demaciado guapo para ser una ilusión.

—Entra. —Me soltó el brazo, recogió mi mochila y me abrió la puerta del coche, miré hacia la cafetería.

Lily permanecía en el mismo lugar, con la boca abierta.



CAPITULO 17

Desde cuándo la terapia incluye un paseo en coche?

La estrechez de los asientos y el reducido espacio nos mantenía peligrosamente cerca. Al menos el cielo se extendía por encima de nuestras cabezas y daba sensación de amplitud. Se alejó de la plaza del pueblo y apagó la radio.

—Me tengo que ir fuera un par de días. He pensado que podíamos hablar estando así, conectados. Es importante que hablemos antes de que me vaya. Así que no me toques. —Hizo un ruido a modo de gruñido—. Quiero decir, intenta no tocarme.

—¿Ahora de qué va todo esto? —Estaba preparada para lo que fuese. Al menos podría iniciarme en los viajes en el tiempo. Intenté no volver a hablar nunca más en voz alta.

—Quiero que leas un par de cosas. —El viento arremolinaba su pelo mientras giraba el volante con una mano y buscaba algo en el asiento de detrás. Me pasó un libro de tapa dura con el título *El continuo espacio-temporal y teorías de los agujeros negros* junto con una carpeta de anillas vieja y roída salpicada de manchas de café.

—Léete las hojas de la carpeta y mírate el libro si tienes tiempo. Eso es teoría, no pruebas. Las pruebas están en la carpeta. No la pierdas de vista por nada del mundo.

Deseo concedido, aunque estuviésemos hablando de material legible. Quizá los libros contenían algún tipo de prueba científica que me ayudara a creerlo. Como si, al leerlo, empezase a entender.

Michael se desvió hacia una de mis carreteras preferidas. Discurría paralela a un lago. Me solté el pelo y apoyé la cabeza en el respaldo, mientras miraba a la línea de árboles moteados de diferentes colores. El otoño siempre me había fascinado —pura belleza en sus horas de agonía—. Las hojas resistían hasta su amargo final, cediendo a la última caída triunfal, como si necesitasen que las salvásemos.

Miré su perfil de reojo, intentando mantener la objetividad. Por mucha conexión que tuviésemos, las mujeres se sentían atraídas por él —no había más que ver a Lily—. El perfil de su nariz, su fuerte mandíbula y esa boca que tantos quebraderos de cabeza me daba. Los rayos de sol penetraban entre los árboles y me regaban con su calidez. Cerré los ojos mientras mi pelo se dejaba mecer por el suave viento. Tenía que detener mis pensamientos. Mis manos. Así que me puse a memorizar tablas de multiplicar.



No sé en qué momento caí dormida, pero me volví a despertar al notar el coche en silencio. Estábamos aparcados en la acera, enfrente de los apartamentos.

El sol estaba bajo. No había pasado demasiado tiempo. Me desperté y fui abriendo los ojos, mientras recuperaba la imagen de Michael, que lucía un gesto raro. Sus cejas, arrugadas y juntas, daban paso a unos labios hieráticos.

Me espanté de repente.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo, con voz cavernosa.

Se supone que no me había pasado de la raya al tocarle antes de que entrásemos en el coche y, que yo supiera —al menos nadie me lo dijo nunca en el internado—, no hablaba en sueños.

—Lo siento por lo de antes, en la calle...

Negó con la cabeza.

—No es eso.

—¿Entonces qué he hecho?

—¿Aparte de quedarte dormida?

—Lo siento. No es por la compañía, pero estuvimos despiertos hasta tan tarde y con este solecito... — Me detuve. ¿Por qué me estaba justificando? Michael no era mucho de entrar en detalles; no entendía por qué yo sí tenía que dar explicaciones.

Desvió la mirada y contempló el edificio.

—Pareces tan vulnerable cuando duermes... no estoy acostumbrado a verte así.

Me enderecé en la silla, algo incómoda.

—Estaba a punto de llorar la otra noche en la cena. ¿Eso no te parece vulnerable?

—No es lo mismo. En la cena estabas triste. Hoy eras... ternura. —Volvió a mirarme y sentí que enmudecía con sus ojos.

—Sobre todo cuando se me caía el hilillo de baba.

En la comisura de su boca se empezó a dibujar una sonrisa.

—Me da mucha pena marcharme.

—No te vayas.



—Es una obligación. Probablemente sea para mejor. No quiero tener otro incidente como el de la otra noche en la terraza —dijo, después de titubear unos segundos.

—¿Cuándo vuelves? —Me encogí para coger la mochila y los libros que me había prestado. Y para esconder mi rostro colorado.

—No lo sé seguro, pero quizá mañana mismo. Espero que seas una rápida lectora.

Abrí la puerta del coche. Necesitaba salir; poner espacio entre los dos.

—Claro que sí... a ver qué te has pensado. Rápida como una gacela. Y fugaz. —Me llevé el dedo a la sien para hacerle el gesto de la locura—. En primaria era la quinta que más rápido leía en clase. —Cerré con un portazo para darme fuerzas—. No, no. La tercera.

—Divertida, preciosa e inteligente. Lo tienes todo. —Arrancó marcha atrás y me sonrió mientras giraba el volante.

Había desterrado la locura de sus adjetivos para mí. Me encantaba.

Me emocionaba más aún que nunca se le hubiese pasado por la cabeza.

CAPITULO 18

La carpeta de Michael estaba atiborrada de información. No era lo que más me apetecía del mundo, pero bucéé en los papeles durante media hora. Apremiada por la necesidad de café, decidí hacer una pausa y me puse a moler unos granos de café que había escamoteado del Murphy's Law.

Como el café hirviendo salpica, me decidí por hacer la buena obra del día y me puse a limpiar la encimera y a poner un poco de orden entre tanto papel. Clavé las tarjetitas de los ginecólogos y recados en la pizarra de corcho, tiré los diarios antiguos y guardé las cartas de facturas sin abrir. Estaba rociando de espray la encimera cuando oí el borboteo del café. Me agaché para guardar el espray en el armario de debajo del fregadero y detecté algo que sobresalía ligeramente desde el zócalo.

Las llaves de Dru.

No sabía si el embarazo o la euforia le estaban afectando en la memoria, pero normalmente era impensable que Dru perdiera las cosas. Y todas sus llaves, incluida la maestra, me miraban desde el suelo.

Quizá un despiste.

O el destino.

Quería saber más de Michael. No iba a haber nadie en casa, como mínimo, hasta una hora después. Michael estaba fuera, así que, ¿por qué no me dejaba caer por la puerta de al lado, deslizaba la llave en la cerradura y echaba un vistazo? A lo mejor se había dejado alguna vela encendida, o no se había acordado de apagar el horno, o la plancha. Quizá se había dejado el grifo de la ducha encendido y el apartamento se estaba inundando o alguna de sus plantas se estaba muriendo de sed.

Estaba infringiendo algunos límites.

Sostuve la llave maestra con dos dedos y balanceé el juego de llaves delante de mis ojos. Sí o no. Sí o no. De pronto la diatriba se desvaneció con el timbre del teléfono. Era Dru, estresada como nunca.

—Oye, una cosa. Uff, gracias a Dios que estás en casa. Mira, es que no tenía el móvil de Michael y van a venir los transportistas para meter el sofá en casa de Michael y necesitan la llave maestra. Pero yo no llevo llaves porque no las encuentro y las he perdido esta mañana y él no responde en su casa y no sé si me las he dejad...

—Tranquila. Cálmate —le interrumpí, con una sonrisa—. Yo tengo tus llaves.

—¡Ah, menos mal! —Respiró profundamente. Le hacía falta—. ¿Les abres tú?

Asentí con una sonrisa de Grinch en mi boca.

—Faltaría más.

Los transportistas hicieron su trabajo rápidamente. Como había muchas plantas afectadas por una grave sequía, yo me quedé un ratito más.

Llevaba pocos días instalado en el apartamento, pero el espacio ya olía a Michael. Frescura y limpieza. Su ropa colgaba del tendedero y emanaba algo más; quizá feromonas. Oisqueé en el aire su colonia de cítrico y me empecé a abstraer demasiado. Me obligué a salir del atontamiento.

Céntrate. Hay que investigar.

Dru le había facilitado los muebles de su almacén, en una línea muy sencilla. Iban con su personalidad. Lo único que rompía la sencillez era el ordenador de mesa. Choqué contra la esquina de su escritorio con la cadera y moví el ratón sin querer. La pantalla volvió a encenderse y apareció la ventana de la clave de seguridad.

Todos los apartamentos venían con estanterías. Michael había colocado chismes modernos, cortesía de Dru. Dos estantes estaban cubiertos de cosas personales. En el primero, poesía de Byron y otras novelas de autores como Kurt Vonnegut, Orson Scott Card y En el camino, de Jack Kerouac. De pronto me di cuenta de que nunca le había preguntado por sus gustos literarios. Quizá no era un tema de tanta enjundia como los viajes en el tiempo. En mi escuela no había debates a un nivel tan avanzado.

En el segundo estante tenía fotografías. Una, la típica de niño con su familia —su padre no aparecía—. En otra, un Michael adolescente a carcajada limpia con un hombre mayor que él, al lado de un lago rodeados de instrumentos de pesca. Me acerqué la foto. No se parecían.

Había una pila de fotos encima del estante. Las miré rápidamente. Graduación, nieve, dieciocho cumpleaños. En la última foto, una chica sonriente con el pelo negro caoba disfrazada de princesa. En un primer momento, pensé que era su hermana, pero algo en la foto indicaba que no. Quizá era por el óvalo perfecto de su cara de porcelana. Los celos empezaron a socavar mi estómago. Era una chica misteriosa, atractiva... alta.

Abrí un par de cajones de la cocina y la nevera. Nada del otro mundo, aparte de refrescos energéticos y congelados. Una caja de Fruity Pebbles... hombres.

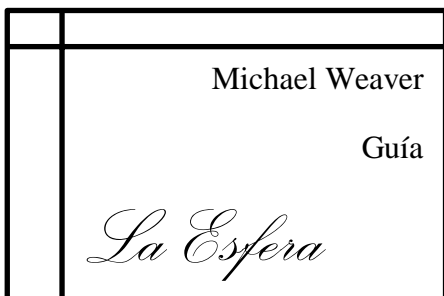
Me detuve delante de su habitación y vacilé por un instante. Normalmente uno tendía a ser más dejado en el dormitorio. No tenía ni idea de qué estaba buscando, pero tenía miedo de encontrarlo. Me llené los pulmones de aire y me guardé las manos detrás de la espalda.

Por si su aroma no fuese suficiente, lo que sentí nada más penetrar en su habitación fue una prisa inmensa por enterrar la cara en su almohada. Por quedarme allí. La cama estaba hecha y, como intuía, colocada contra la pared contigua a la mía. Con razón me costaba dormir.

Más libros sobre su mesita de noche y su cargador de iPod. Me acerqué para escudriñar las canciones y localicé un bloc de notas con algunas cosas escritas.

Ahí estaba.

Examiné el bloc de arriba abajo y liberé mis manos para cogerlo y acercármelo. Se me cayeron al suelo unas tarjetas de visita y en seguida me agaché a recogerlas. Por un momento me inmovilizó el pánico porque no sabía si las tarjetas habían caído del bloc o de la mesita. Eché un rápido vistazo. En todas se podía leer lo mismo:



En el reverso, una dirección a las afueras de Ivy Springs.

Me metí una tarjeta en el bolsillo e hice una pila con las demás. Intenté descifrar las palabras del bloc, pero estaban escritas en una especie de código. Michael era el rey del misterio.

—¿Qué buscas?

Lancé un grito y pegué un salto, a punto de dejar caer la libreta. Tenía a Jack al lado y me miraba con una sonrisa comedida.

—¡Qué susto me has pegado! —Me embargó una enorme vergüenza, y eso que Jack no se lo podía explicar a nadie. Recuperé la imagen del bloc y todavía lo sostenía entre las manos. Lo volví a dejar rápidamente encima de la mesita, mortificada al pensar que lo tenía que volver a abrir y dejarlo más o menos como lo había encontrado—. ¿Cómo has entrado?

Jack frunció los labios, vacilando antes de responder.

—Puedo traspasar paredes.

Sopesé lo que eso significaba y me entró un escalofrío.

—¿Como de mi habitación a mi lavabo?

Manteniendo una distancia personal, se acercó un paso.

—No sería capaz, por muy tentador que parezca. Me mereces respeto.

No podía dejar de mirarle. Sus pupilas no eran del todo negras; revelaban una pequeña sombra de claridad y los iris eran menos azules hoy y más grises.

—¿Has estado aquí, en su habitación, antes?

—Sí —resolvió.

Guau...

—¿Has hablado con él antes? —El sudor me salpicaba la frente. Jack se podría chivar en cualquier momento. ¿Y si también se le aparecía a Michael?

—No —respondió, abriendo unos grandes ojos—. Solo contigo.

—Bien. —No sabía que los bucles podían decidir cuándo aparecer. Tenía que preguntárselo a Michael cuando lo viera—. ¿Has visto algo interesante por aquí? —le di un codazo amistoso.

—Como qué.

—No sé. —Me encogí de hombros—. Con quién habla por teléfono, qué hace.

—Le da mucho al teclado —respondió, señalando al ordenador con una mano y guardándose la otra detrás de la espalda. A continuación señaló hacia el teléfono inalámbrico—. Y habla con alguien bastante a menudo.

—¿Has oído algún nombre?

—Sí, ha hablado de ti unas cuantas veces. —Jack respondía cauteloso, observándome al dejar ir cada palabra y midiendo mi reacción.

—¿De mí? —pregunté— ¿Qué decía?

—Nada... que eras simpática... no —se detuvo, pensativo—, que le estabas cayendo muy bien... y que todo iba acorde con el plan.

Me di la vuelta y empecé a caminar a grandes zancadas por la habitación, cabreada conmigo misma por permitirme sentirme herida.

—¿Adónde vas ahora? —me dijo, mientras me perseguía.

—A ti qué te importa. —Me di un respiro. No me había hecho nada para que fuese tan brusca con él. Me di la vuelta para pedirle disculpas y lo sorprendí con la guardia baja. Dio un paso al lado para no tocar la mesita de noche.

Se me puso la piel de gallina.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Jack.

Me acerqué a él, con reservas.

—¿Por qué evitas los objetos? Nunca los tocas.

—Yo no evito nada —respondió, alejándose ágilmente de mí.

—No. Sí sí. Los evitas. Y la otra noche estabas sentado encima de mi cama. Noté tu peso sobre el colchón. ¿Cómo lo hiciste? ¿Y por qué te coges siempre de las manos, como si tuvieses miedo de tocar las cosas?

—Yo no tengo miedo —protestó, separando las manos bruscamente. Se aguantó el costado con una y se guardó la otra en el bolsillo del chaleco—. Son manías, solo.

—No te creo. —Me acerqué un paso más, levanté la mano y la acerqué con cuidado hacia su pecho.

—No te muevas. Quédate donde estás —me ordenó, con una voz teñida de pánico.

Cerré los ojos con fuerza y cogí aire. Caminé hacia delante y deslicé mi mano dentro de su silueta.



CAPITULO 19

Encontré resistencia.

No era materia sólida; era, más bien, una especie de barro o arena mojada. Jack se zafó de mí al ver cómo me apartaba de un respingo.

—¿Qué es esto!? —Me miré los restos de sustancia en mi mano. Fuese lo que fuese... era algo brillante.

Levanté la vista y Jack ya no estaba. Salí del apartamento de Michael tan rápido como pude, sin tiempo para cerrar con llave. No tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Aparte de lavarme las manos.

Me aterrizzaba Jack y su estado semisólido. La tarjeta con la dirección de La Esfera me quemaba en el bolsillo. Podía estar ahí en menos de veinte minutos.

Tenía que arriesgarme.

Después de un rastreo precipitado por el baño, cogí todo lo necesario de higiene y ropa oscura —en el caso de necesidad de fusión— y lo metí en una bolsa de tela junto a la carpeta que Michael me había dado. Me aparté el pelo de la cara y me lo até rápidamente justo antes de hacer una pequeña parada en la intacta cocina para llenar un termo de café y llevármelo. Les dejé una nota a Dru y Thomas y salí del apartamento con la tarjeta de Michael en la mano.

Thomas le había regalado un GPS a Dru para su cumpleaños y lo había instalado en su furgoneta. Era tan fácil como introducir la dirección de la tarjeta de visita. Encendí el motor, aspiré hondo y di la vuelta con el coche. No era mala conductora, pero cogía muy poco el coche. Menos mal que conducir un coche era más o menos como ir en bicicleta.

Más o menos.

Jack. Si no era un bucle, ¿qué era entonces? ¿Y si existía desde hace tanto tiempo que había acabado cogiendo una consistencia casi corpórea? Pero, si esto era verdad, ¿por qué Escarlata no era también semisólida?

Se lo podía preguntar a Michael pero, por razones que aún no alcanzaba a entender, prefería mantener a Jack en secreto. Mi cara se tensaba al pensarlo.

Me había imaginado la sede de La Esfera en un edificio de oficinas. El GPS me condujo por una tierra de pastos y continué hacia un camino de montaña. Bajé la ventana para respirar a heno y estiércol y otros olores de la tierra. Estaba llegando a mi destino. Detuve el coche y vi un terreno demarcado por una cerca de piedra al fondo, a través de la cual se accedía traspasando una gran verja de hierro. Abierta.

Los enormes robles entorpecían la visión desde el camino. Entre ellos, se abría paso una vereda que arrancaba en forma de curva con gravilla y llevaba a un lugar que no se podía apreciar.

Era mi gran oportunidad.

Una de las ventajas de ser una superviviente era que no me importaba jugármela. ¿Qué podía pasarme?, ¿qué me enviaran a la cárcel por entrar en una propiedad privada? Nada era peor que el sanatorio. El tío que vivía detrás de la cerca de piedra podía secuestrarme y hacer experimentos conmigo. Nada peor que el sanatorio. Vacilé un instante; mi señal de avanzadilla era como un irresistible bistec para los perros y guardias de seguridad que ya me estaba imaginando al otro lado de la cerca.

Necesitaba respuestas.

Necesitaba saber si Michael me había dicho la verdad, y qué me estaba escondiendo.

Respiré profundamente y traspasé la verja.



CAPITULO 20

Me entraron todas las dudas. Como no sabía si había escrito bien la dirección en el GPS, volví a mirar la tarjeta. Una hacienda de estilo neoclásico se extendía ante mí —grande, laberíntica, de ladrillo rojo, flanqueada por dos altas columnas blancas—. No había guardias. No había perros. Nada de lo que había imaginado. Una extensión de terreno envolvía parte de la casa, conformando un área de aparcamiento decorada por algunos árboles.

Paré el coche y decidí rápidamente —fiel a mi estilo de «a ver si cuela»— que, si alguien me preguntaba qué hacía ahí, definitivamente iba a estar totalmente desorientada. Esperaba que no les ocurriese mirar adentro del coche. No tenía mucha lógica estar desorientada y tener instalado un macrodispositivo GPS. Decidí otear la zona; por algo era una superespía.

Salí del coche y me adentré en la humedad, corriendo a esconderme entre los árboles. La puesta de sol difuminaba un cielo anaranjado en la línea del horizonte —de un naranja ardiente y confitado—. En la escasa luz que le quedaba al día, se apreciaba a lo lejos el contorno de un establo, así como otras edificaciones que se erguían contra el telón de un bosque oscuro.

Me acerqué poco a poco.

Una sensación de alerta me aguijoneaba el cuello y descendía por mi espalda mientras iba recorriendo el lateral de la casa, oculta por fin en el amparo de una ventana baja. El esfuerzo por mantenerme quieta y en silencio no era un buen compañero del fuerte viento que soplaba en ese momento, pero por suerte me había recogido el pelo y podía despreocuparme. En cuanto alcancé la esquina de la casa, me sequé el sudor de la frente con la camisa. El cambio de hoja anunciaba el paso de estación, pero en ese lugar no parecía que fuese otoño.

El patio trasero del edificio me recordaba a una de esas antiguas y exageradas series de los años ochenta que siempre repetían en la tele. Había una piscina con puntos de luz alineados a la altura de una fila de coníferas altas y delgadas con la fisonomía de un lápiz. Cuatro columnas custodiaban los márgenes del patio de baldosa de cerámica italiana, que se prolongaba hasta la visión de tres bancales de piedra. Había mesitas de café con sillas a juego dispuestas a lo largo del patio, además de mobiliario de exterior, antorchas eléctricas y más coníferas metidas en urnas. Desde luego, no estaba en el Cuartel Secreto de los Viajes en el Tiempo.

Oí voces y fui rápidamente a esconderme detrás de un muro de contención. Discernía vagamente la silueta de dos personas al otro lado del patio. Estaban apoyados en la reja. Sus voces me empezaron a llegar.

Dos hombres.

La silueta de uno sobresalía. Michael.



Me acerqué un poco más, apoyé la espalda totalmente en el muro y fui bajando hasta sentarme. Era importante estar cómoda. Sin tener en cuenta las rocas que se me estaban clavando.

—¿Y cómo es ella? —preguntó la otra voz.

—Es demasiado. Es increíble. —Michael suspiró—. Más de lo que habría imaginado nunca.

Se produjo un breve silencio.

—¿Y qué sabe de todo esto?

—Casi todo, excepto que la necesito.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—¿Cómo crees que se lo ha tomado? ¿Cómo te lo tomarías tú?

Mi cuerpo se tensó. Tenía la sensación de que sabía de quién estaban hablando.

—Tienes que explicarle esa parte. —La otra voz transmitía impaciencia.

—Vamos mal de tiempo, Kaleb. Está empezando a confiar en mí.

—Tienes que explicárselo antes de que pase algo. —La voz de Kaleb era mucho más áspera; más cavernosa que la de Michael. Tenía muchas ganas de verle la cara—. Ella tiene que saber lo que está pasando. No la puedes dejar en ese estado de ceguera.

—Ya veré lo que hago. —Tuve la impresión de que Michael estaba hablando entre dientes.

—Pues va —insistió Kaleb. Al menos tenía la intención de protegerme en lugar de dejarme a mi triste suerte. Me cayó bien. Fuese quien fuese—. Recuerda que somos un equipo. Yo tengo los archivos; tú la tienes a ella. Hay mucho en juego para mucha gente.

—He hecho una promesa y pienso mantenerla. Haré lo que haga falta para hacerlo regresar; no importa lo que tenga que sacrificar.

—¿Tú crees que lo querrá hacer ella?

Michael hizo una pausa antes de responder.

—No estoy seguro, pero no me extrañaría. Es extraordinaria.

Una carcajada sonora viajó a través de un eco.

—¡Mike! ¡Te gusta mucho!

—No puedo. Ya conoces las normas.

Kaleb lanzó un resoplido.

—A mí no me frenaría nada.

—Ya lo sé. Pero no es eso: yo no le gusto. —Michael hablaba con voz serena. Kaleb le estaba respondiendo con una mirada dubitativa, porque Michael le insistió—: No le gusto. Lo sé.

Sentí un pinchazo en el estómago.

—Hermano. Yo lo veo. Está muy claro. Si esa chica es tan maravillosa, estás siendo un tonto. Pero claro, mejor olvídate del tema: te debes al honor, al respeto —le respondió Kaleb, con un sonsonete.

—Tendrías que estar en mi piel —le respondió, muy calmado.

—Venga, por favor. No me digas que te estás conteniendo por Ava.

—Kaleb —arremetió Michael, con frustración en la voz—, ya te he explicado cómo están las cosas con Ava...

Los dos guardaron silencio en cuanto se iluminó una de las ventanas de la primera planta, arrojando una sombra cuadrada sobre el suelo de la terraza.

—Vuelvo para dentro —dijo Kaleb, con tono impaciente—. Dile... no la trates como si fuera una niña.

—¡Largo! —Michael resolló y se oyó el ruido de una puerta.

La luz de la ventana se apagó.

Continué sentada un minuto más, intentando procesarlo todo. No podía jurar que estaban hablando de mí; ninguno me había nombrado. Llamadlo paranoia —que es perfectamente comprensible— o súbita intuición, pero estaba casi convencida de que la chica de la que hablaban era yo.

¿Pero quién era él?

Me escabullí de la terraza y deshice mis pasos sigilosamente. No tenía ninguna prisa, era mejor darle tiempo a Michael para alejarse y así evitar toparme con él. Mientras me acercaba al frontal de la casa me entró la curiosidad y eché un vistazo rápido al interior de una de las ventanas bajas.

En una pared había una línea de fotos. Aunque había suficiente luz inferior para verlas, un extraño reflejo asomaba en sus caras y era difícil distinguirlas. Una vez escudriñadas, me detuve en la última. Algo en su cara me sonaba. Antes de que pudiese identificarlo, se encendió otra luz en la casa y mi



sombra se reveló peligrosamente en medio de la hierba. Me recosté todo lo que pude en la pared hasta que la luz se volvió a apagar y arranqué a caminar en dirección al coche, abriendo la puerta nada más alcanzarlo.

Solté un grito de pánico.

Había alguien sentado en mi coche.



CAPITULO 21

Tranquila —susurró Michael—. ¿Ahora de qué te sorprendes?

—¿Qué haces? —Me ahogaba. Me llevé la mano al pecho; el corazón me latía con fuerza.

Michael había apagado la luz del interior del coche, pero yo seguía viendo su expresión de furia en la exigua claridad.

—Creo que eso lo tengo que preguntar yo.

Se me paso por la cabeza decirle que me había perdido. Tenia que pensar rápido. No, no. Sacudí la cabeza. A duras penas podía respirar.

—¿Cómo me has encontrado?

—Yo no te estaba buscando. Estaba buscando La Esfera —le respondí—. Saqué la dirección de la tarjeta de tu mesita de noche. —Lo estaba empeorando—. Dru... se dejó las llaves... en la cocina. Tenia que abrir a los transportistas para que entraran en tu departamento. Lo siento.

Un buen espía normalmente aguantaba torturas sin revelar información. En ese momento se me fue rodando como moneditas de una hucha de cerdo.

Michael suspiró y se reclinó en el asiento.

—Fantástico ¿Qué más has visto?

—Nada. Nada más.

Aparte de la foto de una chica guapísima y unas notas escritas en código.

—Este sitio no es seguro para ti —dijo Michael, enderezándose para coger el volante—. Tienes que irte de aquí antes de que te vean.

—¿De que me vea Kaleb?

—Kaleb es el último de tus problemas ahora mismo.

—Pero el mismo dice que yo tendría que saber que esta pasando —lancé—. No lo conozco de nada y me da más confianza que tú.

Michael sacudió la cabeza con gesto de disgusto y se inclinó hacia el asiento de al lado.

—Entra. —Al ver que yo no me movía, me cogió de las dos manos y me condujo hacia adentro, haciéndome sentar en el asiento de copiloto —¿También te enseñaron a espiar, en el internado?

—¿Te crees con derecho con mandarme? —Su tacto ardiente viajó por toda mi piel y no consiguió calmarme. Giró la llave del coche. Contemplé su rostro, completamente iluminado por la luz de posición—. Yo no tenía ninguna intención de espiar ¿Qué he llegado al lugar apropiado? Sí. — Intente rectificar al ver que el me levantaba una ceja. —El peor lugar, pero en el mejor momento.

Seguía negando con la cabeza.

Michael conducía despacio por el extenso camino, sin encender los faros hasta que alcanzamos la carretera principal. Giró en dirección contraria a Ivy Springs.

—¿Y tu coche? —Le pregunté.

—Lo recogemos cuando volvamos.

—¿Cuándo volvamos de dónde? —La ansiedad, mi vieja amiga, volvió a penetrar mi cuerpo con el típico coctel de miedo y culpabilidad...

—De mi residencia —dijo, sin separar la vista de la carretera.

—¿Pero no esta en la misma dirección de mi casa?

—No —respondió, con una tensa paciencia—. De mi residencia de estudiantes. Y tú vienes conmigo. Quiero presentarte a una persona.

—¿No puede esperar? ¿Quién es? ¿Vivías en una residencia?

—¿Puedes dejar de hacer preguntas durante un segundo, por favor? Tengo que pensar como lo hago. — Su mandíbula se tensó.

Esperé un segundo exactamente.

—Por qué hoy no me has dicho dónde ibas?

Michael soltó un gruñido de frustración.

—¿No te he dicho que dejes de hacerme preguntas?

—Sí, durante un segundo. Tendrías que haberme pedido más tiempo. — Con la experiencia de tener un hermano mayor, se me daba muy bien las batallas dialécticas. Como un terrier con una chuleta de cerdo — ¿Por qué no me has dicho que ibas a La Esfera?

—Vamos a ver, Emerson. Esta claro que no quería que me siguieses. — Encendió la radio con la clara intención de hacerme callar.

—Yo no te he seguido. No es así. —Contrataqué, apagando la radio.

—No... solo has invadido mi espacio y luego has aparecido en un lugar en el que no quería que estuvieses. —Mantenia la voz serena, pero la rabia asomaba entre sus dientes—. Tendrías que haberte mantenido apartada.

Por un momento pensé que en ese momento lo normal era tener miedo y no estar cabreada. Michael me había metido en el coche a la fuerza y estaba conduciendo hacia un lugar desconocido, en contra de mi voluntad. Eso era equivalente a un secuestro. Me hundí en el asiento, buscando alguna señal.

No encontré ninguna. El cabreo me seguía subiendo.

Giramos y nos incorporamos en una calle que quedaba detrás de un campus. Empecé a ver casas de una planta de principios del siglo xx. Paramos delante de una de las casas. Era muy bonita, con tejado bajo a dos aguas, postigos negros y un porche muy amplio.

Michael salió del coche y dio la vuelta para abrirme la puerta. No me moví o hablé mientras el me recogía la bolsa y arrancaba a caminar a la casa. Cuando se dio cuenta de que no lo estaba siguiendo, regresó al coche y lanzó un resoplido que le levanto el flequillo.

—Emerson. No me obligues a que te saque por la fuerza.

Lo seguí hasta la entrada.

Entré de puntillas en un vestíbulo oscuro con techos altos, suelos de madera y elaboradas molduras. Al final de la habitación, una mesa de caoba con varios portátiles y tazas de café en diferentes estados de uso. Dejó mi bolsa en una mesa auxiliar y se dejó caer en el sofá de piel.

—¿Y yo qué hago? ¿Me siento? —le pregunté, señalando al sillón de al lado. La textura de la piel me recordaba a un guante desgastado de béisbol —¿O espero en el porche?

Me cogió de la manga y me estiró. Aterricé a su lado, un poco más cerca de lo conveniente. Pero no me moví.

—Estarás enfadada, todavía.

Michael ladeo la cabeza para mirarme mejor. Arrugó los labios en gesto de desagrado.

—No es justo —protesté—. Me escondes información. Información sobre mí. Yo lo se. Tú lo sabes ¿Por qué no hablamos de una vez?

—¿No tienes suficiente por ahora con saber que tienes una habilidad? Tienes que ir digiriendo las cosas.

—Ya esta digerido, Michael. Esta comido y digerido y ahora mismo me estoy cagan...

—No seas borde conmigo. — A sus ojos asomó una señal de advertencia.

—No soy borde. Estoy cabreada, sencillamente —le respondí, hablando entre dientes—. Y tu salud empieza a correr peligro si no me explicas ahora mismo qué esta pasando.

—Que lástima. Te he infravalorado.

—¿Y ahora que quieres decir con eso?

Michael me examinó durante un instante.

—Eres demasiado valiente. No tienes ni idea de hasta que punto te has llegado a arriesgar. —Se levantó y empezó a caminar adelante y atrás—. Cuando te he visto en la casa...

—¿Pero de que estas hablando? Acaba las frases —arremetí.

Sus anchos hombros se dejaron caer en gesto de derrota. En un segundo, toda la rabia desapareció.

—Si te hubiera pasado algo esta noche, habría sido por mi culpa. Kaleb me advirtió que no te tratara como a una niña y no le he hecho caso. Lo siento.

Busqué alguna palabra, pero no la encontré.

—Ahora no puedo dar ningún otro paso sin involucrarte. —Entrelazó las manos detrás de la nuca y cerró los ojos—. Esta noche, cuando nos escuchabas, Kaleb y yo estábamos hablando...

—¿Michael? —Se oyó una voz suave que venía del vestíbulo.

Recuperó la postura rápidamente y abrió los ojos.

—¿Profesora Rooks?

Una mujer entró en el salón. Tenía un cuerpo de infarto; una piel morena impecable y el pelo negro rapado. Seguramente no se preocupaba mucho por su pelo, ya que nada podía competir con su cara. Era consiente de que la estaba mirando embobada, e incluso con la boca abierta.

—Emerson, te presento a la profesora Rooks. Es física y doctora universitaria. Viene a ser la directora de la casa.

Jamás había visto una directora como ella. Estaba rozando los treinta; alta, enormes ojos y rasgos bonitos. Cuando se volvió para sonreírme, el aro de su nariz emitió un destello, cogiéndome por sorpresa.

—Encantada de conocerte, Emerson. —El color de su voz me trajo la imagen de una brisa tropical y un sol resplandeciente— ¿Te quedas mucho rato? —Preguntó, algo confusa.

Yo no sabia que responder, así que miré a Michael. Él consultó la hora en el reloj de pie de la esquina.

—Es casi medianoche —me dijo—. Tendrías que llamar a Thomas.

No me moví.

—¡Vamos! No tengo ganas de que nos metamos en problemas.

—Lo llamo, pero no hemos acabado todavía. Le voy a decir que no me espere hasta mañana por la mañana. —Me levanté para sacar el móvil de la bolsa, guardando silencio para incitarle a responderme, horrorizada al mismo tiempo por mi atrevimiento— ¿Algún problema?

—Es tu vida.

La profesora Rooks me sonrió mientras yo me excusaba para salir a hablar.

Ni un gesto en Michael.

Me retiré al vestíbulo para hacer la llamada. Me temblaban los dedos. Thomas no respondía. Aliviada, le dejé un mensaje en el buzón de voz. Mejor pedir perdón que pedir permiso. Cuando regresé al salón, Michael y la profesora Rooks discutían en voz baja.

—Mmmm estábamos comentando donde vas a dormir —dijo Michael, separándose bruscamente de ella, mientras el rubor de su cara y cuello revelaba algo bien distinto—. La profesora Rooks te va a poner un colchón inflable en su habitación.

—Si, arriba. —Señaló a mi bolsa— ¿Vamos?

Miré a Michael. No tenía ganas de ponerme de mal humor, pero algo tenía que hacer.

—Ve tú —le dijo a la profesora—. Ahora te la subo. Tenemos que hablar un momento.



CAPITULO 22

—Toma. —Michael me dio un vaso de agua muy fría y se sentó en el sofá a mi lado—
¿Seguro que no quieres nada de comer?

—Deja de hacerte el loco. Quiero respuestas. —Coloque el vaso encima de mi muslo, observando como formaba un anillo de agua encima de mis tejanos—. Me estabas diciendo algo sobre Kaleb.

—Ah sí, Kaleb. —Aspiró profundamente—. Se apellida Ballard. Es hijo de Liam Ballard.

Tardé unos segundos en atar cabos. Cuando lo conseguí, me quedé helada.

—¿El mismo Liam Ballard que fundó La Esfera?

—El mismo. Liam Ballard fue mi mentor. Murió hace seis meses.

—Michael —dejé salir el aire contenido. Me ahorré el pésame; no ayudaba nada lamentarse de algo irrevocable.

Su mirada se endureció y reapareció esa mezcla de rabia y tristeza que ya había visto la primera vez que habló de Liam.

Echó la cabeza hacia atrás, fijó su mirada en el techo y empezó a hablarme de hechos en lugar de sentimientos.

—Unos años antes de cerrar el departamento de parapsicología, creó una nueva filial.

—Sí. Ya lo leí en la prensa cuando cerró el laboratorio. —Acaricié el borde del vaso con el dedo corazón—. Le faltaba más trayectoria o fondos.

—Liam fundó La Esfera para servir al sector privado. Por razones morales. —Levanto la cabeza, sin mirarme—. Fue muy importante para él, hasta la muerte. Ya sabes cómo se siente uno cuando tiene un don especial y no tiene ni idea de cómo usarlo o que hacer. Liam se había propuesto crear un entorno seguro para nosotros. Para ayudarnos y encontrar la manera de hacer algo diferente en el mundo y evitar hacer daño.

—Pero tú te fuiste. Ya no formas parte de La Esfera —advertí.

—Cuando Liam murió, lo sustituyó Jonathan Landers. —En su rostro se dibujaba el descontento—. Yo no quería que Landers me representara y también le debía lealtad a La Esfera y a Liam, así que me fui.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque está obsesionado por encontrar los informes de las investigaciones de Liam. Kaleb los ha mantenido ocultos bajo llave y los está intentando sacar de casa, pero Landers y sus acólitos están siempre al acecho. Quiere algo muy concreto y lo tiene todo bien organizado. Lo presiento.

—¿Y por qué no te quedaste en La Esfera para vigilarle?

—Hay otras prioridades. —Me miró y me sentí como una hamburguesa con patatas fritas—. Además, Kaleb tiene una razón de peso para quedarse en la casa.

—Si los dos son tan amigos, ¿Por qué les preocupaba tanto que los vieran?

—Porque Landers no sabe donde estoy ni que hago y quiero que continúe así. He intentado mantenerte alejada de su radar. —Se masajó las sienes en círculos, como si le doliera la cabeza—. Y a ti solo le ha faltado aporrear la puerta de la casa.

Omití comentarle lo cerca que había estado.

Michael contorneó el cuello y estiró la nuca. Quizá tenía los músculos tan tensos como yo y le venía bien un masaje. En lugar de tocarle, me baje del burro y me disculpé.

—Lo siento. Por haber ido a La Esfera; por no confiar en ti y por espiarte. —Levanté las manos en gesto de sumisión—. Por todo.

—Perdóname por ser un idiota sobreprotector sin querer dar explicaciones. Para Landers, no servimos para nada. Si pudiese, me utilizaría para viajar al futuro con el fin de manipular el presente — encontrar curas para enfermedades, economía, crisis energética.

—¿Por eso tenías tanto miedo de que me viese? ¿Crees que me enviaría al pasado a... comprar acciones de Google o algo parecido? —Seguramente no se debía solo a eso su secretismo. O su rabia—. ¿Y crees que yo no haría nada?

—No se trata de eso. —Se movió inquieto en el sofá y se acercó a mí. El corazón me dio un salto—. Es una situación mía. El tipo está obsesionado con el pasado y a mí me daba miedo que te lavara el cerebro. Ya sé que no es el caso, pero no lo he sabido hasta después de conocerte; de hablar contigo.

Le miré a los ojos. Quería saber qué pensaba cuando me miraba. Volví la cabeza y e mordí el labio mientras le daba vueltas a la pregunta, que al final formulé.

—¿Y tu veredicto?

—Confío en ti —me dijo—. Y por eso te tengo que pedir ayuda.

—¿Ayuda para qué?

—Para pararle los pies a Jonathan Landers.



—¿Pararle los pies por qué?

—Por haber asesinado a Liam.



CAPITULO 23

—¿Que quieres que haga qué?!

—Necesito tu habilidad de viajar al pasado para poder evitar que Jonathan Landers mate a Liam. Es imposible que lo haga sin ti.

Me incorporé y agarré a uno de los cojines como si fuera un escudo. El temblor me subía por las piernas, penetraba en mi cuerpo, me atravesaba el estómago y subía por mis brazos hasta las puntas de los dedos.

—No lo entiendo.

—Si evitamos la muerte de Liam, Landers no podrá tomar el mando de La Esfera.

—¿Cómo? ¡Pero si ya ha sucedido! Si lo intentamos cambiar, ¿No se creará una... paradoja o algo de eso? —No sabía nada sobre viajes en el tiempo. Solo me había nutrido de las reposiciones de *Regreso al futuro* y algún capítulo de *Perdidos*. Siempre aparecía el tema de las paradojas —y era ficción. Me abracé con más fuerza al cojín—. ¿Cómo se puede evitar que alguien muera? Sobre todo, cuando ya está muerto.

La idea sobrevoló mis pensamientos y sentí un pinchazo en mi pecho.

—Existe una teoría llamada Principio Novikov. Es una laguna científica que nos permitiría salvar a Liam sin alterar el tiempo. No hay paradoja. Liam murió porque se incendió su laboratorio. Todo quedó absolutamente calcinado.

—Cuando viste mi búsqueda en Internet... —Me detuve. Nunca habría encontrado esos datos en un diario convencional—. Me lo había leído todo.

—¿Leíste que se quemó todo el edificio? No se encontraron restos del cadáver. —En sus manos delicadas se dibujó el contorno de los tendones—. Solo algún hueso carbonizado.

Me entró una sensación de mareo. Morir así debía de ser horroroso.

—No llegué a esos detalles.

—El Principio Novikov no nos permitiría cambiar el pasado; solo afectar en él sin causar incoherencias.

—No te estoy siguiendo ¿Qué tipo de incoherencias?

—Todo el mundo sabe que Liam está muerto. Si evitamos su muerte, tendremos que retroceder en el tiempo. Tenemos que evitar que entre en el laboratorio para que no le pase nada. —Sus manos se relajaron mientras hablaba—. Para mantener la verdad de que está muerto, tendremos que reemplazarlo con otro. Entonces, él tendrá que esconderse y permanecer en la sombra.

Tragué con mucho esfuerzo, pero la náusea no desaparecía. Me subía por la garganta.

Seguramente no lo había oído bien.

—¿Me estás proponiendo que hagamos que alguien muera en su lugar?

—No. —Me miró de frente—. La profesora Rooks es física y doctora y forma parte del departamento de ciencias de la universidad. Ella tiene llaves que me dan acceso al depósito de cadáveres...

—Un momento. —Cogí aire. Cuando me aseguré de que no iba a vomitar, le hice un gesto para continuar —¿Por qué tenemos que mantener la apariencia de que está muerto?

—Para que todo se mantenga igual. Seguirán existiendo como prueba y, mientras Liam permanezca totalmente escondido durante seis meses hasta el momento exacto en que retrocedamos en el tiempo para salvarlo, el hecho de que en realidad esté vivo no afectará a la línea del tiempo. Espero. —Capté un eco de esperanza en su voz.

—¿Así que estamos hablando de un hecho que se puede alterar sin efectos secundarios de alteración del orden cósmico del mundo? —Resumí, sin querer en el tema del cadáver.

—Exacto. Aparte del hecho de que nunca se ha podido demostrar que los huesos del laboratorio fueran suyos.

Cogí el vaso y le di un sorbo mientras pensaba.

—Cuando hablas de pararle los pies a Landers, no te refieres solo a evitar la muerte de Liam, ¿no?

—Liam fue como un padre para mí. El padre que nunca tuve.

—Ahora entiendo tu preocupación. —El padre biológico de Michael lo había abandonado y ahora su segundo padre había sido víctima de un asesinato.

Yo también quería justicia.

—No lo hago solo por mí. Es por su mujer, su hijo, todos los compañeros de La Esfera a los que ayudó, a todos los que podría haber ayudado. Nunca he conocido a una persona tan buena, que ayude tanto a los demás.

—Te entiendo.

Ladeó la cabeza y me miró con sus largas y negras pestañas.

—Ya lo sé. En el futuro también lo entendías ¿Quién te crees que me explicó lo del Principio Novikov, si no?



Por mucho que yo entendiera (mucho mejor que mucha gente) por qué quería salvar la vida de un ser querido, no pude procesar sus palabras. Espiré. Los temblores no habían abandonado mi cuerpo y exprimían mi voz, que salía en un resuello.

—¿No querías respuestas? Pues aquí las tienes —me respondió, muy serio, mientras se acercaba más aún, sin fomentar del todo mi tranquilidad — ¿Ahora te arrepientes de haber preguntado?

—Estás hablando de hacer volver a alguien a la vida —respondí lentamente.

—Ya sé que parece imposible. —Michael me cogió de las manos—. Pero es cierto.

—Y yo que pensaba que el concepto de los viajes en el tiempo era impensable.

Intenté pensar con claridad, pero me resultaba imposible con sus manos encima. Estábamos encerrados en una corriente eléctrica. Lo miré y sentí el flujo de miles de palabras no dichas. A cada segundo, la conexión era más intensa.

—Necesito pensar. —Me aparte y fui a sentarme en el lugar más alejado del sofá, inspirando intensamente y cerrando los ojos. La cabeza me hacía tanto ruido en las últimas semanas que no sabía si podía resistir un pensamiento más.

La posibilidad de alterar el tiempo se convirtió en el centro de mis pensamientos. Hacer regresar a la vida a un ser querido. Intentaba discernir si esa idea era mínimamente posible en la faz del universo y me veía tentada por el destino más cruel que jamás hubiese conocido.

Agotada e incapaz, me vencí al sueño.

CAPITULO 24

La puerta giratoria da vueltas cada vez más rápido, incansablemente, atravesada por un viento gélido que trae aroma a pino. Se despega del edificio y sigue girando, hasta transformarse en un trineo recubierto de nieve arrastrado por caballos negros como la muerte. Tan pronto como arranca, se estrella contra el lado de la montaña y retumba en el aire un eco de chillidos coronado por un olor naranja a azufre. A mi lado hay un cuerpo sin rostro; solo tiene dos agujeros a modo de cuencas, que arden como el carbón.

—¡Noo! ¡Noo! —Me desperté de un salto, totalmente rígida. Tenía la espalda empañada de sudor frío. Michael seguía sentado a mi lado. Me arrastré hacia él, temblando, demasiado asustada como para tener vergüenza. Me encontré con una sensación de alivio. Me esforcé por respirar tranquilamente y dejar de jadear y busqué la manera de sustituir los resuellos por palabras.

—Lo siento... lo siento —fue lo primero que pude articular—. Estoy bien.

—Mentira. —Michael me estaba meciendo, consolando. Por primera vez, no parecía alertado por nuestra cercanía. Y sabía que yo tampoco.

Apoyé la frente en su hombro. Él me masajeaba con pequeños círculos en mi espalda mientras yo me concentraba en respirar. El reloj de pie de la esquina tocó las dos. Las campanas retumbaron en el salón.

Se produjo un silencio que sustituyó la vergüenza por miedo.

—No.

—¿Qué? —Apreté la cabeza contra su pecho, queriéndome esconder.

—Estás grogui y eso no me gusta. —Me levantó la barbilla—. Estoy seguro de que has tenido este sueño antes ¿Qué pasaba?

—No es que no te lo quiera explicar. Es que... no puedo.

—Em... —Se me había caído la goma del pelo. Me lo peinó con los dedos y me sostuvo la nuca—. Si necesitas hablar estoy aquí.

Su mirada era un reflejo de mi dolor. La conexión que había entre nosotros no me dejaba hablar. Tuve la sensación de que ya sabía lo que iba a decir.

—Mis padres. El día que murieron.

Me tomó en sus brazos y la electricidad entre nosotros se convirtió en un callado zumbido.

Respiré profundamente, tiritando al soltar las palabras.

—Estábamos de vacaciones en una estación de esquí. Había empezado a ver bucles un par de semanas antes. Mis padres no sabían que hacer. Creo que tenían pensado sacarme unos días del pueblo para ver la si la cosa cambiaba.

Me escuchaba atentamente mientras me miraba, pensando, quizá, si iba a explotar en algún momento.

Yo también lo pensaba.

—Teníamos que coger deprisa el bus lanzadera que nos llevaba a una pista negra. Yo no encontraba mi palo de esquí. Le dije a mi madre que se fuera con mi padre, que yo ya era mayorcita para coger un bus. —Hice un gesto de dolor al recordar mi tono de voz—. Estaba superprotectora desde que había visto que su hija empezaba a mostrar señas de falta de cordura.

—No pareces en absoluto la típica niña mimada. —Me cogió de la mano.

—No lo soportaba. Pero no se quería ir sin mí. Volvimos al hotel y seguimos discutiendo. Yo estaba un poco despistada y me choqué contra alguien. Se me cayó la mochila con todo lo de dentro. Mi madre se sentía mal y le dije que se largara. Eso hizo.

Lo recordaba como si fuese ayer. Todavía oía el viento contra la puerta giratoria, agitando los cabellos rubios de mi madre, que salía con una expresión de lástima e impotencia.

—Las autoridades policiales apuntaron a que el autobús había resbalado sobre una placa de hielo o que algo lo había hecho orillarse de la carretera. El autobús patinó desde el lado de montaña hasta el arcén y calló a un lago semihelado. —Mis labios empezaron a temblar—. Se estrelló contra el hielo. Tardaron tres días en recuperar todos los cuerpos.

Michael no dijo nada. Solo me apretó la mano más fuerte. Yo seguía apoyada en su brazo. No quise interrumpirme.

—Lo último que le dije... lo último que le dije a mi madre es que no la necesitaba. Le dije que dejara de agobiarme, que ya era mayorcita. Le dije que no la necesitaba para nada. Nunca le he dicho eso a nadie. Ni siquiera a Thomas.

Había sido demasiado horrible como para repetirlo en voz alta. Compartirlo en ese momento fue un gran alivio.

—Tú los querías mucho —dijo—, y ellos a ti.

—Ya lo sé.

Nos quedamos quietos. Solo se oían nuestras respiraciones y el segundero. Su pecho subía y bajaba con cada respiración.

—Emerson... —Se enderezó. Su piel se volvió pálida—. Que idiota he sido... Liam... si alguien se merece cambiar el pasado eres tú.

—Calla. —Sacudí la cabeza.

—Podríamos intentar buscar la manera...

—¿Hay alguna? —La voz se me quebró— ¿Hay alguna manera?

—No... no lo sé. —Sus ojos confirmaban que sí lo sabía. Sabía que era imposible.

Tragué saliva, mordiéndome el carrillo, reprimiendo el llanto.

—Si cambiases ese camino se cambiarían todos los demás. Las paradojas no se pueden dar, ¿verdad? Además, hubo funerales.

Cuerpos.

Intenté adoptar un tono sereno y fracasé miserablemente.

—A no ser que te saques de la manga cualquier otra teoría.

—No. —Su pulgar borró la única lágrima de mi rostro. Su ternura estuvo a punto de desbordarme—. Ojalá hubiese sido todo diferente. Ojalá pudiese cambiar las cosas.

—Te he explicado todo esto porque quería, no para que me ayudases a cambiar nada. —Le concedí una pequeña sonrisa—. Además, sé cuidar bien de mi misma. Lo he hecho durante años.


—Emerson, me has explicado cosas muy importantes. Y yo lo valoro muchísimo. No le quites importancia.

Ya se había ganado mi corazón. Pero yo, por si acaso, me lo había arrancado y se lo había dado en mano.

Cerré los ojos y cogí aire.

Yo también deseaba que todo hubiese sido distinto.

CAPITULO 25



El sol de la mañana se empeñaba en colarse por las tablillas de madera de la persiana. Mientras me iba desperezando, la claridad cubría completamente la habitación; tanto, que en seguida tuve claro que se nos había pasado la hora y ya no podríamos regresar temprano a Ivy Springs.

Qué se le iba a hacer.

Dormí en la cama de Michael. Meneé los pies y sonreí al pensar que Michael me había quitado los zapatos antes de taparme —vestida—. El había dormido en el sofá. Todo decoro y corrección. Respiré profundamente, llenándome de su olor, resistiendo la tentación de hundir la cara en su almohada.

Mientras mis ojos se iban abriendo, eché un vistazo a la habitación. No era ni de lejos tan esnob como el apartamento; más de universitario, pero universitario limpio. Una colcha a cuadros escoceses azules y amarillos combinaba con las paredes azul marino. En su escritorio, un flexo plateado y un portátil reluciente como el de su apartamento. Una guitarra acústica colocada sobre una base en la esquina, justo al lado de un estante bien surtido de libros. Era una combinación muy... Michael.

Me rendí a mis deseos y giré el cuello para inspirar el aroma de su almohada. Un golpecito suave de nudillos me alertó lo suficiente como para que me entrara un calor repentino y una súbita vergüenza. Me abaniqué con la mano antes de decir:

—Hola, pasa.

La puerta se desencajó. Mientras se abría con un crujido, apareció una gran sonrisa.

—Hola.

Ver su rostro recién despierta me trajo una tremenda sensación de cercanía. Quizá era porque, por primera vez en cuatro años, me había mostrado tal y como era ante alguien ajeno a mi familia. O porque, sencillamente, era él.

O porque estaba notando los efectos de su almohada.

—Allá está la ducha. Las toallas están debajo de la pila. Voy a hacer el desayuno. —Dejó mi bolsa en el suelo y se fue antes de que pudiera responderle.

Me duché y me vestí rápidamente. Qué buena idea, llevar siempre encima por si acaso un cepillo de dientes y maquillaje de emergencia. Cuando volví a la habitación, me encontré a Michael sentado en la cama con dos tazas de café. Examinó de arriba abajo mi atuendo negro.

—No sabía que ibas de emo. ¿Me he perdido algo? —me preguntó, con una sonrisa maliciosa.

Me alisé la falda con la mano y dije, remilgada:

—No sabía cómo iba a ser La Esfera. Me preparé esta ropa por si era necesario mutar en la oscuridad.

—Pues pareces un caco enano.

—Te olvidas de que pego unas buenas patadas en el culo.

—Lo siento. —No lo sentía en absoluto.

—Perdóname si he tardado mucho en salir del baño —le respondí mientras me sentaba en la silla del escritorio.

—No te preocupes. Hay más baños. —Me tendió una taza. Me di cuenta de que tenía el pelo húmedo—. Lo siento, no es un Cubano.

—Está muy bien. Lo importante es que es cafeína —le respondí, mientras cogía la taza. Me sentí alegre al comprobar que tenía en cuenta mis gustos matutinos; algo incómoda, a la vez, al recordar todo lo que habíamos compartido la noche anterior. No sabía qué responder.

Rompió el silencio.

—Hay comida en la nevera para cuando quieras.

—Qué bien. Tengo que llamar al Murphy's Law. Me van a matar: mi primera semana y ya he faltado una vez al trabajo. —Lily estaría asustadísima. O convencida de que Michael me habría secuestrado para convertirme en su esclava sexual. Si fuese así de sencillo...

—Ya he llamado yo. Les he dicho que hemos cogido temporal. Te han dado el día libre. Se oía a una chica gritando de fondo que te iba a poner horas extra como estuvieses con el «bombón».

—Gracias —le di un sorbo urgente al café, mientras me quemaba la lengua, concentrada en mirar el suelo.

—¿Quieres volver ya? —me preguntó. Todavía no había levantado la vista, pero seguía oyendo la sorna en su voz—. ¿O puedes quedarte un rato más?

—Soy toda tuya —lancé, incapaz de contener las palabras—. Emmmh... quiero decir... que... ya que me he metido en un lío por pasar la noche contigo... quiero decir, aquí. —Guardé silencio y suspiré—. Sí, me puedo quedar un rato más.

Quería que me tragara la tierra.

—Bien. —Michael se levantó, con una sonrisa tan grande que casi le partía la cara en dos—. Porque tenemos que explicarle a la profesora Rooks quién eres.

CAPITULO 26

La escalera exterior llevaba a una cocina muy luminosa con parqué de tono roble y paredes amarillo limón. Michael estaba sentado en la mesa con dos chicos mientras la profesora Rooks cortaba fruta en una barra con encimera de cerámica. Me paré a contemplarla. Nunca había visto a nadie pelar una piña con tal destreza. El montoncito de tacos de piña desprendía un olor fresco delicioso que me hizo la boca agua.

—Buenos días.

—Muy buenos días —dijo con su voz melodiosa, mientras recogía una gruesa naranja de un bol—. Michael me ha dicho que os quedasteis hablando hasta tarde.

—Mmmm sí, lo siento. Sé que me preparó la cama y al final no aparecí.

Dejó el cuchillo en la encimera y me escudriñó con sus débiles pestañas.

—Ni saqué la cama de la funda.

La miré, pasmada, y se echó a reír.

—Claro, no es como la de él, aunque me sigue sorprendiendo, pensándolo bien. Pero no estoy diciendo nada. —Intenté pensar en qué quería decir con «pensándolo bien». Me dedicó otra sonrisa indescifrable y me dio un trozo de fruta—. Es un chico muy especial.

El rubor ascendía por mis mejillas. Me incliné hacia delante para evitar gotear con la piña, cubriéndola con la mano. Sabía mejor que olía. La saboreaba mientras buscaba desesperadamente algo que decir:

—No es eso... quiero decir, que no... no hay nada entre nosotros.

—Ah, lo siento. Lo había dado por sentado. —Peló la naranja con el cuchillo—. Había notado algo por tu parte. Quizá estaba equivocada.

Sobre la barra había un servilletero con forma de conejito. Las orejas salían disparadas del tubo de cartón y unos pies desproporcionados servían de soporte. Arranqué una servilleta y me sequé el jugo de las manos.

—Igualmente, siento las molestias, profesora Rooks.

—Cat, por favor. —Me sonrió y volvió a ocuparse de la fruta—. No te preocupes para nada.

Era tan simpática que empecé a plantearme estudiar física con ella.

Pero se quedó en un mero planteamiento.

De la mesa emergió una repentina discusión.

—Qué dices hombre... ¡Batman sí! Nada de superpoderes; es todo poder y valentía. Es el deseo de combatir el mal. —Un chico con rastas y mirada tierna arponeaba un crep del tamaño de una tortilla. Llevaba una camiseta hawaiana—. Es pura voluntad.

—Qué argumento más facilón, Dune. Superman es el amo. Es Superman, simplemente. ¿Quién es mejor que él? Imposible. —Un chico con el pelo negro en punta y mechones verde fluorescentes excavaba en una montaña de huevos fritos; era el plato hondo más lleno que jamás había visto. Empujó sus gafas gruesas negras—. A no ser que se cuente a los X-Men como una persona en lugar de un equipo...

—Ep, chicos —interrumpió Michael, al advertir que los estaba mirando—. Vamos a dejar el debate mañanero, que os voy a presentar a Emerson. Estos son Nate Lee y Dune Ta'ala.

—Hola. —Qué bien. Seguía colorada después de mi conversación con Cat. Escrutada por semejante jurado, parecía la aspirante a un concurso de belleza.

Nate se quedó con la boca abierta, brindándome la vista privilegiada de un huevo medio deshecho entre sus dientes. Dune respondió con idéntica expresión —al menos no tenía nada en la boca. No me estaban mirando a mí, sino más allá de mí.

¿Qué les pasaba a estos dos?

En seguida obtuve la respuesta al escuchar una deliciosa voz femenina detrás de mí.

—Vaya, vaya. Un placer conocerte.

Me volví para descubrir quién había sido la autora de semejante comentario sarcástico a esas horas de la mañana.

La chica de la foto.

Me embargó un dilema. No estaba muy justificado pegarle un tortazo a una chica solo porque me mirase desde la puerta de la cocina.

Pero en seguida encontraría los motivos.

Tenía unas piernas interminables. Alta, pero con curvas. Muchas curvas. Su cara parecía el resultado de una cirugía perfecta y lo peor de todo es que era natural.

Totalmente natural.

Llevaba unos tacones imposibles y una minifalda imposible; el pelo negro caoba peinado hacia atrás, sostenido por unas gafas de sol de diseño.



Michael se puso de pie y se acercó a nosotras.

—Emerson —dijo, con voz reservada—. Te presento a Ava.

Sonreí, pero era plenamente consciente de que me estaba limitando a enseñar los dientes.

—Encantada de conocerte, yo también.

Mientras nos mirábamos, me di cuenta en ese mismo momento de que me estaba comportando como una mezquina, una inmadura y una bestia celosa completamente irracional. Pero cualquier chica que haya competido por un chico sabrá el tipo de rabia que se siente en esas presentaciones.

Empecé a sentir una horrible sensación de tristeza.

Di la vuelta a la barra para coger un trozo de naranja e intentar recomponerme. Cuando giré la cabeza, Ava y Michael se habían sentado juntos en la mesa y ella tenía la mano encima de su rodilla. Les di la espalda.

Exprimí la naranja con la mano.

Arranqué otra servilleta y me limpié los dedos. Dune rompió el silencio con su voz grave.

—Y qué, Emerson. ¿Te vienes a vivir a la Casa de los Desertores?

—Se queda solo un día —respondió Michael—. Nate, cierra la boca.

—¿Pero llegasteis ayer por la noche, no? Oí voces —dijo Nate mientras masticaba ruidosamente.

Me volví justo a tiempo para ver cómo Michael le recogía la mano a Ava y la levantaba de su rodilla para dejarla en su regazo. Ella hizo un puchero. Yo me estaba perdiendo algo de verdad.

—Cat, tengo que hablar contigo un momento. A solas. ¿Tienes un momento? —le dijo Michael.

—Claro que sí. —Cat arrugó ligeramente la frente mientras miraba a Michael y después a mí, y desviaba su mirada hacia Ava—. Déjame acabar unas cosas arriba y ahora mismo bajo.

Dune se levantó y arrastró la silla, que chirrió en el suelo de madera, encendiendo mi rabia. Cabreándome de verdad.

—Tengo que poner a punto el equipo. Me espera el agua. —Desapareció un segundo antes de volver a asomar la cabeza por la puerta—. Encantado de conocerte, Emerson. —Miró a Ava y se marchó.

—¿Agua? ¿Qué pasa con el agua?

—Ah, sí. Dune tiene habilidades con el agua —respondió Nate—. Es su medio.

—Sí, es medio raro —puntualizó Michael—. No solo es un consumidor compulsivo de proteínas, sino que además...

—Mejor no des detalles. Sí, la proteína es muy buena para la masa muscular. Pero yo no veo resultados en mi cuerpo. —Nate señaló hacia su torso huesudo y sonrió. Se levantó de la silla, con sus bracitos escuálidos y rodillas enjutas y siguió a Dune, dejándome sola con Michael y Ava.

Ella me miró fríamente, se alisó el pelo con la mano y volvió a mirar a Michael, no precisamente con frialdad.

—Necesito que nos veamos. En mi habitación.

¿Vivía también allí?

El estómago se me giró. Ahora entendía el comentario de Cat. Le había sorprendido que Michael me hubiese traído allí, si Ava vivía en la casa. La noche anterior me había cobijado en su regazo y yo le había confiado mi alma.

Me había desnudado ante él mientras Ava dormía en la habitación de arriba.

Y, por la manera en que ella lo miraba, eran mucho más que amigos.



CAPITULO 27

Michael miró a Ava y después a mí. Me examinó unos segundos, probablemente calculando el alcance del daño.

—Déjame estar un momento con Em... erson. Ahora mismo subo.

¿Estar? ¿Como la noche anterior?

Michael me seguía mirando cuando ella se levantó.

—No tardes. —Pasó por delante de mí sin mirarme.

Volví a recordar su foto en la estantería y me arrepentí de no haberla roto.

O de no haberle clavado un dardo.

Me dejé caer en una silla y me crucé de brazos y piernas, esperando a que él dijera algo.

—Mmmm. Tengo que explicarte una cosa.

—¿A mí? Explicarme qué. —Mi voz se vio contaminada por un tono agrio.

—Sobre esta gente. Ya te expliqué que La Esfera hace asesoramiento y también somos guías. —Colocó una silla al lado de la mía y se dispuso a sentarse. Mientras tanto, le dediqué una mirada asesina y él optó por apoyar el pie en la silla y seguir hablando—. Ya viste ayer lo grande que es la casa y el terreno.

—Sí.

—Dune es de Samoa. Nate viene de Nueva York y Ava es de California. Venían de un internado y empezaron en el centro que Liam montó. —Seguía mirándome fijamente—. Hay muchos más chicos que han ido al internado y que se han trasladado aquí con sus familias.

—¿Hay un centro vinculado a La Esfera? —pregunté, algo ilusionada por la idea, pero incapaz de alegrarme del todo por el peso del cabreo.

—Liam lo fundó. Era la única manera de optar a una educación decente: con profesores que nos entendieran de verdad. Nate y Dune se vieron obligados a dejar el colegio porque Landers vio muy claro que no seguían su línea. Así que se mudaron aquí.

Era inimaginable. Vivir sin tener que dar explicaciones porque estás rodeada de gente tan rara como tú o poder largarte de clase sin problemas porque acabas de ver a una *flapper*² bailando charlestón al lado de tu profesora mientras está explicando el ciclo reproductivo de las ranas.

—Debe de ser genial el colegio.

—Sí, pero hay demasiada variedad por metro cuadrado. —Michael me sonrió de medio lado—. Ya te explicaré más cosas algún día...

Después de conocer a Ava, ya no esperaba compartir muchas cosas con Michael en el futuro. Por otra parte, él sabía mucho más sobre el futuro que yo misma y además, podía compartir la información.

—Nate dijo que es la Casa de los Desertores. ¿Por qué?

—Porque nos echaron del bando de Landers. Como vamos en su contra, somos desertores.

—¿Y a Ava también? ¿Y empezasteis a salir antes o después de empezar a vivir juntos?

—Buff. —Michael dejó caer la cabeza como gesto de sorpresa—. No es eso. Le propuse que se mudara hace un par de semanas.

—Ah. —Me mordí los carrillos, concentrando todos mis esfuerzos en mantenerme inexpresiva—. Bueno, y...

—Y eso... —intentó ordenar sus palabras—. Ella estaba trabajando con Kaleb, intentando ayudarle, y yo me negué a que Landers se acercara a ella. Era importante alejarla de él.

—Oh, qué príncipe azul. —Mi voz se tiñó de una dulzura avinagrada y el sentimiento de sosiego y ternura de anoche se convirtió en vacío—. ¿Y dónde aparca el príncipe el caballo? Y, lo que más me interesa, ¿quién recoge la mierda del caballo?

Corrió en busca de una explicación.

—No, no no. Eso no significa que...

—Déjalo. —No había nada entre nosotros—. A mí no me tienes que dar explicaciones, de verdad.

—Pero Em...

—Que no. En serio. —Intenté espantar mis emociones. No tenía ninguna razón para estar tan rabiosa. Si alguien tenía derecho a estar cabreada era Ava: yo ahora era la otra. Una chica nueva que le pisaba el territorio.

Cat asomó la cabeza por la puerta, poniendo fin a la conversación.

²Las *flapper* corresponden a la prototípica imagen de jóvenes rebeldes de los años veinte que incorporaron el jazz a sus gustos musicales, así como una estética —faldas, maquillaje, pelo corto— y hábitos más provocadores y desenfadados. (*N. de la T.*)

—¿Puedes hablar un momento, Michael?

—Por supuesto. Me voy afuera. —Me levanté y caminé hacia la puerta del patio.

—Espera un momento —dijo Michael, con voz precipitada.

Me paré sin mirar atrás.

—Dime.

—Lo que te di ayer. ¿Lo llevas contigo? —me preguntó.

—Me dijiste que no lo perdiera. —Lo miré por encima del hombro—. Está en mi bolsa.

—¿Lo podrías bajar cuando puedas? —dijo, mientras miraba a Cat por el rabillo del ojo—. No hace falta que te des prisa.

—Claro.

Corrí escaleras arriba hacia la habitación, de Michael y bajé tranquilamente con la carpeta, deteniéndome delante de la cocina.

—¿La has encontrado?

—Ella me ha encontrado a mí, más bien —respondió Michael, con voz suave. Me pegué a la puerta de la cocina para escuchar.

—¿Cómo se lo ha tomado? —Estaba visiblemente preocupada.

—Es que hace muy poco. Un par de días.

—¿Es como Liam y Grace? La conexión entre vosotros...

No respondí.

—Lo sabía. Se nota. Michael...

—Nunca lo había pensado antes, pero ahora que la he conocido...

—¿Ella lo sabe?

No hubo respuesta.

Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. ¿Si yo sabía qué?

—¿Cómo es que tarda tanto? —preguntó Cat. De repente oí un chirrido. Recuperé la postura rápidamente y me abracé contra la carpeta.

Hice un ruido como si estuviese bajando de la escalera y entré en la cocina resollando, como si hubiese estado corriendo. Cat permanecía al lado de la mesa y prácticamente me arrancó la carpeta de las manos, llevándosela al pecho como si estuviese hecha de piedras preciosas. Por su manera de cogerla,

empecé a pensar en la confianza que Michael había tenido en mí. Me hubiese gustado entender más cosas de las que había leído. Me di la vuelta para salir.

—Em, espera. ¿No te sientas? —Michael señaló hacia la silla que estaba a su lado. Lo miré fijamente. Arrastró la silla—. Por favor.

Me senté, entrelacé las manos y las apoyé encima de la mesa. Cat introdujo:

—Michael me ha explicado lo que sabes hacer.

Sus palabras me llegaron en un tono acusatorio y, después de haberme arrancado la carpeta, no pude evitar ponerme a la defensiva.

—No sé cómo tomármelo. Pero no estoy saltando de alegría.

—No. —Me cogió de la mano, con ojos tiernos—. Perdóname... estoy un poco agobiada. Esto cambia mucho las cosas. Abre muchos caminos. Parece imposible, para mí.

Me sentía demasiado frustrada. No entendía nada.

—¿Qué tipo de caminos, por favor?

—Eres la mitad de un par único. Nunca he visto un caso semejante aparte de Liam y su mujer. Eso cambia las cosas para mí; para mi talento. —Apartó su mano y la apoyó encima de la carpeta. Capté una brizna de tristeza en sus ojos mientras se sentaba—. ¿Has podido leer la información sobre los viajes que podéis hacer tú y Michael?

—Lo he intentado. Pero no he entendido nada.

—Te lo voy a plantear de una manera más sencilla. Una de las teorías sobre los viajes en el tiempo es la de los agujeros de gusano. Estos agujeros conectan dos puntos en el espacio, como un puente. —Cat abrió la carpeta con absoluta formalidad y sacó un diagrama que parecía chino. Recorrió con el dedo un par de ecuaciones. No sabía si era el momento de tomar apuntes—. ¿Ves?

La miré absolutamente pasmada e hizo una mueca, cerrando la carpeta de repente.

—Perdona. No me quería poner tan técnica. Un par de conceptos. Los puentes te conectan con un punto diferente en el tiempo, pero deben fabricarse bien estables y mantenerse abiertos para posibilitar los viajes. Esto se consigue utilizando materia negativa, también llamada materia exótica. ¿Me sigues?

Cómo no.

—¿Qué tiene que ver todo esto con tu talento? —pregunté.

Se mantuvo en silencio.

—Yo creo materia exótica.

—¿En un laboratorio y tal?

—Así. —Cerró los ojos y juntó las manos en forma de cuenco. Un par de centímetros por encima, se empezó a formar un remolino púrpura. No era sólido; era como un gas que palpitaba y daba vueltas y que emanaba un ligero vaho. El espacio se oscureció. Era imposible apartar la mirada de la energía de Cat. Me acerqué, cada vez más, sin poder detenerme.

De hecho, me estaba acercando tanto que me caí de la silla.

Cat soltó un bufido y entrelazó las manos. El óvalo giratorio desapareció y volvió la luz.

Michael se agachó para ayudarme a levantar. Yo estaba demasiado espantada como para sentirme en ridículo o reaccionar a su tacto.

—Em necesita un poco de preparación antes de que te pongas en serio.

Ahora entendía el debate sobre los superhéroes durante el desayuno. Estaban hablando de personajes semejantes a ellos.

Qué normal era todo.

—¿Cómo.... —Hice una pausa de un segundo—... has hecho eso?

—Química corporal. —Cat respondió como si no fuese con ella—. Es difícil de explicar. Siempre me ha gustado mucho la ciencia; sobre todo el estudio de la materia positiva y negativa, los agujeros de gusano, los agujeros negros...

Acababa de producir materia. ¡Materia! Con sus manos. No podía creérmelo. Pero sabía perfectamente que el óvalo púrpura giratorio no había sido producto de ningún truco.

—Normalmente se considera que es imposible crear materia auténtica negativa o exótica. Es un tipo de sustancia muy volátil. —Hablabas como si estuviese impartiendo una de sus múltiples conferencias—. Liam me enseñó lo que somos capaces de hacer uniendo nuestros talentos. Para que me entiendas: yo abro puentes y él los traspasa.

—Entiendo todo eso de la ciencia. —Intenté espantar ese pensamiento. Me interesaba saber qué peso tenían ella y Liam Ballard en La Esfera, pero en ese momento lo que más curiosidad me despertaba era su viaje personal—. ¿Cómo supiste que eras capaz de crear materia?

—Crecí en una isla. De pequeña, me escapaba de la cama y salía a columpiarme en la hamaca, entre dos palmeras. —Cat entornó los ojos con melancolía y me transportó allí con ella, oyendo el oleaje, sintiendo la cálida brisa mientras me mecía—. Siempre miraba a las estrellas y deseaba más que nunca flotar como ellas.

—... Una noche soñé que sostenía una galaxia en la mano. Observaba cómo se formaba; cómo orbitaba, como si la hubiese creado yo misma. Como si le hubiese dado vida. Cuando me desperté, tenía girando en mi mano lo que acabas de ver. Como si siempre lo hubiese podido hacer.

—¿Cuántos años tenías?

—Once. En seguida supe que tenía en mis manos un poder especial y quería comprobarlo. Aprendí todo lo que pude en el instituto y empecé carrera de físicas en la universidad. Rápidamente me hice becaria para poder tener acceso al laboratorio. —Hizo una pausa y sonrió sutilmente—. Allí conocí a Liam.

—¿Cómo supo él que podíais unirlos? Para lo de los viajes en el tiempo...

—Tenía más... recursos externos. —La sonrisa desapareció y su voz se volvió más profesional—. ¿Habéis hablado tú y Michael sobre la logística de los viajes?

—No. —Antes de presenciar esa esfera púrpura, me había hecho la idea de que Michael dirigía todo eso y tampoco me había atrevido a preguntar. Ahora solo esperaba que me estuviese diciendo la verdad porque, en caso contrario, mis alucinaciones tomarían un nuevo color. Muy negro.

—Dale el anillo —dijo Cat, señalando con la cabeza la mano de Michael.

Se sacó el anillo del pulgar y me lo pasó. Lo sostuvo en el aire para exponerlo a la luz. Por primera vez me di cuenta de que llevaba inscrita una serie de ochos.

—¿Qué tiene que ver el número ocho en un anillo de plata con los viajes en el tiempo?

Michael volvió a coger el anillo, con cuidado de no tocarme.

—No es un ocho. Es el símbolo del infinito. Y el anillo no es de plata: es de duronio, un metal que todavía no se ha recogido en la tabla periódica.

Me quedé pensativa.

—Vamos a ver si lo estoy entendiendo bien... nuestros genes más el anillo de duronio más la materia exótica de Cat es igual a viajes en el tiempo.

Michael asintió.

—Madre de Dios. Pensaba que estaba curada de espantos. —Contemplé el anillo durante un largo silencio—. ¿Y cómo me hago con uno de estos? ¡No se podrá comprar por Internet!

—Ya nos encargamos nosotros —respondió Michael.

—¿Tú, no? —Volví con Cat—. Michael me dijo que hay otros por aquí que también tienen habilidades. ¿De qué tipo?

—De muchos tipos. —Ladeó la cabeza hacia Michael para preguntarle—: ¿Quieres explicárselo tú?

Su tono indicaba que lo importante no era quién respondía, sino la manera de responder. Más secretismo.

—Sí —respondió, mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa—. Hay otros lugares como La Esfera. No muchos, pero hay —añadió—. Algunos se especializan en ciertas... áreas, como los que captan espíritus o se pueden transformar.



Cogí aire. Michael se echó hacia atrás, escrutándome con la mirada. Se enderezó en la silla y juntó sus largas piernas contra las mías por debajo de la mesa. El hecho de que no me hiperventilara con su tacto era la prueba irrefutable de lo pasmada que estaba.

—Lo siento —dije, débilmente, sacudiendo la cabeza para mejorar mi audición—. ¿Has dicho «los que captan espíritus o se pueden transformar»?

—Malos ejemplos. No tendría que haberlos puesto —respondió Michael apresuradamente. Se puso de pie y no supe distinguir si había cambiado de postura por nuestro contacto accidental o por el tema de conversación. Se alejó de la mesa para moverse un poco, girando el anillo en el dedo—. No tengo ninguna intención de asustarte.

—Es verdad. Y lo que he visto es una pelota de béisbol.

Se oyó un chasquido de lengua.

—Emerson, no es fácil explicarte todo esto. —La voz de Cat arrastraba cierto tono de exasperación. Me hizo sentir como si fuese tonta—. Escucha al menos lo que te explicamos e intenta entenderlo. Tampoco puede ser tan difícil para tu cabecita.

Michael le lanzó una mirada seca a Cat. Se puso recta y abandonó la mueca de hastío.

—Lo siento. Llevo tanto tiempo metida en este mundo que se me olvida cómo se ve desde fuera.

Michael seguía mirando a Cat, con unos ojos tan intensos que me estaba poniendo nerviosa. Ella interrumpió el cruce de miradas y volvió conmigo.

—La Esfera también se encarga de una especialidad. Todos los de aquí tenemos la habilidad de la manipulación del tiempo.

Yo seguía intentando descifrar la mirada de Michael y tardé unos segundos en entender sus palabras.

—Pensaba que me habías dicho que éramos los únicos que podíamos viajar en el tiempo.

—Y es cierto. —Se sentó a mi lado otra vez, un poco alejado en su silla—. Pero el tiempo es un concepto fluido. Se puede detener, acelerar, ralentizar.

Intenté hacerme a la idea de la posibilidad más inverosímil de todas.

—Así que, si alguien me dispara y yo tengo la habilidad de detener el tiempo, puedo coger la bala en el aire antes de que impacte —pregunté, echándome a reír.

Michael no movió una ceja.

—¿Te asustaría si eso fuese posible?

—Ya no me asusta nada —murmuré, ahogando la carcajada. Dejé caer la cabeza entre mis manos—. ¿Por qué ahora me siento como si fuese la normal de todos estos *freaks*?

—Sigo diciéndote que la normalidad es relativa. ¿Necesitas más tiempo?

Necesitaba una eternidad.

—¿P... puedo hacer esas cosas? ¿Detener una bala?

—Los indicios indican que tu habilidad es viajar al pasado.

—Sí, tengo suficiente con eso —dije, sintiéndome un poco mejor. Aunque tenía muy buena pinta eso de parar las balas. Sobre todo para una chica—. ¿Y los demás qué?

—Nate es un estilo Oliver Twist mezclado con David Blaine. —Michael meneó los dedos como si estuviese a punto de sacar un conejito de un sombrero de copa—. Dotes de robo con habilidades de ilusionista. Sabe ralentizar cosas y acelerarlas —a sí mismo también—. Todo depende de la necesidad.

—¿Cómo acabó aquí? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Liam habría trabajado con una habilidad así?

—No trabajaba con las habilidades. No hay ganancia económica. Hay otras implicaciones para mantener el, silencio.

—¿Y los demás?

—Dune puede influir sobre el agua. Es más práctico de lo que parece. Y Ava... bueno. Todavía lo está asumiendo. —Michael me regaló una mirada apocada que desapareció en cuanto miró a las escaleras de afuera—. Hablando de Ava, tengo que ir a hablar con ella. Después volvemos a Ivy Springs.

—Vale. Me quedo aquí.

Consumiéndome de celos.

Desapareció por la puerta y caminó hacia las escaleras, que retumbaban como si las estuviese subiendo de dos en dos. Volví a mirar a Cat.

—¿Qué hacen hoy Nate y Dune?

—Un trabajo que les he asignado. Dune sabe controlar cosas como la marea y el curso de los ríos. Ayuda mucho cuando estamos buscando alguna cosa, pero tampoco es algo que necesitemos siempre. Es un genio investigando, lo que viene muy bien...

Siguió hablando mientras yo hacía un esfuerzo por escucharla. Pero mi mente estaba en la habitación de Ava. ¿Qué estarían haciendo? Ella dijo que necesitaba hablar con él. De verdad esperaba que solo estuviesen hablando. Por qué era tan atractiva. Lo que habría dado por subir y escuchar por detrás de la puerta. No se lo había explicado a Michael, pero en el internado también aprendí a escuchar a hurtadillas. A los compañeros, no a los profesores.

Caí en la cuenta de que Cat esperaba en silencio a que yo respondiera.

—¿Qué? Ay, perdona, de verdad. —Me enderecé y me llevé la mano a la boca.

—Tranquila. No pasa nada. Tienes la cabeza en otra cosa.

—¿Tanto se nota? —Me tapé la cara, ruborizada.

—Entiendo perfectamente lo que pasa entre vosotros —dijo, con su voz melodiosa—. Es lo mismo que pasaba entre Liam y su mujer.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué les pasaba?

—Un cataclismo. —Soltó una risita al ver mi cara y me dio una palmadita en el hombro.

Empecé a oír pasos en las escaleras, mucho más lentos que antes. Michael entró solo, con cara larga.

—Como no volvamos ya, tu hermano va a sacar un coche patrulla para buscarte.

—Con antorchas y arpones, seguro. Porque llevo desde ayer sin hablar con él.


—¿Ya estás lista? —Me miró desde la puerta del patio—. Vámonos de aquí.

—Vamos.

Parecía que había problemas en el frente.

Como si no tuviese suficiente.

CAPITULO 28

 Salí del coche de Michael en cuanto llegamos a Ivy Springs y quedamos en vernos más tarde en el Murphy's Law. Le debía una explicación a Lily. Antes de llegar a la cafetería escuché mi buzón de voz. Siete mensajes de Thomas.

Me iba a retorcer el pescuezo. Con premeditación.

Aparqué y atravesé la plaza del pueblo, pensando en qué historia le podría explicar a Lily. Me paré delante del Murphy's Law para acabar de urdir algo. O elaborar una buena mentira.

La veía a través de la ventana de cristal, apoyada en la barra, mirando hacia un punto no concreto. Estaba garabateando furiosamente un trozo de papel. Abrí la puerta y levantó la cabeza automáticamente al oír la campanilla. Se metió el bolígrafo en el bolsillo del delantal y puso los brazos en jarra.

—Nena.

Su voz estaba teñida de cientos de preguntas.

—No es lo que piensas —dije rápidamente.

—Peor aún. Qué decepción.

En eso estaba de acuerdo.

—¡No significa nada que me hubiese recogido ayer! Ayer por la noche yo tenía que salir a hacer... una cosa y me encontré con Michael y se hizo tarde y nos despistamos...

—Déjalo. No hace falta. —Cogió el estropajo y se puso a limpiar la barra nerviosamente—. No tienes por qué explicármelo todo.

—Lily, por favor. —Me acerqué a ella y le quité el estropajo—. No te estoy ocultando nada. Esto... que está pasando con Michael es bastante complicado. Créeme, por favor.

—Bueno, tranquila. Te entiendo. Pero suelta prenda. ¿Está a la altura?

Le dediqué una sonrisa malévola antes de llevarme la mano al corazón, como si me estuviese dando un ataque. Me tambaleé, me apoyé en la barra y me resbalé hasta el suelo, retorciéndome con un ataque de risa.



—Va, no te creo —dijo Lily, riéndose mientras me ayudaba a levantar. Le devolví el estropajo y me puse rápidamente a preparar un café. Estaba empezando a notar el bajón después de mi larga noche. Con Michael me subía siempre la energía, y al tenerlo lejos lo notaba en seguida.

—¿Podemos hablar un momento? —Empujé la palanca para dejar salir la mezcla de café e inspiré profundamente mientras se llenaba mi taza.

—¿Qué pasa?

—¿Alguna vez has pensado en cómo sería tu vida si tus padres estuvieran aquí en lugar de en Cuba?

Sacó el taburete reservado para los momentos de tranquilidad.

—Cada día. ¿Y tú? ¿Has pensado cómo sería tu vida si los tuyos estuvieran vivos?

—Por supuesto. —Me encaramé al taburete. Lily era pura agilidad y yo casi necesitaba un trampolín para subirme—. Lo relaciono mucho con la depresión y todo ese rollo. Si hubiesen estado a mi lado, lo habría enfrentado todo mejor, supongo.

—Eso no se sabe. Y no puedes deshacer el tiempo. Imposible.

No me atreví a corregirla.

—Em, la cuestión es que no sabes si la depresión vino por todas las circunstancias o igualmente la estabas gestando. Es un tema que tienes que solucionar, así que ponte a ello; busca ayuda, en un médico o terapeuta o lo que sea. —Levantó las manos—. Haz ejercicio... yo qué sé.

Nos echamos a reír a la vez. Normalmente no me gustaba hablar sobre mi depresión, pero con ella me sentía fuerte. Veía alternativas. No en vano la quería tanto.

—¿Y qué piensas de los seres sobrenaturales?

Frunció el ceño.

—¿Los hombres lobo y los fantasmas?

—Me refiero más bien a cosas de superhéroe. Habilidades especiales como leer la mente o el don de la clarividencia.

O la manipulación del tiempo.

Levantó una ceja escéptica y preguntó.

—¿Bebiste demasiado ayer? ¿Te metieron algo en la bebida?

—Lily, lo digo en serio.

Se mordió una uña rosa y guardó silencio mientras fruncía el ceño.

—No sé qué quieres que te diga.

—Tienes que decirme algo —repliqué—. Ahora me dirás que nunca lo has pensado...

—No. Y no tengo ganas de pensar en eso ahora —respondió, con firmeza.

—Bueno, tranquila. —Nunca la había visto reaccionar así ante una pregunta tan sencilla—. Solo preguntaba.

—¿Cuándo vuelves a ver al bombón? —Lily se enderezó en el taburete mientras plegaba un trapo.

—Me viene a buscar aquí para ir a hablar con Thomas. No le ha gustado mucho que su hermanita durmiese fuera.

—Creo que tu hermano irá armado. Mejor que el bombón lleve chaleco antibalas. Un chico tan guapo no se puede desperdiciar.

—No —respondí, riéndome con la imagen mental de mí hermano armado—No tiene armas. Seguro que lo entenderá todo en cuanto se lo expliquemos.

Bueno, eso esperaba yo.

—Sí, sobre todo con la explicación de que os despistasteis —dijo Lily.

—Mmmm sí.

Me había encerrado en mis pensamientos durante años. No sabía lo que era confiar plenamente en una persona y allí estaba yo: hirviendo por explicarle absolutamente todo a Lily. Demasiados secretos inundaban mi vida.

La campanilla resonó. Supe al momento que era Michael porque noté la subida de energía en mi cuerpo. Caminó hacia la barra, sonriendo a Lily.

—Michael, te presento a Lilliana García.

Lily, gracia y elegancia en un solo cuerpo, se quedó en su asiento sonriendo.

—Encantado, Lilliana.

—Lily, mejor. —Su voz sonaba a Marilyn. Me intrigaba saber si Michael tenía el mismo efecto sobre todas las chicas.

—Encantado, Lily. —Le obsequió con otra sonrisa y fui capaz de oír su suspiro. Cuando me volvió a mirar, sus ojos se volvieron tiernos—. Em, ¿preparada para el chaparrón?

—Preparadísima. —Lily miraba a Michael como si estuviese dispuesta a cruzar el Canal de la Mancha a nado o escalar el Everest si él se lo pidiese. Me apresuré a espabilarla—. Lily... ¡Lily!

—Ay, qué. —Separó los ojos de él y se aclaró la voz, que se había reducido a un grave susurro—. Dime.

—Nos vemos mañana. Siempre y cuando Thomas no me haya encerrado en la habitación.

—Buena suerte. —Aleteó con la mano, seductora—. Adiós, Michael.

Nos dimos la vuelta para salir y en seguida noté detrás de la espalda los gestos obscenos de Lily. Miré de reojo y comprobé que estaba practicando algún tipo de ejercicio aeróbico que incluía también el idioma francés, pero no quise mirar más.

Lo saqué de la cafetería para reunimos con el calor de la tarde antes de que Lily empezase a hacer el ridículo —o me pusiese a mí—. Atravesamos la plaza del pueblo y pasamos por delante de un lago con chorros y bancos de hierro hasta el coche de Dru. Milagrosamente, lo había aparcado yo misma dejando más de un dedo con el coche de detrás, que era el descapotable de Michael.

—A lo mejor también enamoras a Thomas y asunto resuelto —le dije mientras esperábamos a que pasara una furgoneta herrumbrosa para cruzar la calle. Su tubo de escape desprendía un humo que se perdió entre la atmósfera. Arrugué la nariz al pasar.

—¿Pero qué dices?

Apreté el botón del mando del coche y pió alegremente.

—Ahora me vas a decir que no te has dado cuenta con Lily. No se comporta así con todos los tíos.

Puso los ojos en blanco y me abrió la puerta del coche.

—Lo digo en serio —le insistí, mientras me metía en la furgoneta. El asiento estaba caliente.

—Me miras con buenos ojos. Tu hermano está cabreadísimo porque has pasado la noche conmigo y por él como si me convierto en Houdini.

—Yo no he pasado la noche contigo. Pasar la noche, no. —Tenía la cara más caliente que las piernas. Me quedé sin hacer nada unos segundos, mirando al volante mientras esperaba que se me pasase el sofoco—. Bueno, volviendo a lo que hablábamos sobre regresar en el tiempo para ayudar a Liam... tiene pinta de ser un poco arriesgado, ¿no?

—Es muy arriesgado —respondió mientras se apoyaba en la puerta del coche, eclipsando el sol con sus anchas espaldas.

Me recliné en el asiento, agradecida al comprobar que ya no me cegaba el sol. Y podía mirarlo con los ojos bien abiertos.

—La gente de La Esfera conoce tus habilidades. ¿Y si se enteran de que has encontrado a una compañera que te va a ayudar a hacer esos cambios?

—Recuerda que Kaleb sigue con nosotros y no se ha enterado de nada —respondió Michael, fregando los nudillos contra la ventana—. Y Jonathan está muy ocupado actuando en la sombra ahora para hacer caso de rumores.

—Así que está ocupado —tercié, notando una pizca de suspicacia en la punta de la lengua—. Básicamente, lo que pasa es que no me conoce.

—Hemos tenido que tomar precauciones —matizó—. Es imposible que nadie de La Esfera sepa nada, aparte de Kaleb, y él no dirá nada.

Notaba otra vez cómo me subía la temperatura. Arranqué el coche, encendí el aire acondicionado y ajusté los ventiladores.

—¿Y la mujer de Liam?

—Cuando estás tan unido a alguien... se puso muy mala después de que él muriera. —Michael desvió la vista y miró hacia el lago.

—¿Y ahora está bien? ¿O murió? —No podía imaginarme mayor sufrimiento que recuperarte y descubrir que ha muerto la persona a la que amas.

Me volvió a mirar.

—No está físicamente enferma.

—Ah. —Mi enfermedad.

—Si se lo podemos devolver, será lo mejor para ella —insistió Michael. El suave viento se colaba por la puerta del coche, esparciendo los restos de humo de la furgoneta destartada y dejando un rastro oloroso de crisantemos—. Todo irá bien y no puedo pensar de otra manera.

Solo esperaba que tuviese razón.

—¿Crees que Jonathan Landers se quitará de en medio si salvamos a Liam?

—No. Le gusta demasiado el poder y creo que lo que en realidad desea es ser como nosotros y sabe que es imposible. Si descubre que tú también estás implicada, lo más seguro es que vaya a por ti.

La manera en que lo dijo despertó un escalofrío en mi espalda. Miré fijamente el parabrisas y repiqué con los dedos en el volante.

Había llegado el momento de los pros y contras.

Si todo lo que me habían explicado Michael y Cat era cierto, mi habilidad me conduciría a poder salvar a un hombre; un hombre con mujer e hijos. No solo había fundado un centro de enseñanza para gente como yo, sino que además había proporcionado trabajo a muchos. Les había dado un futuro.

Por otra parte estaba Jonathan Landers. Si Michael había sido sincero, entonces Landers explotaba y manipulaba a la gente dotada con esas habilidades. Seguro que no tenía ningún escrúpulo en aprovecharse de sus miedos e inseguridades y, así, convencerlos para que hiciesen lo que él les ordenase. Antes de conocer a Michael yo habría sido un blanco perfecto.

Simple y llanamente.



Miré a Michael y le toqué el brazo para que me escuchara plenamente.

—Estoy preparada.

Michael se puso recto de repente. Por el roce de mis dedos o quizá por mis palabras.

—¿Seguro?

—¿Cómo voy a negarme a salvarle la vida a una persona? —Separé la mano y me la guardé debajo de la pierna—. Al menos tiene algo de bueno ser un bicho raro.

—Em, no eres ningún bich...

—Michael, no me lo niegues. Tú también, y Cat, y Dune, y Nate y... todos los que han acabado buscando ayuda en La Esfera. —No tenía ganas de incluir a Ava en la conversación—. Por primera vez en mi vida, me siento tranquila. Ahora soy un bicho raro por una razón.

—Pero dime por qué. ¿Por qué quieres ayudar? —Noté en seguida el peso de su pregunta. Como si el motivo trascendiese el puro hecho.

—No es porque me hayas presionado o por lo que me hayas dicho. Quizá he estado pensando en lo importante que fue Liam. Era como yo e hizo cosas enormes.

Tuve la sensación de que esa respuesta encajaba con lo que él buscaba. Paseó su mirada por mi cara.

—Me tienes que prometer que estás segura.

—He dicho que estoy preparada y estoy preparada. Ya no lo repito más, ¿de acuerdo?

—¡Sí, señor! —Michael me hizo una mueca burlona que traslucía admiración en su mirada—. Si estás preparada, se lo tenemos que explicar a tu hermano. Todo.

Me di unos golpecitos en la pierna con los dedos.

—¿Es necesario?

—Thomas confía en mí y no quiero que eso cambie. —Michael me cogió la mano para detener los golpecitos. El calor ascendió por mi brazo—. ¿Qué crees que dirá?

—Creo que le hará olvidar el cabreo de ahora. Comparativamente hablando, servirá de algo. —Sonreí astutamente—. Thomas no va a estar de acuerdo con ninguna de mis decisiones.

—¿Y con las arriesgadas?

—Ya lo veremos.

Me apretó la mano.

—Eso, ya veremos. ¿Preparada?

—No. —Apreté la suya—. Vamos.



CAPITULO 29

Le tenía que ponérselo fácil a mi hermano. Quizá se pensaba que había tenido una recaída y estaba usando mis tretas femeninas para hacerme la víctima y engatusar a Michael. Quizá estaba haciendo un esfuerzo por fingir calma y evitar que yo acabase más desequilibrada. O quizá se estaba afilando los dientes de puro cabreo y las noticias le servirían de respiro. Fuese como fuese, iba a ser un pelín difícil hacerle entender «en principio, puedo viajar en el tiempo y, por cierto, me he saltado la medicación».

Dru era todavía más dura de mollera.

—¿Me estáis diciendo —dijo, mirando a Michael y después a mí, con sus intensos ojos azules— que juntos podéis romper las barreras del tiempo? —Intentaba mantener una voz serena, pero se notaba forzada, como siempre hablan los padres a sus díscolos hijos cuando hay gente escuchando.

Asentí. Dru sabía que yo veía a muertos desde la primera vez que ocurrió. En ese momento, Thomas me creyó en seguida y a ella le costó bastante más.

Se quedó en silencio mientras el camarero limpiaba la mesa de al lado. Solo cuando apagó la vela del centro y se fue hacia la cocina —pasando por delante del terceto de jazz—, Dru recuperó la palabra.

—Me estás diciendo que lo que veías antes no eran fantasmas, sino gente del pasado.

—Sí, algo así.

—¿Algo así? —Su voz alcanzó un tono más alto mientras sus nervios iban aflorando. Alzó una mano—. Necesito un momento.

Thomas había escogido el restaurante para lavar los trapos sucios, convencido de que, al estar en lugar público, todos estaríamos más tranquilos. No parecía que estuviese funcionando con Dru.

El humo de la vela llegó hasta nuestra mesa, confundiéndose con el olor de la salsa de tomate y pan tostado. Me sonaban las tripas. Me quería pedir una cesta de ese pan recién horneado.

Pero volví al tema. Después de esperar un tiempo prudencial, intenté explicárselo mejor, pero seguía sonando inverosímil.

—El hecho de que puedo ver bucles temporales es un síntoma de que soy una viajera del tiempo. Quiero decir, una señal.

Lanzó una mirada a Michael.

—¿Y tú también puedes viajar en el tiempo?

—Sí.

—Ahá. —Se reclinó pesadamente en el asiento, meditabunda.

—¿Nosotros podemos ver bucles? ¿Dru o yo? —preguntó Thomas.

Miré hacia el terceto de jazz y le respondí.

—No.

—Entonces, cuando conociste a Emerson por primera vez y vino a ti desde el futuro, ¿cómo supiste que era una viajera del tiempo en lugar de un bucle? —preguntó Thomas, acercándose a nosotros, en voz baja. Al menos parecía interesado.

—Los bucles desaparecen al tacto. Los viajeros del tiempo se reconocen perfectamente y saben dónde están. Y son sólidos.

Me enderecé en la silla.

—¿Cómo de sólidos?

—Como nosotros.

Una imagen desagradable cruzó mis pensamientos. Si los bucles eran vapor y los viajeros del tiempo eran sólidos...

¿Qué era Jack?

Me olvidé de él al oír la siguiente pregunta de Thomas a Michael.

—¿Y si alguien que no ha nacido con la habilidad de viajar en el tiempo lo intenta? En el caso de que consiga materia exótica o algo hecho de duronio. ¿Dru o yo podríamos?

—Solo los que nacen con la habilidad genética innata pueden viajar sin sufrir graves perjuicios.

—¿Qué perjuicios? —preguntó Thomas.

Michael respondió con cara sobria.

—Muerte por desintegración.

—Ojhh —respondió Thomas, apoyándose en el respaldo y desatándose la corbata.

—¿Qué has visto cuando has viajado al futuro? —preguntó Dru, que pensé que había desaparecido después de su largo silencio—. ¿Cómo será el mundo?

En seguida supe que estaba pensando en su bebé.

—No puedo decir nada. Tengo que mantenerlo en secreto.



Pero siguen naciendo niños. Cada día. —Michael le dedicó una mirada comprensiva—. Y viven felices.

—¿Cuál es vuestro siguiente paso? —dijo Thomas, después de coger la mano de su mujer—. ¿Tenéis algo pensado?

—Tengo que explicarle a la profesora Rooks lo que tengo pensado —respondió Michael, mirándolo seriamente—. Si ella está de acuerdo y usted le da permiso a Emerson, vamos a intentar salvar a Liam Ballard.

Thomas me miró con ojos preocupados.

—¿Tú estás de acuerdo con todo esto?

Asentí.

—Si —un condicional enorme—... si todo esto es cierto —acertó a decir Dru, con un gesto ensombrecido por la preocupación—. Espero que estés totalmente segura de todo lo que estás arriesgando.

—Estoy totalmente segura. —Busqué algún rastro de fortaleza en mi voz para darle mayor veracidad a mis palabras. La respuesta llegó sola—. Sé que estoy haciendo lo correcto.

Thomas me acarició el brazo.

—¿Podemos hablar un momento a solas?

—Dru —dijo Michael, mientras se levantaba y pasaba por delante de mi asiento, apoyándose en la mesa—. Te quiero preguntar por uno de los cuadros de mi apartamento. ¿Conoces al fotógrafo? ¿Me ayudas a buscar información sobre él?

—Sí, claro. Si te refieres a la foto, conozco a su autora. Es Lily, la amiga de Em —le respondió Dru mientras se alejaban juntos de la mesa. Nos lanzó una rápida mirada de aflicción mientras caminaban hacia la puerta. El cabello negro ocultaba parte de su rostro, pero no lograba disimular su seriedad. Los músicos fantasmas pasaron de un clásico Colé Porter a un poco de Billie Holiday.

La robusta puerta de madera se cerró y Thomas me miró con plena intensidad.

—Ahora me vas a contar la verdad.

—Te he contado la verdad desde que nos hemos sentado, Thomas. ¿Te crees que soy capaz de montar todo esto?

—No. —Sacó un envoltorio verde de sacarina del tarro de cerámica—. Sabes que te creo. O que quiero creerte. Pero me estoy refiriendo a cómo has explicado las cosas.

Me crucé de brazos y esperé.

—Por mucho que haya sido tu tutor legal en todos estos años, siempre has ido tomando tus decisiones. Con la única excepción de cuando... —Hizo una pausa, intentando hablar con el máximo de cautela.



—Cuando me encerraron. No pasa nada por decirlo.

Parecía que podía continuar, pero se dedicó a doblar y desdoblar el envoltorio de sacarina.

—Ya eres adulta. Yo no te voy a decir más lo que tienes que hacer.

—No te entiendo.

—Tú y Michael. —Rasgó el sobrecito y desparramó los granos—. Solo hay que escucharos; veros. Habrá más, aparte de las habilidades sobrenaturales.

—No hemos pasado de lo profesional. —Desvió la mirada y empecé a notar el rubor en mi cara—. No tiene nada que ver con eso.

—No tiene nada que ver ahora. Pero ya verás. Y ayer por la noche, ¿qué?

Pensaba que me había librado de ese tema.

—Thomas, por favor. —Solo quería esconderme debajo de la mesa. Acabar para siempre con la conversación—. No pasó nada.

—Eh, eras tú la que estabas en contra de la cámara de seguridad de la entrada. A eso se le llama frustración.

Ya era raro que no se acordase de eso.

—Pues no te preocupes por el tema. No he roto ninguna norma.

Thomas dibujó un círculo con los granitos de azúcar antes de volver a mirarme.

—¿Pero lo quieres?

—Es complicado.

Normas. Lealtad. Ava.

—Sabía que podría pasar esto. Por eso le insistí a Michael que tuviese palabra; que fuese leal a La Esfera y a mí. —Thomas se reclinó en el asiento, examinándome como si fuese la viga de un edificio—. No quiero que te hagan daño.

—No me van a hacer daño —respondí—. Tengo una relación profesional con Michael. Nunca hemos llegado a...

Me callé en cuanto vi que volvía a la carga.

—Sí, sin contar ese día en la terraza. Nunca hemos hecho nada. —Bajé la vista y miré la sacarina, empujándola hacia el suelo, pensativa. Me sentí culpable—. Es que es tan comprensivo, especial...

Mi hermano apretó los labios.

—Pues eso, que no ha pasado nada. —Me sacudí las manos y las dejé encima de la mesa, mirándolo fijamente—. No tiene importancia el tema.

—Pero escúchame —respondió, cogiéndome de la mano—. Sí que tiene importancia. Sé honesta, Emerson. ¿No le estás ayudando porque sientes algo por él?

—Pues no —protesté, ante su mirada concienzuda de hermano mayor experto. Le apreté la mano para que quedara claro—. Liam Ballard tiene familia: una mujer y un hijo. Yo lo puedo salvar. Después de todo, tienes que entender...

—Entiendo tus motivaciones. Solo me preocupo por ti y no es por lo que te pase, que también. —Su cara empezaba a desencajarse de malestar—. ¿Cómo vas a volver atrás para salvar la vida de un padre sin pensar en salvar la de los tuyos?

—Michael y yo ya hemos hablado de eso. —Examiné el candelabro del techo, intentando ocultarle la sombra de esperanza en mi rostro. Aguantando las lágrimas—. No hay más opción. Es una oportunidad increíble que se presenta una vez en la vida. Sé que es imposible cambiar el pasado, pero no en este caso.

Permanecemos un rato en silencio, divagando en nuestros propios pensamientos, recordando nuestra pérdida. Thomas se aclaró la voz.

—Ya sabes lo que decía papá delante de un tema importante.

Quería responderle con una mueca de hastío, pero no pude.

—Da un paso adelante. Tú sabes cuál es el correcto.

—Exacto. Sea cual sea tu siguiente paso, te apoyaré, Em.

—Pues lo correcto es ayudar a Michael. Si hay un después —que espero que sí—, ya lo veremos.

Thomas me liberó la mano y miró hacia la puerta.

—¿Vamos a ver qué hacen?

—Sí, venga —respondí en seguida, aliviada por dejar la conversación en el mejor momento antes de decir algo innecesario. Señalé con la cabeza hacia la cocina—. ¿Por qué no me consigues un poco de ese pan con salsa marinara? Para algo eres el jefe, ¿no?

Atravesé la plaza del pueblo mientras volvía a recordar todo lo que Michael había explicado, pensando sobre todo en una idea.

Los viajeros eran sólidos y los bucles eran vapor.

Jack no era ni sólido ni vapor. Algo intermedio.

Michael, Dru y Thomas tendrían que esperar. Yo me tenía que ocupar de un tema. Y corría prisa.

CAPITULO 30

¡Sal! ¡Sal de una vez de donde estés! —mascullé al abrir la puerta de mi habitación—. Jack... no te pongas tímido conmigo...

Silencio.

Abrí el armario. Miré en el baño; debajo de la cama. Nada.

Me senté en el sillón a reflexionar, notando al instante el frío en las piernas; qué diferencia con el asiento del coche.

¿Y si lo había asustado al tocarlo? Me enrollé un mechón de pelo en el dedo y seguí pensando. Si era el caso, entonces se estaría cerrando un buen problema, pues todavía no le había explicado nada de él a Michael.

¿Y qué le iba a decir? «Ah, por cierto, hay un tipo semisólido que brilla en la oscuridad y que a veces me viene a visitar.» ¿Cómo iba a justificar que nunca le hubiese hablado de él? Jack siempre parecía muy atento conmigo. Ahora que lo pensaba, no estaba mal tenerlo igual que Michael tenía a su queridísima Ava.

Aunque no acababa de saber qué era Jack.

¿Cómo se lo podía explicar sin parecer una idiota?

Si Jack desaparecía, ya no tendría que preocuparme más por él y podría ocuparme de otros asuntos, como la posibilidad de morir en el transcurso de un viaje en el tiempo mientras evito un asesinato.

Ese tipo de cosas.

Habían pasado demasiadas cosas desde que regresé a Ivy Springs. Me recosté en el sillón y cerré los ojos. Mi vida había dado un giro. Un mes antes, no sabía lo que significaban los bucles; no tenía ni idea de que tuviese una habilidad. No sabía que Michael existía. Todo era más sencillo.

Menos interesante.

Continué así unos minutos. Asumiendo que Jack no iba a aparecer, llamé a la puerta del apartamento de Michael. No hubo respuesta. Volví al restaurante y me encontré a Thomas y a Dru sentados en la mesa. Solos.

—¿Dónde está Michael? —pregunté, mirando el reloj de pared. Solo me había ido quince minutos; se supone que no es tanto para un hombre.

—Se ha ido. —Dru echó un vistazo a Thomas antes de volver a mirarme—. Una... mujer fue a buscarle al apartamento. Dijo que era urgente.

—¿Una mujer? —Por favor, que fuese Cat—. ¿Alta?, ¿Guapísima?, ¿Pelo supercorto?

—No —dijo Dru, con suma prudencia—. Alta, guapísima, pelo castaño caoba.

Ava.

—¿Qué tipo de urgencia? ¿Qué dijo?

Dru asintió.

—Habló de un chico antes de que se fueran... Kaleb.

—Michael insistió en que tú te quedaras. —Thomas se aclaró la voz y recogió el móvil que me había dejado en la mesa. Se lo guardó en el bolsillo de la camisa—. Que no lo llamas y que fueses discreta. Se ha puesto muy serio; decía que era por tu seguridad. Nos ha pedido que te paremos los pies si intentas seguirlo.

—Pues que le vaya bien —musité. Me dejé caer en la silla, rabiosa de celos. De preocupación. Algo grave había pasado para que Ava viniese expresamente a Ivy Springs a buscar a Michael.

Me apoyé en la mesa y me crucé de brazos. Hundí la cabeza e hice un esfuerzo por reprimir las lágrimas. Estaba muy cansada. Acababa de decidirme por lo más difícil: ayudar a Michael a salvar a Liam, con todas las consecuencias. Me había sentido tan cerca de él mientras hablábamos con Thomas y Dru... y ahora volvía a ocultarme cosas.

Me di cuenta de que Dru estaba haciendo gestos a Thomas. Cuando volví a mirar, nos habíamos quedado solas en la mesa.

—Ha dicho que te llamará en cuanto esté resuelto. Todo irá muy bien, seguro.

Asentí.

—Si te sirve de algo, que sepas que no parecía muy contento de verla.

No me servía de nada.

Me dolía que se hubiese largado sin despedirse; me enfurecía que Thomas y Dru le hubiesen dicho a todo que sí. Y estaba demasiado cansada para hablar. De momento.

Dru suspiró y me dio una palmada en la mano.

—¿Cuántas horas llevas sin comer?

... desde la piña en la Casa de los Desertores.

—He desayunado.

—¿Me dejas que te prepare algo? —me respondió con voz dulce—. Ya sé que te saca de quicio, pero tengo que practicar.

—No es justo. —No podía poner al bebé de excusa.

Volví a casa con Dru. Me alimentó con un plato de salsa marinara y trocitos de pan y me hizo un sitio en el sofá. Sabía que tenía muchas ganas de cuidarme.

Mi cuerpo había llegado al agotamiento, pero mi mente no paraba. Demasiados pensamientos revueltos: Jack y el enigma de qué o quién era; Lily y todas las cosas que nos estábamos ocultando; Michael. Dónde estaba; qué estaba haciendo. Con quién.

Dando vueltas y vueltas, sin encontrar respuestas, por fin me quedé dormida, atada a la esperanza de que el teléfono sonara.



Qué harta estaba.

Me desperté totalmente desorientada. Había dormido en tres camas diferentes en los últimos días. La de Michael era mi preferida, quizá por la almohada.

O no llamó o llamó mientras estaba durmiendo. ¿Y si habían desconectado el teléfono Thomas o Dru? Estiré el brazo y cogí rápidamente el teléfono inalámbrico. No había ninguna llamada.

Nada.

Quizá no sabía dónde estaba Michael, pero sí sabía perfectamente cómo encontrarlo. Levanté la manta y caminé a paso taciturno hacia mi habitación, teléfono en mano por si acaso.

—Un momento. —Thomas salió de la cocina con su caja de Fruity Pebbles. Me barró el paso—. ¿Adónde vas?

—A ducharme.

Hizo un movimiento de zigzag para evitar que lo sortease.

—¿Y después?

—¿Y a ti qué te importa?

—No te vas a poner a buscar a Michael, ¿no? —lo preguntó sabiendo muy bien la respuesta.

—Depende —respondí, clavándome el teléfono en la cadera—. Hasta que me dejes en paz.



—¿Te ha llamado?

Negué con la cabeza.

—Em. Él lo dijo muy en serio. No sé si sabía a qué tipo de situación se iba a enfrentar, pero no quería que te afectase.

—Me voy a la cafetería a mirarme el horario que me toca —dije, en tono monocorde, evitando su mirada—. ¿Me das permiso?

—No te pongas así, por favor —me suplicó. Sabía que no le gustaba nada ser autoritario conmigo. Pero lo seguía siendo.

—Soy tu hermana y te pones de parte de Michael. ¿No lo ves? —Pensé que no iría mal sembrar un poco de culpabilidad para allanar el camino del perdón más tarde.

—Estoy de tu parte. Igual que Michael —respondió, sin inmutarse—. Solo quiere que no te pase nada.

Seguía agarrada al teléfono, con unas ganas tremendas de tirárselo a la cabeza. Me retorció de impotencia y le pegué un empujón para pasar. Di un portazo en mi habitación y me encerré.

Me duché rápidamente y preferí no entrar en discusión con mi pelo, así que lo dejé suelto y ondulado. No encontré ninguna razón, pero me apetecía mucho maquillarme y vestirme bien. Me puse unos téjanos ceñidos y camiseta escotada. Arriesgada como soy, me colgué un par de pendientes. Como había sobrado purpurina de Dru, me esparcí un poco por el escote. Sin querer parecer una fulana, escogí unas sandalias con tiras y tacón de cuña y me las calcé torpemente de camino a la puerta.

No vi a Thomas, pero en cuanto giré el pomo de la puerta oí toser a Dru detrás de mí.

—Qué. —Me di la vuelta y me apoyé en la puerta, cerrándola de nuevo—...Me voy al Murphy's Law. Ya he hablado con el patrón. No hace falta que se rajen las vestiduras.

—¿Al trabajo? Yo ya sé lo que haría en tu lugar. —Me miró de arriba abajo y me dio mi móvil y las llaves de su coche—. Venga, a ver si me voy a arrepentir. Y deja de insultar a mi marido.

Cogí las llaves y la estrujé entre mis brazos.

—Serás una mamá perfecta.

—Si fueses mi hija, te habría clavado contra la pared.

Le lancé un beso y cerré la puerta suavemente.



CAPITULO 31

No pude contactar con Michael. Saltaba el buzón constantemente. Conduje como una maníaca hacia el Murphy's Law y dejé el coche en medio de una curva. Me asaltó un cruce de órdenes y pedidos nada más entrar. Lily me lanzó el delantal antes de que llegase a la barra. Me echó un vistazo.

—Guau —me dijo, repasándome con la mirada—. ¿Y eso? ¿Y dónde vas vestida así? ¿Te vas a una convención de conejitas Playboy? No te has vestido así para preparar cafés...

—Estoy lanzando la caña, haciéndome ver, levantando la bandera... como una gata que se mea en la moqueta.

—Se puede hacer sin vestirse así. —Me siguió examinando mientras me ataba el delantal—. ¿Y ahora por qué te vistes para salir a cazar?

—Porque tengo competencia —le respondí, recogíendome el pelo y sosteniéndolo con un lápiz.

Lily sacudió la cabeza y cargó de café una taza.

Dejé caer las manos.

—¿Qué? ¿Tan mal estoy?

—No. Estás guapísima —me dijo, añadiendo espuma—. Solo quiero que sigas con la autoestima bien alta. ¿Se supone que Michael es la moqueta?

—Sí. —Cogí el papel del pedido y llené la jarra de leche antes de ponerla debajo del hervidor—. Lo siento mucho por dejarte tirada —grité, al oír el siseo de la máquina—. Has hecho dos mañanas seguidas, ¿no?

—No te preocupes. ¿Con leche sabor vainilla? —gritó a unos clientes antes de volverse y preparar el siguiente—. Ayúdame ahora con todos estos pedidos y te perdono.

Trabajamos en silencio durante un rato hasta que bajó un poco la clientela. Lily se sirvió un vaso de agua con hielo y se bebió la mitad.

—¿Adónde vas?



—No lo sé todavía. Tendría que ir a un par de sitios. Por eso quería hablar contigo. —Ya estaba harta de tanto secreto. Mi mejor amiga tenía que dejarse de medias tintas. Y yo también—. Me tienes que ayudar en una cosa.

—En qué —me preguntó, masticando un trozo de hielo y escrutándome con la mirada.

—Ayúdame a encontrarlo. —Ya no me entraría el canguelis. Quería las cartas encima de la mesa—. Como tú sabes.

Lily se atragantó con el hielo y empezó a toser. Me agarró del brazo y me arrastró al cuarto trasero. Me empujó adentro y cerró de un portazo.

—¡Pero qué haces, Lily! —me froté el brazo.

—¿Cómo lo has sabido? —Lily hablaba con un hilillo de voz.

—Yo no sé nada —confesé—. Solo era una intuición.

—Pensaba que no se enteraría nadie. —Me miró con ojos enormes—. Cuando me preguntaste el otro día sobre los seres sobrenaturales, pensaba que me estabas tanteando.

—Bueno, te lo pregunté por mí. —Abrí la puerta y saqué la cabeza para mirar si había entrado algún cliente. Un par de personas seguían sentadas en las sillas naranjas. Volví a cerrar.

Lily estaba sentada en el escritorio.

—Por favor, no me digas que eres una vampiresa. Están muy vistas.

—Te juro por un grano de café que no soy una vampiresa —le respondí, entre risas—. Pero veo a... bueno... puedo ver a gente del pasado. Hablar con ellos.

—¿Es lo que viste ese día en la cafetería?, ¿un fantasma?

—Sí, pero es un poco más complicado. —Me di una palmada en la frente cuando caí en la cuenta de que acababa de utilizar la frase favorita de Michael—. Necesito tiempo para explicártelo bien, y además, tengo prisa. ¿Pero voy bien? Y tú, ¿qué?

—Em, lo mío tiene muchas más implicaciones. Le prometí a mi abuela que no se lo diría a nadie. No es radiestesia. Tampoco voy por ahí con una varilla de zahorí, ni péndulo, aunque me gusta llevar este. —Acaricié el colgante de ojo de tigre que siempre llevaba. Yo pensaba que le gustaba llevarlo porque hacía juego con sus ojos—. En definitiva, que sí: tengo el don de encontrar cosas.

—¿Y por qué es tan secreto?

—Yo no lo sé todo. —Arrugó los labios—. Pero mi abuela me marca mucho qué es lo que puedo encontrar. Siempre son cosas banales, como las llaves o alguna receta que haya perdido. ¿Pero a un ser humano? Nunca.

—Pero el otro día... sabías que había vuelto del banco antes de verla.



—Supe que ya estaba aquí la bolsa del banco. Y supe que la abuelita la llevaba. Con los años he desarrollado conexiones.

—¿Has hablado de esto alguna vez con alguien? —Pensé en La Esfera—. ¿Con un profesional?

—¿Con un profesional!? La abuela me mata si se entera de que te lo he explicado. —Señaló hacia la puerta con la cabeza. Lo siento, no te puedo ayudar a encontrar a Michael. Ya sé que tienes prisa. Vete.

—Pero si quieres habl...

Sacudió la cabeza.

—Necesito pensar; empezar a distinguir lo que puedo compartir y lo que no. O lo que te quiero preguntar.

—Estoy muy contenta de que me lo hayas explicado. Con todo lo que he pasado y todo lo que me has aguantado... y sigues a mi lado. Yo también estoy contigo.

Lily me cogió del brazo y se fundió en un abrazo conmigo.

—Te lo tendría que haber explicado antes. Y no te habrías sentido tan sola.

—No. Te entiendo perfectamente. —La seguí abrazando—. Gracias por confiar en mí. No se lo explicaré a nadie.

—Ni yo.

Nos soltamos y nos miramos durante un buen rato antes de darme la vuelta para irme.

—Em, espera.

—Qué.

Abrió la mano con su gesto pícaro característico.

—El delantal no pega con el modelito.

CAPITULO 32

Empezaría por la Casa de los Desertores. Demasiado fácil. Su coche estaba aparcado justo enfrente. El mismo había tenido acceso a un teléfono para llamarme y no había querido.

Era el momento de saldar las cuentas.

Eché un rápido vistazo al retrovisor, me saqué el lápiz y me solté el pelo. Salí del coche y caminé directa al porche. Antes de que repicase con el tacón en el último escalón, me abrieron la puerta.

—¿Por qué te cuesta tanto hacer caso a los demás? —Michael llevaba puesta la misma ropa. Estaba arrugada, como si hubiese dormido. Pero no tenía cara de dormido. Tenía los ojos inyectados en sangre y un poco de barba. Me imaginé cómo se sentía al besarlo.

Entonces me acordé de que estaba cabreada.

—¿Y por qué a ti te cuesta tanto llamar? —Levanté las manos y le pegué un empujón, notando al instante el flujo de electricidad que bajaba hasta mis pies—. A mi hermano solo le ha faltado esposarme a los muebles. No he pegado ojo esta noche; no sabía nada de ti.

—Por favor, baja la voz. —Se restregó los ojos—. Ha sido una noche muy larga. Lo siento mucho por no llamarte, pero nos ha costado un montón encontrar a Kaleb.

—¿Os ha costado? —le pregunté, hirviendo de celos.

—Sí, nos ha costado. A mí, a Dune, a Ava, a Nate. —Se echó hacia atrás, apoyándose con el pie en el muro de la casa—. Se fue de bares por Nashville; menos mal que no condujo de vuelta.

—¿Ya tiene edad para entrar en bares?

—Casi dieciocho. Tiene DNI falso y lo usa para un montón de cosas. Va por mal camino. Llamó un amigo suyo aquí y respondió Ava. No me encontraba en el móvil y tuvo que ir al apartamento.

Pobrecita. Como si fuese imprescindible.

—Entra. —Michael se enderezó y me hizo una señal para que entrara antes de abrirme la puerta mosquitera—. Pero te aviso: no tiene su mejor día. Kaleb es mi mejor amigo y espero que no lo juzgues por lo que vas a ver.

Me aguantó la puerta y entré al salón. Un olor penetrante impactó contra mis narices: una mezcla entre fábrica de cerveza y lavabo de gasolinera.

—Uff.

Pese a la tenue luz, desde la puerta pude ver un pie colgando del sofá. Un pie grandote con un tatuaje de espinas alrededor del tobillo. Le di la vuelta al sofá para captar toda la esencia de un cuerpo desparramado que emitía profundos ronquidos. Un bíceps revelaba la cabeza de un dragón y, en el otro, una cola bífida. Alto y más ancho que Michael, Kaleb tenía los mejores abdominales que había visto nunca. Llevaba una manta de franela envuelta en la cintura, la misma que a mí me habría cubierto todo el cuerpo y en su silueta parecía una toalla de mano.

—¿Y su ropa? —pregunté en voz baja.

Michael hizo una mueca resignada y suspiró.

—No quieras saberlo.

Arrugué la nariz y empecé a respirar por la boca. Avancé un poco y tomé una mejor perspectiva de su cara, seguramente mucho más guapo cuando no estaba así de tirado. Tenía el pelo negro cortito y un aro pequeño en cada oreja cual... pirata sexy. Di un salto cuando soltó un gruñido y abrió un ojo azul-lilá-ceo.

Kaleb intentaba enfocar la vista. Tenía unas ojeras memorables, o era el resultado de tener unas pestañas tan negras.

—¿La he palmado? ¿Eres un ángel? Jo... estás muy fumada para ser un ángel. Ven aquí —balbuceó.

De resaca nada.

Seguía borracho.

Corrí a resguardarme detrás de Michael cuando me di cuenta de que estaba estirando el brazo para cogerme. Con esa mano de tamaño de sartén no calculaba la tuerza. Era un tipo grande, prácticamente desnudo; la viva imagen de un reo a la fuga.

—Eh, Mike. Lo he vuelto a hacer —dijo Kaleb con una sonrisa insidiosa mientras levantaba la cabeza. Pensé que, vestido y sobrio, podría ser bastante atractivo. En ese momento... no.

—Sí, Kaleb. Lo has vuelto a hacer —respondió Michael, en un tono de paciente y exasperado maestro de colegio.

—¿Quién vino a buscarme? Ayer no estaba esta. —Me señaló y siguió sonriendo—. Me habría acordado de ella, seguro.

—Yo. Con Nate y Ava —respondió Michael.

Kaleb se frotó la nuca y cerró los ojos. Evitaba mirarle los pectorales.

—¿Ava? ¿Por qué viniste con la Señorita Resplandor?

—¿Señorita Resplandor? —pregunté.

—Como la novela de Stephen King —respondió Michael—. Para Kaleb —añadió—. Porque llamaron a Ava y ella vino a buscarme.

—¿Que fue a buscarte? —Kaleb frunció el ceño y nos escudriñó—. ¿Dónde estabas?

Michael me cogió y me condujo a su lado.

—Con el ángel. Te presento a Emerson.

Kaleb se había puesto amarillo. Se sentó rápidamente; se envolvió la manta en la cintura y, dando un salto del sofá, se precipitó hacia la puerta.

Miré a Michael.

—Vaya.

Subimos las escaleras mientras intentaba hacer oídos sordos a los sonoros vómitos del lavabo de abajo y me alegraba de no haber desayunado.

—Primera impresión inmejorable.

—No es lo que parece. —Las persianas de su habitación estaban levantadas y el sol inundaba todo el espacio—. Bueno, también puede ser mucho peor.

—Me refería a mi impresión. Ha sido decirle mi nombre y ha arrancado a correr hacia el lavabo. No hace falta que lo justifiques. No lo voy a juzgar.

—No es el mismo desde hace seis meses. Era un tío muy majo y se está convirtiendo en un caradura.

—Michael se sentó en el escritorio y apoyó la cabeza en la mano—. Lo pasó muy mal cuando Liam murió y después su madre...

—Se supo enferma —intervine.

—Peor aún. —Vaciló un momento antes de levantar la cabeza—. Después de que Liam muriera... se intentó suicidar.

Tragué saliva.

—Uff.

—No pasó nada al final por suerte. Grace se ha quedado en coma desde entonces. Tenía enfermeras para ella todo el día y después Landers dio su consentimiento para que se quedara en la casa de La Esfera.

—Por eso se quedó también Kaleb —dije, entendiendo por fin por qué había permanecido en la misma casa junto con el hombre sospechoso de haber matado a su padre—... para estar cerca de su madre.

—Exacto —afirmó Michael con gesto contrariado—. Pero el médico ha dicho que es mejor trasladarla a un centro especial para pacientes irreversibles. Hoy mismo la van a sacar.

—Vaya mierda. —Por desgracia conocía demasiado bien ese tipo de centros; no sabía si Kaleb también. Tampoco sabía si él era consciente de lo que le quedaba por afrontar.

—Pues sí, es una mierda —añadió—. Kaleb era muy distinto antes; muy centrado. Era buenísimo en natación. Construyeron la piscina que viste en La Esfera por él.

Por alguna razón tenía ese cuerpo, esas espaldas. Esos abdominales. Esa tableta de chocolate.

Por primera vez opté por la prudencia y guardé silencio. Me subí al escritorio y me senté mientras se oía el roce de los téjanos contra el borde.

—Nunca me has explicado su habilidad.

—Sí, podría —dijo, acomodándose en la silla—. Porque él no te la explicará. ¿Sabes qué es un émpata?

—Sé lo que es la empatía.

Michael cogió un lápiz y empezó a chafar los restos de goma del escritorio.

—No es lo mismo. Los émpatas penetran en los demás de una manera sobrenatural, tanto si quieren como si no. No están sujetos al tiempo ni al espacio, así que pueden experimentar las emociones de cualquiera, en cualquier momento o lugar. Kaleb siente las emociones de las personas con las que conectaría de una manera natural. Sabe todo lo que me pasa por dentro porque somos como hermanos.

—¿Por qué llama a Ava «Señorita Resplandor»?

—¿Has leído la novela?

—No, pero me han hablado de ella y he visto, algún cacho de la película. —No podía con las pelis de terror; ni mucho menos las de espíritus o terror psicológico. Por eso estaba tan agradecida a Internet, por poder leer los resúmenes y así hacerme una idea, pues era la mejor manera de acercarte a la cultura con plena autonomía—. No me digas que Ava duerme con un hacha o escribe mensajes en la pared con lápiz de labios...

Me lanzó una mirada.

—A Kaleb le encanta poner apodos. Dice que Ava tiene la mente tan fracturada como el personaje del padre y que ansia la autoridad tanto como él. Tiende a querer hacer lo que le da la gana cuando le da la gana solo por hacerlo.

—¿Todos los sobrenombres de Kaleb tienen tanto significado?

—No. En este caso, es algo personal con Ava. A lo mejor por cómo se comporta conmigo.

—Mmmm... Kaleb va a dejar de vomitar embutido de un momento a otro. Será mejor que hablemos de él mientras no esté cerca, ¿no? —le propuse. No tenía ganas de entrar en el tema de esta chica.

—Tienes razón. —Dejó el lápiz en el escritorio—. Supongo que es tan hosco por fuera porque es demasiado sensible a la vez. Todo lo hace intencionadamente —cómo viste, cómo mira a los demás.

Intenta mantener una distancia para evitar sentir lo que los demás sienten. Lo que le pasó a su padre fue demasiado para él y con el estado de su madre casi se consume.

—¿Siente las emociones de ella en su estado?

—No. —Sacudió la cabeza—. Las he dejado de sentir desde el intento de suicidio y se culpa a sí mismo por no haberlo prevenido.

Sentí una profunda lástima por Kaleb. Su padre había muerto, pero su madre seguía viva y no tenía manera de acceder a ella. Al menos no había padecido en su piel el estado de descontrol de ella. Por fuera parecía bastante duro.

—Parte de su problema es que le cuesta identificar por qué los demás sienten lo que sienten. A veces malinterpreta las emociones —cree que van hacia él cuando en realidad están dirigidas hacia los demás —dijo Michael, girando el lápiz en el escritorio—. Un día me dijo que le encantaba nadar porque el agua es el único medio que bloquea las emociones. Es el único lugar en que se siente libre.

A mí también me gustaría tener una piscina.

—¿Por qué se ha flipado tanto cuando nos has presentado? Pensaba que ya me conocía.

—Sí, ya te conoce. Que estés aquí significa que te has implicado en salvar a Liam.

Se oyeron unos pasos en las escaleras. Michael me hizo una señal de silencio. Kaleb entró por la puerta, entornando los ojos por el sol.

—Tienes mejor cara —dijo Michael, acercándose a la persiana para bajarla.

Mucho mejor. Duchado y vestido, desprendía un olor totalmente distinto. Nos miró a uno y a otro y continuó mirándome a mí.

Me sentía a gusto cerca de él.

—Lo siento por lo de antes. No me encuentro muy bien, y tampoco lo entiendo —dijo, volviendo a mirar a Michael—... porque solo bebí dos cervezas.

Michael levantó una ceja; no dijo nada y se sentó al borde de la cama.

—Te lo juro —insistió Kaleb con voz ronca—. ¿Te acuerdas de... con quién estaba cuando me viniste a buscar?

—Con una alta, pelo negro, ojos preciosos. No te quería soltar.

—Amy. No, Ainsley.

—¿Novieta? —preguntó Michael.

—No. —Kaleb deslizó su mirada hacia mí.

—¿Un lío?

—Mike. Hay una señorita presente.

—Más vale que conozca tu verdadero «yo». —Michael se encogió de hombros.

—No te acabo de entender —respondió Kaleb, apretando los dientes.

—Ya lo entenderás. —Michael me cogió de la manga y me condujo hasta la cama para sentarme a su lado. Señaló hacia la silla del escritorio y miró a Kaleb—. Siéntate.

Kaleb se sentó.

Pero no estaba muy conforme.

Contemplé la transformación de su cara: de amplia sonrisa a crudeza, resentimiento. Tenía unos ojos muy bonitos cuando dormía, que le daban un aire de delicadeza, pero igualmente no me gustaría cruzármelo en un callejón. Michael dijo que se había convertido en un caradura, pero yo no veía eso.

Solo veía miedo.

—No hace falta que exageres, Mike. —Kaleb intentaba deshacerse de la rabia, pero su voz seguía tensa—. Ni estoy apestado, ni muerdo, ni llevo camisa de fuerzas.

—Ya lo sé. —Michael se levantó, con voz rotunda. Tenía ganas de hacerle callar. Si se liaban a tortas, lo último que quería era quedarme ahí—. Sencillamente me preocupo por cómo llevas la vida. Escapas de todo.

—Ya está bien. —Kaleb echó un rápido vistazo hacia mí y se levantó para acercarse a Michael—. No necesito a ningún hermano mayor, ni niñera.

—Ayer sí.

Interponerme entre ellos era tan útil como mediar entre un par de fieras, pero lo hice igualmente. Apuntalé sus pechos con las manos y, por tenso que pareciese el momento, tuve tiempo de deleitarme con sus pectorales.

—¡Basta ya! —Mi voz se quebró. Probé otra vez—. ¡Basta ya! No queréis caer en esto, así que dejad de comportaros como un par de críos.

Acusarlos de ser un par de críos fue tan efectivo como arrojarle agua a la Bruja Mala del Oeste. Igual que el momento en que el Espantapájaros la apunta, la tensión se disipó. Michael se volvió a sentar y Kaleb se dejó caer en la silla del escritorio. Kaleb apoyó el brazo en el respaldo y me lanzó una mirada.

—Eh tío, por qué no calmas un poco a la enana...

Salté hacia delante con las manos en las caderas, descubriendo que estaba a su misma altura, pero él seguía sentado.

—Primero: a mí nadie me manda. Segundo: si quieres me calmo yo sólita después de darte una patada en el culo. —Le clavé bien fuerte el dedo en el pecho—. Tercero: no me llames enana.

Kaleb se quedó un momento en silencio, mientras miraba a Michael con unos ojos enormes.

—¿De dónde has sacado a esta chica? ¿Por qué no me consigues otra igual?

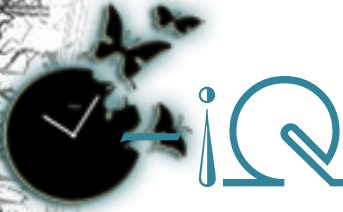
Suspiré con un hastío tremendo y me senté al lado de Michael, que sonreía sin disimulo.

—Creo que lo que toca es disculparte.

—Lo siento. —Me sonrió astutamente—. Siento mucho no haberte visto primero.



CAPITULO 33



ue no quiero nada!

Nos trasladamos a la cocina. Michael rebuscaba dentro de la nevera, intentando encontrar algo para Kaleb. Kaleb apoyó la cabeza encima de la mesa y se la tapó con los brazos, echándome alguna miradita con sonrisa de vez en cuando. Desde luego tenía encanto.

Toneladas de encanto.

—Estoy seguro de que a Nate no le importa compartir sus huevos. Mmmm... ¿sabes qué te puede asentar el estómago? Beeeicon. —Michael balanceaba el envoltorio mientras pronunciaba la palabra, sonriéndonos.

Kaleb protestó con un gruñido mientras el olor a beicon nos embriagaba. Michael me guiñó el ojo como si fuese su compañera conspiradora. Envidiaba lo bien que se llevaban esos dos, sobre todo después de un enfrentamiento que casi les había llevado a las manos.

Me di cuenta de que me sentía muy cómoda. Miré a Michael, que seguía hurgando en la nevera, y a Kaleb, sentado a mi lado. Me sentía bien. Me sentía bien con ellos y hacía tiempo que no me sentía tan tranquila.

Panda de *Freaks*. Podíamos hacernos unas camisetas.

La camaradería cedió paso a otras cosas cuando reparé en la realidad. Michael no lo sabía todo. Si se enteraba de cómo había sido mi vida hace cuatro años... no había sido una vida. Había sido una mera existencia.

Se oyeron unos pasos en la escalera y desde la puerta se empezó a perfilar la figura de Ava, repiqueteando con sus tacones de aguja contra el suelo de madera como si llevase dos martillos. Se asomó y me miró durante un segundo, con una sonrisa forzada antes de volver al tema que le ocupaba.

—¿Michael? —preguntó, con tono impaciente.

Sacó rápidamente la cabeza del frigorífico.

—Ava, qué tal te encuentras esta mañana.

—Tenemos que cerrar el plan para Acción de Gracias. —Siguió esquivando la mirada de Kaleb—. Voy a comprar nuestros billetes para L.A. Se supone que vienes conmigo, ¿no?

Michael estaba tan nervioso como un ciervo cegado por los faros de un camión con mercancía peligrosa.

—Ya hemos hablado de eso.

—No, no hemos acabado de hablarlo —frunció el ceño, con abierta confusión.

—Sí, hace un par de días. Te dije que no...

—Sube y miramos los horarios de avión. Si has acabado con... —señaló hacia la mesa, en una dirección no concreta— ...eso.

Kaleb sonreía con sorna.

—Por supuesto, Ava. Si lo necesitas, ya ha acabado conmigo. Pero lávate las manos eh, Michael, que te han quedado piojos, antes de tocar a la Señ... a Ava.

Ava entornó sus ojos hacia él y ladeó la cabeza.

—Borracho —le dijo.

—Bruja —respondió.

—¡Niños! —Michael dibujó una «T» con la mano—. Tiempo muerto.

Ava le lanzó a Kaleb una mirada de desprecio y desapareció de la cocina. Michael fue detrás de ella.

Sin mirar atrás.

—¿Por qué no hablas con ella y le explicas lo que sientes? —le dije a Kaleb en cuanto se fueron.

—Lo he hecho desde el principio. —Apoyó los brazos en la mesa y se aguantó la cabeza con el puño, mirándome fijamente—. Igual que ahora estoy a punto de decirte que estoy enamorado de ti.

—¿De verdad? —Me eché a reír—. Supongo que será por todo el tiempo que hemos pasado juntos; por tantas conversaciones. ¿O ha sido un flechazo?

—Sí, algo así —repuso, burlón.

Eso pensaba yo.

Me perdí en su mirada durante unos segundos. Me di cuenta de que estaba esperando a que dijese algo y me aclaré la voz.

—¿Así que le pones apodos a todo el mundo? Enana, Mike... Señorita Resplandor.

—¿Te ha explicado Mike lo de «Señorita Resplandor»?

Asentí mientras una gran sonrisa se deslizaba por su cara como miel avanzando por una tostada. Seguro que estaba acostumbrado a que lo mirasen. Me preguntaba si en ese momento también le gustaba.

—Pongo nombres a la gente que quiero y también a los que quiero matar.

Me preguntaba si había algún significado profundo en «Enana».

—Y Ava está en la lista de los que quieres matar.

—Nunca nos hemos soportado. —Su sonrisa desapareció. Deslizó los brazos por la mesa y acercó su cabeza a la mía—. No sé si es porque hay algo que la bloquea, que no me deja pasar. Ni siquiera ella sabe reconocer sus propios sentimientos.

—¿Lo has sabido siempre? —le interrogué—. Espero que no te importe hablar de esto. Michael me lo ha contado. ¿Ya sabías que tenías esta habilidad?

—No me importa. Yo lo sé todo de ti; sería injusto que tú no supieses nada de mí. —Se enderezó en la silla, una vez desvanecido el momento de intimidación—. No pasa nada.

—No sabes nada sobre mí.

—Me encantaría que me lo explicases —respondió, volviendo al coqueteo, arriesgándose a que le mordiera.

—No sé... vengo de pasar una temporada muy mala. Ya te lo explicaré mejor, si estás interesado.

Una sombra de incertidumbre contagió su mirada. Miró hacia la ventana de delante del fregadero.

—Te escucho.

—Mis padres murieron en un accidente poco después de que empezase a ver bucles. Con todo el dolor del mundo, el de los servicios sociales me mandó a un centro después de que se me escapara que veía a muertos. Ah, y también porque monté una escena en la cafetería del colegio y mi mejor amiga tuvo que acompañarme al médico. —Observé su reacción, calculando lo que podía decir—. Ya no sabían qué hacer conmigo, así que optaron por drogarme.

—¿Y cómo te repusiste? —Me miraba intensamente, buscando la respuesta que me negaba a darle, por mucho que quisiera.

—Con la medicación dejé de ver bucles. Cada cierto tiempo, me bajaban la dosis y mientras tanto me tenían callada. Las Navidades pasadas me salté la medicación y al conocer a Michael... todo ha sido mucho más fácil.

—¿Te ha explicado cómo se conocieron mis padres?

—No —respondí—. Cat me explicó un poco sobre su relación.

Kaleb se recostó en la silla, apoyando la zapatilla deportiva contra el borde de la mesa.

—Mi padre era... el prototipo de científico. Pelo alocado, estética cero. Mi madre era perfecta para él. Hace muchos años fue actriz. Se conocieron en un rodaje de una peli de ciencia ficción; él era asesor técnico.

—¿Cómo se llama?

—Grace. Su nombre artístico era Grace...

—Walker —le interrumpí, al caer en la cuenta de su parecido—. Sois clavaditos.

—Por suerte para mí. —Sonrió abiertamente—. Se casaron seis semanas después de conocerse.

—Qué bonito.

—Tenían algo increíble, fuera de lo común. Mi padre estuvo viendo bucles toda su vida, pero ella no empezó a verlos hasta que no se conocieron.

—¿Le daba miedo?

—Tenía a mi padre.

Me intrigaba saber si de verdad había sido tan fácil para ella.

—¿Cuándo empezó lo tuyo con la empatía?

—Se supone que nací así. Lloraba mucho de bebé y no era precisamente por cólicos. En cuanto mis padres lo descubrieron, mi madre dejó el oficio de actriz para quedarse en casa cuidándome. Era el cojín que me amortiguaba los golpes. Gracias a ella, mi vida era más soportable. —Hizo una pausa y clavó la mirada en el suelo. Creí captar una sombra de humedad en sus pestañas negras—. La echo mucho de menos. A los dos.

—Kaleb, no hace falta que...

—No, estoy bien. —Levantó la vista, con ojos serenos. Me había equivocado, tal vez—. Igualmente, fui creciendo y descubrí otras cosas que me servían, como la tranquilidad de estar debajo del agua. Podía bloquear lo que quisiera con las barreras adecuadas.

Pensé que era el momento de cambiar el tono.

—Y por eso te comportas como un gilipollas, ¿no?

Kaleb me sonrió.

—Buena apreciación.

—Yo he bloqueado demasiadas cosas después del accidente, después del tema del hospital —confesé—. He escondido la cabeza. He aprendido cosas —sarcasmo, autodefensa—, todo para que no me hicieran daño, para que no se acercaran a mí.

—¿Te ha funcionado?

—No por mucho tiempo. —Sonreí—. Ahora se me está haciendo más fácil dejar a la gente entrar. Tú tendrías que intentarlo.

—Ya te contaré —respondió, entre risas. Volvió a adoptar un gesto serio—. Esto solo lo sabe Michael, pero mi padre descubrió la manera de aislar las propiedades de ciertas drogas para ayudarme a filtrar los sentimientos, a no absorber todo de todo el mundo. Fabricó un sistema para mí antes de morir.

Sacó una moneda plateada del bolsillo y empezó a girarla entre los nudillos, concentrándose en el movimiento justo antes de hacerla saltar a la palma de la mano.

—Ya sé lo que tenéis pensado hacer por mi padre.

Mirando directamente a esos ojos azules de su madre actriz, le dije:

—Por tu padre. Y por ti y por tu madre. Nadie se merece pasar por esto. Si puedo cambiar el estado de las cosas; mejorar la vida, es como estar haciendo un bien por la humanidad.

—Mi padre me regaló esto cuando cumplí los dieciséis. Al final he aceptado cómo soy. Decidí canalizarlo en lugar de rehuirlo. —Kaleb aguantaba la moneda entre dos dedos, mostrándomela. No era una moneda, era una elipse plateada con una inscripción. Me acerqué a verla mejor.

—Esperanza.

Se guardó la elipse en el bolsillo y me cogió la mano. Se la di. Tenía un tacto fuerte, áspero, cálido. No sentí la electricidad que sentía cuando tocaba a Michael. Sentí algo diferente.

Alivio.

—Gracias —me dijo.

Asentí.

Michael entró en la cocina solo. Separé la mano de Kaleb, pero esperé a que Michael nos viera. Observé su reacción.

No le gustó.

Rompí el silencio antes de que Kaleb volviera a la carga.

—Hablando de salir de viaje, ¿cuándo salimos? —pregunté. Después de conocer a Kaleb, todavía estaba más segura de lo que iba a hacer. Pero una nueva dimensión se añadía al problema, haciéndolo todavía más real.

—Dentro de poco, espero —respondió Michael—. Tenemos que explicárselo todo primero a Cat, y saber si se va a unir a nosotros.

—¿Y a qué esperamos? —Me levanté—. Vamos.

—Espera. ¿No es pronto? —preguntó Kaleb—. Acabas de enterarte de tu habilidad. ¿Estás segura de esto?

Lo miré.

—Cuanto antes nos pongamos de viaje, antes recuperaremos a tu padre.

Kaleb me devolvió la mirada. Sabía que estaba intentando leer mis emociones, buscando miedo.

Pero no lo iba a encontrar.



CAPITULO 34

Seguí a Michael y a Kaleb con el coche de Dru. Atravesamos el campus universitario y aparcamos delante del departamento de ciencias. Thomas había estudiado la estructura clásica de los edificios tan bien conservados a base de piedra y ladrillo antes de decidir en qué zona del centro de Ivy Springs establecerse. Como en el centro, los edificios eran sólidos, estoicos, prácticos. Viejos.

Lo antiguo y yo no nos llevábamos bien.

Una ancha escalera nos condujo al segundo piso. Los pasillos olían a tiza y a tapa de libro. De una de las aulas se escuchaba una voz de barítono: el profesor estaba explicando las propiedades de los metales. Pasamos rápidamente por delante del tablón de anuncios, agitando los papeles de los competentes anunciantes. Clavé la mirada en la espalda de Kaleb.

Cat se llevó una sorpresa al vernos, arrancando una exclamación que disipó mi concentración. Habíamos entrado en una especie de laboratorio con probetas y vasos de precipitado y sopletes y una pizarra blanca repleta de ecuaciones. Nos hizo pasar rápidamente y cerró la puerta.

—Kaleb, después de la noche de ayer me parece increíble que estés vivo. Pensaba que te meterías en el agua hasta mañana como mínimo. —Su mirada era una mezcla de serenidad y preocupación, sostenida por unas gafas de *strass* que utilizaba para leer. Me pregunté si serían tuyas o si se las había cogido prestadas a un profesor veterano de pelo azul, arrugado como un *shar pei*.

—Sí, lo siento. —Kaleb se refregó la nuca mientras se le encendían las mejillas—. No sé qué me pasó.

Cat le respondió con una sonrisa tensa que auguraba próximas discusiones y volvió a mirarnos a Michael y a mí.

—¿Qué os trae por la santa academia? ¿Tienes alguna pregunta más, Emerson?

—No, no tiene más preguntas. —Michael me rescató dando un paso al frente—. Tengo que confesar una cosa. No puedo esperar más.

Cat se quitó las gafas y se apoyó contra la mesa del laboratorio.

—¿Confesar?

Mi corazón se empezaba a acelerar. Era muy importante que Cat aceptase el plan de Michael. Empezó a explicarlo y crucé los dedos mentalmente.



—Hace un par de meses, me dejaron un mensaje en el buzón de voz. Era de alguien que no conocía y me proponía vernos en el Riverbend Park. —Me miró de soslayo—. En el desvío del camino, en el bosquecillo. Era Em; la Em de aquí a diez años. Me explicó cómo y cuándo contactar con Thomas para ofrecerle mis servicios y lo que tenía que hacer para convencerla de que yo era legal. También me dijo que investigara sobre el Principio Novikov.

—¿Qué? —consiguió decir, entre jadeos, levantando las manos para agarrarse a la mesa. Examiné la cara de Michael, intrigado por su propia revelación.

—Se respetaron las normas del viaje en el tiempo —le dijo rápidamente a Cat, evitando mi mirada. Añadió, intencionadamente—: Me dijo que nosotros dos éramos un par y que me podía ayudar a hacer lo que nadie podía hacer.

Cat se apartó bruscamente de la mesa, que empezó a sacudirse violentamente. El cristal vibraba y el líquido borboteaba, emitiendo un siseo al entrar en contacto con el fuego del soplete.

—Queréis salvar a Liam.

Michael asintió y no dijo nada. Pasaban los segundos y Cat respiraba con más dificultad.

—No. Sabes que no es posible. No puedes interferir con las propiedades del tiempo de esa manera. Nunca te dejarán... —Se detuvo, sacudiendo la cabeza antes de continuar—. Ralentizar y acelerar para favorecer nuestros objetivos ya crea bastantes problemas, ¿pero encima retroceder y resucitar a los muertos? No.

—No estás pensando en las posibilidades —insistió Michael, dando un paso vacilante hacia ella—. ¿Has pensado alguna vez en el Principio Novikov?

—No voy a pensar en ningún Principio, Michael. He dicho no. —Se arrastró contra el borde de la mesa, dando un pequeño y rápido paso atrás para arrojar su determinación.

Kaleb, que había permanecido a mi lado escuchando la conversación, rompió por fin su silencio. Sentí sus palabras —más que oírlas— y el sonido de su rabia apenas contenida penetraba en mis oídos.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres salvar a mi padre, maldita sea?

Le estreché el brazo, consciente de la inutilidad de este gesto si en cualquier momento se le ocurría saltar hacia Cat. El bíceps se tensó bajo mis dedos y esperé a que me apartara la mano. Pero no lo hizo.

Cat miró a su alrededor como si buscara una salida.

—No tiene nada que ver con salvar a tu padre. Son las normas; está muy claro lo que podemos hacer y lo que no.

Kaleb dio un enorme paso que devoró el espacio entre él y Cat. Apoyó el puño contra el acero inoxidable de la mesa y pronunció con cautela cada palabra.

—A la mierda las normas.



—Kaleb, por favor —dijo Michael, con voz tensa. Kaleb no se movió.

Solo se oía el siseo del soplete Bunsen y el líquido hirviendo en un tubo de ensayo. Después de lo que pareció una eternidad, Cat habló.

—Emerson no ha viajado nunca —dijo, mirando a Kaleb y a Michael—. ¿Estáis dispuestos a arriesgar su integridad, su vida, haciendo que retroceda y salve a alguien a quien no conoce de nada?

Michael intentó defenderse.

—No es peligr...

—Sí que es peligroso —le cortó—. Michael, sabes cómo murió Liam. El tiempo de margen de lo que propones tiene que ser escrupulosamente preciso —casi de un milisegundo—. No tenéis ninguna posibilidad de conseguirlo.

—Se puede —contraatacó—. Tendríamos que estudiarlo mucho antes...

—¿Estudiarlo? Escucha lo que estás proponiendo. Un movimiento en falso y tú y Emerson acabaréis asesinados, calcinados y reducidos a un montoncito de huesos, como Liam. ¿Eso es lo que quieres?

Kaleb resollaba. Retrocedió un paso para interponerse entre Cat y yo.

Sus palabras me azotaron con la contundencia de un golpe seco. Me envolví la cintura con los brazos; sentía un dolor en el estómago que me obligaba a salir de ahí, a alejarme de esa conversación y de ese edificio. Me di la vuelta y me marché sin mirar atrás, sorteando el caudal de estudiantes y charlas entrecruzadas que bloqueaban el pasillo. Dando bandazos entre mochilas y gente, abrí la puerta doble, bajé las escaleras y pisé el suelo. Llegué a la acera y volví la cabeza para asegurarme de que nadie me seguía.

Error.

Enfrente del edificio, un tumulto de jóvenes corrían arriba y abajo, pasándose un balón de cuero antiguo. Para ellos, no estaba pasado de moda.

Vestían pantalones cortos, calcetines a rayas y deportivas con tacos. Calculé que sus uniformes serían de principios de los años cuarenta. Por si no tuviese suficiente, ahora un equipo entero de futbolistas fantasma se desplegaba ante mí y posaba para una foto en los escalones de una grada.

Declinando la idea de meter la cabeza en un equipo de más de doce tíos cachas, opté por un lugar más tranquilo. A mi derecha, escondido detrás del edificio de administración, encontré mi santuario: los Jardines Sagrados Whitewood. Un antiguo reloj de sol de bronce flanqueado por dos bancos musgosos. Las majestuosas ramas de un sauce llorón conformaban una exuberante pared verde que amortiguaba el bullicio del campus y custodiaba un pequeño estanque recóndito. Dejé caer todo mi peso en el banco y me recosté para cerrar los ojos, agradeciendo los cálidos rayos de sol de tarde sobre mi cara.

Pero, por mucho que lo intensase, no podía olvidarme de las palabras de Cat.



Después de perder a mis padres, había repetido en mi mente una y otra vez la secuencia del autobús cayendo irreversiblemente, imaginando cómo debía de haber sido el patinazo por la carretera y el impacto final contra el lago congelado. Me gustaba pensar que habían tenido un final tranquilo.

Sabía que Liam Ballard no había tenido un final tranquilo.

Oí unos fuertes pasos detrás de mí y me di la vuelta, esperando encontrarme a Michael. Con un suspiro de sorpresa, me di cuenta de que estaba mirando a los ojos azules de Kaleb.

—Michael le está cantando las cuarenta a Cat por haberte asustado. Te he traído esto. —Se sentó, me dio una botella de agua y me humedeció la nuca con una servilleta de papel. Estaba tan empapada que me caló la camiseta.

—¿Estás bien?

—¿Cómo que si estoy bien? ¿Y tú? Cat acaba de comparar a tu padre con... —Me contuve. Me saqué la servilleta empapada y la chafé en mi mano hasta reducirla a una bolita, mientras observaba cómo las gotitas avanzaban entre mis dedos hasta la muñeca. La sensación me causó un escalofrío.

Kaleb se dio cuenta. Apoyó los codos contra el respaldo del banco y acercó el brazo, colocándolo sutilmente encima de mis hombros. Aguanté las ganas de recostarme en él.

El sol estaba bajo y emitía un tenue reflejo pardo. Estábamos en un jardín de cuento; no era el mejor lugar para hablar sobre muerte y sufrimiento.

—Kaleb, ¿cómo ha podido decir todo eso delante de ti?

—No lo hacía con mala intención —respondió, esforzándose en mantenerse inexpresivo—. Solo quería dejar clara su opinión y, desde luego, después de tu reacción lo ha conseguido.

—He reaccionado así por ti. Me parece que tenéis una relación muy cercana. Ya he visto cómo te ha mirado después de preguntarte por ayer por la noche.

Giró la cabeza y recorrió la mirada por los nenúfares y aneas de la orilla del lago. Un pez emergió del agua dando un salto, dibujando una pequeña onda que bailaba con la orilla.

—Tengo una relación con Cat un tanto atípica. Siempre ha sido así. Es mi tutora legal.

—Pero no vives con ella.

—Ahora me veo obligado porque mi madre ya no vivirá en la casa. Esta noche me empezaré a llevar cosas.

—Ah. —Sentí un pinchazo de dolor al ver ese mismo dolor en su cara—. ¿Estás bien con eso?

—No lo sé. A ver, yo quiero mucho a Cat, pero no sabe qué hacer conmigo en estos días. Seguro que no es fácil para ella. Y, cuando intento leerla, sus emociones me sobrepasan. —Su voz sonaba vulnerable, completamente extraña para alguien con una apariencia tan fuerte—. Miedo, culpabilidad,



rabia, arrepentimiento. Supongo que es por mi padre, o por el hecho de que no tiene ni treinta años y ahora tiene que aguantar la carga de cuidar a un adulto.

—Estoy segura de que no piensa que eres una carga —dije, con tono bien firme mientras enrollaba el papel en mi mano para tener algo que hacer—. Creo que, sencillamente, se preocupa por ti. ¿Cuánto hace que la conoces?

—Tengo la sensación que toda la vida. Siempre ha estado ahí. Ha sido como una hermana, pero no le corresponde el papel de tutora legal. No tendrían que ser así, las cosas.

—Se preocupa por ti. Como mucha gente.

—¿Y tú qué, Enana? —Me sonrió—. ¿Tú también te preocupas?

No se refería a ser amigos. El agua de mi piel se había evaporado.

—Kaleb, ahora... las cosas...o sea..., que ahora no es el momento.

Oí una tos cercana y gesticulé con la cabeza. Michael apareció detrás de nosotros. Me preguntaba cuánto rato llevaba allí. Me di cuenta de nuestra pose y de que lo estábamos mirando cogidos del brazo. Me levanté tan rápidamente que casi me fallan las piernas. Me guardé la servilleta en el bolsillo de los téjanos y lo miré.

—¡Hola! —dije, con una voz demasiado alegre y estridente para la situación—. ¿Qué ha pasado con Cat?

—Quiere pensar un rato. —Parecía incómodo, mirándonos con insistencia a uno y a otro—. Hemos quedado mañana por la tarde en la casa para que nos dé una respuesta. Y también se disculpará.

—¿Ha admitido que se había pasado con Emerson? —preguntó Kaleb. Se levantó y se quedó de pie detrás de mí. Detrás y cerca.

—Ha admitido que se había pasado con todos y punto —dijo Michael, con voz tensa.

Un teléfono móvil empezó a sonar y Kaleb se metió la mano rápidamente en el bolsillo. En la pantalla apareció la foto de una chica lanzando un beso al aire con labios sensuales. Se llevó el teléfono a la oreja, entre torpe y dubitativo.

Nos dio la espalda y respondió en voz baja.

—Hola, nena.

Quería saber más sobre la discusión de Michael y Cat, pero de repente solo tenía ganas de escapar.

—Bueno. —Saqué mis llaves y empecé a girar el anillo en mi dedo—. Michael, te pego un toque mañana.

Le dije adiós a la espalda de Kaleb y me precipité rauda y cobarde.

Tanto como me dejaron los tacones.

Michael ya me estaba llamando.

—Em, espera.

Continué, agitando las llaves sin mirarle, cuando me alcanzó y se paró a mi lado. Otra vez mis piernas no estaban a la altura.

—Qué.

—Quería hablar contigo de...

—No hace falta que me preguntes si sigo queriendo salvar a Liam. Claro que sí. Lo que ha dicho Cat no ha cambiado nada y no tienes por qué dudar de mí —le dije, incomprensiblemente molesta con él. Llegamos al coche y me di la vuelta para apoyarme en la puerta del conductor, preparada para la discusión—. Sé tomar decisiones.

—Estoy seguro de que sí. —Dio unos golpecitos con el puño en el techo de la furgoneta—. Pero no te llamaba por eso. Te quería preguntar... tienes, mmm, ¿tienes mucha experiencia con los chicos?

Me quedé de piedra. El tintineo de llaves paró por completo al caer el juego en mi mano con un ruido seco. Ladeé la cabeza y lo miré fijamente.

—¿Qué?

Clavó su mirada en el suelo y empezó a gesticular, mientras buscaba palabras.

—Ahh... no quería decir eso, no me refería a físicamente...

Ni en un millón de años le diría que mi contacto tórrido más celebrado había sido nuestro rozamiento en la verja de hierro. Y tampoco tenía por qué conocer a fondo mis sesiones de ridículo en el colegio. Mi vida amorosa no le importaba lo más mínimo. Descubrí, con sorpresa, que seguía sosteniendo la mano en el aire y la bajé, intentando no clavarle el anillo en el nudillo.

—No me puedo creer que estemos hablando de esto.

—Solo te quiero comentar... que sé que Kaleb enamora nada más verlo. —Michael pronunció la frase como si estuviese comiendo algo desagradable—. Aunque a veces discutimos, es mi mejor amigo, pero...

—¿Pero? —ataqué.

—Es muy... con las chicas... es un poco... —Reculó un paso, guardándose las manos en los bolsillos—. Déjalo. No tengo ningún derecho a decirte lo que tienes que hacer o con quién tienes que ir. Lo siento.

—No estoy con nadie. No sé qué has visto antes, pero solo estábamos hablando. —Me debatía entre sentirme bien porque se preocupaba por mí y cabrearme porque no era asunto suyo—. Kaleb y yo tenemos muchas cosas en común. Estábamos hablando, sencillamente.

—Ya lo entiendo. —Frunció aún más el ceño—. Pero... Kaleb a veces no piensa con la cabeza.

—Como todos los adolescentes, ¿no? —Siempre había oído que pensaban con otra parte de su anatomía. Era increíble cómo, en un solo día, las situaciones habían dado un giro tan brusco. De discutir con mi hermano a encontrarme con un Kaleb borracho, explicarle a Cat nuestros planes de viajar en el tiempo y... ¿enzarzarme en una batalla dialéctica por mi inexistente vida sexual?

Dios, estaba agotada.

Michael me miraba fijamente.

—Lo único que digo es que puede ser un poco... indiscriminado cuando se trata de ligar. No quiero que te haga daño.

Me entró un dolor de cabeza horroroso; creía que mi cráneo se iba a abrir y que se me iban a derramar los sesos al suelo.

—Bueno —dije, finalmente—, si Kaleb y yo nos enrollamos, lo tendré en cuenta.

—No, hombre... me has malinterpretado. ¡Espera, Emerson!

Sin terciar palabra, cerré de un portazo, bajé los pestillos y encendí el motor. Lo último que vi mientras salía del aparcamiento fue el gesto consternado de su cara.

CAPITULO 35

Con el dolor de cabeza, el estómago también empezó a protestar. Quería mi camita. Apagar todas las luces.

Chocolate.

Me arrastré escaleras arriba y abrí la puerta, encontrándome un apartamento vacío. Qué placer. Cogí un botellín de agua, un par de pastillas y una barrita de chocolate de las provisiones de Dru. No eran ni las ocho: hasta mañana, nos vamos a la cama.

A los diecisiete años, sí señor.

Me importaba bien poco. Me sentía muy aliviada sabiendo que no tendría que culminar el día discutiendo con mi hermano. Dejé las llaves del coche encima de la encimera junto con una nota en la que dejé escrito que estaba agotada y que me iba directa a la cama. Me pegué una ducha bien larga y me puse la ropa interior y una camiseta interior vieja y suavcita de Thomas.

Me aseguré de que las ventanas estaban cerradas y me lancé a la cama. No había querido arriesgarme a tropezarme con Michael y tener que aguantar otra conversación. Apagué la luz y me tapé con la colcha hasta la cabeza, cerrando los ojos y esperando a que el sueño arrastrase mis pensamientos.

Lancé un bufido de frustración y me puse boca abajo, enterrando la cara en la almohada. Quizá era más útil aislar mis pensamientos uno a uno como si contase ovejas. O podía intentar entrenarlos para que saltasen fuera de la valla de mi cerebro.

¿Era tan caradura Kaleb con las chicas como Michael me había explicado? Parecía muy sincero cuando hablábamos. Era imposible que compartiera ese tipo de intimidades con todo el mundo, sobre todo el tema de sus padres. A lo mejor era un poco chulo, pero era un tío auténtico. Hasta que le llamó la chica del beso. Por la manera de responder, le tendrían que haber premiado con un Óscar.

Y todo lo que me había dicho Michael...

Me aplasté la cara contra la almohada y solté un grito.

—¡Emerson!

Mi nombre sonó bien alto, justo a la derecha de mi oreja. Ahogué un segundo grito y me senté rápidamente, abrazándome a la almohada, girando la cabeza en dirección a la voz. Tardé un segundo en

acabar de visualizar la silueta que se perfilaba al lado de mi cama con la escasa luz que procedía de fuera, pero, en cuanto fui capaz, empecé a gritar de nuevo.

Jack.

—No, ahora no —gemí de frustración, apretando los ojos. Los volví a abrir lentamente, esperando que hubiese desaparecido.

No tuve esa suerte.

—¿Estás bien?

Suspiré.

—¿Has encontrado a tu muchacho? ¿Ya tienes las respuestas que buscabas?

—¿A mi muchacho? Sí, lo he encontrado —murmuré—. Y, por si no tuviese suficiente con un tonto, ahora ha aparecido su mejor amigo.

—Vamos a ver —dijo, con una sonrisa comprensiva—. ¿Se están peleando por ti?

—Sí. ¡No! No sé. —Enterré mi cara en la almohada antes de volver a hablar entre susurros—. Es como una... competición y es totalmente innecesaria. Solo quiero cogerlos juntos en la misma habitación y... y...

—Qué.

—Hacer chocar sus cabezas y que caigan inconscientes.

Se fundió en una ristra de carcajadas sonoras, afectadas.

—Bueno, chica. Ya estarás acostumbrada a que peleen por ti.

—Yo diría que no —le dije, y me guardé sus palabras en el bolsillo como una golosina para saborear más tarde—. ¿De dónde vienes? Pensé que te habías ido.

Las carcajadas se cortaron y la habitación se sumió en una incómoda tranquilidad.

—Ayer te estuve buscando. ¿Dónde estabas? Empieza desde el principio.

Me aparté el pelo de la cara y me incorporé. Sus ojos conservaban el mismo azul enigmático, si bien un poco más claro, y me miraba de frente. Su pelo también parecía más volátil. Yo continuaba con la almohada abrazada, consciente de que llevaba muy poca ropa.

—Qué eres tú.

—Qué pregunta más rara.

—No tanto —maticé, levantando la colcha para taparme—. Cada vez que toco un bucle, desaparece. Y tú no.

—¿Qué es un bucle? —me preguntó, estudiando mi rostro con expresión jocosa.

—Lo que tú eres. Lo que creo que tú eres. —Sacudí la cabeza, exasperada. Llevaba el mismo traje negro con chaleco. No había nada que indicase a qué periodo de tiempo pertenecía, ni siquiera el corte de pelo. No llevaba anillos; ninguna pista que me indicase de qué tiempo venía, excepto el reloj de bolsillo que le daba un toque aristocrático.

—Vienes del pasado, ¿no?

Asintió.

—No sé por qué estás aquí, Jack. —Me acerqué lentamente, preguntándome qué pasaría si lo tocaba. Tenía que saber en qué estaba pensando. Sin embargo, permanecía inmóvil.

—Por qué apareces.

—Por ti.

—¿Qué? —Me entró el escalofrío al notar el aire acondicionado que venía del techo, refrescando mis hombros desnudos.

—Me siento... muy cercano a ti. Sé, por experiencia, los giros que da la vida. Me gustaría protegerte.

—Eso es imposible. —Me fregué los brazos con las manos brevemente, intentando entrar en calor y dudando si el frío se debía a su presencia o al aire.

—Eso crees, ¿no? Eres tan especial, tan inocente. —Por la forma en que me miraba, no me sentía para nada inocente. Estaba consiguiendo que tuviese ganas de que Thomas y Dru volvieresen a casa—. La vida está... surcada de caminos. Algunos no tan claros como otros.

Aplasté la almohada contra mi pecho.

—No entiendo nada. No tiene ningún sentido lo que estás diciendo...

—Algún día lo verás. —Sus ojos se oscurecieron durante un segundo—. Y ese día te darás cuenta de que he hecho todo esto... para protegerte. Todo por ti.

Oí la puerta de la entrada, pero no desvié la mirada de él.

Me concedió una sonrisa triste y retrocedió un paso.

Adiós.

Me pregunté si esta vez se había ido para siempre.

CAPITULO 36

No sé qué le dijo Dru a Thomas para no ponerme más obstáculos en mi decisión de seguir adelante con el plan. Solo sé que le estaba agradecida. Thomas no dijo ni pío al día siguiente cuando le pedí las llaves del coche de Dru para reunirme con Michael; me las dio con toda la calma.

Conducía plácidamente en dirección al campus, con las ventanas bajadas. El aire seguía empañado de humedad y me alegré de haberme puesto pantalón corto y top sin mangas. Encendí la radio y dejé que la música me sosegara. No sabía cómo tomarme el tema de Michael y Kaleb. Al avistar la Casa de los Desertores, me sometí a mí misma a una charla motivadora.

Entré sin llamar. La puerta mosquitera se cerró sonoramente, anunciando mi presencia. Mi nariz me guio hacia la cocina y encontré a Kaleb encima de los fogones. Estaba removiendo algo que olía delicioso, cuchara de madera en mano y poderoso cuchillo de chef en la otra.

—¿Estás sobrio hoy? —pregunté desde la puerta.

Se dio la vuelta y dibujó una sonrisa que me hizo titubear.

—Sí.

—Bien. Porque no sabía si entrar con ese cuchillo. —Entré en la cocina y me apoyé en la encimera al lado de él. Encima de la tabla de cortar, un par de pimientos verdes y un trozo de apio esperaban a ser troceados. En la sartén se estaban sofriendo unos aros de cebolla con mantequilla.

—¿Sabes cocinar?

Kaleb estaba tan guapo que me puse celosa. Guapo, con unos músculos de infarto y el tatuaje de un dragón rojo que le cubría buena parte del dorso.

—Sí —respondió—. Sé cocinar.

—¿Y siempre llevas camiseta interior y —le empujé un poco el hombro— un delantal que pone «Besa al Cocinero»?

Se puso tan cerca de mí que el corazón se me empezó a acelerar.

—Si te gusta, lo llevaré siempre.

—Ja ja —dije, cambiando rápidamente de tema y señalando hacia la tabla de cortar—. ¿Qué estás cortando?

—Mi trío de oro: apio, cebolla y pimiento verde. *Étouffée* en marcha. Dune y Nate están volviendo de su sesión de orientación y traen los langostinos. Bueno —dijo, acabando de añadir a la sartén las verduras que habían quedado pegadas en el cuchillo—. Hoy sabremos lo que va a pasar.

Sentí un pinchazo en el estómago nada más oírlo. Todos los planes de Michael dependían de la respuesta de Cat. No podíamos ir sin ella.

—¿Tú qué crees que dirá?

—Ni idea —respondió, levantando las cejas—. ¿Estás segura de que quieres ir?

—Segura.

—No te creo. —Kaleb dejó el cuchillo en la tabla y se apoyó en la encimera a mi lado—. Ayer estabas bien, pero hoy te veo nerviosa. ¿Ha pasado algo?

—¿Me estás leyendo las emociones? Nos conocimos ayer, ¿cómo puede ser?

Levantó un hombro y sonrió.

—Es un fastidio si lo haces sin permiso.

—No lo puedo evitar. —Levantó la sartén y removió las verduras un par de veces. Nunca he sido capaz de hacerlo sin derramar la mitad al suelo o quemarme—. ¿Estás nerviosa por algo que te dijo Michael cuando volvisteis?

—No, la verdad. —Quise pensar que Michael no había compartido con Kaleb sus críticas.

—Me encantaría quitarte todas las preocupaciones.

—¿Ah sí? —pregunté, en tono vanidoso.

Dejó la sartén encima del fuego y se apoyó con las dos manos en la encimera, rozándome las caderas.

—Sí. —*Voilà*. Me mordí el labio.

Me recogió el pelo en forma de cola, rozando mis hombros desnudos con sus brazos.

—He estado pensando en hacerte olvidar los problemas. He pensado mucho en eso.

—¿De verdad? —Me faltaba el aliento y se notaba. Busqué desesperadamente, entre mis pensamientos revueltos, algo que decirle para detener la situación, pero no pude.

—En serio. —Deslizó las manos por mis brazos, trazando una línea con el pulgar desde el codo hasta la muñeca. Se me puso la piel de gallina y el calor empezó a regar todo mi cuerpo. Empujé la cabeza hacia atrás, dándome un golpe contra el armario.

Ternura.

Se echó a reír, pero me hizo sentir especial en lugar de ridícula.

Me entró más calor cuando empezó a acercar sus manos a mi cara para sujetarla. Me sentía bien. No tenía ganas de volver a golpearme contra el armario.

—¿Se te están olvidando los problemas? —me preguntó.

Perdí completamente la capacidad de expresarme. Se acercó muy lentamente, en un último hálito antes de rozar sus labios contra los míos. En ese segundo cerré los ojos.

Y vi a Michael.



No hizo falta que me lo sacara de encima. Él mismo paró. Abrimos los ojos al mismo tiempo.

—Eso era lo que me daba miedo.

—¿El qué? —pregunté, retomando el aliento.

—Michael y tú.

—¿Cómo lo sabes? ¿A qué te refieres?

Arrugó el entrecejo, me miró intensamente y recorrió con su dedo mi mandíbula.

—Mira. Si fuese puramente físico, te arrastraba escaleras arriba hasta la habitación. Con tu consentimiento, por supuesto.

Creo que en ese momento me salió un gemido. Kaleb me activaba de tal modo... pero seguía siendo poderoso, al mismo tiempo. Al menos para mí.

Se rio de nuevo.

—Pero no es físico, aunque siempre despista. Tú y Mike tenéis algo, aunque él no lo quiera admitir...

—No, no tenemos nada. Nada —protesté, mientras me escrutaba con la mirada.

—¿Sientes algo por él?

—Quizá. —Golpeé el armario con la cabeza por mi propia voluntad—. Algo, pero no sé el qué. Lo siento.

—No te disculpes, pero explícamelo cuando puedas. —Seguía sosteniendo mi cara con sus manos. Se acercó otra vez y me besó tiernamente en la comisura de los labios, sin dejar de mirarme. Entonces, suspiró, prolongando la caricia de sus labios contra mi piel—. Puedo esperar.

Michael escogió ese momento exacto para entrar en la cocina.



Kaleb se separó rápidamente de mí, volviéndose a ocupar de la sartén como si no hubiese pasado nada. Michael nos miraba con una expresión totalmente irreconocible y dudé por un segundo si había visto algo. O si le había importado.

—Emerson. —Su voz estaba desnuda de emoción. Vacía.

—Sí —respondí, bajándome de la encimera. Empecé a tambalearme en cuanto mis pies tocaron el suelo y me habría caído si no fuese porque Kaleb me agarró del brazo.

—Lo siento —musitó Kaleb, con voz débil.

—¿Te fallan las piernas? —preguntó Michael.

Nos había visto. Estaba claro.

Me alisé el cabello y me re Coloqué el top.

—Estoy bien. No pasa nada.

—Cat no está en la casa. He ido a verla al laboratorio para reiniciar las conversaciones y quería hablar con vosotros sobre la discusión de ayer... pero ya veo que estabais entretenidos.

Se dio la vuelta y se marchó.

—Tengo que arreglar esto. —Kaleb juntó las cejas en gesto de concentración—. Tiene las emociones disparadas. Voy a ir a hablar con él.

—No, déjame a mí. —Le paré con el brazo—. Ya habéis peleado bastante. Déjame arreglarlo a mí.

CAPITULO 37



Michael.

—Estaba saliendo por la puerta cuando lo alcancé.

—¿Dónde vas? Pensaba que querías hablar.

—No sabía si teníais para mucho rato. —Siguió caminando a grandes zancadas hasta salir al porche, retumbando en el suelo de tablillas con cada paso—. Y he preferido dejaros acabar.

—¡Espera! —exclamé, agarrándole de la manga. Se estremeció al rozarle con los dedos—. Ya hemos acabado. Ya estoy. No estábamos...

Se soltó bruscamente y empezó a bajar las escaleras.

—¡Pero en qué estás pensando! Besando a Kaleb.

—¡No lo he besado!

—Os he visto —respondió, dándose la vuelta después de dos pasos—. Lo estabas besando.

Intenté explicarme.

—No es lo que...

—Claro que sí. —Se cruzó de brazos, fingiendo autosuficiencia—. Típica excusa cuando te pillan con otro.

—¿Cuando te pillan? Ni que estuviese haciendo algo malo.

Escupí las palabras con todo objeto de defenderme, intentando no hacer caso a su sonrisita de sorna.

—¿Por qué te interesa tanto?

—Solo quería que... olvídale —dijo, dándome la espalda.

Le agarré del hombro izquierdo con las dos manos, obligándolo a darse la vuelta para poder recibir bien mis gritos.

—No, no. De eso nada, Michael Weaver. Conmigo no te descargas así y luego te largas sin decir nada.



—Por mí puedes hacer lo que quieras —terció, con voz fría y distante, haciéndome callar. Bloqueando mis palabras—. No tengo derecho a opinar.

Pero quería que hablase, que lo soltase. Aguantándome las ganas de pegarle un empujón, añadí más leña al fuego.

—Kaleb quería besarme —le respondí, con la contundencia de una discusión de patio de colegio.

Michael se estremeció de nuevo como si mi mano hubiese alcanzado sus mejillas.

—Y no has opuesto resistencia.

No le faltaba razón.

—Él ha parado. —Me acerqué todo lo que pude a él—. ¿Quieres saber por qué?

Michael se tapó la cara con sus largos dedos; su anillo de plata brillaba con el sol.

—No lo sé, Emerson. Yo qué sé.

Pronuncié las palabras lentamente, esperando que calaran.

—Ha parado por ti.

—¿Qué? —Retiró las manos, con voz tenue, incrédula.

—Tu mejor amigo es un empata. Y no me ha besado por ti. —Acabé de decir esas palabras sin darme cuenta. ¿Por qué no me quedaba callada? Renegué de frustración y me dejé caer en el escalón del porche.

—Mmm... yo pensé que... pero luego Kaleb. —Se corrigió, con cautela—. No sabía si estabas confundiendo lo nuestro... físico... con sentimientos.

—A lo mejor sí.

—No podemos estar juntos, Em. —Al menos, parecía triste.

—Ya lo sé. —Contemplé la pintura blanca despellejada de los escalones. Me acerqué y la empecé a rascar—. Voy a ir a buscar a Kaleb; me ha dicho que me haría olvidar los problemas.

—No.

—¿Por qué no? Mucho rollo fraternal, pero yo no he parado de ir detrás de ti. Por un segundo, creo que quieres estar conmigo y, al segundo siguiente, ya no lo sé. Apenas me reconozco cuando me miro en el espejo porque yo no soy así, y entonces me presentas a Ava y...

La puerta mosquitera se abrió detrás de mí. Las bisagras chirriaron, suplicando aceite. Aliviada por la interrupción como mejor forma de poner fin a mi abierta humillación, me puse de pie energicamente y



me golpeé con la cabeza contra algo, con una sensación instantánea de algo frío viscoso bajando por mi espalda.

Me tambaleé y encontré a Dune con un cuenco medio lleno de cabezas de langostino sucias y arena.

La otra mitad estaba desparramada encima de mí.



CAPITULO 38



Durante un horrible segundo, nadie se movió. Todo a mi alrededor se reveló con una claridad meridiana. La cara estupefacta de Michael, el agua viscosa empapando mi top, los restos de langostino sobre mi cabeza.

Michael se precipitó sobre mí.

—Dune, ve corriendo a coger servilletas de papel. Dile a Kaleb que traiga hielo. Se ha dado un golpe muy fuerte.

—Lo siento mucho, Emerson. —Dune dejó el cuenco en el suelo y se acercó a mí. Michael le hizo un aspaviento para que se fuera y se metió en casa en dirección a la cocina.

—¿Estás bien? —preguntó Michael, examinándome los ojos mientras me cogía de los hombros con cuidado. No pude comprobar si le hacía ascos a mi piel enganchosa—. Tienes las pupilas dilatadas. ¿Te duele la cabeza? Cómo te llamas.

—Claro que me duele la cabeza —salté—. Como me vuelvas a preguntar el nombre convertiré tu voz en soprano.

Su mirada se tiñó de alivio mientras me soltaba los hombros.

—Al menos estás bien.

No estaba bien del todo.

Me aparté un mechón pringado de arena y puse los ojos en blanco.

—¿Tenéis manguera para quitarme todo esto? No puedo volver a casa así.

—No voy a dejar que te laves con una manguera —dijo, negándose en rotundo—. Sube a darte una ducha. Yo te lavo la ropa.

—Muy bien. Entonces, ¿me siento por aquí desnuda mientras se me seca la ropa? —preguté. Me ruboricé al instante.

Por suerte, justo en ese instante apareció Dune con un rollo de papel. Empezó a arrancar papel con desconcierto y me fregó el pelo y el top suavemente, murmurando sin parar que lo sentía mucho.



—Dune —le dije, agarrándolo de la muñeca cuando sus disculpas ya se estaban volviendo demasiado personales—. No pasa nada. Ha sido un accidente. Sé que no lo has hecho con mala intención.

Sus ojos serios oceánicos estaban llenos de preocupación.

—De verdad, lo siento mucho.

—¿Ha sido muy fuerte el golpe? ¿Llamo a emergencias? —dijo Kaleb, saliendo despedido de la puerta mosquitera, hielo en mano. Cuando me vio, se quedó petrificado y estalló en una sonora carcajada.

—De qué vas —dijo Michael, reprendiéndolo—. Se podría haber hecho mucho daño.

—¿Estás bien? —preguntó Kaleb, con lágrimas en los ojos.

Apreté los labios y me crucé de brazos, sorprendida al notar que me venía un ataque de risa.

—Estoy divina.

Se echó a reír de nuevo. Yo me preguntaba si le había dolido tanto como a mí, porque tenía ganas de compartir mi dolor con él.

—No me hace... gracia. —Me senté e intenté recuperar el aliento, aterrizando encima de un montoncito de cabezas de langostino y resbalando hasta el canto del escalón, con un ascenso de hipo.

Dune ya no podía más. La expresión seria de sus ojos reventó en una profunda risotada, tirándose al suelo al lado de Kaleb. Michael permanecía de pie, inmóvil, mirándonos a los tres con algo parecido a melancolía en sus ojos.

Me sequé las lágrimas de los ojos y me aparté bruscamente el pelo empapado, mandando a volar por accidente unas cuantas cáscaras que aterrizaron cerca de Kaleb.

Kaleb y Dune siguieron riendo como dos colegiales que se han empachado de golosinas. Me tapé la boca para no arrancar a reír otra vez y miré a Michael.

—¿Qué? —pregunté, farfullando.

—Nada —respondió, negando con la cabeza—. Nada de nada.

Recién duchada, me senté en la cama de Michael, esperando a que me trajeran la ropa seca. Insistí en quedarme la ropa interior y, después de lavarla en el fregadero, la sequé con el secador de pelo.

Llevaba un rato sola con mis propios pensamientos. No paraba de pensar en la cara de Michael cuando se fue y me dejó afuera junto con Dune y Kaleb. Tenía una expresión casi de rendición.

Alguien llamó a la puerta. Me levanté de un salto y me acerqué, abriéndola sigilosamente y sacando la cabeza.

—Soy Ava.

Iba vestida con pantalón de pijama y top de licra ceñidísimo. Abrí la puerta del todo y me presenté ante ella con una camiseta de los Red Sox de Michael.

Examinó escrupulosamente mi pelo húmedo, mi camiseta y mis piernas desnudas con el detalle de las uñas rosas de los pies. No pude evitar preguntarme con qué frecuencia realizaba visitas nocturnas con pijamas encogidos a la habitación de Michael.

—Dónde está Michael.

—Abajo —respondí, sin dar más explicaciones del porqué estaba yo en su habitación. Se lo podía explicar él. Se podían reír juntos.

—¿Qué haces aquí?

No tenía ni idea de cómo explicar la bacanal del langostino.

—Es igual. —Sacudió la cabeza e hizo un ademán con la mano, disipando su pregunta y mi respuesta. Se acercó a mí en tono conspirador—. ¿Te puedo dar un consejo de amiga?

—Sí, claro.

—Michael y yo tenemos una relación muy cercana desde hace mucho tiempo. No me gustaría que acabases haciendo... el ridículo. No sé si me entiendes. —Me miró con ojos escrutadores, deslizando su mirada hasta la costura de la camiseta de Michael.

Me arrepentí profundamente de estar manteniendo una conversación así en bragas.

—Yo no estoy haciendo nada... lo único... yo estoy aquí para ayudar.

—¿Ayudar a quién? —preguntó, clavando los ojos en mi cara y queriendo mirar aún más adentro, en mis intenciones—. ¿A quién, concretamente?

—Ayudar... pues ayudar... —La verdad me golpeó como un martillo y retrocedí un paso. A ella no le habían explicado nuestro proyecto de salvar a Liam. Intenté reunir las palabras para buscar una explicación en lugar de quedarme ahí a verlas venir—. Estoy ayudando a Cat con unas cosas. Y ya está.

—Ah. —Sus labios dibujaron una insinuante sonrisa—. Entonces, será mejor que te quedes en la habitación de ella en lugar de aquí. Puede que Michael necesite venir aquí más tarde.

La imagen de mí misma asfixiándola con mi propia mano sobrevoló mis pensamientos, en mi mejor vertiente de asesina. De repente me alarmé por tener esos pensamientos invasivos.

—Pues sí, muy bien. —Le dediqué una sonrisa forzada—. Que vaya bien.

Cerré de un portazo antes de decirle algo más fuerte y me apoyé en la puerta un momento para respirar y calmarme.

Tenía que ir a un taller de entrenamiento de rabia.



Tenía que salir de esa casa.

Tenía que encontrar mis pantalones.



CAPITULO 39

Me cogí de la costura de la camiseta de Michael y empecé a estirarla tanto como pude. Me sentía bien porque me conocía un poco mejor la casa, así que bajé de puntillas por las escaleras, deteniéndome antes de llegar al salón.

Ava y Michael estaban hablando; él sereno y ella alterada. Me quedé quieta y me fui a recostar contra la pared de la entrada, a punto de soltar un grito cuando noté el contacto firme de un cuerpo en lugar del tabique que estaba esperando.

Kaleb. En la débil luz pude ver cómo deslizaba su mirada por mi cuerpo, deteniéndose en mis pies desnudos y ascendiendo hasta la camiseta y volviendo a bajar por mis piernas. Lanzó un silbido grave, bien calculado.

—Dos cosas. Primero, tienes unas piernas preciosas. Segundo: si yo fuese él y te tuviese así arriba, en mi habitación, desde luego que no estaría aquí abajo con esta.

Le hice un gesto de silencio, apoyé el hombro contra la pared y acerqué la cabeza para oír mejor. Kaleb se colocó detrás de mí, tan cerca que notaba su respiración en mi pelo.

—Estaba en tu habitación. —El tono inconfundible de Ava contaminaba su voz. Seguro que jamás había pasado por la experiencia de una ducha de cabezas de langostino sucias—. Y no llevaba pantalones.

Noté la mirada de Kaleb recorriendo otra vez mis piernas. Respondí con un codazo.

—Dune le tiró por encima un puñado de gambas sucias. —La tele estaba retransmitiendo un partido de béisbol y apenas me llegaba la voz de Michael—. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Irse a casa?

—Se ha duchado y estaba esperando a que se secase su ropa.

Se estaba pegando demasiado a mí.

—¿Me vas a decir qué hacía en tu habitación, medio desnuda?

Eché el cuerpo hacia delante y le volví a dar un codazo para que se contuviera.

—Ava —le dijo Michael, con voz apagada—. Estás aquí para que te proteja.

Ava parecía confusa.

—¿De qué?

—De quién. De Landers.

—¿Otra vez sales con esto? —espetó, indignada—. Ya sé cómo es. Lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Entonces sabes perfectamente por qué yo no quería que estuvieses en esa casa. Seguías con los desmayos.

—¿Por los desmayos? ¿Solo por eso querías que me mudase? —Michael no respondió. Los locutores estaban analizando el bateo del primer base antes de que Ava volviera a hablar—. Y ya no me ha vuelto a pasar.

—Yo no estoy tan seguro, Ava.

—No quiero hablar de esto.

—Y yo no quiero discutir contigo.

—Pues, ¡sabes qué! Continúa con la *groupie*, que necesita cuidados. —Capté la indirecta de la última palabra—. ¿Quién soy yo para cargarme tu complejo de héroe? Venga, date prisa, que ya la tienes medio desnuda de cintura para abajo.

No me gustaba nada lo que me estaba llamando. Nada.

Esta me la guardaba.

Me incorporé rápidamente, dándole un cabezazo en la barbilla a Kaleb. Me fui directa hacia el salón, pero me agarró de la cintura y me levantó del suelo. Si no me hubiese parado, me habría liado a tortazos con Ava, pero por suerte salió corriendo del salón y subió las escaleras como una exhalación. Se oyó un portazo y empecé a patear, forcejeando con Kaleb para que me dejase en el suelo. Me dio la sensación de que disfrutaba reteniéndome.

—¿Dónde te crees que vas? —me preguntó, con un susurro forzado.

—Allí —le dije, vocalizando al máximo mientras señalaba hacia el salón.

—Tú no quieres hacer eso. —Arqueé las cejas y él continuó en voz baja—. Venga, Em. No es el único tío.

Retrocedí un paso.

—No es por eso.

Me sonrió de soslayo y negó con la cabeza.

—Tú recuerda lo que te he dicho.

Se dio la vuelta y siguió a Ava por las escaleras.

Desconocía en qué momento me había convertido en el premio de la pelea de gallos entre Michael y Kaleb, pero ya no tenía ganas de más tonterías. Quería mis pantalones.

Entré en el salón.

—Ah, hola.

Michael me miró fijamente, esforzándose por no mirar debajo de mi cintura.

—Tu ropa ya estará seca. Te la subo en un momento.

Suspiré.

—¿La puedo coger ahora?

—¿Tienes prisa? —Su mirada me atravesó como si me hubiera abierto un socavón.

—He estado mucho tiempo fuera de casa y no quiero que Dru y Thomas se preocupen. —Manoseé la costura de la camiseta, preguntándome si estaba descubriendo mi mentira.

—A ver si lo acierto. Me has oído hablar con Ava.

—Quizá. —Levanté la vista—. Sí.

—Qué mal. —Se fregó la cara con las manos, como si estuviese borrando el recuerdo de su discusión.

—¿Es verdad que tienes complejo de héroe? —Di un paso inconsciente hacia él.

—Qué buena memoria tienes. —No se me ocurrió otra cosa que ruborizarme mientras Michael cogía el mando a distancia y apagaba la tele justo en el momento de una *doble play*. La sala se oscureció y quedamos iluminados por la lamparita de la mesa—. Ava tiene tendencia a juntarse con los peores. Landers ha jugado con ella.

—¿Como tú conmigo? —Intenté sonar contundente, pero no acabé de convencer. Estaba demasiado preocupada por la expresión de su cara en la pálida luz, envuelta en sombras. Misteriosa. Peligrosa. Tentadora.

—¿De qué estás hablando?

Me puse a imitarlo.

—«No, Emerson. Habría sido un gran error besarte.» ¿Por qué, Michael? ¿Porque no querías mezclarlo con el verdadero motivo de salvar a Liam o porque no te atrevías a tener que escoger entre yo y Ava?

Se acercó lentamente hacia mí. Me sujetó la cara con las manos y agazapó la cabeza hasta casi rozar mis labios. La sangre me fluía salvajemente por las venas, estaba hirviendo y tiritando al mismo

tiempo. Los enchufes podían arder en llamas. La bombilla de una de las lámparas se fundió con un débil pitido que nos sumergió en la oscuridad.

Cerré los ojos, dispuesta a sucumbir al beso.

Tan pronto como me agarró, me dejó ir.

—No es... justo. —Abrí los ojos, perdiendo un poco el equilibrio.

—No —replicó—. No es justo. Si quisiera jugar contigo, sería muy fácil para mí. Lo que yo quiero contigo no ocupa lugar en esta historia. No hay sitio para los sentimientos. Es imposible.

El intenso calor desapareció y abrí la boca, perpleja.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto. Eres un imbécil.

—Tienes razón. Pero no quiero que hagas nada pensando en un futuro o porque sientes algo por mí. No quiero que te dejes llevar por criterios equivocados.

—¿Salvarle la vida a una persona es un criterio equivocado?

—No, pero puede que te arrepientas.

—De lo que me arrepiento es de haber pensado que podíamos estar juntos. Dime dónde está mi ropa.

Michael señaló hacia la cocina.

—Mañana estoy aquí después de comer para el veredicto de Cat. Si dice que podemos volver atrás, te ayudaré a salvar a Liam. Pero nunca más me volverás a ver. Ni yo a ti.

Creí captar una sombra de culpabilidad en su mirada antes de abandonar el salón.

Seguro que era un efecto de la luz.



Me desperté tarde. Dru había entrado en la habitación a verme antes de irse al trabajo, pero conseguí salir de la cama cuando el sol me deslumbró. Me sentía como si hubiese corrido una maratón o como si me hubiese atropellado un camión. Era una sensación que ya conocía; que odiaba.

¿Qué había hecho?

Arrastré los pies hasta el lavabo y encendí el grifo para que el agua se fuese calentando mientras me desnudaba. Cuatro años quitándome a la gente de encima, encerrada en mis cosas y en menos de veinticuatro horas Thomas, Dru y Lily conocían mis secretos más íntimos.

Y Michael sabía mucho más de lo que yo quería que supiese. Y Kaleb también.



Me quedé inmóvil debajo del chorro de agua, intentando absorber todo el daño que me había hecho en la vida.

¿Qué le había pasado a mi cabeza? ¿Cómo había podido desembuchar toda la verdad a una persona de fuera? Me había desprendido de demasiadas cosas. Al menos Thomas y Dru eran mi familia y siempre habían estado a mi lado.

Lily me había soportado durante años. Nadie más.

Me vestí, ansiando una manera de desconectar mi mente, sin querer pensar más en las circunstancias. Relacionarse con los demás era arriesgado. En el internado me había esforzado por disimular, hacerlo todo fácil. Graciosa y divertida, pero, cuando llegaba el momento de relacionarme de verdad, me cerraba en banda. Entendía el muro que se había construido Kaleb porque el mío era igual de grande.

Hasta que Michael llegó y lo derrumbó.

Me contemplé en el espejo. La verdad estaba escrita en mi cara.

Me había enamorado de él, profundamente, y no sabía cuándo pararía esto.

Saqué las llaves de Dru de mi armario y me calcé las deportivas. Tenía que parar esto. Estaba a tiempo. Podía construirme otro muro, ladrillo a ladrillo. No podía quererlo.

Aunque me hubiese metido hasta el fondo, estaba a tiempo de dar media vuelta.

Aunque me costase la vida.



CAPITULO 40

—¿Dónde está Kaleb? Pensaba que también quería participar en la conversación —dijo Cat con cara de sorpresa.

—Ha ido a acabar de recoger sus cosas de La Esfera.

Llamé a la puerta y Michael me abrió. Sin cruzar una palabra, lo seguí hasta la cocina. Mi corazón latía más fuerte a cada paso.

—Ha dicho que empecemos sin él.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina. Quedó un espacio vacío entre Michael y yo.

Las gafitas antiguas de señorita de Cat se le resbalaban hasta la punta de la nariz. Sacó una pequeña libreta de espiral y la abrió.

—He hecho un poco de investigación, analizando el Principio Novikov desde todos los ángulos. Tengo que decir, Michael, que has trabajado muy bien tu parte. Hay una posibilidad.

Bien.

—No cantéis victoria —advirtió, sacudiendo la cabeza y dando golpecitos en la mesa con la libreta. Las páginas estaban repletas de números y fórmulas—. Hay mucho trabajo por hacer. Tenemos que resolver cada elemento perfectamente, para que...

La puerta de la entrada se abrió con tal fuerza que rebotó contra la pared. Kaleb entró corriendo.

—Cat, Michael... la casa ya no... Landers. —Echó el cuerpo hacia delante, con las manos en las rodillas y los hombros caídos.

—¿Has venido corriendo todo el rato? —Cat se apresuró a sacarle una botella de agua de la nevera. Se la abrió y se la dio. Dio unos cuantos tragos seguidos y se secó con la mano.

—No. Desde hace un par de bloques. No podía parar —resolló, sacudiendo la cabeza—. Es Landers. Se ha ido.

Michael se enderezó en la silla.

—¿Adónde?

—¿Qué? —preguntó Cat, al mismo tiempo.



—Nadie tiene ni idea. Algunos comentaban. —Kaleb se bebió lo que quedaba y la tapó—. Dicen que llevan un mes sin cobrar.

—¿Cómo puede ser? —dijo Michael—. Desde que Liam murió, Landers ha tenido mucho trabajo, más del que La Esfera pueda asumir.

—Ha sido tan raro. —Kaleb giraba una y otra vez el tapón de la botella. Bajó la vista y se examinó las zapatillas de tenis—. Es como si todos se hubiesen dado cuenta al mismo tiempo de que se había ido.

Michael intervino.

—No le tendrían que haber ayudado desde el principio.

—Pero no sabéis lo más importante —dijo Kaleb, con voz nerviosa—. Se ha ido con los archivos.

El ambiente se volvió tenso; la tranquilidad de todos pendía de un hilo.

—Pero los tienes. —La voz de Michael era seca, como el día en que me dijo que no me metiera en sus cosas—. Kaleb, dijiste que los tenías.

—Eso creía. Ayer estaban en la caja fuerte cuando la abrí para coger los papeles que me pedía el hospital para el ingreso de mi madre. —Kaleb hizo una pausa y una sombra de aflicción sobrevoló su cara—. Los escoltas de Landers se quedaron en la oficina cuando yo me fui. Y esta mañana habían reventado la caja y se habían llevado el dinero en metálico y los archivos.

El hilo se rompió y el espacio se sumió en un silencio sepulcral. Mi corazón estaba envuelto en zarcillos de miedo. Cerré los ojos, sabiendo que, cuando los abriera, todo el mundo me estaría mirando.

Como así sucedió.

—¿Qué está pasando?

—Mi padre lo tenía grabado —respondió Kaleb. No me gustaba el sonido de su voz—. Guardaba algunas cosas en discos, pero esos archivos... solo tenía una copia. Los guardaba en la caja fuerte de la familia. Mira si tenía cuidado.

Miré a Kaleb.

—¿Qué tienen que ver esos archivos conmigo?

—Si mi padre recibía información sobre cualquiera con algún tipo de habilidad, por poco llamativa que fuera, la documentaba. Cada suceso, cada detalle. —Kaleb clavó el puño en la botella de plástico, haciéndome contener la respiración—. Cada persona.

—Liam registró mi caso. —Busqué a Michael con la cabeza—. Me tenía registrada y tú lo sabes porque lo miraste.

—Después de conocerte, esa primera vez. Tenía que comprobar que eras real. Le pedí a Kaleb que me abriera la caja. Tendría que haber sacado de ahí tu archivo ese día.

—No es solo el archivo de Emerson. Ahora piensa en la cantidad de gente a la que tendrá acceso —dijo Cat—. Tenemos que encontrarlo.

—Si La Esfera no puede, ¿por qué nosotros sí? —exclamó Kaleb.

—No nos queda otra opción. Todos sabemos perfectamente cuál es su primer objetivo. —El rostro de Michael era una máscara inexpresiva—. Los viajeros del pasado. Casos muy particulares. Algunos físicos creen que algún día serán capaces de viajar al futuro, con genes o sin ellos. Pero viajar al pasado, imposible.

—Por eso tú y Grace sois de una naturaleza tan especial. Y ahora que no podemos contar con Grace —continuó Cat—, seguramente Landers estará buscando a alguien con la misma habilidad.

—Si hasta ahora no sabía nada de ti, muy pronto se enterará. Se enterará de que estás en este pueblo, muy cerca. Tu seguridad está en riesgo mientras tenga los archivos —dijo Michael, con entereza—. Tiene acceso a todo: tus recuerdos, tu información personal. Dónde vives. Creo que no va a tardar en venir a por ti.

Sentí un ataque de pánico en forma de náusea.

—Nooo.... Michael. Thomas y Dru... el bebé.

Mis ojos aterrizaron en el teléfono de la pared. Me levanté con tal fuerza que estuve a punto de volcar la silla y agarré el teléfono, agarrotada por el pánico. Era un teléfono pasadísimo de moda, con el típico cable de espiral.

—En algunas cosas sois como la NASA, ¿y usáis este teléfono? —le pregunté a Michael, agitando el cable. Cat y Kaleb desaparecieron de la cocina y la puerta se cerró lentamente detrás de ellos.

—Es una línea segura, así que... —empezó a responder, pero la expresión de mi cara lo hizo callar. Me intenté concentrar mientras metía el dedo en cada número y giraba la rueda.

Un único pensamiento me atormentaba. Si Landers había matado a Liam para hacerse con el mando de La Esfera, ¿tendría reparos en hacer daño a quien hiciese falta con tal de acceder a mí y a mi habilidad de viajar al pasado?

Llamé al móvil de Thomas. Un ruido metálico de maquinaria amortiguaba su voz.

—Espera Em, que me voy a un sitio más tranquilo a hablar.

Le dije que se diese prisa e intenté pensar en cómo explicarle que un lunático andaba suelto y que, gracias a mis habilidades de *freak*, toda familia tenía los días contados. Incluso los que no habían nacido.

—¿Qué pasa?

—¿Confías en mí?

Contestó con prudencia.

—¿En qué sentido?

Retorcí el cable entre mis dedos.

—El otro día en el restaurante, me dijiste que ya era casi una adulta y que ya no ibas a estar más encima de mí.

—No me gusta cómo hablas.

—Mira, ahora no tengo tiempo de explicártelo, pero tú y Dru tenéis que marcharos a un lugar seguro, donde nadie os pueda encontrar. Solo un par de días, hasta que Michael o yo os volvamos a llamar. — Silencio al otro lado de la línea—. ¿Thomas?

—Estoy intentando entender.

—No tenemos tiempo.

—Tú no —terció, en el mismo tono que habría utilizado mi padre—, pero yo no me voy a mover hasta que no me des una explicación.

—El hombre que se cree que mató a Liam... Michael cree que tiene un «interés especial» en alguien con mi misma habilidad. Y ya me conoce. Sabe lo que sé hacer. Dónde vivo.

—Ven a casa y nos vemos. Y nos vamos todos juntos a un lugar seguro.

—Si vuelvo a casa, no podré salvar a Liam. Michael cree que es la única manera de pararle los pies a ese tipo.

—Escúchame bien —dijo Thomas, abandonando su tono paternal para adquirir uno de angustia—. Eres tan importante para mí como Dru y el bebé. Entiendo tus motivaciones, pero...

—Thomas —le interrumpí, mientras pensaba en pedirle a Michael que me dejara sola para sincerarme completamente con mi hermano. En lugar de eso, bajé el tono de voz—. Mi motivación no es solo salvar una vida o una familia. La cuestión es que... mi sitio es este. He encontrado mi sitio en esta vida. Si me voy, será para siempre, y no puedo.

—¿Estás con Michael? —preguntó Thomas—. ¿Estás en un sitio seguro?

—Sí. —Tan segura como podía estar—. Está aquí, conmigo.

—Pásamelo.

Escuchó a mi hermano con máxima atención y estiró el brazo para cogerme de la mano. Menos mal que el teléfono no funcionaba con batería.



—Sí, señor. Lo que sea. Para ahorrar tiempo, si usted y Dru van yendo al aeropuerto, nosotros nos ocupamos de las gestiones —dijo Michael—. Les llamará un chico que se llama Dune. —Escuchó un minuto más—. Bien. Se la paso.

—Tengo una voz dentro que me grita que no tendría que dejarte hacer esto.

—No, te grita que tienes que dejarme hacer esto.

—Ya. —Reserva y ansiedad le ahogaban la voz—. Te quiero. Ten cuidado.

—Te quiero. No te preocupes.

Le pasó el teléfono a Michael y lo colgó.

—Sabes lo que vamos a hacer. —Nadie mejor que un sociópata pisando los talones para ayudar a tomar sabias decisiones—. Vamos a ir a salvar a Liam. Ahora.

—No estás preparada. No podemos arriesgar...

—¡No podemos arriesgarnos a que Landers me encuentre antes de que volvamos atrás a salvar a Liam! No podemos poner en peligro a Thomas y a Dru. A su bebé. —Envolví mi cuerpo con los brazos para intentar recuperar la calma—. No podemos poner en peligro muchas cosas.

Michael se apretó la frente con las manos.

—Es de idiotas... dejar información sobre ti donde Landers tiene acceso.

—Ahora ya no podemos hacer nada.

—Si logramos salvar a Liam, puede volver a hacerlo. —Dejó caer los brazos—. Tenemos que proteger a todo el mundo.

—¿Y Lily? —pregunté—. ¿Irá a por ella?

—Irá a por cualquier persona que tenga acceso a ti. ¿Quieres que la traigamos?

Yo quería, pero estaba segura de que no la convencería.

—No. La llamaré.

—Voy a buscar a Dune. Dile que empiece con las gestiones del viaje.

Marqué el teléfono de Lily.

—Lily, soy yo. Hay un problema y necesito que hagas un par de cosas.

—Dime lo que necesitas, mi amor. —Era muy «Lily» ir al grano, sin hacer preguntas. Por algo era mi mejor amiga.

—Lo más importante de todo es que tienes que buscar un lugar seguro. Es una buena ocasión para coger el bate de béisbol que guardas detrás de la puerta y que lo lleves encima.

Soltó una ristra de tacos.

—Y si alguien pregunta por Michael o por mí, no sabes dónde estamos.

Hubo un momento de silencio.

—No sé dónde estás.

—Tiene que ser así. Pase lo que pase. —Me aterrorizaba pensar lo que habría en los archivos, no solo de mí, sino de mi mejor amiga—. ¿Me entiendes?

Se quedó en silencio durante un segundo.

—Te entiendo.

No dejé caer ni una lágrima hasta que colgué el teléfono.

CAPITULO 41

Michael se sentó en la mesa de la cocina, abrió el portátil y estudió detenidamente recortes de prensa y apuntes de la universidad de seis meses atrás. Había confeccionado un itinerario y estaba intentando encontrar huecos. Dune sostenía otro portátil sobre su regazo y se estaba informando sobre la situación del tráfico, accidentes y carreteras. Nate estaba reclinado contra la encimera, sosteniendo un mapa de Ivy Springs delante de Dune.

Yo tenía en mis manos una copia del itinerario. Intenté contener las náuseas.

Cat estaba más nerviosa que una madre el primer día de guardería. Mucho más, teniendo en cuenta que lo que íbamos a hacer era bastante más peligroso.

—Vamos a ver. Michael, ¿tienes llave del coche? —Se la enseñó y la dejó en la mesa al lado del portátil, mientras Cat hacía una marca en su libreta—. Yo tengo las llaves del departamento de ciencia.

—Necesitas el número de identificación del cadáver para robarlo —dijo Dune.

No pude reprimir un repeluzno.

—Voy a apuntármelo —contestó Michael—. ¿Qué más?

—Llaves, cadáver. Ah, también... —Cat caminaba a grandes zancadas por la cocina, murmurando.

Dune giró la cabeza hacia mí.

—Voy a mirar a qué hora aterrizan Thomas y Dru. Querrás hablar con ellos antes de que te vayas, para saber que han llegado bien a la isla.

—Gracias, Dune. —Cerré los ojos e hice varias respiraciones. Mis pensamientos se estancaban en Landers y en lo que era capaz de hacer. ¿Volveríamos a estar tranquilos algún día? Si él se estaba volcando en su objetivo de poder, que era de una magnitud que todos conocíamos, ¿cuál sería el beneficio de resucitar a Liam?

—Un momento. ¿Y el dinero? —Abrí los ojos al oír la voz de Kaleb—. ¿De qué va a vivir mi padre durante seis meses?

Cat golpeaba la libreta con el lápiz.

—Voy a liquidar unas cantidades y voy a juntar dinero en metálico, pero tenemos que asegurarnos de que no usamos ninguna factura de después de la fecha de su muerte.

—Sí. Solo faltaría que nos arrestaran por falsificación de documentos. No sería la mejor manera de pasar desapercibidos. Yo me ofrezco a ir al banco. —Propuso Nate, dejando el mapa en la encimera—. Usaré mis dotes para meterme en la cámara acorazada y conseguir lo que necesitamos. Así no tendremos que explicar nuestra necesidad de facturas con fechas específicas.

—Nate —le reprendió Cat—. Liam nunca consentiría que robes...

—Ya lo sé, ya lo sé. —Nate levantó las manos en gesto de falsa rendición—. Pero, ¿tenemos otra opción? Sería diferente, si no devolviéramos el dinero.

Cat sacudió la cabeza, reticente. Nate lo tomó como un «sí» y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Qué velocidad —introdujo Michael—. El sitio de la mesa con las llaves se había quedado vacío—. Espero que no conduzca igual de rápido.

—Bueno, ¿qué más? —Cat miró a la lista que sostenía en su mano—. Tendríamos que pensar en un lugar para que Liam se esconda, pero no sé dónde.

—No te preocupes por eso. Estará vivo. —Michael fue a sentarse a una de las sillas de la cocina antes de que sus ojos se toparan con los míos—. Es lo único que importa.

—Espera —exclamó Cat. Se le encendió la mirada—. ¡Tú lo puedes conseguir!

—¿De qué estás hablando? —respondió Michael.

—La investigación de Liam. La puedes salvar de las llamas. Es un milagro —dijo Cat, juntando las manos, en plena euforia—. Lo único que tienes que hacer es coger el disco. Solo tenía uno. Estaba en una funda al lado de la caja del disco duro del ordenador que tenía Liam en su laboratorio.

—Claro —respondí.

—Genial. —Cat crujió los dedos y señaló al salón—. Vais a necesitar ropa de abrigo. Si no recuerdo mal, ese fin de semana nevaba. Michael, ven conmigo. Ayúdame a sacar unas cosas.

Se marcharon justo cuando Dune cerraba su ordenador.

—Thomas y Dru están en Charlotte. Están a punto de embarcar en el siguiente vuelo, si quieres llamarlos.

—Gracias. —Rodeé la mesa mientras me sacaba el móvil del bolsillo y salí de la cocina para sentarme en el último escalón del salón—. Thomas respondió en el primer tono.

Después de colgar, miré el itinerario e intenté centrar mis pensamientos en lo que iba a pasar. Pegué un salto al ver aparecer a Kaleb.

—Lo siento.

—¿Por qué? —le pregunté, bajando las manos.

—Por no coger los archivos. Por lo que te dije ayer por la noche. ¿Me perdonarás?

Suspiré.

—Claro que sí.

—¿Estás bien? —Se sentó a mi lado y bajó un escalón para estar a mi altura—. Dime la verdad.

—Sabes que siempre te digo la verdad. Si soy sincera con alguien es contigo. Además, tú tienes un radar con eso. —Apoyé la cara en las manos—. La verdad es que, no lo sé. Necesito tiempo para prepararme.

—¿Estás segura de que quieres ir?

—¿Qué te dice el radar?

—Que lo vas a hacer.

Respondí afirmativamente.

—Bueno, como te vas a ir, el disco que está dentro de la funda que te decía Cat...

—La fórmula de mis medicamentos también estaba en el laboratorio.

Miré a Kaleb intensamente. En la esquina de sus ojos se dibujaban unas tímidas líneas y las arrugas de cada lado de la boca eran mucho más marcadas que hace dos días.

—Dijiste que tu padre te había preparado algunos antes de morir. ¿Cuánto llevas sin tomarlos?

—Los he ido reduciendo y dejé de tomar hace unas semanas. Lo noto en los días malos, como hoy, cuando pasan muchas cosas.

En las últimas horas, las emociones se habían desbocado y Kaleb no había tenido manera de filtrarlas.

—¿Por qué no se lo has dicho a nadie?

—¿Qué van a hacer los demás? —Se encogió de hombros.

—Los cogeré. ¿Dónde los puedo encontrar?

—En el cajón de debajo a la derecha, en el archivador. Es un disco igual que el de la investigación.

—¿Alguna cosa más que quieras que coja?

—A mi padre.

Le miré a los ojos y me lamenté de la crudeza que estaba viendo. Solo él sabía lo duro que era.

—¿Por eso sentías tan intensamente mis emociones cuando nos conocimos? ¿Porque no tenías filtro?

—Sí, pero... —Clavó su mirada en el suelo; sus largas pestañas negras dibujaron sombras en sus mejillas. No había rastro del Kaleb ligón, atrevido—. Estoy seguro de que habría conectado contigo igualmente.

No supe qué contestar. Siempre tenía ese efecto en mí. Farfullé algo, logrando preguntar:

—¿Todo el mundo cree que Landers es el único que mató a tu padre?

—No hay más sospechosos —respondió, agradecido por cambiar de tema—. La policía interrogó a un par de personas, pero al final no hubo ninguna explicación lógica del incendio y concluyeron que era accidental.

—¿Interrogaron a Landers?

—Muy por encima. Tenía una coartada muy segura.

—No soy una experta en investigaciones de asesinatos. Pero las coartadas se pueden falsificar.

—La policía no tenía manera de demostrar que fue él quien lo hizo. Tampoco conocían La Esfera como entidad. ¿Cómo les íbamos a explicar sus motivaciones?

—Estoy preocupada.

—Ya lo sé —respondió, sin ocultar una sonrisa.

Le di un manotazo en el brazo, deleitándome con su bíceps.

—No me digas que Michael no intentará conseguir pruebas sobre el asesinato para cuando volvamos.

—Bueno —arqueó las cejas—, no te lo digo.

—Pero... —Volví a consultar el itinerario en el regazo—. No hay margen para el error.

—No va a hacer nada que te ponga en peligro. Yo no digo que, si ve la oportunidad de descubrir quién lo hizo, no la aproveche. Pero no lo hará si tú corres peligro. —Kaleb me cogió la mano, acariciándome los nudillos—. Estará por ti. Michael es así.

—No estoy preocupada por mí.

—Yo sí. —Me guardó el pelo detrás de la oreja. Se me puso la piel de gallina. La ternura de su tacto me paralizaba—. Quiero que vuelvas sana y salva.

Me preguntaba qué tipo de emoción estaba recibiendo Kaleb de mí. Quizá me podía ayudar a identificarla.

—¿Em? —introdujo Michael, deshaciendo la tensión. Solté la mano y me levanté de repente, a punto de resbalar. Fingí que no oía la risita de Kaleb.

—Hola —le dije a Michael mientras me quedaba de pie en la esquina de la escalera, completamente colorada—. ¿Me necesitas?

—¿Puedes venir un momento? Tenemos que hablar antes de irnos.

—Sí, claro. —Le seguí por las escaleras. Me temblaban las piernas: el nerviosismo que arrastraba de tantos frentes estaba haciendo mella en mí.

Michael entró en su habitación, dejando la puerta abierta para mí. Se sentó al borde de la cama. Me apoyé en su escritorio. No tenía ni idea de qué más podíamos hablar, y esperaba que no me volviese a sermonear con Kaleb. Se miró las manos con gesto despistado, juntándolas y separándolas en su regazo.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

Mucho.

—Para mí es tan importante salvar a Liam como procurar que no te pase nada. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé. No nos puede pasar nada a ninguno de los dos —dije, titubeando—. Quiero que me prometas que no vas a hacer ninguna tontería cuando volvamos, como buscar al autor de su asesinato. Lo importante es salvarlo; no quién lo hizo.

—Siempre pesará quién lo hizo.

—Lo entiendo, pero nos podemos ocupar de eso cuando estemos en otra situación que no sea de vida o muerte. Prométemelo.

—No buscaré al autor del asesinato de Liam.

—No me has prometido que no harás ninguna tontería.

Me respondió con una sonrisa tensa. El lastre de todo lo que no nos habíamos dicho empezaba a oprimir. No podía dar ni un solo paso sin aclarar una cosa.

—Michael...

—Em, yo...

—Tú primero —le dije—. Llevaba una camisa azul claro, abierta en los primeros botones. Debajo asomaba una camiseta interior blanca que me permitió admirar su clavícula. Había algo en él muy vulnerable.

—Ayer por la noche —introdujo—. No estuvo bien cogerte así. No estuvo bien lo que te dije.

—No, sí estuvo bien.

Me examinó con gesto de sorpresa.

Bajé la vista hasta el cuello de su camiseta.

—... Yo te agradezco que no te hayas aprovechado de lo que he sentido por ti para convencerme de tomar una decisión.

—¿De lo que has sentido? ¿Ya no sientes nada?

—Siento lo mismo. —Me preguntaba si estaba oyendo los latidos de mi corazón. ¿Parecía tan nerviosa como estaba?—. Pero has marcado bien los límites. Y también está Ava.

—¿Ava?

—Vuestra relación, vamos.

Se levantó y dio un paso al frente.

—No tenemos ese tipo de relación. Ella quiere, pero yo no.

Levanté la vista hacia él. El corazón latía con tal fuerza contra mis costillas que pensaba que me iba a dar un ataque.

—¿Tú no? Pero tú... estuvo en tu habitación la otra noche...

—Lleva en ese plan desde que se mudó aquí. Detrás de mí, intentándome convencer de que ella es mi chica.

—Qué bonito. —Sentía una mezcla de rabia y alivio, mientras mis pensamientos hacían un recorrido por todo lo que había presenciado antes. Me di cuenta de lo celosa que me había puesto. Me sentí como una imbécil.

—Nunca lo ha conseguido. —Dio otro paso más—. Desde el día en que escuché un mensaje en mi buzón de voz y quedé en el Riverbend Park con una señora, ella ha tenido un lugar reservado.

—¿Así que te gustan las señoras mayores?

Levantó la mano y empujó la puerta. Se cerró lentamente.

—Me gustas tú. Y lo tendría que haber dejado claro hace tiempo.

—No está bien lo que estamos haciendo —susurré, temiendo que la voz me empezara a fallar. Aterrorizada. Por tocarle. Por no tocarle.

Muy lentamente; tanto, que era doloroso, me acarició el cuello, deslizando el pulgar hasta mi mejilla. Estaba temblando.

—Lo siento. Quiero que estés cómoda conmigo.

—Estoy cómoda.

—¿Por qué tiembles?

Reuniendo el máximo valor, levanté la mano y le acaricié los labios. Los ojos se le oscurecieron de excitación. Deslicé el dedo hasta su barbilla, sin saber si los pinchazos que sentía eran por su incipiente barba o por la energía entre nosotros.

Supe la respuesta en cuanto se fundió la bombilla de la lámpara de su escritorio.

—Tenemos un problema —añadió con voz grave, casi adormilada—. Sigo trabajando para tu hermano.

—¿Solo tenemos ese problema? —Acaricié su labio inferior. Quería poner ahí mi boca.

—Solo ese. No quiero traicionar su palabra. ¿Y tú?

Palpé su pecho con mis manos, intentando serenarme, y me pregunté si sentía su descarga como un desfibrilador.

—Tampoco.

Vaciló por un momento. Un momento decisivo en el que todo era tan delicado. Bajó la cabeza y mi mano se perdió en su camiseta interior. Rozó sus labios con los míos.

Una vez.

Cogí aire.

Dos veces.

Nada de mí. Tan solo un gemido.

Tres veces.

—Michael... —Su nombre viajó en un suspiro. Su respiración me decía que estaba perdiendo el control. Me puse de puntillas y enterré las manos en su pelo—. Tienes una energía...

Toda la tensión que se había acumulado entre nosotros explotó en el mismo instante en que su tacto se volvió más intenso. Tomó mi cara en sus manos, guiándola para controlar la intensidad y lo profundo que era nuestro beso, que pasó en un segundo de lo dulce a lo salvaje. Fue el asalto más delicioso.

Me estaba besando como si lo necesitase tanto como el aire, pero al segundo siguiente se acabó. Retrocedió un paso, casi absorto.

—¿He hecho algo mal? —pregunté, tocándome la boca al sentir su falta.

—No —sacudió la cabeza y se guardó las manos en el bolsillo.

No quería que se las guardara; quería que me tocara.

—¿Por qué te has...?

—No es porque no quisiera besarte. —Me miró los labios. Tenía el pulso acelerado, pero la sangre corría lentamente por mis venas como lava—. No tenemos tiempo. Mierda.

Circunstancias. No era por mí. No pude evitar sonreír.

—¿Lo podrás volver a hacer, en otro momento?

—Me encantaría volver a hacerlo en otro momento. —Me dedicó una sonrisa repleta de tristeza—. Te dejo un momento para... ehh... arreglarte el pelo.

—¿El pelo?

—Quiero decir, que te dejo un momento para peinar... que me voy a peinar un momento. —Lanzó un suspiro—. Te veo abajo.

Se dio la vuelta para salir de la habitación, pero se le olvidó abrir la puerta.

Me aguanté la risa hasta que lo vi salir.



Caminé hacia la cocina, guiada por el olor a palomitas. Me asomé por la puerta y vi a todo el mundo enfrascado en el trabajo: Cat marcando las tareas de su lista, Dune clicando el ratón compulsivamente y Kaleb contemplando la escena, con aspecto cansado. Las palomitas empezaron a crepitar y Nate se apoyó en la encimera para vigilar la bolsa del microondas, como si le hubiesen encomendado ese trabajo.

Eso parecía.

—Necesito un anillo.

Al oír mi voz, Michael estuvo a punto de volcar el saquito de dinero que estaba contando. Levantó la vista y me sonrió tímidamente.

Intenté apartar mi obsesión por esos labios y me concentré en lo que tenía por delante.

—Para el viaje. Duranio o como sea.

—Duronio —me corrigió Cat.

—Sí, eso.

—Ya te he conseguido uno. —Kaleb hurgó en su bolsillo y sacó un anillo pequeño. Lo sostuvo entre el pulgar y el índice—. Lo he sacado de la caja fuerte esta mañana.



—No puedo aceptarlo —protesté—. ¿No es el de tu madre?

Me cogió de la mano.

—Mi madre no se encuentra en condiciones para salvar a mi padre. Tú sí. Seguro que querrá que lo tengas. Es la mejor manera de hacerla participar en esto.

Michael nos miraba desde el rincón. Después de lo que había pasado arriba entre nosotros, esperé celos o algo parecido. Pero no vi nada.

Cogí el anillo, me lo puse en el índice y le devolví la mirada a Kaleb.

—Perfecto.

—Perfecto.

El momento se interrumpió con el timbrazo del microondas.

—Vamos a ver, Emerson. —Cat se acercó apresurada y apoyó su mano en mi espalda, acompañándome para que me sentara—. Vamos a hacerte un intensivo sobre los viajes. Vas a estar todo el rato al lado de Michael, así que solo necesitas saber lo básico y eso nos va muy bien, porque no tenemos tiempo.

—¿Tengo que coger notas? —Nate dejó el bol de palomitas calientes sobre la mesa y cogí un puñado. Lo mejor contra los nervios. Hice una pausa antes de meterme una en la boca—. ¿Puedo comer o tengo que ir con el estómago vacío?

—Es un viaje. No te van a operar —contestó Cat.

Obedecí y aspiré una palomita, por lo que Cat tuvo que empezar a aporrearme la espalda para que dejara de toser. Señalé a un cuadrado de luz que resplandecía en el espacio. Era tan alto como el techo y medía unos tres metros de ancho.

—Dios mío... es como una manta hecha de agua o algo así. Y la veo bien clara.

—Es una de las ventajas del duronio. Interactúa con la química de tu cuerpo y te ayuda a localizar velos. —Michael sacó una lata de soda de la nevera, y la hizo resbalar por la mesa hacia mí—. Los velos custodian la entrada a los puentes; son una especie de espacio de transición de camuflaje para viajeros. Ahora visualizarás mucho mejor los bucles. Cuando llevas duronio, su silueta brilla.

—¿Por qué no me explicaste todo esto ese día en la cafetería? —Le hice un puchero y abrí la lata.

—No estaba preparado para explicártelo. Y tú tampoco estabas preparada para entenderlo.

—Es verdad.

—Va a usar este velo. —Cat señaló hacia uno que quedaba a una distancia de un metro y que brillaba como el sol en el océano—. En sus investigaciones, Dune ha descubierto que esta casa estaba vacía en el momento de la muerte de Liam.

—Sigo sin entender cómo lograremos llegar al lugar donde queremos.

Cat frunció el ceño.

—Retienes en la mente el día y la hora exacta adonde quieres viajar y entras. Mi materia exótica, tu genética y el duronio se encargan del resto.

Recordé la noche en que le pregunté a Michael si era fácil y él me respondió con su típico «Es un poco complicado».

—¿En serio, Michael?

—Eso lo has entendido. —Se encogió de hombros y me sonrió—. Pero aún te falta la parte más importante, que te va a decepcionar.

—El qué.

—No hace falta que juntes los pies tres veces.

Le tiré el puñado de palomitas a la cabeza.

—¿Y el límite temporal? ¿El tiempo pasa para ti? ¿Para nosotros?

Michael meneó la cabeza y las palomitas cayeron como copos de mantequilla.

—En una frecuencia de dos-uno. De cada dos horas que pasamos en el pasado o el futuro, aquí pasa una. Está bien porque nos da tiempo a hacer más cosas y no desgasta tanto a Cat. Es malo, también, porque nos hace envejecer.

—Ya veo. —Más o menos, lo veía—. ¿Y qué más?

—Eso es lo básico —dijo Cat, desempolvándose las manos con una servilleta de cocina—. ¿Estás preparada para salir?

—Preparadísima.

De repente me arrepentí de haber comido tantas palomitas. Aunque a lo mejor ya no las volvía a probar.



Cat se puso de pie, girando una bola de fuego púrpura.

Michael llevaba un bolso de lona con el dinero. Las llaves del coche estaban guardadas en el bolsillo de su chaqueta ceñida y sostenía en la mano las llaves del departamento de ciencias. Tenía el itinerario memorizado, pero lo llevaba por si acaso en la mano derecha. Cogí su mano izquierda.



Kaleb, Dune y Nate esperaban uno al lado del otro, con caras serias. Kaleb tenía la cara tan tensa que dolía mirarlo.

Cat sacudió la muñeca.

Michael saltó al velo.

Yo lo seguí.



—Centraos en la hora y el día. —La voz de Michael sonaba como un eco en el túnel. La textura acuosa del velo se había extendido hasta donde no alcanzaba la vista, iluminada por un lustre plateado. Casi podía ver a través de las paredes circulares de fluido, como si tuviese una ventana desde donde mirar cómo el tiempo se desplazaba al pasado.

—¿Lo tenéis?

Saqué la cabeza hacia delante y me concentré en el día y la hora en que íbamos a aterrizar.

—Sí.

—Bien, porque yo ahora no sirvo de nada. Todo depende de ti. Este es el Show de Emerson.

—¿No se te ocurre otra cosa mejor que decir?

—Céntrate, Em —me recordó Michael.

—¿No tenemos que caminar?

—No. Nos quedamos quietos. El tiempo fluye alrededor de nosotros.

Esperaba un puente enérgico, como un viento huracanado o un río desbordado. En su lugar, todo era incomprensiblemente estático. De vez en cuando, se filtraba algún sonido amortiguado de una voz o música entre las paredes onduladas, pero muy brevemente. Cerré los ojos con fuerza y deseé que hubiésemos llegado al final cuando los sonidos tomaron forma.

—Ya estamos aquí —dijo Michael, sujetándome suavemente del hombro—. Lo has conseguido.

Abrí los ojos. El velo resplandecía delante de nosotros y pude ver el espacio que habíamos abandonado vacío y envuelto en oscuridad.



CAPITULO 42



Boanadas de hálito helado salían de nuestra boca en la gélida noche mientras caminábamos deprisa. Cogidos de la mano, atravesamos el aparcamiento donde Michael había dejado su coche aparcado.

—Yo estaba fuera de la ciudad cuando Liam murió. Menos mal que no conduje con este frío —dijo, juntando nuestras manos y llevándoselas a la boca para calentarlas con su aliento mientras llegábamos a su coche—. Ahora sí que ha sido fácil llegar a La Esfera.

—¿Dónde estabas?

—En Florida. Vacaciones de primavera. Está claro que no fue ninguna casualidad.

Las luces de los edificios lejanos palpitaban en el horizonte. Las ventanas de los edificios del campus permanecían oscuras. La universidad estaba desierta y lúgubre sin presencia de estudiantes. Me acerqué a Michael.

—No me extraña que todo el mundo se vaya a la playa en lugar de a la montaña en las vacaciones de primera. ¿No hemos traído rasqueta? —Paseó la mano por la capa de hielo de la luna delantera antes de abrirme la puerta. Me abroché el cinturón mientras él entraba en el coche y di un brinco con los súbitos decibelios de rock.

Apagó la radio y contempló la zona de aparcamiento por si alguien se había alertado de nuestra presencia. Seguía igual de vacío y desolado que hacía dos minutos. Espeluznante.

Cinco minutos después, Michael aparcó detrás del departamento de ciencias.

—Voy a coger a Juan Nadie. Quédate aquí. —Abrió la puerta del coche antes de que pudiera protestar.

Le seguí por la entrada principal. No habíamos hablado de esta parte del viaje.

—Espera —objeté, entre susurros—. No puedes sacar el cuerpo del edificio y meterlo en el coche tú solo.

—Sí que puedo. —Frunció el entrecejo mientras agitaba las llaves en su mano—. Ya vi tu reacción cuando hablábamos del cadáver, así que no vengas conmigo.

—No hay discusión. Somos un equipo, ¿no? —Levanté el puño para chocarlo.

—Em...



—¿Sí o no? —Insistí, sabiendo que no teníamos tiempo para eso ahora. Michael también lo sabía.

Chocamos los puños y nos encaminamos hacia el edificio.

Quince minutos después de recuperar el cadáver —Michael lo había envuelto antes de nada para que no lo pudiera ver y me indicó que lo cogiera por los pies—, paró el coche justo delante de la entrada de La Esfera. Estaba cerrada.

—Esta puerta nunca ha estado cerrada. Eso significa que tendremos que posicionarnos desde un poco más lejos de donde queríamos. —Aparcó al otro lado de la carretera y apagó las luces del coche. Quedamos en una completa oscuridad. Cuando me disponía a abrir la puerta, me retuvo.

—Quiero que te quedes aquí.

Abrí la boca, estupefacta.

—¿Qué?

—Es mejor que te quedes en el coche.

Me coloqué a la altura de sus ojos, aunque no le pudiese ver.

—Estás delirando.

—Lo he pensado mucho. Ya has hecho mucho trayéndome aquí. Ahora solo te queda esperar; dejas el motor encendido...

—Cállate. Lo digo en serio. —No estaba dispuesta a ceder—. Que te calles. ¿Por qué te empeñas en dejarme fuera de todo esto? Si se te ha pasado por la cabeza que te voy a dejar solo en el laboratorio, estás fatal de la cabeza. Bueno, tan fatal como yo pensaba que estaba. Que no.

Lo intentó de nuevo.

—Pero...

—No. No te vas a salir con la tuya. ¿Prefieres que te mienta, que te diga que sí y que luego te siga? ¿Sola? ¿Sola y sin protección?

Suspiró de impotencia.

—¿Por qué no te dejas cuidar?

—No necesito ningún héroe, Michael. Pensaba que ya sabías que me puedo cuidar sola.

—Esta vez es diferente. Es una situación de vida o muerte. Yo te he metido en esto y lo mínimo que puedo hacer es procurar que no te pase nada.

—Yo he tomado la decisión de ayudarte. Ya sé que te preocupas por mí. Igual que yo por ti.

Michael se inclinó hacia delante, sujetándose la nuca y apretándose contra su pecho.



—Tengo muchísimo miedo. Me habría sido imposible hacerlo solo. Pero contigo a mi lado todo es más fácil.

—Bien. Porque fingir no sirve de nada.

—Pero no es solo eso. Eres la persona más fuerte que conozco.

Solté un gruñido.

—Sal del coche de una puñetera vez.

Cerramos las puertas con sumo cuidado y me lanzó las llaves. Me las guardé en el bolsillo de mi abrigo y cerré la cremallera. Los árboles se habían helado y el bosque parecía mágico, demasiado bonito para ser la escena de un asesinato. Me entró un escalofrío.

—¿Tienes frío? —me susurró Michael, envolviéndome los hombros con los brazos.

—No.

Me apretó los hombros.

—Volveremos otra vez por aquí y quiero ver cuántos coches hay aparcados.

—¿Por qué?

—Solo quiero saber si Landers anda cerca. No voy a hacer nada en concreto.

Como si me lo creyera. Lo miré con ojos de duda.

—Querrás decir que intentarás no hacer nada...

Al menos era honesto.

—¿Y qué pasa con Juan Nadie? —Giré el pulgar en dirección al maletero.

—El fuego se inició sobre la medianoche. Tendremos tiempo de volver a por él. No es buena idea arrastrar un cuerpo por el césped hasta que sepamos con seguridad qué va a pasar.

Las aletas de mis narices se inflaron.

—Qué asco.

—Lo siento. —Se puso en marcha y se guardó las manos en los bolsillos—. Tenemos que movernos.

La hierba helada crujía con nuestras pisadas, el único crepitar en la noche despejada. Atravesamos rápidamente la extensión de terreno, deteniéndonos al llegar al abrigo de los árboles y el manto de agujas de pino. Observé a Michael mientras recorría la mirada por todos los coches de la explanada, como si estuviese buscando uno en particular.

—¿Qué ves?

—Está allí.

Continuamos, recorriendo los mismos pasos que hice cuando visité La Esfera por primera vez. Después de contemplar la escena desde la arboleda, nos abrimos paso entre el terreno hacia la casa y nos recostamos contra el ladrillo.

Michael me puso la mano encima del hombro y susurró.

—Última oportunidad. ¿Estás segura?

Le hice un indecoroso gesto con el dedo y reprimió una risotada.

Nos tiramos al suelo. Empezamos a arrastrarnos por el lateral de la casa y nos dispersamos por el suelo del patio donde Kaleb y Michael habían estado hablando de mí. De la piscina ascendía un vaho que creaba una niebla alrededor de nosotros.

En cuanto rodeamos la esquina trasera de la casa, entré en territorio desconocido. Estaba más oscuro que la noche que espí a Kaleb y a Michael y las luces del porche estaban apagadas. La única luz venía de la piscina.

Delegué toda mi confianza en Michael, siguiéndolo ciegamente mientras pasaba como una bala de pared a pared. El pánico de que alguien nos viera —que arruinara nuestro plan de salvar a Liam o no nos dejase volver al presente— me secaba la garganta y me producía un temblor de piernas. Cuando llegamos a la última pared me había quedado sin aliento, y no precisamente de correr.

Era el único edificio que parecía ocupado. Me recordaba a un establo y era de un rojo oscuro sucio. Arriba de todo chirriaba una veleta con forma de gallo, girando con el viento suave.

No me acordaba de haberlo visto la vez anterior. Me di cuenta de que no lo había visto porque ya no estaba allí.

El laboratorio.

CAPITULO 43

—No primero —susurró Michael—. Liam no te conoce; no quiero hacer que se asuste. Escóndete en ese árbol de la izquierda. Ese cobertizo es un antiguo almacén; está vacío. Nadie entra nunca porque el suelo está podrido, así que nadie te va a ver. Estarás bien hasta que te llame. ¿Sabes hacer algún sonido de naturaleza? ¿Reclamos?

—¿Reclamos?

Chasqueó la lengua de nervios.

—Por si me necesitas.

—En el sanatorio nos especializamos en ensartar macarrones y en el internado las chicas se interesan más por técnicas de maquillaje que por estrategias de camuflaje. —Suspiré—. Lo siento.

—Bueno. ¿Sabes silbar?

Asentí.

—Si me necesitas, silba. —Se encaminó hacia el laboratorio.

—Michael —susurré. Se dio la vuelta—. Buena suerte.



Mantener la mente ocupada me exigía cierta dosis de creatividad. Después de memorizar todos los Estados y sus capitales, el Rosario y todos los equipos de béisbol de la Liga Nacional Americana, empecé a oír voces. Ninguna de Michael.

Me apretujé contra un tronco. Un hombre y una mujer hablaban en voz baja, sin llegar al susurro. No pude distinguir si había oído antes esas voces.

—Me dijiste que querías estar conmigo. —El hombre hablaba con voz dócil, seductora—. Que renunciarías a todo.



—Estoy dispuesta a renunciar a todo... pero esto... —La voz de la mujer estaba ahogada de desesperación—. Sencillamente no estoy segura...

Se interrumpió. No veía nada, pero parecía que se estaban enrollando con una pasión desatada. Me empecé a poner un poco incómoda cuando empecé a oír el ritmo de las respiraciones, pero de pronto estuve salvada cuando el hombre se echó a reír.

—Ahora no. Estás gastando energía.

—¿Por qué no quieres? —Oí el sonido de una cremallera y empecé a marearme.

Más risotadas del hombre y ruido de cremalleras. Guiándome por el gruñido de protesta de la mujer, supuse que el hombre le había subido la cremallera. Aleluya.

—Para todo hay un tiempo y un momento. Ahora, no. —La voz del hombre se encrudeció.

—Lo siento —le respondió ella, con voz temblorosa. No pude discernir si era por el frío. Fuese quien fuese ese hombre, era un prepotente.

—Eso tienes que hacer: disculparte. Haz bien tu trabajo y te recompensaré.

—Lo que digas, lo que quieras —respondió ella, resollando.

Esta blandengue necesitaba una buena dosis de autoconfianza.

Y un novio mejor.

Se alejaron caminando del laboratorio y se adentraron en el bosque. Las hojas crujían bajo sus pies. Saqué la cabeza lentamente de detrás del árbol para echarles un rápido vistazo mientras desaparecían por el lateral del almacén vacío. En ese momento se abrió la puerta del laboratorio con un chirrido, arrojando un cerco de luz al suelo e iluminando cada tallo de hierba helada.

Michael me llamó.

Corrí hacia él y me metí en el edificio que me recibía con una cálida luz amarillenta.



CAPITULO 44

Liam Ballard era increíblemente estereotípico. Pelos locos a lo Einstein, manchas de comida en la camiseta y... un protector de bolsillo. Más allá de su aspecto, era fácil saber de quién había sacado Kaleb su atractivo. Liam era grande y fuerte; tenía fisonomía de excursionista. Era el hombre que aparecía en una foto con aparejos de pesca en el apartamento de Michael.

Me tendió la mano y me la estrechó durante unos segundos. No me sorprendió notar un pellizco de electricidad. No era la misma que notaba cuando tocaba a Michael, pero definitivamente era una conexión. Tenía una cálida sonrisa y unos ojos apacibles. Entendí en seguida por qué para Michael era como su segundo padre y me pregunté si tendría espacio para otra hija en su vida.

—Hola Emerson —me dijo, con voz áspera.

—Hola Lia..., profes... No sé cómo llamarlo —respondí.

—Liam está bien. —Puso su mano encima de la mía y me miró intensamente—. Michael me ha dicho que, gracias a ti, ha podido viajar al pasado. Fenomenal. Gracias por tu predisposición y por ayudarme a mí y a mi familia.

Estaba a punto de llorar.

De suplicarme que le adoptara.

—Pero, en cuanto salga del shock de haberos visto, me vais a ver muy enfadado. ¿Cómo podéis arriesgar vuestra vida de esta manera, Michael?

—No había más alternativa.

—Siempre hay más alternativas.

—Bueno, pues he escogido salvarte porque eres como un padre para mí. Y he querido. —Palabras así parecían propias de un niño petulante, pero en la voz de Michael sonaban desgarradas.

—No puedes modificar el pasado solo porque has sufrido una pérdida o porque sientes dolor. —Liam exudaba ese tipo de galantería que solo los grandes o minúsculos de entre nosotros podíamos apreciar—. Nuestros talentos no se deben utilizar para ese propósito.

—Pero no solo estoy yo. Kaleb y Grace... Sin ti no podemos. No podemos.

Sentí un nudo en la garganta al ver la emoción de Michael.

Continuó.

—Landers tiene los archivos y nadie, excepto tú, sabe qué contienen o qué nombres hay registrados. A Emerson la he conocido a través de... es largo de explicar.

Liam me miró. Me encogí de hombros.

—Soy como una pelota fuera de juego.

—La cuestión es que —continuó Michael—, eres el único que puede detenerlo. Y Em y yo no estamos infringiendo las normas por estar aquí. Estamos aplicando el Principio Novikov.

Liam frunció el ceño.

—Estás diciendo que... Entiendo entonces que quedaron remanentes. ¿Cómo vais a...?

—Ya he pensado en eso. Tenemos un cadáver en el coche; tengo que ir a buscarlo. —Michael me extendió la mano; saqué las llaves del bolsillo de mi abrigo y se las lancé—. ¿Podemos hablar de esto después?

—Ya lo creo que tendrás que hablar de esto después.

—¿Qué hora es? —preguntó Michael, en un intento por desviar la cólera de Liam. Estaba segura.

Liam sostuvo su reloj y lo meneó. El cristal se había agrietado en el centro. Señaló a un reloj que colgaba debajo de la puerta. Las once.

—¿Os ayudo en algo?

—Nadie nos puede ver contigo. Em se queda aquí contigo y te dará las instrucciones.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo vas a llevar a Juan Nadie por el...?

—Arrastrándolo. Llevo una manta en el maletero. Tenemos que darnos prisa y acabar de explicárselo todo a Liam. —Lancé un bufido cuando me cogió de los hombros y me besó con fuerza en los labios—. Estaré bien. No tardo nada.

La puerta se cerró detrás de él y Liam me miró. Intenté entender por qué Michael se había ido tan deprisa. Intenté interpretar el beso.

—Hmmm. Principio Novikov...

Agité la cabeza e intenté mantener la atención.

—Bueno. Lo único que sé es que lo podemos aplicar porque no nos permite cambiar el pasado, sino modificar ciertas cosas sin producir inconsistencias. Te sustituimos por el cadáver y tú te escondes; entonces, el continuo no se ve afectado porque la línea temporal de todo el mundo permanece igual.

Excepto para ti, claro. Pero claro, tú no tenías. Porque estabas muerto. —Hice un gesto apocado y lo miré como pidiendo disculpas—. Lo siento, creo que Cat y Michael me han pasado estos apuntes del Rincón del Vago.

—¿A qué distancia temporal has viajado? —Se sentó en un banco al lado de una larga mesa de trabajo llena de equipamiento de laboratorio—. ¿Cuánto tiempo llevaba yo... fuera?

—Seis meses.

—En seis meses... pasan muchas cosas.

Apoyé los codos en la mesa.

—¿Qué te ha explicado Michael?

—No mucho, no tanto. Hemos hablado mucho sobre Grace.

—Lo siento. —Quería consolarle, pero no sabía cómo.

—Yo también lo siento. Estoy muy confuso. Grace es muy fuerte; no pensaba que se hundiría tanto. Teniendo en cuenta cómo quiere a Kaleb, tendría que haber mantenido la entereza por él. Él tiene que ser su prioridad. —Sacudió la cabeza—. No le veo la lógica.

—Me encantaría tener una explicación. —Nos mantuvimos un momento en silencio—. Kaleb me habló de ti y de tu mujer; de que erais una pareja ideal. Nunca he oído a nadie de mi edad hablar así de sus padres.

—Somos una familia muy feliz. Éramos.

—Michael está convencido de que lo puedes recuperar todo. Y tiene razón.

—Gracias, Emerson —dijo, con serenidad. Pero su preocupación era palpable—. Por favor, háganme más de mi hijo, qué tal le ha ido. Michael me ha cambiado de tema.

—No tienes que preocuparte por nada. Yo entiendo a Kaleb; entiendo todo por lo que ha pasado. Yo también he perdido a mis padres y, cuando te sientes solo, sin nadie que te apoye... a veces no escoges el mejor camino.

—¿Estamos hablando de un camino irrevocable?

—No, qué va. Los tatuajes se pueden borrar.

—¿Tatuaje?

—¿Michael tendría que haber vuelto ya, no? —pregunté—. Juan Nadie —el cadáver—, tampoco pesa tanto.


Escudriñó el reloj y observé cómo el miedo empezaba a recorrer su rostro.

Giré sobre mis talones.

Las agujas del reloj no se habían movido desde que Michael se había ido.



CAPITULO 45



—¿No tienes ningún aparato más aquí que la hora? —Salté encima de su ordenador, buscando desesperadamente algo que indicara la hora—. ¿Móvil? ¿Algún reloj aparte del de tu muñeca?

—Pierdo todos los móviles y los relojes. Y los viajes en el tiempo los destrozan. He estado investigando últimamente. —Abrió un cajón del escritorio, forzándome a ver una media docena de relojes con rostros desquebrajados—. Vamos mal.

Investigación. Ordenador. El ordenador tenía que tener reloj.

—Cat habló sobre la caja del ordenador. ¿Dónde está?

—Se ha estropeado. La estaba reparando cuando Michael ha entrado —respondió, señalando hacia la esquina. Era la caja más extraña que había visto nunca. Tenía múltiples pantallas, teclados con símbolos y un procesador central del tamaño de una maleta. Liam se arrodilló delante de la caja y empezó a pulsar botones y a mover cables.

Al lado del monitor grande descansaba una funda transparente con un CD. Contenía la información que nos había pedido Cat.

Era muy fina y cabía perfectamente en el bolsillo interior de mi abrigo. Después de guardármela, abrí el último cajón de la derecha para coger el disco con la fórmula de los medicamentos de Kaleb. Estaba justo donde él había dicho. Me lo metí en el bolsillo, muy apretado contra el pecho. En ese momento ignoraba la importancia que tenía.

Liam seguía enfrascado en la unidad central.

—Voy a echar un vistazo afuera, a ver si viene.

Abrí la puerta. Silencio. El terreno estaba despejado, iluminado por la luz de la luna. Caminé de puntillas por el patio. Estaba tiritando de frío, pero no estaba dispuesta a volver a meterme en el laboratorio sin encontrarlo. Seguí buscándolo cuando apareció de repente en la esquina de la casa. Suspiré de alivio, esperé a que cruzara el patio y corrí a ayudarlo.

—Me he dado toda la prisa que he podido. ¿Ha pasado algo? —preguntó mientras caminábamos al laboratorio.

—El reloj. Está roto. No sabemos qué hora es.

Renegó entre dientes mientras la puerta se abría y aparecía la figura de Liam. Michael le paró los pies cuando intentó coger el cadáver.

—No. Sal corriendo con Emerson hacia el coche y yo me reúno con vosotros en cuanto lo deje todo listo. ¡Vamos!

—Yo no te dejo aquí solo —le dije.

—Emerson. Vete —me ordenó. Me puso las llaves en la mano—. Cógelas.

—Ven conmigo —le ordené, con rabia, mientras las cogía—. Me prometiste que no nos pasaría nada.

—Te prometí que a ti no te pasaría nada y quiero que te alejes del laboratorio. Métete en el coche con Liam. —Michael se agachó para coger el cadáver. El estómago se me encogió—. ¡Por favor! Queda poco tiempo.

Liam me cogió del brazo y me hizo avanzar hacia la casa.

—Estoy seguro de que Michael sabe lo que hace. Le estamos cubriendo las espaldas, solo eso.


—Que os vayáis. —Michael me miró, con gesto de súplica—. Id a resguardaros.

Condujo el cuerpo de Juan Nadie hacia dentro y Liam y yo corrimos por el césped. Estábamos a punto de llegar a la casa cuando oí un grito seco, seguido de una carcajada.

El mundo se me cayó a los pies.



CAPITULO 46



uando abrí los ojos, el fuego había engullido prácticamente todo el edificio. Las vigas de hierro que habían soportado el tejado se retorcían bajo las llamas. Estaba tendida en el suelo, a medio metro del primer jardín. No veía a Liam por ninguna parte.

Intenté sentarme, pero había un desnivel en el suelo. Estaba haciendo lo imposible por no padecer una conmoción cerebral, así que lo intenté de nuevo más lentamente. Conseguí vislumbrar la imagen de dos siluetas en la distancia. Sacudí la cabeza, sin saber del todo si estaba viendo doble. No, eran dos personas. El pulso se me aceleró. ¿Liam y Michael? Tan pronto como mi corazón había vuelto a resucitar, se volvió a parar. El estómago también respondió. No eran las siluetas de los hombres que quería ver.

Permanecían uno al lado del otro, observando el incendio. Había algo demasiado extraño. No tenían ninguna prisa; no gritaban; no intentaban ayudar. Desde su posición, parecía que se estaban divirtiendo, como si lo estuviesen pasando bien alrededor de una hoguera y no de un edificio ardiendo en llamas con personas atrapadas.

Me obligué a ponerme de rodillas; pestañeé e intenté enfocar las caras, iluminadas por el fuego.

Las náuseas viajaban por mi garganta.

Conocía la cara de esa mujer.

Lucía una expresión mucho más vulnerable de la que estaba acostumbrada a ver. Se mordía la uña del dedo y miraba al hombre que tenía a su lado.

Solo podía ver la nuca del hombre. Me fue imposible apreciar los detalles; era de estatura alta con hombros anchos.

Se oyeron sirenas en la distancia. Dejé a un lado mi remolino de emociones. Corríamos el peligro de que nos sorprendieran en propiedad privada. Tenía que encontrar a Michael.

—¡Emerson! ¡Emerson!

La esperanza volvió a emerger en cuanto oí esa voz procedente del patio. Me arrastré por los escalones, aferrándome a las sombras. Llegué al último escalón y busqué a Michael con la cabeza. En su lugar, apareció Liam.

—¿Dónde está? —pregunté—. Liam, ¿dónde está?

El sonido de las llamas consumiendo el laboratorio se interponía entre nosotros. Levanté la vista y lo miré. Su rostro estaba iluminado por las llamas. Sus ojos traslucían la verdad que no se atrevía a decir.

—No. —Mis rodillas se rindieron y caí hacia delante. Liam me cogió entre sus brazos y descendió lentamente conmigo hasta el suelo—. Seguro que ha saltado por una ventana, seguro. Me ha prometido que estaríamos bien. Él está bien.

—Preciosa. —Liam se agazapó en el suelo al lado de mí, envolviéndome con sus brazos para sujetarme—. Te he oído respirar y he venido desde la parte de delante. No puede haber escapado por detrás; de ahí ha venido la explosión. No puede estar allí; no podría haber salido.

La respiración me llegaba en espasmos; me desgarraba los pulmones; me quemaba la tráquea.

—Tiene... tiene... que... si ha muerto ahí, en el pasado... nunca lo habré conocido....

—Ojalá no fuese así. —Liam me cogió las manos cariñosamente.

—Tenemos que encontrarlo. Tenemos que sacarlo de ahí. —Intenté soltar las manos, intenté levantarme, pero Liam tenía la misma fuerza que su hijo. Ni toda mi rabia junta conseguiría aplacar su tacto firme.

—Por favor —lloré, suplicando—, déjame marchar.

Suspiró.

—No puedes encontrar nada, Emerson.

—¡No! ¡No! —insistí—. La policía encontró unos pocos huesos en el laboratorio. Con Michael y el cadáver, quedarán más huesos.

—Todo eso dependerá del punto donde se haya iniciado el fuego, de la temperatura que ha alcanzado. Del tipo de fuego.

—¡Qué! —No lo entendía. No quería entenderlo. El sonido de las alarmas llegaba más cerca y Liam se hizo un ovillo para mirar desde el muro.

—Tenemos que salir de aquí; atravesar el puente antes de que nos vean. No podemos arriesgarnos a retar al continuo.

—¿Vas a volver?

—No puedes volver sola.

—Yo no me voy. —Recorrí las manos por el suelo de piedra, buscando algo, algo a lo que agarrarme. Las lágrimas corrían por mi rostro con tal fuerza que me impedían ver—. No me voy sin Michael.

—Emerson, está a punto de llegar la policía y los bomberos. Tenemos que volver a donde hemos escondido el coche antes de que nos cojan.



—No me puedo ir sin él, Liam. No puedo.

—Preciosa. Él ya no está.



CAPITULO 47



El infierno se desató cuando salimos corriendo del puente y nos metimos en la cocina. Cat resolló y se tapó la boca con la mano, totalmente pálida. Dune y Kaleb se quedaron inmóviles. Nate fue el primero en hablar.

—¿Doctor Ballard? ¡Está vivo! —Nate corrió a nuestro encuentro y miró a Liam con la boca abierta, sin dar crédito mientras le palpaba el brazo con cuidado—. De verdad pensaba que estaba muerto porque no lo podía sentir, pero no es así. No estaba muerto; sencillamente, no existía. —Su cara se arrugó en un gesto y, por una décima de segundo, pareció un niño pequeño.

—¿Papá?

Liam se acercó a Kaleb y le extendió los brazos. En dos pasos, Kaleb se fundió en un abrazo con él. Retrocedí poco a poco; no sabía adónde ir. Cat me siguió, observándome con detenimiento.

—¿Emerson?

—Michael se ha ido. —Un enorme frío me sobrecogió—. Estaba en el edificio cuando...

Desvió la mirada.

—¿Cat? —Pensaba que estaba demasiado aturdida como para sentir, pero el rechazo de su mirada me destrozó el corazón y cada pedazo fue un momento perdido junto a Michael—. ¿Cat? ¿Por qué no estás afectada? Háblame.

Espiró.

—El día después de que tú, Kaleb y Michael vinisteis a verme a la universidad, volvió otra vez solo. Me pidió que abriera un puente para el futuro.

—No —acerté a decir en forma de súplica. No podía ser verdad.

—En ese momento él ya sabía que tú podrías volver. —Me miró—. Pero él no.

—¡No! —Me cogí de la cintura, intentando aguantar mi cuerpo, que se estaba desgarrando con las emociones—. Por favor, no, por favor.

—No me quiso decir qué más había visto, solo que no estaba contigo. Se preocupaba mucho por ti y sé que quería que formases parte de su futuro.



—No me digas eso. —No quería oír nada; quería que todo desapareciese como un bucle al tocarlo—. ¿Por qué viajamos si él sabía que... Por qué?

—No lo sé, pero Michael estaba convencido de que teníais que salvar a Liam. Creo que escogió lo mejor para todos; lo mejor para cada uno priorizando que los demás estuviesen bien en lugar de él. Es un deber superior que viene con el don y él siempre lo llevó bien adentro.

—No es un don —escupí—. ¡Es una desgracia!

—¡Emerson! —gritó Cat, mirando mis heridas—. ¡Estás sangrando!

—Estoy bien —respondí, luchando contra un castaño de dientes.

—No. Estás temblando, estás en shock. —Cogió la manta del sofá y me la envolvió en los hombros—. Nos vamos a urgencias.

—No, al hospital no. No puedo. No quiero. —Levanté la cabeza y la miré; mi vida entera dependía de su respuesta—. Si ha tomado precauciones y ha podido salir del fuego de alguna manera y ha encontrado un puente, ¿podría haber sido capaz de volver sin ti y tu materia exótica?

Su rostro era un gran lamento.

—Emerson...

—¿Podría haber sido capaz?!

—Hay alguna posibilidad. —Su cara de pena se mantuvo intacta y, de alguna manera, supe que me estaba diciendo lo que quería oír.

Me volví para mirar la hora en el reloj de pie de la esquina. Las doce y media de la noche.

—Lo espero.

—Al menos siéntate y tranquilízate. —Cat me ayudó a sentar, colocándome almohadas en la espalda—. Te voy a mirar las heridas...

—No me toques. ¡Déjame! —Intenté controlar mi voz; no gritar—. Estoy bien.

—Pero...

—¡Por favor! —Cada segundo estaba más cerca de la histeria. Necesitaba que se fuera—. Estoy bien. Por favor, déjame sola.

—No puedo. Estás her...

—¿Cat? —No quería estallar. Y, si no me dejaba sola, si no dejaba de hablar de Michael, sabía que acabaría estallando.

Se fue.

Recé y deseé con todas las fuerzas que hubiera la más mínima posibilidad de que hubiese sobrevivido; que, por obra de algún milagro, fuese capaz de volver.

Permanecí sentada en la oscuridad y esperé. El reloj de pie dio las campanadas. La una de la mañana.

No pude oír a Nate y a Dune cuando se iban a la cama. Dune estaba diciendo algo, pero me vio y se calló.

El reloj marcó las dos.

Cat entró a verme, sin hablar. Yo la ignoraba, con el cuerpo vuelto hacia el reloj, rígida como una piedra, observando las manecillas. La casa se sumió lentamente en la tranquilidad y solo se oían los típicos crujidos nocturnos. Creí haber oído a Kaleb y a Liam pasar por delante de mí, pero estaba demasiado ocupada en la hora.

La noche cayó. El amanecer no trajo ninguna esperanza.

Se oyeron siete campanadas y me levanté, dejando la manta en el suelo. Subí las escaleras hasta la habitación de Michael.

Sola.

No iba a regresar.



CAPITULO 48

Supuse quién era cuando estaba abriendo la puerta. El único que podía buscarme, que no tenía miedo de entrar sin llamar. Tampoco había preguntado antes de entrar porque sabía que le diría que no.

—Mi negación no le intimidaba.

Entró en la habitación directo hacia la cama donde yo yacía enroscada, abrazada a la almohada de Michael, respirándolo. Se acercó a tocarme, pero mi cuerpo respondió con un espasmo. No podía evitarlo. La última persona que me había tocado en esa habitación había sido Michael.

Se dejó caer en la silla del escritorio.

—Tienes que estar con tu padre. —Mi voz era áspera; reseca por el humo y las lágrimas.

—No. Tengo que estar contigo. Mi padre opina lo mismo.

No respondí. No tenía fuerzas.

—Em. —Se enderezó y se frotó la espalda. Sabía que Kaleb estaba sintiendo mis horribles emociones. Quería decirle que tenía la fórmula de sus medicamentos en el bolsillo, pero me di cuenta de que no la necesitaba ahora que su padre había vuelto.

Liam estaba vivo.

Michael estaba muerto.

El dolor me inundaba. Kaleb se inclinó hacia delante y me dio su mano.

—No puedes continuar así. Ven aquí.

—¿Por qué?

—Ven aquí. Hazme caso.

Me senté en el borde de la cama para discutir con él, sintiendo el profundo dolor y tensión de los músculos. Consiguí despistarme, cogirme de la mano y sentarme en su regazo.

—Qué haces. —Seguramente no pesaba nada para él. Una carcajada amenazaba con salir de mi garganta. Todo lo que había pasado en las últimas horas era tan surreal como absurdo.



—No es lo que piensas. —Me separó de su pecho y me colocó encima de sus rodillas, de tal modo que duré poco encima de su regazo. Acercó su cabeza y dijo—: mírame, Emerson. Mírame a los ojos.

Me rendí.

Todo mi dolor se desvaneció en un segundo, tanto el físico como el emocional. Llegó a mis oídos un sonido crepitante y solo pude ver los intensos ojos azules de Kaleb. Me incliné hacia delante sin darme cuenta y apreté mi cara contra la suya. Nuestras bocas estaban tan cerca que respirábamos el mismo aire.

Sentí un gran alivio; el oxígeno ya era soportable. Me contagié de su calidez hasta que me di cuenta de lo que estaba pasando. En cuanto fui consciente, me separé bruscamente, me solté de su regazo y aterricé en el suelo, retorciéndome de espasmos. Un silencio inquietante llenó la habitación.

—¿Qué has hecho? —le lancé, resollando.

Tenía los ojos llenos de agonía; la voz débil. Parecía que estuviese padeciendo dolor físico.

—Intentaba ayudarte. Liberarte de algunas emociones.

—¿Desde cuándo eres capaz de hacer esto?

Sacudió la cabeza.

—Desde hace tanto que ni me acuerdo. A veces no funciona. No funcionó con mi madre, cuando intenté ayudarla. Pero puedo ayudarte a ti.

Me quería recostar en él, encontrar alivio en su abrazo. Kaleb estaba muy pendiente de mí, dispuesto a hacer lo que fuera. Lo sabía. Solo tenía que pedírselo.

El dolor que me había quitado se estaba volviendo a formar en mi pecho y me subía por la garganta.

—Deja de sentir mi dolor... tú ya tienes bastante. Los dos habéis luchado como hermanos y sé que os queríais como hermanos.

Kaleb se levantó y me intimidó, como siempre, con su impresionante altura.

—Sé que has hecho todo esto en parte por mí; para que no pasara por todo lo que has pasado tú con tus padres. Y ahora estás todavía más destrozada que antes. Lo sé porque he intentado bloquear tus emociones y ha sido imposible.

Me mordí los labios; no quería llorar. Podía esperar a estar sola. No podía llorar. Las lágrimas me empañaban la vista y me esforzaba en no pestañear, porque sabía que entonces me hundiría.

No pude.

Me esforzaba por mantenerme entera, pero mi mundo había estallado en mil pedazos. Me tuve que apoyar en una silla para aguantarme. Mi dolor se reflejaba en la cara de Kaleb y decidí taparme el rostro para no tener que ver nada más.

Se dejó caer a mi lado, me cogió entre sus brazos y me meció mientras me abandonaba al llanto, cerrando los ojos para no ver cómo compartía la angustia conmigo. Me acordé de cómo me sentía entre los brazos de Michael la noche en que le expliqué la pérdida de mis padres. El también me había acunado. El recuerdo me hacía llorar más aún. Kaleb me acariciaba el pelo y rozaba sus labios contra mi sien.

—No puede ser. Michael tiene que volver. Tiene que ser un error. —Mis lágrimas iban por libre; por mucho que intentase combatir las, corrían y arreciaban en mi rostro.

—Si me dejas, puedo hacer algo.

—No —respondí—. Así no. No pienso quitarme dolor para dártelo a ti.

—¿Y si yo quiero? —me preguntó, con dulzura.

Negué con la cabeza.

—Te cuidaba mucho. Se notaba que te quería.

Noté la congoja en mi pecho.

—Nunca me lo dijo.

—Eso no significa nada.

—No sé.

—Tienes que ser fuerte. No sabemos de verdad qué ha pasado. ¿Y si ha podido sobrevivir? Estás hecha un asco. ¿Te gustaría que te viese así?

—No estoy hecha un asco.

Y él no iba a volver.

Kaleb me miró. Seguía acurrucada en sus brazos, congestionada y ahogada entre lágrimas.

—¡No estoy hecha un asco! —Me sequé bruscamente con la manga e hice un esfuerzo por sentarme, escupiéndole la pregunta que más miedo me daba—. ¿Lo puedes sentir? ¿Notas sus emociones?

Su lúgubre sonrisa me envolvió en un universo de tristeza.

Me enterré en su pecho y me abandoné.

Tardé un rato en dejar de sollozar. Cuando por fin se me acabó el llanto, Kaleb se levantó y me ayudó a ponerme de pie.

—Lávate la cara y nos vemos abajo. Le diré a Cat que te traiga ropa y que te mire esas heridas. —Señaló hacia mis manos y rodillas. Empecé a protestar, pero me interrumpió—. O la dejas que te mire o nos vamos al hospital.

—Odio los hospitales.

—Lo sé.

—Eso es extorsión.

—Ya lo sé. —Rebuscó algo en el bolsillo, me lo puso en la mano y me cerró el puño.

Me miré la mano en cuanto se fue. Era su elipse plateada con la palabra *esperanza* inscrita. La examiné un momento y la dejé en el centro de su cama.

Me quité el abrigo, que cayó al suelo con un ruido pesado. Lo recogí y abrí las cremalleras para sacar los discos con la información y las llaves del coche de Michael. Las apreté con tal fuerza que me las clavé en los dedos. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Las dejé caer encima de la mesita y dejé los discos donde estaban.

Entré en el lavabo con gesto absorto y puse el agua a la máxima temperatura. Antes de entrar, me miré en el espejo.

Mi pelo rubio se había transformado en gris, moteado de cenizas; mi cara, manchada de hollín y encharcada en lágrimas. El iris de mis ojos inyectados en sangre era de un intenso verde claro. Siempre se me ponían así después de llorar. En mi hombro se estaba formando un moratón y me dolía cuando lo movía. Me miré las rodillas y las muñecas, llenas de ampollas.

Si por fuera estaba magullada, por dentro estaba mucho peor.

Entré en la ducha y me coloqué debajo del chorro hasta que se acabó el agua caliente.



CAPITULO 49

Envuelta en la toalla, abrí con cuidado la puerta del baño y me encontré con un montoncito de ropa limpia en la cama: pantalones de yoga con cintura doblada, camiseta de tirantes y sudadera. También me habían dejado unas pantuflas y una muda. El armario de Cat era un primor. Me fijé en la ropa interior y quise reírme, pero no tuve el valor.

En la ducha había tenido tiempo para pensar en lo que había visto en La Esfera. Si era verdad lo que yo pensaba, muchas preguntas se habían quedado sin respuesta.

Y... Michael se había ido. Tenía dos opciones: optar por el mismo camino que siguió a la muerte de mis padres o remover cielo y tierra para hacer justicia. Sabía cuál era la más fácil y también cuál era la correcta.

Pero no sabía cuál ganaría.

Me vestí, recogí la elipse plateada del centro de la cama de Michael y me la metí en el bolsillo de la sudadera. Bajé las escaleras lentamente, sintiendo el dolor cada vez que doblaba las rodillas, paso a paso, escalón a escalón, tensando la soga de mis emociones con el más mínimo movimiento. Pasé por delante del salón, sin querer mirar al sofá o al reloj, y me paré frente a la cocina.

Sencillamente actúa, Emerson. No puedes rendirte todavía. Tienes que seguir adelante.

Me llené de aire los pulmones, abrí la puerta y me quedé quieta. Todavía olía a palomitas.

—Hola. —Cat estaba sola en la mesa de la cocina. Se levantó y me ayudó a sentar—. Kaleb me ha dicho que te echara un vistazo.

—Lo único que me duele es el hombro.

Y el corazón. Pero poco podía hacer ella.

—¿Cuál? —me preguntó.

—El derecho —respondí, gratamente sorprendida al comprobar que ya no me temblaban los labios al hablar.

Apartó la sudadera para mirármelo y puso una cara de dolor al verme el moratón.

—Liam dice que te tiró al suelo cuando el edificio explotó. ¿Puede ser por eso?

Algo de lo que había dicho sonaba muy raro y consiguió distraerme del dolor. Físico y emocional.

—Explotó. —El edificio explotó. Todo lo que había leído; todo lo que me habían explicado indicaba que se había producido un incendio, pero no una explosión.

Cat parecía confusa.

—¿Me equivoco o no he entendido bien a Liam?

Ignoré sus preguntas.

—¿Dónde está Ava?

—No lo sé. Nadie la ha visto.

—Yo la he visto. En el pasado. Estaba al lado de un hombre, mirando el incendio. —La pena me tiraba en el pecho y preservé la rabia para poder continuar—. Creo que lo he reconocido.

—¿Cómo era, físicamente?

—Alto, pelo claro. Espaldas anchas.

Cat no movió ni un músculo.

—¿Y lo has reconocido?

—Sí. —No le iba a gustar mucho cuando se lo dijese—. Lo conozco.

—¡Qué!

Crucé los brazos y los apoyé en la mesa, dejando caer la cabeza.

Todo el mundo pensaba que Landers habría desaparecido con los archivos de Liam. Pero no.

Había estado viviendo en mi apartamento.

Corría un viento fresco hacia el mediodía. Algún vecino había estado quemando hojarasca. Kaleb y Liam estaban tumbados en unas tumbonas debajo de un roble centenario. Una manta de hojas otoñales cubría las ramas, que caían, lustrosas, con un sol de levante.

Podría haber sido un día bonito.

—Liam. —Cat se acercó a ellos, cruzándose de brazos para protegerse del viento frío. O de la reacción de Liam—. Siento interrumpir. Tenemos que hablar.

—No pasa nada, Cat. —Su cara parecía más desgastada que el día anterior. Puso los pies en el suelo y empezó a mecerse—. Buenos días, Emerson.

—Buenos días. —Para mí, no tenían nada de buenos.

Kaleb me cedió su asiento y lo rechacé con un gesto, pero me cogió de las muñecas con cuidado y me condujo hasta la tumbona.

Ahorrándole el esfuerzo de tener que explicarlo, opté por empezar:

—Jonathan Landers ha estado viviendo en mi habitación.

Nadie dijo nada. Liam se quedó hierático. Kaleb giró la cabeza para mirarme.

—Yo no sabía que era él. Me dijo que se llamaba Jack.

—Le llamaban Jack de pequeño —murmuró Cat.

—Ayer por la noche se me pasó por la cabeza y esta mañana lo he acabado de entender. Yo pensaba que era un bucle hasta que un día lo toqué para hacerlo desaparecer y no desapareció. Era... semisólido.

Liam echó el cuerpo hacia delante, con las manos en las rodillas. Su anillo de matrimonio lucía inscripciones con el símbolo de infinito. Lo habría utilizado para traspasar el puente la noche anterior.

—¿Cuándo lo viste por primera vez?

—En la inauguración de un restaurante. Hace un par de semanas.

Toda una vida.

—¿Viviendo en tu habitación todo este tiempo? ¿Cómo se te aparecía? —preguntó Liam, bastante sereno.

—De repente aparecía y luego se iba. —El cuerpo me pesaba; aguantaba la carga de la angustia y la impotencia—. Ahora me doy cuenta de que tiene que haber un puente en mi habitación que no he visto antes. Habrá estado viajando a través de él, utilizando el velo para desaparecer rápidamente.

—¿Alguna vez lo has visto cuando estabas con Michael? —preguntó Cat.

—No. Pero entré sola una vez en el apartamento de Michael y lo vi. Jack decía que lo vigilaba. La pared de su habitación tocaba con la mía. —Clavé la mirada en el suelo y me puse a contar bellotas. Prefería no pensar en dónde dormía; prefería no pensar en la atracción que sentía por él, más allá de una pared de ladrillo—. Supongo que el velo quedaba en medio de las dos habitaciones.

Liam se acariciaba la barba. Me preguntaba si sería un gesto nervioso, igual que hacía Michael cuando le daba vueltas al anillo. El recuerdo me dolió en el fondo del alma.

—¿Cómo puede ser? —Cat lucía una piel pálida grisácea—. El no tiene el gen de la transportación.

Liam se levantó de la tumbona y empezó a dar pasos.

—He oído algunos rumores de que puedes viajar aunque no tengas los genes, pero esto va en contra de la política de La Esfera, de las leyes de la naturaleza y del mismo hombre. Es arriesgadísimo.

—A Landers no le importan las normas. —Kaleb le dio un puñetazo a la corteza del árbol, haciendo caer una lluvia de hojas sobre nuestras cabezas—. Solo se preocupa por él mismo.

—¿Qué tipo de riesgo? —pregunté a Liam—. ¿Sobre quién?

Liam dejó de caminar.

—Sobre el universo entero.

—Los bucles están cambiando. Empecé viendo personas, pero ahora veo grupos de gente, escenas. Pensaba que Jack tenía que ver con todo eso o que era algo nuevo que todavía no podía entender.

—¿Ves escenas completas? —Liam me miró con tal intensidad que me quedé sin respiración—. ¿Varias personas?

—¿Qué significa? —pregunté, alarmada.

—No estoy seguro —respondió—. Pero si los bucles se están desarrollando, saliendo a chorros de la fábrica del tiempo, tenemos más motivos para preocuparnos por lo que estará haciendo Jonathan Landers.

Era imposible que esa preocupación eclipsara mi sufrimiento.

Pese a contar con Liam y con su vuelta al poder, Jack seguía poseyendo información muy valiosa. Información sobre mí, sobre mi familia. Datos y direcciones de personas con habilidades especiales. Tanto si me buscaba como si no, tenía la capacidad potencial de explotar a todas estas personas y no iba a renunciar a ella.

—Tenemos que encontrarle. —Kaleb le dio una patada a la montaña de hojas secas que se había acumulado—. Tenemos que ir al apartamento de Em y alejarlo del puente.

—Ya no estará. Se despidió de mí. —Miré a Kaleb y a su padre—. Liam, le dijiste a Cat que había habido una explosión en el laboratorio. De repente estaba y de repente ya no estaba. ¿Viste lo mismo que yo vi, a dos personas mirando el incendio?

Liam asintió.

—Me gustaría proteger la identidad de una de esas personas.

—¿Una de esas personas? —interrumpió Kaleb—. ¿Un cómplice de Landers?

—Creo que ella no sabía lo que estaba haciendo —respondió Liam, en tono sereno—. Creo que la estaban manipulando.

—¿Ella quién? —preguntó Kaleb con voz tensa. Todos se quedaron en silencio, dejándole que lo procesara él solo. Soltó una retahíla de tacos que hacía tiempo que no oía, terminando en un clásico.

—Putá.

—Hija de...

—Ava estaba aquí para ocultar su habilidad —exclamó Kaleb, dirigiéndose a su padre—. Todo subterfugios. ¿Y ahora la vas a defender, cuando te ha hecho volar por los aires?

—¿Es una pirómana? —pregunté, mientras me venía a la cabeza una imagen instantánea de Drew Barrymore. No me acababa de cuadrar el ceceo de la rubia con el glamur y belleza de Ava; cobraba mucho más sentido el apodo que le había puesto Kaleb.

—El don de Ava ha permanecido latente —apuntó Liam—. Creemos que puede mover cosas, desplazar objetos en el tiempo.

—¿Qué crees? Querrás decir que no tenías ni idea —maticé.

—Como ha dicho Kaleb, Ava vino a La Esfera a eliminar su habilidad. Nunca estuve en contra de eso, solo intenté hacerle la vida un poco más fácil que en la casa. Parece que Landers tenía otras ideas, y una influencia muy diferente.

—¿Dónde podría estar Ava ahora? —pregunté.

Una nueva lluvia de hojas cayó sobre nosotros tras unos cuantos quejidos de frustración y protestas.

Landers contaba con un cómplice, dinero y una lista de personas con habilidades.

—Me dijo que quería protegerme; proteger mi inocencia. Y yo casi me lo trago. —Recordé la manera en que me miraba y cerré los ojos para intentar borrar esa imagen—. No sé si lo habrá conseguido con Ava.

—Es un hombre persuasivo —dijo Liam.

—Me estaba pisando los talones. Ahora ha escapado junto a Ava y Michael está muerto.

No lo conseguirían. Iba a hacer lo que fuese para pararles los pies. Lo único que me mantenía viva eran las ganas de venganza y, una vez me hubiese resarcido, ya vería qué hacer a continuación. Pero mi firme cordura empezaba a peligrar y Kaleb poco podía hacer por mí. Necesitaba estar sola, lo más seguro.

Me fui y los dejé allí. Subí las escaleras hacia la habitación de Michael. Pocos segundos después, Cat asomaba la cabeza por la puerta:

—Emerson, que...

Sostuve un dedo tembloroso en el aire, advirtiéndole que me dejara.

—No puedes seguir así. —Frunció el ceño. En su frente se formaron unas profundas arrugas—. No te aísles. No es bueno.

—Tú no tienes ni idea —me reí amargamente.

—Explícame qué sientes. Habla conmigo. —Parecía tan preocupada como una madre—. Por favor.

Su súplica me sobrecogió.

—Nunca más lo voy a volver a ver. Hay tantas cosas que no le he dicho... y después de la muerte de mis padres me prometí que nunca más me guardaría las cosas. Y lo he vuelto a hacer. Y ahora ya no está.

¿Habíamos tenido el mismo tipo de conexión vital que Grace y Liam? Nunca lo sabría, pero pensaría en ello mientras estuviese viva.

Cat se me acercó lentamente con la mano extendida, como si se estuviese aproximando a la escena de un accidente.

Que tampoco había tanta diferencia.

—No me toques. —Retrocedí en la cama para evitar su contacto, abrazándome a las rodillas. Me balanceé adelante y atrás—. ¿Sabías que hay siete fases de duelo?

Lo dije con la tranquilidad y soltura de una psicópata. Cat reculó y se sentó cuidadosamente en la silla del escritorio.

—Lo he aprendido en el terapeuta. Siete fases. ¿Y sabes qué? Que cuatro de ellas me las paso por el culo. ¿Cuántas tienen que ser? ¿Por qué no son ocho? Dame una cota para mi dolor; dime que lo estoy consiguiendo. —Me reí históricamente e hice una pausa para recuperar el control.

Me quedé mirando la telaraña de la esquina del techo; una urdimbre de vida olvidada que se agitaba bajo una díscola brisa.

—... pero no, solo son siete, así que tengo que empezar con las primeras: shock y negación; dolor y culpa. Ya tengo experiencia, así que me será fácil, ¿no? Me iré convenciendo, cuidando, alimentándome de recuerdos.

Resistí el ímpetu de querer destrozar la telaraña y pisotearla en el suelo y apreté aún más las rodillas contra mi pecho.

—Me quedé encallada en alguna de esas fases cuando perdí a mis padres. Durante meses. Casi me consumo.

La frente de Cat estaba aún más arrugada; no le hacía justicia al resto de la cara.

—Cuando lo fui a buscar desde el futuro, ¿por qué no le advertí que saliera del edificio antes de que explotara? No puedo entender por qué me lo callé, sabiéndolo. Yo no soy de hacer esas cosas, ni ahora ni en ningún momento. ¿Cómo puede ser que le haya dejado morir de esa manera? ¿Cómo puede haber escogido morir de esa manera?

—No podías decirle nada. Son las normas, sobre todo si tienes en mente seguir en La Esfera en un futuro. —Intentaba consolarme, pero sus palabras me encendieron más aún.

—¿Quién redacta las normas?

—Ya lo verás —respondió, categórica, antes de levantarse—. Te van a venir a ver a partir de mañana.

La miré sin entender nada.

—¿De qué me estás hablando?

—¿Y si te digo —introdujo, echándose hacia delante para mirarme a los ojos—, que podrías cambiar las cosas?

La miré fijamente, con miedo de escucharla pero desesperada-mente ansiosa de que siguiera hablando.

—La cuestión es que ya tengo demasiados problemas. —Hizo una pausa, apretó los labios y habría jurado oírlo pensar—. Si Landers no está... y podemos conseguir acceder a La Esfera, allí hay un puente. Te puedo ayudar a traspasarlo.

—¿Ayudarme a traspasarlo?

—¿Te verías capaz de cambiar las cosas? —La pregunta se reveló decisiva.

Salvar a Michael. Estaba hablando de salvar a Michael. Me senté de rodillas.

—Sí por favor. Ay por favor...

—Espera. —Me levantó un dedo—. Una vez agotes el poder necesario, ya no podrás volver a utilizar tu habilidad nunca más.

—No me importa. —Me saltaría las normas, acataría todas las consecuencias con tal de recuperar a Michael. Avancé hasta el borde de la cama. La esperanza hervía en mi pecho, cálida, llena de posibilidades—. ¿Cuándo puedo ir?

Se examinó las manos mientras se levantaba.

—Dame treinta minutos. Tengo la intuición de que Liam y los demás irán a tu apartamento para registrar cualquier rastro de Landers. Les diré que te quieres quedar aquí y que yo me quedo contigo. Y una cosa, Emerson.

—Sí.

—No lo puede saber nadie. Liam es un férreo acatador de normas. Todavía no me puedo creer que haya aceptado volver contigo. Lo que estamos a punto de hacer es muy peligroso y está muy mal visto. —Sus labios prietos dibujaban una línea tensa—. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

CAPITULO 50

Las cigarras chirriaban mientras avanzábamos en coche a través del crepúsculo, de camino a La Esfera. El curso de los acontecimientos había tomado un cariz aún más irreal; tenía la sensación de que, en lugar de ir a resucitar a un muerto, había salido de excursión y estaba cazando luciérnagas y metiéndolas en un tarro o jugando a las sombras con mi linterna.

Cat conducía con destreza, mirando a ráfagas el retrovisor. Satisfecha de que nadie nos seguía, redujo la marcha y paró el coche debajo de un sauce. Las enormes ramas lo cubrían parcialmente.

—Vamos a entrar directamente en la antigua oficina de Liam, dentro de la casa. Sígueme y actúa como si vinieses aquí cada día, delante de quien sea o te digan lo que te digan.

—Entendido.

—Cuando te abra el puente, tienes que concentrarte en el momento en que Michael y tú entrasteis juntos en el laboratorio. Y tienes que andar con cuidado para que nadie te vea. Nadie, Emerson. No llares a Michael a gritos, por muchas ganas que tengas. No puedes hasta que Liam y tú hayáis salido del laboratorio. Tienes unos segundos antes de que se produzca la explosión.

Me miré la ropa y confié en mi capacidad para convencerle de que era una «yo» distinta. Habíamos limpiado el abrigo que llevé puesto cuando viajamos atrás para rescatar a Liam y me había puesto una bufanda verde claro. Llevaba el pelo largo y suelto en lugar de recogido en una cola. También me había guardado en el bolsillo la elipse plateada de Kaleb para que me diera suerte.

—Tienes que convencerle para que te ayude. Si se niega o si te pasa algo...

No hacía falta que acabase la frase. Si me pasaba algo, no podría volver nadie a salvarnos.

—Con tanto condicional, me estás minando la confianza...

Me agarró del brazo y lo apretó.

—Tienes que entender que es muy arriesgado. ¿Lo entiendes?

Respondí afirmativamente.

La seguí hasta la casa, intentando disimular mi cara de terror. Ni llamó ni se sacó las llaves; sencillamente, abrió la puerta y entró. Capté una imagen fugaz de un espacio muy abierto con tonos cálidos mientras me conducía por la oscura habitación.

Gesticuló desde la puerta.

—El pasillo te lleva a un salón y allí encontrarás una puerta de cristal que conduce al patio. El patio acaba en una pared de piedra que te puede ir bien como protección. En cuanto saltes a la hierba tienes que correr para evitar que te vean.

—Y qué hago si...

La pregunta quedó interrumpida por el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse. Cat me cogió y me obligó a agacharme detrás del escritorio. Voces entrecruzadas impregnaban el aire y se dejaron de oír de repente.

—Si te vas, tiene que ser ahora. —Levantó las manos e hizo aparecer el óvalo giratorio. Su cara resplandecía en su cálida luz—. ¿Preparada?

Di un paso y salté dentro del velo.



CAPITULO 51

El largo túnel de luz estaba difuminado por las mismas sombras acuosas plateadas de la noche anterior. Era muy diferente sin Michael a mi lado; menos excitante, más amenazador. Giré el anillo y me concentré en la fecha de la muerte de Liam, reteniendo la escena en que Michael y yo atravesamos corriendo el terreno de hierba hasta el laboratorio. Invadían mi mente fragmentos de lo que nos habíamos dicho, de lo que nos había faltado decir. Intenté mantenerme centrada. Casi podía oír la voz de Michael en mi cabeza, animándome a hacer lo mismo.

De repente empecé a escuchar los sonidos amortiguados y el resplandor del final del viaje. Cuando todo volvió a la calma, me quedé dentro del puente, examinando la habitación para asegurarme de que estaba sola. Solo podía ver un punto débil de luz que iluminaba desde lo alto de una estantería, donde descansaba una colección de relojes de arena, desde los modelos más arcaicos hasta los más futuristas. No me había fijado en ellos cuando había estado en la habitación con Cat.

Atravesé el velo y caminé sigilosamente hasta la puerta de la oficina de Liam, asomando la cabeza con cuidado como había hecho quince minutos antes, pero en un tiempo completamente distinto. La casa estaba tan vacía como antes; concentraba tal oscuridad que me maldije a mí misma por no haber traído una linterna. Caminé de puntillas hasta la puerta de cristal que conducía hasta el patio y giré lentamente el pomo.

Cerrada.

Oí pasos detrás de mí.

El pánico me inmovilizó. Ahogué un grito que me subía por la garganta y volví la vista atrás.

Estaba sola.

Me volví a concentrar en la puerta, buscando a tientas el botón del pestillo para desbloquearla. Lo único que encontré fue una ranura para la llave.

—De acuerdo. Piensa, piensa, piensa. —Busqué un clavo en la pared o una mesita, desesperada por encontrar algo. Nada. Un recuerdo me iluminó y levanté la vista, captando el destello de algo encima de un marco.

Una llave.

Igual que hacían mis padres cuando me dejaban una llave en el lavabo por si me quedaba encerrada. Me estiré tanto como pude y solté un taco. Qué bajita era. No me atrevía a saltar. Si no podía llegar y, encima, hacía mucho ruido, no tendría tiempo de salir.

Mi vista se había acostumbrado, por fin, a la escasa luz y miré a mí alrededor. A cuatro metros de mí, un sofá otomano de felpa enfrente de una mecedora. Salí corriendo en su búsqueda, rezando porque tuviera ruedas. Menos mal.

Lo empujé hasta la puerta y, encaramándome como pude, agarré la llave, pero se me escapó de las manos y cayó al suelo, repicando en el parqué. Sin tiempo para dejar nada en su sitio, metí la llave en la cerradura.

El viento frío me humedeció los ojos. La luz del laboratorio estaba encendida y nadie ocupaba la helada superficie del jardín. Crucé los dedos, bajé, agazapada, las escaleras del patio y arranqué a correr.

Llegué bastante rápido a la línea de árboles que bordeaba el terreno. Necesitaba ver mejor; tener la certeza de que había salido del puente en el punto temporal exacto.

Deseo concedido.

Eché a correr en busca de un rápido refugio y entré en el cobertizo abandonado con el suelo podrido que Michael no había querido que pisase. La puerta colgaba de las bisagras. Aun y así, la conseguí cerrar con un ruido blando. En mis narices penetraba un olor a moldura y gasolina. El suelo no estaba tan mal conservado, aunque tampoco me importaba demasiado.

En ese momento no tenía más opciones.

Landers y Ava estarían ya caminando por el bosque, en dirección hacia aquí.

Abrí la puerta un par de centímetros, lo suficiente para captar algo.

«Lo siento.»

«Eso tienes que hacer: disculparte. Haz bien tu trabajo y te recompensaré.»

«Lo que digas, lo que quieras.»

Si era posible, esta segunda vez las palabras sonaban aún más desesperadas. Al menos esta vez sabía que Michael y Liam estaban en el laboratorio y que yo estaba a un metro escaso, escondida detrás de un árbol, escuchando la misma conversación.

Era muy extraño.

Me acerqué a la puerta todo lo que pude, escudriñando con un ojo a través de la ranura.

Jack permanecía de pie, con una autoridad galante en medio del paisaje invernal, desplegando su fría legitimidad; su poder. Mi odio se multiplicó.

—¿Cuánto tiempo tenemos de margen antes de que vengan a buscarnos? —El tono de Ava se me antojó distinto, quizá porque ahora los escuchaba desde cerca. O quizá porque ella estaba asustada.

—No van a venir a buscar nada. No encontrarán ninguna prueba de que se ha conseguido gracias a una habilidad de tiempo. —Apartó su preocupación como si fuera insignificante: tenía razones para ello. Según Kaleb, ninguna autoridad tradicional sabía nada sobre La Esfera—. Deja de preocuparte por las repercusiones. Parece que me estás controlando; espero que no se te pase por la cabeza.

Intenté captar algún detalle del rostro de Ava mientras pasaban por delante del edificio y se adentraban en el bosque, pero lo máximo que pude ver era el brillo de un collar largo y un abrigo azul. A continuación, desaparecieron.

Un rectángulo de luz dorada se dibujó en el césped helado.

Michael —vivo, entero, respirando— estaba saliendo del laboratorio para ir a sacar el cuerpo de Juan Nadie del coche.

Observé cómo corría hacia un lateral de la casa, siguiéndole con la mirada hasta que desapareció.

Esta era la peor parte: saber lo que estaba a punto de pasar y verme forzada a esperar. Intenté ocupar el tiempo en algo, como palpar el suelo con el pie. Michael y yo necesitaríamos tener a mano un refugio inmediato para cuando lo sacase del edificio antes de la onda expansiva.

Los tablones de madera parecían bastante fuertes. Mientras examinaba mí alrededor para buscar el mejor rincón donde escondernos, pasó lo impensable. Los maderos blanquecinos y decrepitos que conformaban las paredes mutaron en bucles llenos de vida. A la luz de una lámpara de queroseno, las imágenes empezaron a desplazarse: una colcha frenética apareció de entre las ranuras de una estufa de leña; una chica de pelo negro azabache le cantaba a una muñeca tallada en madera y una madre joven mecía a su bebé en la esquina.

—No, no, no. —Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir. Las imágenes continuaban, con más detalles. El espacio se había transformado. Me acordé de lo que me explicó Liam: había un excedente de bucles en la fábrica del tiempo. Yo misma había pasado de ver personas sueltas a un terceto de jazz o a un carro de caballos y ahora estaba viendo el interior de una barraca literalmente asediado. ¿A qué intensidad llegaría el color? ¿Qué tamaño alcanzarían los bucles?

Miré por la ventana, adornada por una cortinilla cosida a mano.

Afuera había más cabañas pequeñas que formaban un semicírculo.

No había ningún laboratorio.

¿Y si tocaba a la mamá y al bebé y los hacía desaparecer?

Alguno tenía que irse. Todo tenía que desaparecer, y rápido.

Tenía que ver el presente a través de la ventana; nada de una escena del pasado.

La chica se me acercó, así que ella fue la escogida. O la perdedora, quién sabe. Estiré el brazo y le palpé suavemente el hombro; prefería eso a lanzarme hacia delante como si mi brazo fuera el estoque y ella, mi víctima.

Se disolvió de una manera que jamás había visto.

En lugar de explotar con una pompa y evaporarse, empezó a disolverse por arriba y tomó forma de gotas de lluvia descendentes.

Había algo que no iba bien. Pero no tenía tiempo para analizarlo. Como si hubiese pasado una mopa por la pantalla, el laboratorio volvió a aparecer y tomó forma. Michael se estaba acercando a la puerta y arrastraba el cuerpo de Juan Nadie.

Tenía un minuto aproximadamente. Arranqué a correr, sin pensar en la posibilidad de que me vieran. Jack y Ava avanzaban por las inmediaciones, dispuestos a hacer mucho daño, y en ese mismo momento Liam, Michael y yo estábamos discutiendo frente a la puerta del laboratorio. Cuando alcancé el lateral del edificio y me recosté contra la pared, cerrando muy fuerte los ojos, no estaba segura de si de verdad me iba a ver a mí misma.

No estaba segura de estar preparada.

«Yo no te dejo aquí solo.»

«Emerson. Vete. Cógelas.»

«Ven conmigo. Me prometiste que no nos pasaría nada.»

Mi voz sonaba desesperada. En ese momento supe que yo ya intuía que él no podría salir vivo de ese edificio. Pero eso había sido en el pasado.

Y no iba a dejar que la historia se repitiese.

«Te prometí que a ti no te pasaría nada y quiero que te alejes del laboratorio. Métete en el coche con Liam. ¡Por favor! Queda poco tiempo.»

«Estoy seguro de que Michael sabe lo que hace. Le estamos cubriendo las espaldas, solo eso.»

«Que os vayáis. Id a resguardaros. En cuanto pueda, me reúno con vosotros.»

Inmediatamente después de asegurarme de que el camino hacia la entrada estaba despejado, salté rápidamente del lateral del edificio y corrí hacia el laboratorio.

Michael estaba quieto, con los hombros echados hacia delante, derrotado. Sus dedos se aferraban al cadáver como si fuese a perder la vida.

—¡Michael!

Levantó la vista y abrió los ojos. Estaba muy asustado. Agitó la cabeza bruscamente y dijo:



—¡Qué haces aquí! ¡Vete, Em! ¡Corre!

—No. —Lo agarré de la muñeca y le di una patada a Juan Nadie con toda mi fuerza. Su cuerpo cayó al suelo, aterrizando con un golpe seco. Un brazo asomó de la bolsa de plástico, revolviéndome el estómago.

—Vamos. Corre.

Agarrada a Michael, lo arrastré y tiré de él, aporreando con los pies el suelo helado. Michael resollaba detrás de mí mientras me seguía por los bosques y nos metíamos en la barraca.

Dos segundos después, la puerta se cerró detrás de nosotros y el laboratorio empezó a arder en llamas.



CAPITULO 52

—¿Qué has hecho, Emerson! ¡Pero qué has hecho!

—Salvarte la vida.

—Las normas...

—Como vuelvas a hablar de normas vas a acabar muerto de verdad porque seré yo la que te mate. Tú eres el único que las cumple y espero que no se te ocurra hacer ninguna tontería guiado por tu sentido del honor. —Mi corazón se, debatía entre abrazarlo y no soltarlo nunca más o abocar toda mi rabia en él por saber que iba a morir y escoger precisamente eso en lugar de evitarlo.

—¿Por qué has vuelto?

Me ganó la rabia.

—¿Te has parado a pensar, por un segundo, cómo estaría yo después de perderte? ¿Tu madre, tu hermana? ¿Kaleb y toda la demás gente que se preocupa por ti?

—Lo he pensado constantemente.

—¡Y por qué lo has hecho!

—No tenía otra opción. Las cosas vinieron así. Una vez supe que volverías segura... —Hizo una pausa—. Con mi renuncia, estaba seguro de que tú estarías bien. Y no me equivoqué.

—Eso es lo que tú te crees.

Miró hacia el techo.

—Cuando te vi, te estaban cuidando. Te estaban dando cariño.

—¿Quién me estaba cuidando?

Me miró a los ojos.

—Kaleb.

Sacudí la cabeza.

—Así que yo ya sabía que tendrías un futuro. Y tuve que aceptar que yo no estaría en él.

—Quizá es que no quiero un futuro sin ti. —Me mojé los labios e intenté controlar los nervios. ¡¿Era idiota o qué?! Sacar a relucir mis sentimientos me daba más miedo que lo que estaba pasando detrás de la puerta—. ¿Lo has pensado?

—El momento de mi muerte era demasiado claro. No tuve tiempo para pensar, pero tú estabas ahí: al principio de la lista.

Me pregunté cómo es que había escalado tan rápidamente.

Una nueva explosión destrozó los cristales y nos obligó a alejarnos.

—Tenemos que salir de aquí —dijo, señalando hacia la puerta.

—Todavía no. Están pasando demasiadas cosas afuera. Esperamos hasta que se disperse el movimiento. Para matar un poco el tiempo. —Hice una pausa, arrepentida por haber escogido ese verbo—. Tengo que explicarte unas cuantas cosas antes de que volvamos. Todo ha cambiado bastante en las últimas veinticuatro horas.

—¿Tan poco has tardado en volver?

—A mí se me ha hecho muy largo, créeme. No sé si empezar por la noticia buena o por la mala. —Suspiré—. Bueno, primero: tenías razón. Jonathan Landers es el asesino.

—Ya lo sabía.

—Pero eso no es lo peor. Ha encontrado la manera de viajar y de acceder al puente que une nuestras habitaciones. Pensaba que era un bucle. Lo toqué para hacerlo desaparecer y acabé con un puñado de Blandí Blub.

Arrugó el labio.

—¿Por qué yo no lo veía?

—Supongo que ya se encargaba él de eso. Seguramente ha estado manipulando el puente y usándolo para ocultarse.

Michael inclinó la cabeza en dirección a la ventana, donde se podía ver perfectamente a Jack dando instrucciones a un coche de bomberos para que atravesara el terreno.

—¿Por qué no me explicaste nada de él?

Me subieron los colores. Era una pregunta muy difícil de responder.

¿Cómo le podía explicar que había preferido guardármelo para mí, tan adulator y atento como parecía? Me había creado la idea de que era un ángel de la guarda o algo parecido. Pero resulta que no. Era un asesino y había estado en mi casa. Me había observado mientras dormía y había sido tan tonta que le había creído cuando me dijo que me quería proteger.

—No le di mucha importancia al principio. Y entonces fue cuando se convirtió en una mentira, en algo que estaba ocultando. Tendría que haber caído en la cuenta de que era un error.

Se quedó pensativo.

—Los dos nos arrepentimos de cosas que no nos hemos dicho.

—En tu habitación, después de besarnos... —Me detuve—. Me dijiste que querías besarme más, pero que sabías que no ibas a volver. ¿Fue un beso de despedida?

—¿Tú qué crees?

Sabía que el cabreo me duraría bastante, pero mi pena se convirtió en una especie de alivio profundo que me entraba por los pies y salía por mi boca. Un impulso incontrolado.

—Si fue un beso de despedida, ahora nos toca un beso de bienvenida. —Mis dedos se pelearon con el nudo de mi bufanda y, por fin, la conseguí desatar—. Porque vamos. Básicamente te he rescatado de los muertos.

Michael me contempló por un momento, se acercó a mí y me sostuvo la cara con la mano. El tacto de su roce me estremeció.

—Fue un beso de despedida. Pensaba que no te volvería a ver y no quería morirme sin saber cómo saben tus besos. —Resopló—. Suena demasiado dramático.

—No es para menos. —Recordé el colapso de mi corazón cuando pensaba que lo había perdido para siempre—. Ha sido horrible.

—Lo siento.

—Todavía no te he perdonado. —Me temblaban las piernas como preludeo al llanto—. No sé cuánto tiempo voy a tardar en perdonarte, pero de momento estoy contentísima de que estés aquí otra vez.

—Emerson.

—No sé nada. Solo sé que, cuando pensaba que te habías ido, no podía ni respirar. Me faltaba la mitad del cuerpo. —Seguí balbuceando. No sabía si me arrepentiría, pero sabía que no podía parar—. Solo tengo diecisiete años. ¿Es normal sentir esto a los diecisiete?

—Em...

—Y, hablando de Ava o de Kaleb, no quiero que nadie en el mundo se interponga entre nosotros. Y...

—¡Emerson! —me gritó, impaciente.

—Qué.

—Deja de hablar, por favor. —Acercó sus labios, deteniéndolos justo enfrente de los míos—. No puedo besarte si no callas.



La euforia que corría por mis venas desbancó el dolor de haber estado a punto de perderlo. Reservé un segundo de mis pensamientos a la Emerson que se arrastraba por la hierba, golpeada por la angustia y la pérdida.

Entonces me abandoné a él, besándole completamente, dejándome caer sobre su cuerpo, tan grande y perfecto para mí.



Nos arrodillamos juntos, escudriñando por la pequeña abertura de la puerta para ver lo que estaba pasando en el patio. Las llamas se habían extinguido. Los vehículos estaban retrocediendo, hundiendo las ruedas fangosas en la hierba. El coordinador de los bomberos, cuya cara estaba recubierta de ceniza y hollín, dirigía el tráfico y su hálito se cristalizaba en el aire de la noche mientras vociferaba órdenes.

—Solo nos queda llegar a la oficina de Liam —dije—. Allí hay un puente que me ha abierto Cat.

—Déjame ir a mí primero.

Levanté una ceja.

—... Ya sé que vas a ir con cuidado. Y yo también. —Volvió a mirar afuera, a derecha e izquierda, contemplando a Landers desde su posición—. Es solo por precaución. Conozco la casa y las personas que pueden haberse quedado dentro. Tú no.

—Entendido.

Contemplé la curva de sus labios, olvidándome del puente o de todo lo que nos quedaba por hacer. Solo Michael: lo contenta que estaba de que estuviese vivo; lo mucho que ansiaba tocarle. Cómo necesitaba que me tocara.

Seguía con la vista clavada en lo que estaba pasando afuera.

—Emerson, no me mires así. Ahora, no.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Ya sabes. —Me sonrió. Lo oía en el eco de su voz. Me envolvió el cuello con el brazo y me atrajo suavemente hacia él—. Un momento. No me lo has explicado todo. ¿Qué más hay, aparte del hecho de que Jonathan Landers te ha estado acosando?

—Los bucles. Están cambiando. Los dos vimos al terceto de jazz en la inauguración de La Central, pero he visto más cosas desde entonces. Lo peor, justo antes de ir a rescatarte. Todo este espacio se ha transformado. He mirado por la ventana y he visto una escena de al menos ciento cincuenta años.

—¿Qué? —resopló.



—No sé cómo explicarlo. Es como si hubiese viajado atrás en el tiempo.

—Parece más como si el tiempo hubiese viajado hacia ti. —Hizo una pausa para pensar—. Los bucles que yo veo también han aumentado en detalles, pero no han llegado a ser tan complejos. ¿Se lo has explicado a Liam?

Asentí.

—Está preocupado.

—Eso es decir mucho. ¿Ha encontrado explicación?

—No.

Se apartó suavemente y abrió la puerta otro centímetro.

—Parece que los bomberos están comentando algo con el coordinador.

—Todavía no podemos salir —protesté. Aunque la multitud se estuviera despejando, podían alertarse de nuestra presencia si aparecíamos de repente.

—Cat no puede tener el agujero de gusano abierto durante mucho tiempo. Está en territorio enemigo si la gente de La Esfera sigue siendo fiel a Landers.

—Un momentito.

—Solo un momentito. —Se levantó y me hizo poner de pie.

—Ya que estamos esperando... —le agarré del cuello de la chaqueta, me puse de puntillas y le besé en los labios. Tenía la piel fría, pero se calentó en el mismo instante en que nos rozamos. Su calor me contagió desde la cara hasta la punta de los pies y habría jurado que cada pelo de mi cuerpo se me había erizado, pero no tenía ganas de abrir los ojos para comprobarlo.

Se apretó contra mí, recorriendo mi mandíbula y mi cuello con su boca mientras yo me agarraba a su chaqueta y me aferraba más a él.

—Ya estoy preparado para salir —musitó en mi oreja—. Y llevarte a algún sitio donde te pueda besar mejor.

—Es imposible que me beses mejor. —Volví a temblar. ¿Qué pasaba con este chico, que me hacía temblar de ese modo?—. Y yo, ¿te podré coger mejor?

—Espero que sí. —Me besó desde la mejilla hasta los labios, deslizando la mano dentro de mi abrigo mientras los dedos se fundían con el tejido de mi camiseta. No paraba de pensar en cómo sería la caricia de sus manos contra mi cuerpo desnudo—. O no. Puedes hacer lo que quieras conmigo.

Quería estar con él. Solos.

—Y si volvemos directamente a mi apartamento...

Levantó la vista, con una expresión extraña. Se me escapó una risita nerviosa.

—Estaba pensando en voz alta.

—Me encantan tus pensamientos.



Pudimos llegar a la casa sin que nadie nos viera. La primera etapa fue fácil.

—No te he dado las gracias —me dijo mientras entrábamos en la oficina de Liam—. Muchas gracias por todo. —Levantó nuestras manos entrelazadas y me besó la muñeca.

—No tiene importancia. —Nada tenía importancia desde que había descubierto mis partes erógenas—. Nada.

Me dedicó una sonrisa.

Sin separar las manos, saltamos al velo.

Me concentré en la oficina de Liam. Las espirales plateadas volvían a consumirme y lo único que se escuchaba de vez en cuando era un eco ocasional o un fragmento distante de música.

Cuando alcanzamos el velo, Michael susurró.

—Quédate en el puente. Vengo en seguida; voy a comprobar que el camino está despejado.

—Date prisa.

Me estrechó la mano y desapareció.

Me quedé sola en el puente, esforzándome por quedarme quieta en lugar de caminar hacia delante o hacia atrás. Era tan diferente de viajar. Era como si me estuviesen empujando y tirando a la vez y mi vida entera dependía de la concentración de mantener el equilibrio. Los remolinos de agua avanzaban en el orden de las agujas del reloj y viceversa y aparecían rostros con bocas y ojos en movimiento que se difuminaban y volvían a enfocarse.

No me sentía bien.

¿Y dónde estaba Michael?

Cuanto más esperaba, más oprimida me sentía y más se acercaban las caras al puente. Empezaba a apreciar detalles, como las pestañas, cejas, hoyuelos, bigotes. Las caras crecían hasta la barrera en forma de olas y, aunque no las podía oír, parecía que vocalizaban mi nombre en gritos ahogados de advertencia.



Cerré los ojos. Seguí esperando tres minutos más con los ojos cerrados y la impronta de sus caras seguía clavada en la oscuridad.

Tenía que salir corriendo.

Salté del puente a través del velo y abrí los ojos.

Para ver a Cat.

Que estaba apuntando con una pistola a Michael.



CAPITULO 53

¿Qué está pasando?

Sentí un empujón fuerte por detrás. Michael me recogió en sus brazos.

Recuperé el equilibrio y vi la cara de Jack Landers.

Sin dejar de apuntar a Michael, Cat caminó directamente hacia Jack, con ojos resplandecientes. Me quedé de piedra al ver que lo envolvía con los brazos y le daba el beso con lengua más largo que he visto en la vida.

De lo poco de vida que me quedaba.

—¿Cat? —Michael me colocó detrás de su espalda para protegerme. Si el empujón de Jack me había hecho perder el equilibrio, la traición de Cat casi me hace caer al suelo—. ¿Qué estás haciendo?

Cat estaba acariciando el rostro de Jack con devoción, centrada únicamente en él.

—Pensaba que habías muerto.

—Por poco. La fórmula me ha mantenido vivo. —Jack le cogió la mano y se la apretó contra los labios—. Me he quedado sin fuerzas después del último viaje. Pensé que me quedaría atascado para siempre.

—Por eso he venido. Esperaba que pudieses alimentarte del gen de Emerson y salir cuando ella estuviese de camino mientras mi materia exótica mantenía el puente abierto. Ha funcionado.

Landers hablaba con voz reverencial.

—Gracias.

—¿Cat? —repitió Michael, en forma de súplica.

Ella lo ignoraba abiertamente.

—¿Por qué! ¿Por qué has salido a viajar si yo no podía ayudarte! —La voz de Cat se quebró y recostó la cabeza en él—. Necesitas la fórmula en tu sistema interno y sin mí no puede dar buen resultado. ¿Por qué te arriesgas así?

—Ya no importa. Estoy aquí ahora.

—Cat —insistió Michael, interrumpiéndolos—. ¿Qué está pasando?

—Que te calles de una vez, Michael.

Cat se volvió hacia nosotros y retrocedimos un paso. Su semblante sereno se había convertido en una expresión de odio.

—Se han acabado las colonias de verano.

—No puedo creerme lo que estoy viendo. ¿Estás con él, de verdad? —preguntó Michael, con una voz teñida de rabia.

—Ya veo que, aunque seas joven e inocente, te queda algo de inteligencia. —Rodeó la cintura de Jack con el brazo, apoyándose en su hombro.

Jack me miraba con los ojos más vivos que nunca; de un azul desproporcionado. Terrorífico.

Se produjo un momento de silencio antes de que Michael volviera a hablar.

—¿Por qué?

—Porque Jack y yo podemos hacer muchas más cosas juntos que separados. Porque todos estos años he sido un cero a la izquierda y estoy harta. —Hizo una pausa y miró a Jack. Al ver que él me miraba a mí, se aclaró la voz y agarró la pistola con más fuerza. Yo me cogí del brazo de Michael.

—No has sido un cero a la izquierda —replicó Michael—. Has sido una parte muy importante. No podemos viajar sin ti.

—No podíais viajar sin mí —le corrigió—. Liam creó la panacea: materia exótica molecular integral con una fórmula ingerible. Por desgracia, la fórmula se quemó en el incendio.

Michael tensó la mano.

—Por eso nos ayudaste a volver. Para recuperar la fórmula.

—Cuando te diste cuenta de que no podrías volver de tu misión de salvación de pacotilla, vi que me había sacado dos problemas de encima, aunque nunca me imaginé que Liam conseguiría regresar a través del puente con Emerson.

—¿Cómo has podido hacer esto? —le respondió, en un susurro—. Liam y Kaleb te quieren muchísimo. Eres de la familia, para ellos.

—No. De la familia no. Soy una conocida, sencillamente.

—Eso no es verdad. —Avanzó un paso hacia ella—. Liam confiaba en ti...

Cat apuntó a su cabeza y apretó el percutor. La bala entró en la recámara, con un ruido que rebotó en las paredes de la oficina.



—Liam cogió una muestra de mi ADN para crear la fórmula.

Ni siquiera él sabía lo que había descubierto y fue incapaz de darme una copia. —Ni el más leve titubeo afectó en su voz; ni una lejana sombra de arrepentimiento se paseó por su mirada al saberse asesina—. Así que lo usé contra él. Por culpa de un malentendido, no pude recuperar la investigación antes de que lo matáramos. Como ya sabemos, la materia exótica puede ser bastante destructiva si Ava la desplaza con fuerza.

—¿Ava? —dijo Michael.

—El fuego que incendió el laboratorio no era un fuego normal, Michael —le respondió Cat, sarcástica—. Aunque, ahora que pienso, tú tampoco eres muy normal, teniendo en cuenta que ya no sabíamos qué hacer para que Ava te sedujese. Pobre chica. Mira que rechazarla...

—¿Pero por qué? —pregunté, mirando a cada uno, sintiendo náuseas al pensar en cómo habían manipulado a Ava. De repente me di cuenta de que nadie la conocía de verdad—. ¿Por qué lo has hecho?

Jack respondió.

—Yo necesitaba la habilidad de viajar en el tiempo y no había receta para la fórmula, pero teníamos un tarro lleno de pastillas. Así que Cat empezó a experimentar.

Michael negaba con la cabeza, con expresión disgustada.

—Estáis mal de la cabeza.

Jack se quedó pensativo un momento, con mirada calculadora.

—¿De verdad? Solo son cosas que queremos cambiar del pasado; buenas y malas. ¿Por qué no? ¿Por qué no cambiar las experiencias más traumáticas de nuestra vida, si se nos presenta la oportunidad? Ya sabes de lo que hablo, ¿no, Emerson?

No pude hablar. Me hizo demasiado daño.



Los ojos azules de Jack eran un poco más tenues; por momentos parecía como si su pelo rubio se hubiese vuelto gris en las sienes.

—A veces pienso que le podría haber pedido a Grace que viajara atrás para cambiar cosas para mí, si la ocasión se hubiese presentado. Kaleb ha sufrido mucho; seguro que se iba a poner en mi lugar y entender mis necesidades.

—Pero no las entendió —apuntó Michael.



—Se me puso en contra y entonces empezó a atar cabos con la muerte de Liam. Tenía que pasar a la acción.

El cuerpo se me descomponía; las náuseas subían por mi garganta.

—Fuiste tú. No fue un intento de suicidio; Kaleb habría notado algo. Y no vio nada. Has intentado matarla.

—No —protestó, con cortesía—. Solo usé mi habilidad.

—¿Tu habilidad? —terció Michael—. ¿Alguna vez has tenido habilidad?

Jack se echó a reír, profiriendo unas enormes carcajadas.

—Lo que pasa es que nunca me la has visto usar. O no te acuerdas. Tuve que tomar una desagradable decisión hace meses y no me la han permitido usar. Pero llevo el mismo gen del tiempo que vosotros; solo me falta el gen de la transportación.

—¿Cuál tienes? —pregunté, arrepentida de la debilidad en mi voz—. ¿Qué sabes hacer?

Su sonrisa de respuesta fue demasiado explícita y las arrugas de su rostro estaban marcadas como nunca.

—Puedo robar el tiempo.



CAPITULO 54

—¿Cómo? —preguntó Michael—. ¿Cómo que puedes robar el tiempo?

—Robando los recuerdos.

—No entiendo.

—Ha sido tan fácil ir dejando a Grace sin recuerdos... Mientras ella pensaba, yo los recogía, pero solo los que la mantenían viva. Cuando ya no tuvo más por lo que vivir, eché mano de unas cuantas pastillitas para dormir. —Se echó a reír—. Ha sido muy fácil dejarla inutilizada. Y qué manera de malgastar mi habilidad, para acabar con su vida.

—Le has robado los buenos recuerdos a Grace. ¿También has robado los recuerdos de Ava? —Michael apuntaba a Landers—. Sus desmayos. Tú tienes la culpa de sus desmayos.

—Sí. —Parecía complacido, como un profesor orgulloso de su alumno—. Le robé los recuerdos a Grace y a Ava también. Y los tuyos, Emerson.

Las náuseas se convirtieron en un miedo espantoso que me ahogaba.

—¿Los míos? ¿Qué tienen que ver mis recuerdos con todo esto?

—Todo. Grace no valía para nada, así que necesitaba a alguien para viajar al pasado. Mi búsqueda de información me condujo a los archivos. Y los archivos me condujeron a ti.

Lo miré con perplejidad. No dije nada. No podía hablar.

—Muchacha, eras una niña muy distinta cuando te vi por primera vez. Respirabas y poco más. Cada noche revivías esas terribles experiencias en tus sueños. —Su cara tomó una expresión curiosa, como si estuviese a punto de sentir indulgencia. O adoración—. Retuve los recuerdos de lo que había pasado de verdad y los mantuve en un plano colateral.

—No... cómo. Qué dices. ¿Qué estás diciendo, con eso de «de verdad»?

—No solo estabas con tus padres en el autobús cuando se produjo el accidente, sino que, además, fuiste la única superviviente.

Las cosas se movían a mi alrededor; el pánico de mi estómago ascendió por mi garganta.

—El dolor y la culpa... todas tus heridas físicas estuvieron a punto de llevarte también. —Jack sacudía la cabeza—. Nunca te has recuperado del todo.

—No, no es verdad lo que dices. —Retrocedí lentamente, chocando contra el escritorio de Liam.

—Pasaste a los servicios sociales y entonces te fuiste a vivir con tu hermano y tu cuñada. Se sentían culpables, ya ves. Es una mancha en su historial. —Bajó la vista y me miró, fingiendo pena—. Qué manera de desgastar a todos. Yo sabía que podía cambiarlo y lo hice. Te encontré y te quité todos esos horribles recuerdos. Como de normal no eras muy lúcida, nadie lo iba a notar, sobre todo porque no te ayudaban en nada.

—Entonces yo cambié tu historial. Gracias a un frasco de pastillas, a Cat y a su materia exótica y otro par de cosas más, viajé atrás en el tiempo. Intervine en ti cuando estabas en la recepción del hotel e impedí que cogieras el bus. Entonces salí corriendo hacia la montaña para asegurarme de que el bus se deslizaba por la carretera justo en el momento exacto. Tenía que sumergirse en el lago para ralentizar el acceso de los cuerpos de emergencia. Era importante que todos perecieran. —Dio la explicación con tanta tranquilidad, como si no estuviese hablando de vidas humanas—. Sabía que estaba dando un importante paso, pero estaba convencido de que, si te ahorra el trauma de las heridas físicas y el recuerdo del accidente —que fue de verdad espantoso—, saldrías de esa depresión que te estaba arrastrando.

Michael respiraba ansiosamente. No podía verlo. Tenía la mirada ensartada en Jack.

—Entonces te conduje durante los siguientes años. Incluso creé una beca en tu internado para alguien con tus necesidades específicas cuando la vida en Ivy Springs ya se fuese a convertir en demasiado difícil. Cuando te recuperaste como yo quería, la beca se esfumó. —Se echaba hacia delante y daba palmaditas como un niño. Podía oler su maldad—. Regresaste. Pensar que, gracias a Cat, he podido hacer todo este trabajo y cambiar todos estos años en un solo día.

—No no no no. —Empezaba a ver puntos negros. Mis pulmones amenazaban con explotar; habían retenido demasiados sollozos—. Me estás diciendo... que mis padres han muerto por lo que hiciste.

—No del todo. Solo digo que tú estás viva —viva de verdad— gracias a mí. No lo estás viendo como se debe ver. El hado llamaba a tus padres, no a ti. Vives porque yo lo he querido así. He intervenido en tus circunstancias y te he salvado. —Avanzó un paso hacia mí—. Eso nos une.

—Yo no estoy unida a ti. Mi vida entera es una mentira por tu culpa.

—Pero Emerson, muchach...

—No me llares así. —Empecé a producir un gemido y me llevé la mano a la boca.

—Estuve tan cerca de convencerte de que me creyeras. Así podríamos haber compartido nuestra historia contigo de una manera muy distinta. Pero yo viajaba muy a menudo; estaba gastando demasiado componente. Se me acabó antes de lo esperado y acabé atascado en el puente.

Cat tomó la palabra por fin. Su voz estaba inflada de rabia.

—¿Y por eso? ¿Por eso acabaste atascado en el agujero?, ¿dándole bombo a una niña que vivía entre algodones para convencerla de que hiciese lo que tú querías?

—Yo no diría que vivía entre algodo...

—Pero no era necesario correr ese riesgo. No la necesitabas. He conseguido información y sé que hay más alternativas —apuntó Cat, con crudeza—. Quería decírtelo ayer, hasta que Kaleb nos interrumpió en la habitación para decirnos que no estabas. Hasta que pensé que estabas muerto.

Contempló a Cat durante un momento. Me di cuenta de que no se aguantaba recto; permanecía ligeramente inclinado como si necesitase apoyo.

—¿Hay más alternativas?

Cat asintió, con una satisfacción que me helaba la sangre.

—Ha acabado el interrogatorio. —Cat sostenía la pistola y la apuntaba hacia Michael y hacia mí—. Dijisteis que habías cogido el disco. ¿Dónde está?

—No lo sé —tercié—. Han pasado muchas cosas...

—No juegues conmigo.

Cat apuntó y apretó el gatillo.

La vidriera explotó en una lluvia de añicos y Michael se volvió rápidamente para cubrirme. Me enrollé a su cintura y esperé a que se produjera otra explosión, impotente por no protegerle a él con mi cuerpo.

Al no oír ningún ruido de fogueo, abrí los ojos para ver el alcance del daño. El cuello de Michael estaba cubierto de pequeñas laceraciones y la sangre goteaba su piel.

—Seguro que podéis haceros una idea de la gravedad de la situación —dijo Cat, hablando por encima del estrépito de los últimos vidrios que estallaban contra el suelo—. Quiero el CD con la fórmula de la materia exótica y lo quiero ahora. ¿Dónde está?

—Catherine, un poco de paciencia —intervino Jack con toda tranquilidad, como si estuviesen hablando de la cena de esta noche. Una sonrisa piadosa se extendió por su rostro como un lento veneno—. Estoy seguro de que puedo convencer a Emerson para que nos facilite esta información en particular.

—¿Cómo piensas conseguirlo? —preguntó Cat.

—Ayudar a Emerson en su recuperación contribuyó a mejorar nuestras vidas. Ella lo sabe, razón por la cual estará dispuesta a cooperar, ahora que tiene la oportunidad. —Jack hablaba para Cat, pero me miraba a mí. Movía la lengua con una extraña sensualidad al hablar—. Si declina, siempre le puedo devolver el dolor.

Quería tragar, pero la bilis me lo impedía. Estaba hablando de las repercusiones.

Michael se separó de mi mano.



—No. —Intenté desesperadamente frenar el tono suplicante de mi voz cuando lo que de verdad quería era dejarme caer al suelo y llorar—. Yo no te pedí que hicieras lo que has hecho... no puedes pedirme que te ayude con la excusa perversa de devolverte lo que has hecho.

La sonrisa risueña de Jack acentuó de nuevo su tolerancia, como si me estuviese portando mal en lugar de haberle dedicado un «no» rotundo.

—Hice lo que hice porque era necesario. No se pueden evitar las consecuencias.

—Consecuencias —intervino Michael, resollando—. Todas las cosas que has cambiado y los viajes... esto debe de haber tenido un efecto, ¿no? El continuo espacio-temp...

—Basta. Ahora estamos hablando de la fórmula —dijo Jack en tono desdeñoso. Se separó de Cat y se acercó a mí—. Hay recuerdos de los que no puedes prescindir, ¿verdad, Emerson? Tus padres, vivos y sanos. O tu propia identidad, al fin y al cabo. ¿O prefieres que te devuelva los más desagradables? ¿Cuándo estuviste ingresada en el hospital? ¿La agonía, la angustia? ¿De verdad te creíste que era simple atontamiento?

La perspectiva de sentir un dolor aún más profundo se me antojaba insoportable. Michael me apretaba la mano para recordarme que no lo sufriría sola.

—No me importa lo que digas. —Respiré profundamente y le miré a los ojos—. No te voy a dar el CD, no puedo dejar que sigas haciendo aún más daño a la gente.

Jack se colocó a mi lado con la rapidez de un rayo.

Michael intentó interponerse entre nosotros y Cat le puso la pistola contra la mejilla. Michael se separó de mi mano, en un claro intento por ganar control sobre la situación. Solté un grito.

—Michael, no. —Las lágrimas salían a borbotones. Le miré a los ojos, suplicando—. Sepárate, por favor. Te necesito.

Lo necesitaba mientras estuviese viva. Pero me quedaba poco.

Se quedó inmóvil. El dolor penetró en mí.

Congelé la imagen de Michael en mi retina mientras mis oídos se llenaban del mismo aire fresco que había sentido cuando Kaleb intentaba diluir mi dolor. Volví a gritar; mi cuerpo se resbaló lentamente hacia el suelo, azotado por una agonía directamente visceral mientras los recuerdos invadían mi mente.

El bus patinaba lentamente y arrastraba un árbol en su caída. Fuego, gritos, carne quemada y sabor a hierro empañado en sangre. Sabía que estaba gritando: era yo. No podía parar.

Las imágenes continuaron. Chirrido de mesas con bandejas de comida que volvían prácticamente intactas. Mis brazos, repletos de parches de piel. Mi cuerpo, insignificante bajo las sábanas, como si perteneciese a un niño pequeño.

Thomas, con rostro desenchajado.

La ráfaga de aire se suavizó y me puse en posición fetal. Estaba congelada de frío. Me metí las manos en el bolsillo del abrigo para darme calor. Oí la voz de Michael, aclamando serenidad, con un eco más doloroso que el de mi propio grito. Retazos y bocados, imágenes de mi vida seguían acudiendo a mi cerebro. No podía esquivarlas de ninguna manera.

Dos féretros. Un largo coche fúnebre. Un alcance ilimitado de pastillas; olor a hospital; mirar al mismo punto del techo durante días y días. El llanto de Dru. Tratamiento antishock. Agujas penetrando en mi espalda para reducir parcialmente el dolor. Mirar a la cara de un psicólogo mientras me habla del sentimiento de culpa del superviviente. La transformación de mis gritos en un lastimero llanto.

—Basta —exclamó Michael—. Te doy lo que quieras. Por favor, no le hagas esto. Por favor.

Las imágenes desaparecieron. Nos quedamos en silencio. El único sonido, los latidos de mi corazón.

Antes de que las imágenes se enraizaran, vi cómo la cara condescendiente de Jack se abalanzaba sobre mí. Cerré los ojos para intentar bloquearlo. La ráfaga de aire regresó a mis oídos, esta vez en forma de vacío. Las imágenes entraban y se quedaban estancadas. Permanecí quieta, temblando, con unas intensas agujetas como si hubiese estado corriendo durante días.

—Mira, muchacha. —La voz de Jack volvía a adoptar un tono indulgente—. O te lo doy o te lo quito. Tú decides —dijo, antes de susurrar—: nunca te olvides de lo que he hecho por ti.

Mi mejilla permanecía pegada contra el suelo de madera, con la única visita de las lágrimas. La cabeza me pesaba demasiado como para levantarla; los ojos me pesaban. La invasión de Jack en mi mente me había convertido en un despojo, tirada en el suelo.

—Ahora —le tocó el turno a Cat—, dinos dónde está el CD.

Negué muy suavemente con la cabeza y sentí algo en las costillas.

Cat quería el CD. Yo lo tenía.

—No. —Me enderecé y me senté, empujada por un impulso de fuerza renovada.

—Emerson, díles dónde está. No dejes que te hagan más daño —suplicó Michael.

—Y os podemos matar ahora mismo —dijo abiertamente Cat, volcando toda la fealdad de su alma en sus palabras—. Lo podemos encontrar sin vuestra ayuda; tampoco hay muchos sitios donde mirar.

La cabeza me martilleaba de tal modo que era casi imposible pensar.

—Si os digo dónde está, ¿vais a querer matarme igualmente?

Cat levantó una ceja y se volvió hacia Jack, que permanecía a su lado.

—¿Qué gano cargándome una herramienta tan necesaria, por mucho que haya más alternativas? —dijo Jack, toqueteando la cadena de su reloj de bolsillo. Su pelo había adquirido un tono grisáceo a la luz de la luna—. Ya ha aprendido la lección, esta chica. Si la volvemos a necesitar, cumplirá.

Cat sacudió la cabeza.

—Pero...

—Se acabó. —Solo hicieron falta dos palabras. Cat empuñaba la pistola, pero él controlaba la situación—. Tenemos mucho por hacer; no necesitamos más complicaciones.

Se apartó de ella y apoyó la mano encima del respaldo del sofá. Más que una postura, necesitaba sujetarse.

—Emerson. ¿Dónde está?

Me mordí los labios, vacilando, aunque por dentro ya había tomado una decisión. La supuesta complacencia de Jack me había dado un respiro.

—Entiéndelo. No lo hago por ti —dije, con tono firme, mientras me ponía de pie—. Lo hago por mí.

Me subía y bajaba compulsivamente la cremallera del abrigo.

—¿Qué vais a hacer con eso?

Cat se echó a reír. Jack la hizo callar con una mirada.

—Tengo ideas pensadas.

Me volví a bajar la cremallera, deslicé la mano dentro del bolsillo interior y saqué el CD. Lo sostuve, esperando que fuese el acertado.

—¿Y estaba aquí, después de tanta historia? —exclamó Jack, apoyado por completo en el sofá.

Asentí.

—Qué lista. Tráelo aquí, Emerson. —Actué como una buena chica. Extendió la mano.

Me acerqué lentamente a él. Tenía el pulso acelerado. Era plenamente consciente de que sus ideas trascendían el CD. Sostenía la funda de plástico con tanta fuerza que se me clavaba en los dedos.

Los ojos de Jack se habían vuelto grises azulados. Más fríos que antes, socavando directamente mi alma.

Me cogió la mano y se apropió del CD.

—Ya nos iremos viendo. —Ahora que estaba cerca de él, podía ver cómo el pelo se había vuelto casi blanco—. Dio un paso adelante y se tambaleó. Cat corrió a ayudarlo; Jack se apoyó en su hombro y caminaron juntos hacia la puerta.

Se fueron sin mediar palabra.

En cuanto se cerró la puerta, Michael vino hacia mí corriendo y me abrazó.



—Pensaba que se te quería llevar. —Me cubrió la cara de besos—. Tenía más miedo que cuando Cat me ha apuntado al cuello. ¿Estás bien?

No podía recordar lo que Jack me había mostrado.

Enterré mi cabeza en su pecho y asentí. Necesitaba tiempo. Que pasase el tiempo.

—Michael, tienes que ir al hospital. Tienes cortes...

—Estoy bien. —Me abrazó con más fuerza—. Son pequeños y ya no sangro. Tenemos que salir de aquí. Tenemos que decirle a Liam que Jack está fuera del puente y que tiene el CD con la fórmula.

—No.

—¿Cómo?

Me separé de él para mirarlo, temblando de satisfacción.

—Si me ha salido bien, no tienen el CD con la fórmula de la materia exótica. Tienen la fórmula de los medicamentos para el control emocional de Kaleb.



CAPITULO 55

En el mismo segundo en que posó su mirada en mí, comenzó a echarme una bronca de espanto.

Tampoco es del todo cierto. Lo primero que hizo fue abrazarme. Pero me echó una buena bronca segundos después.

El sofá se había convertido en mi nueva base de operaciones. Seguía llevando el anillo de duronio y todavía percibía el velo que daba acceso al puente de una manera demasiado nítida como para estar cómoda en mi habitación. No pegaba ojo. Había puesto una cajonera delante de la puerta para que nadie entrase en el salón. Thomas no objetó nada al respecto. Pero empezó a buscarse inmobiliarias.

Las pesadillas empezaron al sexto día de mi condena.

Fuego. Imponente y devorador, relamiéndome mientras yo permanecía impasible, forzada a observar. Mis padres con los ojos abiertos; sin pestañear. Muertos y fríos.

Esa noche me desperté gritando. Thomas vino a mi cama y me cogió de la mano para tranquilizarme, pero no me pude volver a dormir.

Al día siguiente me tragué una maratón de películas de dibujos animados. Finales de cuento de hada y personajes iguales que yo —huérfanos, derrotados, solos— que al final triunfaban por todo lo alto. Por desgracia, el sueño me envolvió poco después de que Ariel se equivocara con el tenedor.

Soñé y mezclé imágenes. Olía a carne quemada; a fresca fragancia de una corona de flores sobre los féretros; a desinfectante de hospital. Los tranquilizantes viajaban por mis venas hasta mi sistema nervioso y mi cerebro: eran necesarios para aplacar el shock de un autobús retorcido en torno a un árbol. El metal rechinaba al resquebrajarse y patinar por el lado de montaña.

No identificaba nada de eso conmigo, pero sabía desde lo más profundo de mi ser que había pasado.

Me bebí dos tazas de café aquella noche.

Cuando Dru se despertó a la mañana siguiente y me encontró medio despierta en una silla, balanceándome adelante y atrás y recitando «Casey at the Bat»² de memoria, se puso rápidamente alerta. La oí discutir con Thomas desde su habitación.

2-Casey at the Bat es una famosa balada del poeta y periodista americano Ernest Lawrence Thayer (Massachusetts, 1863-1940). Se trata de un poema muy

—Ahora no la puedes dejar sola, Thomas. Nos ha explicado algo de lo que ha pasado, pero no todo. Está escondiendo algo. Al menos déjala llamar a Lily. Ni los prisioneros...

—Los prisioneros están en la cárcel por algún motivo. Estoy contento de que haya salvado a Liam, pero ¡Dios mío! ¡Merecía la pena que acabase así! —Bajó la voz mientras yo caminaba de puntillas para oír contra la pared—. No puedo verla. Se ha convertido en una piltrafa. Tenemos que hacer algo.

—Pues déjame pedirle ayuda a alguien —suplicó Dru—. A alguien con quien se sienta a gusto para hablar de lo que ha pasado.

Se quedó callado durante un momento.

—¿De verdad crees que servirá de algo?

—Lo tenemos que intentar. —Más silencio—. Tengo guardado el número de Michael. Lo llamo y le pido que venga.

Hablar con Lily habría estado bien. Solo tuve fuerzas para llamarla y decirle que no podía ir a trabajar. Pero hablar con Michael habría sido increíble.

Thomas y Dru no me habían dejado hablar con él desde el día en que recogió sus cosas del apartamento y le devolvió la llave a Dru. En ese momento me dio un rápido abrazo y un beso en la frente y tuvimos una conversación suficiente como para saber que todas las partes interesadas habían regresado a La Esfera para buscar la manera de empezar de nuevo.

Ava incluida.

Mi corazón latía fuerte ante la perspectiva de verlo. Arranqué a caminar más rápido al oír los pasos de Thomas. Entró en la habitación y me encontró hecha un ovillo debajo de la sábana, recitando absorta el abecedario. Habría sido capaz de cualquier cosa con tal de hablar con Michael. Si, para eso, tenía que exagerar un pelín, no tenía ningún problema.

—Nena. —Llamó a Dru mientras me contemplaba con unos ojos enormes. Yo seguía recitando, enrollándome el pelo entre los dedos—. Date prisa.



Tardé un segundo en saltar de la cama y bajar las escaleras cuando oí el motor de su descapotable doblando la esquina. Antes de que aparcara, ya había abierto la puerta de casa y corría hacia sus brazos.

vehiculado con la filosofía y contexto del béisbol, en el que el protagonista adquiere un rol de antihéroe, al tener ante él todos los elementos para salir victorioso y, aun y así, acabar derrotado. (N. de la T.)



Nunca pensé que la sola presencia de alguien cambiaría mi estado de ánimo de una manera tan radical, solo por verlo y que me viera. Lo miré a los ojos y empecé a tomar conciencia de todo. Me sujetó la cara y me acercó sus labios. Nos besamos hasta fundir nuestras respiraciones, nuestros pensamientos. Todos mis temores ardían y se calcinaban con el beso. Se convertían en brasas.

Deslizó los labios hasta mi oreja y trazó una sonrisa en mi cara.

—Cómo te he echado de menos.

Estuve a punto de echarme a reír al ver que la aguja del parquímetro de la esquina se había vuelto loca.

—Yo también te he echado mucho de menos. Mi indulto durará solo dos horas.

—Voy a aprovechar cada minuto. —Se sentó y me tomó en sus brazos, envolviéndome la cabeza con los hombros—. Me he saltado al menos tres semáforos de camino.

—Estoy muy preocupada por lo que está pasando. No sé cómo puede afectar todo esto. ¿Se sabe algo de Cat o Jack? —La sola pronunciación de su nombre me provocaba nervios.

—No. Dune ha entrado en sus e-mails y en sus cuentas del banco. Jack sacó mucho dinero en Nueva York. Compró dos vuelos para Heathrow con tarjeta de crédito, pero la operación se bloqueó. Liam sigue en activo sin dejar huellas.

Jack y Cat, perdidos en algún lugar del mundo. Era un pensamiento que golpeaba mi subconsciente y alimentaba mis pesadillas.

—¿Y los Ballards?

—Liam solo sale de su oficina para estar con Kaleb y para ver a Grace. —Una arruga se dibujó entre sus cejas.

Me enderecé.

—¿Ningún cambio?

Negó con la cabeza.

—Tenemos la esperanza de conseguir que vuelva a casa. Si empieza a oír la voz de Liam cada día, seguro que mejorará. No sé cómo estará él. No sé cómo lo enfrentaría si fuese yo. Por si fuese poco, ahora parece que La Esfera se enfrenta a represalias por las acciones de Jack y Cat.

—¿Por parte de quién?

—Poderes implicados.

—Cat ya lo comentó. —Le cogí los brazos y los envolví en mi cuerpo—. Pero, ¿por qué? Liam no ha tenido culpa de nada. Ni siquiera estaba vivo.



—No sé los detalles, pero la cosa está bastante mal. —Michael me seguía abrazando—. Liam parece que no haya dormido desde la noche en que le rescatamos y Kaleb se está moderando bastante.

—¿Cómo está Kaleb? —Me sentí rara al preguntar, pero quería saber. Necesitaba saber.

—Lo está pasando bastante mal. No le cabe en la cabeza cómo no fue capaz de intuir cómo eran de verdad Cat y Jack.

Ladeé la cabeza y le miré.

—¿Cómo está Ava?

—Asumiendo las cosas. Dune sacó e-mails y textos entre Jack y Cat que confirmaban lo que Liam sospechaba. Utilizaron a Ava de la peor manera; la forzaron a hacer cosas contra su voluntad, bajo la amenaza de mentiras y sobornos y luego le borraban los recuerdos. —Los labios de Michael se tensaron—. No tenía ni idea de que había sido ella la que había hecho explotar el laboratorio.

El estómago se me giró. Pensé en las pesadillas que podría tener.

—¿Y tú, Em? —me preguntó, acariciándome la cara—. No vamos a desperdiciar las dos horas de visita hablando de los demás. Dru me ha dicho que no puedes dormir. ¿Por qué?

—Bueno. —Miré fijamente hacia el salpicadero y me acordé de que tenía que hablar con él sobre lo que estaba pasando—. Cuando duermo, empiezo a soñar.

—¿Con Jack?

—Con todo lo que me metió en la cabeza. —Una forma de tortura—. Mis realidades se están fusionando, Michael. Me cuesta distinguir cuál es la real y cuál es la ficticia.

—Explícame más.

—A veces sueño con cosas que estoy segura de que han pasado, pero que no recuerdo del todo. Son tan reales... me vienen los olores, las sensaciones. Tienen que venir de la realidad que me ha grabado. Es como si me las hubiese tatuado, para asegurarse de que quedaban secuelas.

—¿Te vuelven las imágenes cuando estás despierta?

—No.

—Bien. —Michael asintió, pero sus ojos siguieron afligidos.

—Solo una, la más recurrente. Es Jack... no para de susurrarme lo que ha hecho por mí.

—Tú no le debes nada.

—¿Ah no? —Me separé de él y me senté—. Por muy nauseabundo que sea, si no hubiese interferido en mi vida, ahora mismo no tendría vida.

—Eso no es...

—¿Y si encuentra otra manera de manipular nuestras circunstancias? Tiene los archivos de Liam. ¿Y si encuentra a otro viajero que ignora lo que es capaz de hacer? A alguien fácil de manipular para él y para Cat. —Intenté controlar mi ansiedad, pero me vi a mí misma vociferando todo lo que había retenido y no podía parar—. No sabemos lo que ha hecho con el continuo. No sabemos lo que ha cambiado o a quién ha cambiado. Es como una aguja enorme cerca de un montón de globos. Habrá repercusiones por lo que he hecho... darle la fórmula incorrecta. Volverá.

—Ya viste qué cascado está. Probablemente se muera antes —me contradijo Michael—. No te va a hacer más daño.

—Sabes que no es verdad. Ya ha hecho mucho daño. Ava, Grace... —Por fin confesé lo que de verdad me estaba consumiendo—. Michael, ¿y si encuentra la manera de devolverme todos esos recuerdos terribles? Y no solo en mis sueños. ¿Y si los tengo clavados para siempre?

—Em...

—Y tú... nosotros. Ya sé que no le das importancia a estar con alguien. Con alguien...

Me callé antes de que me saliera la palabra.

Su gesto de ternura se volvió adusto.

—¿Por qué no lo has dicho?

—Porque no te gusta que lo diga. —Cerré los ojos.

—Porque no estás loca. Después de todo lo que has aprendido sobre ti misma, es increíble que hayas estado a punto de decirlo.

Me desplomé en el asiento del conductor.

—Pero no sabes cómo ha sido todo esto para mí... aunque Jack haya cambiado mi realidad y la haya convertido en más llevadera. Cómo ha sido todo de horroroso, cómo estaba de enferma. ¿Y si acabo con recuerdos de las dos realidades?

—No cambiaría ni un ápice lo que siento por ti. Mírame. —Me abrazó y me atrajo hacia él. Abrí los ojos—. Te quiero: entera, triste, destrozada. Ya veremos qué nos trae el futuro. No importa el pasado.

—Tengo miedo. No lo puedo evitar.

—Lo entiendo.

—¿No se supone que tendría que ser valiente? Es lo que todo el mundo espera y no me siento precisamente como una heroína. Me siento hecha un asco; llena de temores y de ansiedad.



—A la mierda lo que esperen los demás. Piensa en todo lo que has luchado hasta ahora. Estás magullada, pero no te has dejado vencer. Sigues en pie. Yo a eso lo llamaría fortaleza. Has ganado mucho.

—No sé a qué realidad te estás refiriendo. ¿A la original o a la versión Jack Landers? —pregunté amargamente—. Porque hay una diferencia entre lucidez y cumplir con las funciones humanas básicas.

—Escoge tú una. —Michael apretó su frente contra la mía y bajó el tono de voz—. No me importa cómo es tu realidad; estoy enamorado de ti hoy, mañana y todos los días de la vida. Por quién eres ahora y por quién eras antes.

Las lágrimas que había estado reteniendo escaparon por fin.

—Todo forma parte de tu historia, Em. Y yo también quiero formar parte de tu historia.

Entonces lo empecé a notar: la llegada de la esperanza.

—Es normal tener miedo, pero no puedes rendirte. Tienes lo que se tiene que tener para luchar.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. —Apuntó a mi corazón—. Está aquí. Aquí. —Continuó, acariciándome la sien—. Y tienes apoyo cuando lo necesitas.

Tenía razón.

Tomé la determinación de vencer mis miedos.

Tenía a La Esfera; a toda la gente que había conocido allí —a Kaleb, a Liam, a Nate, a Dune—, personas que entendían mi vida y mis habilidades.

Tenía a Lily, que me había acompañado en todo. Tenía amigos.

Tenía a Thomas y a Dru y a un sobrinito en camino... tenía familia.

Tenía a Michael, que quería formar parte de mi historia. Tenía amor.

No importaba qué había hecho Landers en el pasado y en ese mismo momento ya no importó lo que podría hacer en el futuro. No importaba quién había sido yo o en qué me había convertido.

Tenía todo lo que necesitaba.

CAPITULO 56

Nos apoyamos juntos en la verja de hierro del patio, abrazados, contemplando el reflejo del sol detrás de los edificios de la plaza del pueblo. El reloj de la torre marcó las ocho. Las campanadas retumbaban en el aire de una fresca mañana de otoño. Traían tranquilidad

—Antes de que se me olvide, te quiero dar esto. —Se echó hacia delante y se sacó algo del bolsillo de los téjanos—. Abre la mano y cierra los ojos.

Obedecí. Me quitó el anillo de Grace y lo sustituyó por otro. Este pesaba más y era más ancho.

—Abre.

Abrí los ojos y me encontré con un anillo de duronio resplandeciente, repleto de símbolos de infinito interconectados en una línea y grabados a mano.

—Michael, es precioso. Me encanta. —Tomé sus mejillas en mis manos mientras la lámpara de gas parpadeaba alrededor de nosotros. Saboreé las palabras que estaba a punto de decir por primera vez—. Te quiero.

—¿Te acuerdas de la noche en que nos sentamos aquí, y te expliqué las curiosidades que la Em del futuro me había explicado sobre ti? El bluegrass, el piercing...

—El bateador designado...

—Sí. —Sonrió.

—Hmmm.

—¿Qué más te dije?

—Que tenías un osito de peluche que se llamaba Rupert.

Puso los ojos en blanco.

—No, sobre ti. Sobre la primera vez que te vi.

Tenía vergüenza, pero se lo dije.

—Que yo dije que te dejé sin palabras la primera vez que me viste. —Seguía mirándolo fijamente y él se acercó para coger mis manos.

—Ese día y cada día.

Me besó lenta y tiernamente. Sentí un calor inmediato, pero no dejé que el momento de pasión interfiriera en lo que estaba pasando en ese momento. Quería saborear cada palabra.

Teníamos todo el tiempo del mundo.

El grito de mi hermano viajó desde la ventana.

—¡Emerson!

Bueno, cuando me levantasen el castigo, tendríamos todo el tiempo del mundo.

—¡Ahora mismo voy!

Le robé un último beso antes de acompañarle al coche. Lo contemplé mientras se iba y caminé hacia los escalones que conducían a la entrada. Me mordía los dedos, ausente en mis pensamientos con él.

Levanté la mirada justo antes de tropezar con Escarlata O'Hara, con falda de miriñaque y sombrilla de seda. Podría haberla traspasado igualmente. Pero esta vez la rodeé.

FIN



A CONTINUACION...



Kaleb Ballar no debería ser capaz de ver bucles en el tiempo. ¿Será que los poderes de Kaleb se están expandiendo, o algo está saliendo verdaderamente mal? Antes de que Kaleb pueda averiguarlo, Jonathan Landers, el hombre que intentó asesinar a su padre, reaparece. ¿Por qué está de vuelta, y qué, o a quién quiere?

A raíz del regreso de Landers, La Esfera da un ultimátum con respecto a este misterioso hombre. O encuentran a Landers y la investigación que robó sobre las personas que pueden ser portadoras del gen del tiempo, o el mismo tiempo se verá alterado «con resultados devastadores para las personas más cercanas a Kaleb»

Ahora, Kaleb, Emerson, Michael y otros reclutas de La Esfera no tienen más remedio que usar sus extraordinarios poderes para encontrar a Landers. Pero ¿Por dónde empiezan? ¿Y cuándo? Incluso si tienen éxito, el sólo encontrarlo puede que no sea suficiente.

La secuela de Hourglass (La Esfera), Timepiece, combina los géneros paranormal, ciencia ficción, misterio y suspenso que te provocará una montaña rusa de emociones donde cada segundo cuenta.

STAFF

MODERACIÓN

Franca

TRANSCRIPCIÓN

Yany

Shamy

Dianis

Franca

Pao

Mani

Yuki

Arañita

Tory

DISEÑO

Hellcat \m/

BIOGRAFIA



Myra McEntire es una gran admiradora de las letras de las canciones R&B de la última década. Desde que se trasladó a la capital de la música country en Estados Unidos, su talento lírico ha pasado prácticamente desapercibido. Por ello y para canalizar sus habilidades en la creación optó por el mundo de las letras y la literatura.

Es conocida por sus novelas dedicadas a un público de jóvenes adultos en las que usa el recurso del viaje en el tiempo. La Esfera fue su primera novela publicada en castellano.

